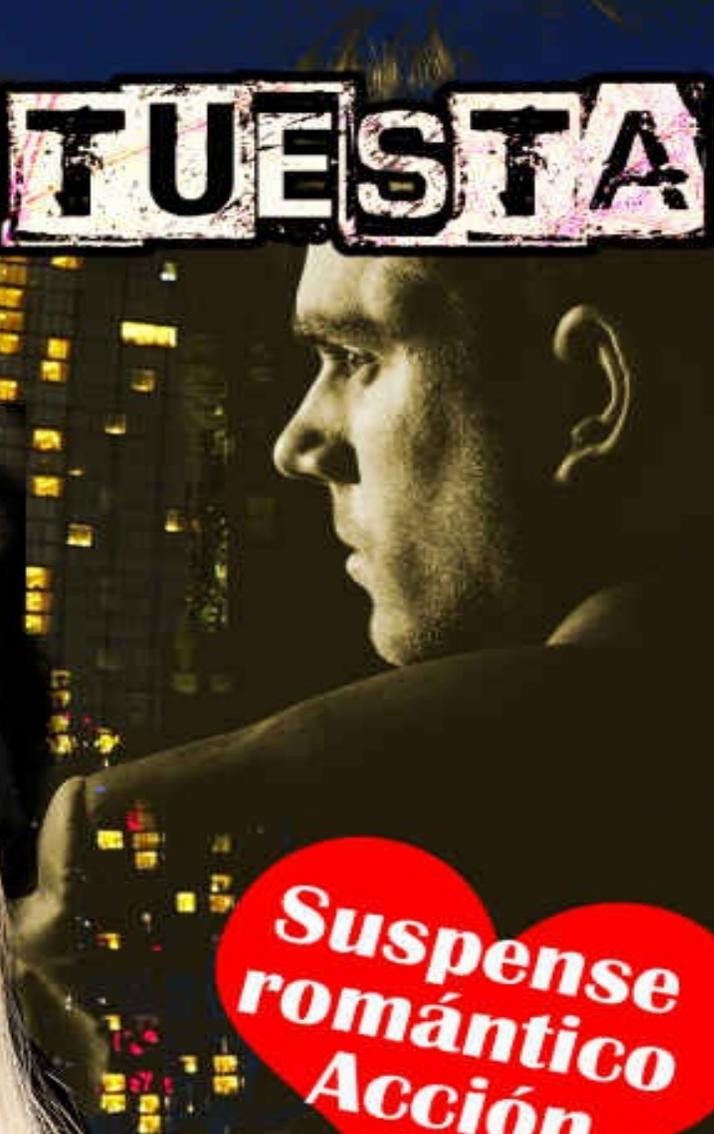


DÍAZ DE TUESTA



**Suspense
romántico
Acción**

**NO TE
MENTIRÍA
DOS VECES**

NO TE MENTIRÍA DOS VECES

Díaz de Tuesta

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

La expresión de Charles Carter no había cambiado desde la primera y última vez que Howard le vio, cuatro años antes, cuando acompañó a Kira para presentarse y decirle que se iban a casar. Ella no quería ir, no era ningún secreto que odiaba a su padre, pero Howard insistió hasta salirse con la suya. Carter era una leyenda viviente, el atracador de bancos más osado de los últimos tiempos.

¿De qué le podía servir a uno tener un suegro famoso, si no le conocía?

Además, en aquella época, Howard atesoraba grandes proyectos, grandes ideas, que podían haber fructificado hasta hacerle rico, solo con una pizca de colaboración por parte de ese hombre.

La publicidad, consideraba, era la publicidad. Daba igual si la fama venía de ser implacable y sanguinario, como la de Carter, convicto por veinticinco atracos a bancos y joyerías por todo el mundo, seis de ellos con víctimas y uno, el último, una auténtica masacre. Todo aquello levantaba morbo y servía perfectamente para sus fines: ganar dinero. Cuanto más, mejor.

Solo había que dar algunos toques a la historia, esas pinceladas maestras propias de los creativos como él, capaces de convertir al cruel ladrón en héroe astuto. Al fin y al cabo, nadie tenía en demasiada estima a los banqueros o los joyeros, y todo ciudadano de a pie guardaba en su interior la suficiente violencia reprimida como para alegrarse de que uno o dos de aquellos cabrones millonarios hubiesen muerto en el intento de proteger sus botines.

Eso, por no hablar de que, siempre que había veinte millones de euros perdidos por medio, se suscitaba mucha curiosidad. Carter podía haber sido

apresado, juzgado y condenado, pero nadie había logrado arrancarle jamás el paradero de lo conseguido en su último robo, cuando, usando material de alta tecnología y un plan sumamente detallado, entró en la central del Banco AEB y dejó seca la caja fuerte.

El Banco AEB había quebrado a consecuencia de aquello, ya no existía, y Carter llevaba casi seis años en la cárcel, pagando los muchos delitos que tenía apuntados en su agenda, pero Howard dudaba de que nadie hubiese olvidado que, en algún lugar, esperaban pacientemente veinte millones de euros.

Qué genial noticia, qué campaña podría sacar de eso. Televisión, prensa, el contrato para el libro, la película...

Pero, todo se vino al traste por culpa de aquel viejo canalla y la tonta de su hija. Cuatro años antes, Carter le miró con algo cercano a la repugnancia y, antes de darles la espalda, le dijo a Kira que había heredado el gusto de su madre por los hombres. Una afirmación asombrosa, que no se molestó en aclarar y que Kira tampoco pudo explicarle.

Charles Carter era Charles Carter, y con eso estaba dicho todo.

Maldito viejo... Habían pasado cuatro años, pero seguía exactamente igual. De hecho, dejó claro que la repugnancia continuaba desde el momento en que entró en la pequeña habitación de visitas de la cárcel, acompañado del guardia. Y, desde entonces, aquel imbécil no había abierto la boca.

Tampoco Howard lo hizo pero, para ser exactos, él no había provocado esa entrevista. Había sido Charles quien, para su sorpresa, le había llamado al móvil, tres días antes, insistiendo en que fuera a verle. ¿Para qué? ¿Para poderse dar el gusto de volver a mirarle así? ¡Por favor! ¡Si ya ni siquiera era el novio de Kira!

Howard examinó minuciosamente el rostro del hombre que hubiera podido ser su suegro. Los ojos pardos, la línea indómita de sus pobladas

cejas, la nariz ganchuda que dibujaba su sombra sobre una mandíbula muy afilada, la línea cruel que formaban los labios. Tenía una cabeza desproporcionadamente grande respecto al resto del cuerpo, algo que no se había corregido ni siquiera a costa de engordar...

No era capaz de entender cómo un hombre semejante, feo en cuerpo y alma, había conseguido engendrar una mujer como Kira, tan hermosa y tan poco dada a la maldad, pese a su peculiar forma de vida.

El zumbido del aire acondicionado resultaba francamente molesto. Howard cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, considerando la idea de sentarse en una de las sillas. Puesto que Carter parecía dispuesto a permanecer de pie hasta el fin de los tiempos, decidió no hacerlo. Solo le faltaba situarse en una posición de inferioridad.

—¿Y bien? —preguntó por fin, seco, harto de semejante situación—. ¿Puedo saber para qué coño me has llamado?

Un destello de burla cruzó las pupilas de Carter.

—Para decirte que eres un puto maricón de mierda —le soltó. Antes de que Howard pudiera salir de su asombro, dio media vuelta, y se dirigió a la puerta por la que había entrado. El guardia miró a Howard tan sorprendido como él, pero se encogió de hombros y se lo llevó.

«Maldito imbécil». Si aquello le parecía divertido, solo podía ser porque estaba más loco de lo que pensaban.

Mascullando maldiciones, Howard salió a la calle. Era media mañana y hacía un calor bestial. «Y, ahora, ¿qué?» Había anulado dos citas para poder ir a ver a aquel majadero. No era que fuesen nada importante, dudaba que hubiese podido sacar nada en claro tras emplear ese mismo tiempo intentando vender al dueño de una pizzería de barrio las virtudes de la agencia de publicidad en la que trabajaba. Howard empezaba a desalentarse. Ese mes, no había conseguido ningún cliente. Claro que él no era comercial,

no lo llevaba en la sangre.

Él era publicista, un creativo, un manipulador de mentes a un nivel muy distinto. ¿Cómo demonios podría hacérselo entender a su jefe?

No, Richards estaba muy cómodo con la situación. Y, después de saber que su sobrino terminaba ese mismo año la universidad, con lo que entraría a formar parte del equipo, la ansiada oportunidad se alejaba de Howard más que nunca.

Estaba claro que, si continuaba en *Richards' Creative World* terminaría sus días de comercial, o pobre como una rata. O ambas cosas, que al fin y al cabo no eran incompatibles. Y a él le gustaban los placeres de la vida, todos y cada uno, sin distinciones: mujeres guapas de piernas interminables, trajes caros y cocaína; una casa, lo más grande y luminosa posible; un descapotable rojo; el caviar, el champán, la langosta; vacaciones a todo tren en los rincones más selectos...

Se echó a reír.

Mirándolo bien, tampoco pedía nada del otro mundo y estaba dispuesto a dejarse la piel en el empeño. Sin embargo, pese a que estaba atrapado en un trabajo que odiaba, en el que desgastaba día tras día las suelas de los zapatos, apenas lograba reunir lo suficiente como para pagar los gastos de su minúsculo apartamento y comer a base de ofertas de supermercado.

Insertó la llave en la cerradura de su coche, un trasto que debería haberse jubilado diez años antes. Del interior salió una varada de aire caliente. Seguro que la tapicería de cuero falso abrasaba. «Mierda».

—¿Howard Davis? —dijo una voz a su lado. Tomado por sorpresa, Howard dio un brinco y miró hacia la izquierda, donde descubrió a un tipo bajo y regordete, con una buena cantidad de pelo rubio ensortijado, que le sonreía de forma beatífica. Podía haber pasado por un querubín madurito pero, por desgracia para él, las entradas de su frente formaban dos ángulos

muy pronunciados que le daban un aire diabólico y volvían inquietante aquella sonrisa.

En todo caso, hubiese parecido un querubín del Infierno.

—¿Sí? —preguntó con desconfianza. El hombre emitió una risilla.

—Me llamo Palm Sunday. —Agitó las manos—. Por favor, no me haga el chiste, que ya me lo conozco. Mi padre, el viejo Sunday, tenía un sentido del humor muy particular. —Howard ni siquiera había pensado en ello, pero no le sacó de su error. Se limitó a mirarle interrogativamente. Sunday se encogió de hombros—. Me gustaría hablar con usted. Solo necesito un par de minutos. Un amigo común me ha pedido que le dé un mensaje.

—¿Un amigo común? —Howard parpadeó. Sólo podía tratarse de Carter, pero quiso cerciorarse—. ¿Quién?

—Seguro que se lo imagina.

—Puede que me lo imagine, pero se lo he preguntado.

Un brillo maléfico cruzó los ojos de Sunday. Hizo un esfuerzo evidente para reprimir su enojo, pero Howard llegó a la conclusión de que estaba ante un hombre al que era mejor no enfadar.

—Charles Carter —dijo. La extraña sonrisa volvió a cortar su rostro, de lado a lado—. Y, ahora, si le parece, hablemos de negocios.

CAPITULO 1

Esa mañana, Kira Carter se había puesto el atuendo habitual para su trabajo del momento: una túnica suelta de colores brillantes, un pañuelo de gasa atado como si fuera una diadema, con algunos abalorios metálicos que caían sobre su frente, y unas zapatillas de aire oriental con punteras curvas, una auténtica joya que había comprado de segunda mano en un rastrillo de la costa, el verano anterior.

Así era, así vestía, Nashtacha Sapkowski, la exótica inquilina del cuarto izquierda, llegada de un país centroeuropeo pocos años antes y única heredera de una larga línea de mujeres malditas con el don de la adivinación. Algo terrible con lo que cargaban desde que algo misterioso le sucedió a una lejana y difusa antepasada zíngara mientras bailaba en el bosque, una noche de luna llena...

Con la larga melena lisa y rubia, y los ojos de un llamativo azul acero, muy peculiar, Kira tenía poca pinta de zíngara, pero, como había aprendido durante la parte de su vida en que estuvo rodeada de timadores, a veces un detalle chocante podía aportar un mayor realismo. Si su pelo hubiese sido negro y ensortijado, y sus ojos hubieran sido lo oscuros que cualquiera esperaría en una zíngara, hubiera estado a un paso de parecer un auténtico cliché de echadora de cartas, algo que raramente resultaba creíble. En una película, quizá, pero no en el mundo real.

Sin embargo, allí estaba la tal Nashtacha Sapkowski, alta y espigada, elegante como una diosa nórdica y tan humana como cualquiera de las vecinas del portal. Que el nombre de Nashtacha no se escribiese de ese modo en ninguna parte, y que el apellido perteneciera a un escritor polaco que le gustaba mucho, eran cuestiones secundarias en un barrio como ese, el extrarradio de un extrarradio en el que nadie leía más allá de la sección de

deportes del periódico, ni sabía dónde iba ninguna h.

El resto de los detalles, incluida la caracterización final del personaje, con aquellas mechas violetas en el flequillo de la melena rubia, se los había ido inventando a medida que los fue necesitando, a lo largo del último año.

A las once en punto llegó su nueva clienta, que dijo llamarse Helen. Kira la condujo a la salita en la que hacía las lecturas. Allí solo había una mesa, dos sillas y un armarito con distintos objetos relacionados con la adivinación o el esoterismo: piedras supuestamente mágicas, frascos con distintas hierbas que había cogido del parque cercano, talismanes y cruces varias, además de un par de barajas de tarot. De las paredes colgaban cuadros que mostraban también gráficos relacionados con temas arcanos.

Por si eso no fuera suficiente ambientación, en el aire siempre flotaba el fuerte aroma del incienso que quemaba en un braserillo diminuto, algo que también venía bien para evitar que las clientas alargasen demasiado sus visitas. Por lo general, incluso con la ventana abierta, no aguantaban más allá de un cuarto de hora, tiempo suficiente para cualquier rollo que tuviera que soltarles.

Sobre la mesa camillera cubierta por un mantel oscuro había una bola de cristal que todas sus clientas encontraban muy bonita. Eso siempre le hacía gracia, porque la había comprado en el mismo rastrillo que las zapatillas, y con bastantes prisas.

—Siéntese, porrrr favorrr —ofreció a la mujer, mientras señalaba una de las dos sillas. Habló arrastrando las erres, como siempre que interpretaba a la señorita Sapkowski, con lo que esperaba que sonase a acento eslavo o a algo por el estilo.

Aprovechó el tiempo de acomodarse para examinarla con disimulo. Leer el futuro en las líneas de la mano, en el tarot o en la bola ya no le resultaba difícil. En realidad, conocer un poco de la cháchara habitual y saber

improvisar según el caso, resultaba más que suficiente para contentar a cualquiera.

El único truco que podía marcar la diferencia entre una adivinación vulgar o una que su cliente recordase siempre y le asegurase más visitas y pagos generosos, consistía en fijarse bien en las características de la persona y, más allá, saber cómo plantear las preguntas para ir obteniendo información.

Investigando en internet, había descubierto que gente por ahí hasta le había puesto nombre a algo que se hacía desde que apareció en el mundo el primer listillo que convenció al primer incauto de que podía ver su futuro: *lectura en frío*, se llamaba el sistema.

Detalles, detalles, detalles... Fijarse bien en todo y plantear cuidadosamente las preguntas adecuadas, para conseguir siempre más información de lo que parecía en un primer momento.

Lo primero raramente era complicado. En el caso de esa cliente, la tal Helen había resultado ser una mujer de mediana edad y poca gracia, con ojos pequeños y tristes, algo entrada en carnes. Tenía manos de trabajadora incansable, ropas baratas pero limpias, y planchadas con esmero, y llevaba una medalla de oro del Sagrado Corazón como única joya, bien a la vista, de modo que era católica y seguro que practicante... Posiblemente se encontraba en plena menopausia y, sin lugar a dudas, era muy infeliz.

De otro modo no estaría allí, en ese lugar extraño, perdiendo tiempo y dinero con el único objeto de conseguir un poco de esperanza.

En cualquier caso, debía tener cuidado. Aunque venía recomendada por otra clienta más antigua, la dependienta de una panadería cercana, aquella era su primera consulta. Todavía no la conocía lo suficiente como para dejarse llevar por la inventiva.

—Gracias por recibirme... —susurró Helen—. Sé que no acepta más

clientes, me lo dijo Meg, y que me ha hecho un hueco por su amistad con ella.

Kira sonrió. Meg era la de la panadería. ¿Amigas? No, nunca lo serían, y bien que lo lamentaba. Ella no podía permitirse semejantes lujos.

—No se preocupe. ¿Es la prrriera vez que consulta adivina?

—Sí, sí.

—Bien, pues trrranquila, porrrque no es peligrroso ni complicado. Si le digo la verrrdad, todo el mundo puede adivinarr futurrro en parrte, tenga en cuenta que futurrro derriva de pasado y prresente, y todos tenemos esa inforrmación, ¿sí?

—Bueno, sí, pero eso...

—No, clarro, no es tan fácil. La mayorría pueden intuirr, que es a lo que me rrefierro, perro solo unos pocos podemos «verrr» de verrrdad. Imagine que futurrro es... ah, sí, como una figura que está al otro lado de un velo. Pensemos, porrr ejemplo, en mano.

Extendió su mano derecha, la movió y luego la escondió tras la manga del otro brazo. Aquella túnica tenía unas mangas muy amplias y vaporosas, ideales para aquella demostración. Kira movió los dedos por detrás, dejando que se intuyera su forma tras el tejido.

—Todos sabemos cómo es mano, con dedos. Incluso usted conoce su forrma, y puede intentarr adivinarr su posición en un momento futurrro, perro... Solo quien puede verrr al otrro lado, puede tenerr una imagen clara de eso en lo que se converrtirá. La forrma auténtica que adoptará.

Apartó la manga. La mano oculta tenía los dedos dispuestos en cruz.

La mujer sonrió con desmayo.

—¿No le resulta terrible? Saber a cada momento qué va a pasar debe ser espantoso...

—Bueno... —Suspiró resignada, como hacía siempre al escuchar

semejante pregunta—. No es algo que me agrada, desde luego, pero he aprendido a vivir con ello. ¿Quieres que consulte bola de cristal? ¿O prefiere lectura de mano?

—Oh, yo venía pensando en el tarot. ¡Son unas cartas tan preciosas! Siempre he querido que me lo echen, pero no he tenido oportunidad. ¿No podría ser?

El tarot. Kira no conseguía entender qué veía la gente en aquel sistema. Ciertamente que las cartas eran bonitas, sobre todo los arcanos mayores, pero nunca había congeniado con ellas. Por eso no se le daba tan bien como leer las manos o adivinar reflejos en la bola de cristal. Conocía su significado general pero no lograba encadenar símbolos, ni contar milongas con soltura. Le resultaba tedioso.

—Claro que sí, querida —respondió, aunque no estaba dispuesta a pasar por un mal rato—. Solo tenemos que hacer poco de espacio. —Sonrió mientras cogía la bola de cristal para apartarla, pero se detuvo, como paralizada por un rayo, los ojos fijos en el cristal—. Oh...

—¿Ocurre algo? ¿Ha visto alguna cosa?

—Diría que sí... —Inclinó la cabeza a un lado, un movimiento cuidadosamente calculado—. Veo una figurita masculina, muy cerrca, mucho...

Helen parpadeó, repentinamente interesada. Había sido más fácil de lo que había supuesto. Ya se le había olvidado el dichoso tarot.

—¿Mi marido?

—Bueno... Mmm... —Un marido raramente era un objetivo romántico, pero podía darse el caso. Había que seguir tanteando—. No estoy segura.

—¿Mi padre, entonces?

Aquello la tomó por sorpresa. La miró.

—¿Su padrrre?

—Lo digo porque en casa, el que manda, es mi padre, que parece estar siempre encima de todos. Él es quien controla el dinero. Al fin y al cabo, es el dueño del bar, vivimos todos de su negocio. Y, en fin, no es un hombre muy fácil de tratar, ¿sabe lo que le digo?

Sí, claro que lo sabía. Por la mente de Kira pasó la imagen de Charles Carter. Luego, casi como un destello, la de Víctor Derry, aquel *maldito maldito maldito* traidor. Se apresuró a apartar ambas, por completo. Ojalá hubiese podido hacerlo de un manotazo.

Agitó la cabeza.

—A su marrrido eso no le gusta. Puede que no se lo haya dicho, perro se siente... ¿Cómo decirrrlo? ¡Ah, a la sombrrrra!

No era ninguna conclusión maravillosa. Lo raro hubiese sido que, si su suegro controlaba el cotarro familiar, el individuo aquel hubiese estado contento.

Pero la mujer asintió repetidamente, con un destello de admiración en los ojos.

—¡Es verdad, no le gusta nada! Siempre está enfadado. Cada día lo lleva peor.

Y ella también, claro. Kira sintió una punzada de lástima. Debía ser terrible llegar a aquel punto, a esa edad, y sentirse tan vacía y tan atrapada. Calibró la situación y siguió adelante.

—Mmm...

—¿Ocurre algo?

—Definitivamente, querrrida, el hombrrrre que veo es otrrrro. Perrrcibo fuerrrrza y pasión, una emoción... ¡Ah, cómo dicen ustedes! ¡Oh, sí! ¡Arrebatadorrrra!

—Arrebatadora... —repitió Helen, como si estuviese degustando la

palabra.

—Así es. Y está cerrrca, muy cerrrca. —Frunció el ceño—. ¿Seguro que no ha notado nada, querrida? ¿Algún admirrrador que la rronde?

—Yo... No sé...

—No pasa nada. Quizá todavía no se ha rrrevelado. Veo lucha, muchos prrroblemas. No están juntos y tratarrán de separrarlos. Pero también veo que esa rrrelación tiene la fuerrrza suficiente como para destrrruir todos los obstáculos. ¡Ja! ¿Sabe lo que es el amorrr verrrdaderrro?

La cara de Helen se llenó de entusiasmo.

—¡Sí! ¡Lo vi en una película! Iba de una princesa y un pirata, pero no recuerdo el título...

«Oh, Dios mío», pensó Kira, que no creía más en Dios que en los duendes. ¡Cuánta gente triste pululaba por el mundo! Gente que estaba peor que ella, porque al menos en su caso había conocido lo que era el amor, sabía lo que era estremecerse de la cabeza a los pies ante aquella fuerza arrolladora y salvaje, aunque no la hubiesen correspondido. Maldito Derry...

—Pues usted no se irrrá de este mundo sin haberrro vivido perrrsonalmente, querrida —prometió, deseando de corazón que se cumpliera algún día—. No se prrreocupe, no. Esa pasión que vislumbrrro derriba todo lo que se oponga.

—Pero ¿dónde está ese hombre? —preguntó con ansiedad—. ¿O cuándo lo conoceré?

—Eso no puedo decirlo, está como... —Buscó algo con lo que terminar la frase. Nada, así que usó lo que llamaba *la técnica Sapkowski*. Se llevó las manos a la cabeza y la agitó violentamente, con los ojos cerrados—. ¡Ah! ¡Szvana ferzbnab bana ban! ¡Szercha tuyak larezv ma kechennta!

Una pena que hubiese olvidado el poco el ruso que aprendió de niña, de su madre, Svetlana Ivanova, pero al menos le quedaba el sentido del

acento, y le salía muy bien. Cuando volvió a mirar, Helen la contemplaba asustada, con los ojos muy abiertos.

—No la entiendo.

—Perrrdón, querrida, ucrraniano, idioma madrre. Yo... —Se relajó, como agotada—. La visión errra esquiva, perro muy intensa. No puedo contarr más sobre su encuentro con ese hombrre, solo que serrrá pronto y que cambiarrá su mundo. ¡Apenas puedo avistarrlo, perro parece guapísimo, eh! Cuando se conozcan, lo sabrrrán.

—¿Sabremos, qué?

Kira alzó los ojos hacia ella, para reafirmar el momento. Con un gesto, señaló la bola de cristal sobre la mesa.

—Veo un gran amorr, Helen. Una de esas pasiones que te arrastrrran, que te llevan consigo como un rrrío de aguas tumultuosas. Algo que no puede contenerrrse, que nada ni nadie puede parrarr.

Por su mente pasó otra vez la imagen de Víctor Derry, tal como le vio la última vez que estuvieron juntos, ocho años antes, en aquel hotel donde hicieron el amor de una forma intensa y apasionada, casi como si quisieran absorberse el uno al otro. Como si intentasen llegar más allá de la pura piel, hasta casi lograr que se rozasen sus almas.

Kira apretó los labios, intentando contener la punzada de dolor que siempre experimentaba al recordar aquellos momentos. ¿Princesas, piratas? Tonterías. Lo que ella vivió con Victor sí que era amor, amor verdadero, y también necesidad, algo casi brutal, incontenible. Era absolutamente arrebatador. Más que un río tumultuoso, había sido un océano en el que se ahogó por completo.

En aquel entonces, ella acababa de cumplir los dieciséis y Víctor tenía veinticinco. Estaba decidido a comerse el mundo y nadie dudaba de que lo conseguiría. ¡Como para no hacerlo! Además de ser un hombre muy

inteligente, con un coeficiente intelectual muy por encima de la media, era alto y moreno, tan atractivo que siempre había alguien a su alrededor comentando aquello de que hubiese podido dedicarse al cine.

Y era verdad, a qué negarlo. Aquellos enormes ojos verdes, aquel rostro de rasgos varoniles, perfectos... Ella estaba loca, loquísima por él, y se suponía que Víctor también la amaba. Tenían un secreto: iban a huir, iban a escapar juntos de aquella vida espantosa, de las garras de su padre...

Esa última noche, el plan ya estaba en marcha. Víctor y ella lo habían organizado a todo correr, porque acababa de producirse otra masacre durante un robo y no podían soportarlo más. Había tenido lugar en la mansión del millonario Walter Coxe, importador de diamantes y dueño de una importante colección de arte privada, en la que había un Velázquez desconocido para el gran público, además de algunas otras piezas de enorme valor. Tras estar seis meses planeando aquella entrada, alguien debía haber dado algún chivatazo a última hora y el golpe se fue al traste.

En el enfrentamiento, murieron Coxe y dos de sus guardias de seguridad, además de tres de los hombres que formaban parte del equipo de Carter. Solo se salvaron él y su socio, Gólubev, y porque salieron corriendo.

Víctor también hubiese debido estar presente, pero se encontraba enfermo; ingresado en el hospital, de hecho, con una fuerte intoxicación. Nadie había podido deducir las causas, simplemente se supuso que la tarde anterior al robo había comido algo en mal estado. Fue el primero de los varios desastres que llevaron a aquel desenlace sangriento y sin botín.

Carter estaba furioso. Daba vueltas sobre sí mismo, como una bestia acorralada, y Víctor temía que tarde o temprano le acusase de haberlo organizado todo. Era cuestión de tiempo. Tenía que irse, *quería* irse, alejarse de aquellos monstruos a los que no les importaban cuántos cadáveres ensangrentados pudieran dejar a su paso, y Kira había decidido marcharse

con él.

Por eso, había salido de casa por la ventana de su cuarto, sin que la vieran, y ya no pensaba volver. Se quedaría en ese hotel a dormir y, al día siguiente, tomarían dos autobuses por separado en dos estaciones distintas, los primeros que salieran para cualquier parte. Irían ya disfrazados, desde el primer momento, de manera que resultaran irreconocibles. Tenían pelucas, material de maquillaje con toda clase de recursos y mucha experiencia.

Durante un par de días seguirían así, tomando taxis, autobuses o trenes, siempre sin rumbo concreto y nunca otra vez en la misma estación de llegada. Dejar la ruta al azar era importante, porque Carter empezaría a buscarles siguiendo alguna lógica, presuponiendo cosas. Pero no le serviría de nada. Si se lo proponían de verdad, si no cometían errores, no lograría encontrarlos.

El tercer día contactarían en la red a través de un sistema acordado y decidirían qué hacer, si reunirse ya o seguir separados más tiempo. Kira estaba impaciente, pero daba igual, de ser necesario esperaría un poco más. Lo que importaba era que, al final de todo ese peregrinaje, se juntarían y comprarían una casita en alguna parte, en el campo, cerca de un pueblo encantador, y dejarían que pasara el tiempo, sin más, disfrutando juntos de cada hora de cada día.

Tendrían una vida perfecta porque, para ser felices, no necesitaban nada más que la compañía del otro.

Kira se sentía como en una nube. No acababa de creer que Víctor hubiese aceptado llevarla con él. ¡Qué locura! Era una menor, tenían la ley en contra, pero además estaba Carter, que a ella le daría una buena paliza, de poder echarles la mano encima, pero a él le mataría.

Claro que también lo haría, de decidir que era culpable del asunto Coxe...

—¿De verdad nos vamos? —le preguntó, desnuda entre las sábanas revueltas, entregada y nerviosa. Fue un impulso, en el último momento. Víctor, completamente vestido, se encontraba junto a la puerta entreabierta, porque ya se marchaba. Tenía que recoger algunas cosas en una bolsa de viaje y luego dormiría en otro lugar, todavía no lo había decidido.

A veces, al cerrar los ojos en la cama, Kira volvía a verle, en aquel momento. ¡Estaba tan guapo, tan arrebatador! Víctor sonrió, volvió sobre sus pasos, se inclinó sobre ella y la besó en los labios, en un toque a la vez tierno y apasionado. Aquel beso dijo ya muchas cosas, pero añadió una última frase.

—No te mentaría dos veces —aseguró, con una sonrisa, y el corazón de Kira se sintió exultante de amor y felicidad. Habían escuchado esas palabras en una película de ladrones de bancos, en su primera salida juntos al cine. La película no era muy buena, aquella gente no tenía ni idea de cómo se hacían las cosas en la realidad, pero la frase les hizo mucha gracia y se la repetían siempre en ocasiones como esa.

De hecho, con el tiempo se había convertido en una especie de clave entre ellos: si uno la mencionaba, era porque estaba diciendo la verdad, sin lugar a dudas.

Al menos, eso había supuesto ella. Para Víctor no había significado lo mismo, porque sí que había mentido, y como un auténtico bellaco. De hecho, no volvió a verle, jamás. Los que llegaron, cosa de una hora después, fueron los guardaespaldas de su padre, que abrieron la puerta de una patada para arrastrarla por la fuerza de vuelta a casa.

Solo Víctor pudo decirles dónde se encontraba, porque solo él lo sabía. Y lo hizo, al parecer, para ganar un tiempo precioso en el que escapar por su cuenta. Mientras Carter se volvía loco, movilizando en la búsqueda de su hija a los pocos hombres que le quedaban, él huyó de la ciudad. Le resultó fácil, porque lo tenía todo preparado, pero para irse solo, billete de avión

incluido.

Lo de la traición era verdad. Víctor había dado el chivatazo en el asunto Coxe y había tomado alguna cosa para intoxicarse y conseguirse una coartada. Y, por lo que Carter y Gólubev suponían, también había robado una buena parte del botín en otros trabajos anteriores.

—Te ha estado utilizando, tonta —Cada vez que recordaba ese momento, Kira casi volvía a ser la cría llorosa que sentaron por la fuerza en una silla frente a su padre. Charles Carter la miró con ojos terribles—. ¿Le has metido en casa cuando yo no estaba? —Ella no respondió, pero le miró culpable. Sí, claro que sí, en cuanto él se lo pidió. Le había metido en su casa, en su cama, en su cuerpo... En su propia alma—. Claro, así se ha enterado de tantas cosas, el muy cabronazo. ¡Te ha seducido durante meses para sacar información!

—¡No es verdad! —chilló ella, temiendo romperse en pedazos. No podía soportar lo que estaba ocurriendo. Era una pesadilla—. ¡No es verdad!

—¿No? Eres tan idiota como tu madre, Kira. ¡Espabila de una vez! Ese cabronazo ha estropeado el golpe a cambio de una buena cantidad de dinero, te ha follado una última vez mientras te usaba para desviar la atención y se ha largado con viento fresco. Más estúpida no puedes haber sido, así que deja de llorar de una puta vez o te doy un guantazo. —Gruñó, con las manos en la cintura, y agitó la cabeza—. ¡Joder! La parte buena de todo esto es que ninguno de los dos volverá a verle, nunca.

Acertó. Víctor se había marchado a vivir una vida de lujo y libertad, olvidándose de todas las promesas que le hizo. Kira siguió negándose a creerlo durante algún tiempo, pero, pocas semanas después, su padre le mostró unas fotos tomadas por alguien a quien encomendó investigar su paradero.

En ellas, Víctor aparecía en un dormitorio con grandes ventanales, a

través de los cuales se veía calles de aire exótico, con carteles en chino o japonés, a saber. Él estaba desnudo en la cama, en plena orgía, con dos muchachas orientales y una botella de champán. ¡Qué bien!

Por lo que supo Kira con el tiempo, años después aquel canalla conoció a una millonaria en la Riviera francesa y se casó con ella. Así que, él sí que necesitaba algo más que su compañía, para tener una vida perfecta...

Maldito traidor. Maldito canalla. A pesar de todo el tiempo que había transcurrido, tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse.

—Hágame caso, Helen —recomendó, pese a que ella nunca, jamás, volvería a seguir semejante consejo—. Cuando llegue el momento, déjese llevarrr porrr el corrazón.

—Oh... —La pobre Helen hasta se había ruborizado como una chiquilla—. ¿Está usted segura?

—Las visiones nunca mienten, amiga mía. Nunca. En mi familia, es una... —De pronto, sonó el timbre de la puerta, interrumpiendo una frase que tampoco tenía ninguna importancia. Kira miró el reloj. Era buen momento para terminar la consulta. En quince minutos tenía la siguiente—. ¡Oh, vaya, qué horrra es! Me temo que voy a tenerr que dejarrlla por hoy.

Helen pareció decepcionada, pero era de las que les daba apuro protestar. Una suerte.

—Está bien. Muchas gracias. —Dejó los veinte euros de rigor sobre la bandejita de plata que había en la mesa y se levantó. Kira se puso también en pie y la acompañó fuera, sin tocar el billete. La señorita Sapkowski no hacía aquellas lecturas por el vil metal. Ya lo recogería luego, la señorita Carter—. Estaba pensando... ¿Podría darme hora, la semana que viene?

—¡Clarro! —Kira sonrió también en su interior. Una nueva clienta habitual, estupendo. Con suerte, en seis meses podría hacer el dinero suficiente como para ir pensando en retirarse de toda aquella mierda. Ojalá,

mientras tanto, encontrase algún empleo, uno de esos con nómina, seguro y posibilidades de mejora, pero la cosa estaba difícil. A veces se preguntaba si realmente no serían parte de alguna leyenda urbana, porque cada vez había más parados pegándose por trabajos de mierda—. Si quierrre, el marrrrtes que viene, a las once, como hoy.

—Oh, estupendo.

—Muy bien. Anotarré en agenda.

—Perfecto. Si no le importa, señorita Zapk...koski...

—Sapkowski.

—Sí, claro, eso, perdone. Quería decirle que, si no le importa, quizá traiga una amiga. Es algo reacia, pero también necesita ayuda, ¿sabe? Se divorció el año pasado y no consigue levantar cabeza.

Genial. Una amiga significaba otra nueva clienta más, de eso ya se ocuparía ella. La mañana no podía haberse presentado más fructífera.

—¡Porr supuesto! Me encantarrá ayudarr a su amiga.

Kira sonrió mientras abría la puerta, pero la sonrisa se le congeló en los labios hasta convertirse en una mueca al ver a Howard Davis al otro lado del umbral.

CAPITULO 2

«Vaya mierda», pensó Kira. ¿Cómo demonios la había encontrado? ¡Si hacía unos dos años que no se veían ni sabía nada de él! Aquel tipo había sido un devaneo absurdo, algo que había terminado de un modo casi fatal, con algún que otro jarrón volando por los aires. Ni siquiera estaba segura de por qué lo había iniciado. Bueno, sí, sí lo sabía. Físicamente, Howard Davis tenía un cierto aire a Víctor Derry: como él, era moreno y alto, y aunque no resultaba tan guapo, no podía negarse que era apuesto.

Sí, fue por eso, pero no funcionó. Howard podía parecerse a primera vista a Víctor, pero por dentro no podían ser más distintos. Para empezar, no era ni la mitad de listo. De hecho, Howard era un idiota integral, algo que solía dejar claro en cuanto pronunciaba su segunda frase del día. Con la primera, hasta podía quedar alguna duda, pero con esa ya no. En su caso, era como una prueba del algodón absolutamente infalible.

Fue divertido llevarle en una visita a Charles Carter, a la cárcel, para decirle a su padre que iba a casarse con él. No fue idea suya, bien lo sabía Dios. Para entonces, Kira ya se estaba replanteando por completo semejante relación y habían desaparecido todas las tonterías románticas. Howard fue el que tuvo la idea, el que se empeñó una y otra vez hasta conseguirlo, porque era un trepa repugnante que solo se movía a impulsos de buscar con qué podía hacer negocio y Carter tenía su propia dosis de popularidad mediática.

La primera vez que le dijo «vamos y me presentas a tu padre, y le decimos que nos casamos, cariño, que estoy loco por ti», Kira se echó a reír y se negó, porque desde luego que estaba loco, pero no por ella. Después siguió negándose durante semanas, ya sin risas, hasta que se decidió a romper definitivamente con él. Pero, de pronto, se le ocurrió que merecía la pena hacerle caso y llevar a cabo la pantomima, aunque solo fuera por contemplar

la cara que ponía Carter ante la idea de ver a su hija casada con semejante *yupi pisaverde*, como llamaba a los de su clase.

Siempre echaba pestes de ellos, los odiaba, les deseaba la muerte. Incluso había matado alguno que otro, en sus atracos.

Pero Carter no se lo tomó tan a mal como esperaba, ni mucho menos. De hecho, hasta pareció que le hacía gracia la situación. Él odiaba profundamente aquella clase de gilipollas, ¿por qué no se lo reprochó? ¿Por qué no montó en cólera? Y no lo hizo, al contrario. Al margen de aquel comentario ridículo y ofensivo sobre el mal gusto que había tenido su madre con los hombres, no puso mayor impedimento.

—Adiós, señorita Sapk... Nashtacha, muchas gracias —dijo Helen. Kira parpadeó, volviendo a la realidad.

—A usted. Nos vemos —dijo, intentando encontrar un término medio en el acento. Cuando Howard se apartó a un lado para dejar pasar a su nueva cliente, Kira vio que venía acompañado de alguien, otro hombre—. Howard, qué... sorpresa. —Saludó, cuando estuvo segura de que Helen ya no podía escucharla—. ¿Qué haces aquí? Creí que habíamos decidido de mutuo acuerdo no volver a vernos las caras en dos o tres reencarnaciones.

El desconocido que estaba a su lado se echó a reír y, por alguna razón, a Kira no le gustó su risa. Había algo cruel en ella, algo muy desagradable que hizo que sintiera una antipatía instintiva. El rechazo aumentó de forma exponencial al ver que la miraba apreciativamente, de pies a cabeza, casi como si fuese un jugoso trozo de carne expuesto en una vitrina. La clase de miradas faltas de todo respeto que recordaba haber visto en muchos burdeles, cuando su padre la arrastraba con sus amigos a aquellos antros repugnantes.

En aquellos tugurios aprendió que, si había alguna persona en ellos que realmente mereciera la pena, solo podía estar entre las putas.

¿Qué se había pensado aquel imbécil? No le hubiese hecho caso ni

aunque de ello dependiera el destino de toda la raza humana, faltaría más, por ella como si se extinguían todos sin dejar rastro de haber existido nunca.

Al margen de aquella impresión de ridícula prepotencia hormonada, su físico también le resultaba repelente. Era del tipo de hombre que denominaba *osito de peluche*: regordete, bajito, pelo abundante y ensortijado en grandes bucles rubios que le daban aire de querubín entradito en años, y de aspecto blando... No, un querubín no, ya le hubiera gustado. Era más del tipo muñeco diabólico.

Como tenía unos ojos azules bastante bonitos, otro rasgo habitual de los *ositos de peluche*, y se notaba que manejaba mucho dinero, algo que podía deducirse fácilmente por el excelente traje que llevaba, debía creerse irresistible. Al menos, eso indicaron sus pupilas, y la sonrisa supuestamente seductora con la que intentó envolverla.

Pobre idiota. Con buena había ido a dar.

—Ja, ja. Muy graciosa. —Howard intentó disimular su fastidio, aunque con poco éxito. ¿A qué había ido? Cuando se separaron, hubo gritos, reproches y hasta un buen portazo, de esos que reconfortaban el espíritu, porque daban por concluida una etapa especialmente difícil—. Tenemos que hablar, Kira.

—¿Hablar? —Arqueó ambas cejas—. ¿De qué? ¿Y cómo me has encontrado? Que yo sepa, no estoy en el listín.

Eso, por no mencionar que el piso estaba alquilado con la documentación falsa que la identificaba como Nashtacha Sapkowski, y que llevaba utilizando para todo desde hacía un par de años. Tenían que haber indagado mucho para localizarla y eso solo podían haberlo conseguido, además, por culpa suya. En algún punto había cometido un error, uno grave.

¿Quizá la había seguido alguien desde el cementerio? Las visitas a la tumba de su madre eran el único vínculo que le quedaba con Kira Carter.

Pero, resultaba tan absurdo imaginar que alguien se hubiese tomado tantas molestias...

—Ha sido él. —Howard señaló al desconocido. Kira volvió a mirarle—. Se llama Palm Sunday. Tiene una... interesante propuesta de trabajo para nosotros.

—Un placer conocerte, Kira —dijo el hombre.

—No me diga —replicó, seca, mientras aceptaba la mano que le tendía Sunday. Para lo carnosa que parecía a simple vista, la encontró sorprendentemente recia, y un lento escalofrío recorrió su espalda ante el contacto. Cuando la soltó, se frotó la palma contra la cadera, tratando de borrar todo recuerdo de esa piel—. ¿Trabajo? ¿Para *nosotros*? —incidió en el término. Quería dejar claro lo sorprendida que estaba de que alguien pensase que había un «nosotros» entre ellos—. ¿De qué tipo?

Howard bufó.

—Me parece que el descansillo de tu puerta no es el mejor sitio para hablarlo. ¿Podemos pasar? —Al ver que se resistía, insistió—. Por favor...

Kira titubeó todavía un momento, pero decidió acceder. Al fin y al cabo, podía no gustarle ni pizca aquel tal Sunday, pero tenía curiosidad por la razón de su presencia allí. Y si la cosa iba de un trabajo, podía interesarle.

—Muy bien, pasad. Pero solo un momento. Y os iréis en cuanto yo lo diga. ¿Está claro?

No dijeron que sí, pero tampoco que no. Howard entrecerró los ojos, más molesto todavía, y el tal Sunday la miró casi con ternura, como si le hiciese mucha gracia esa niña petulante que creía controlar su mundo. Bien, pues que se fuera preparando, porque si pretendía tratarla de ese modo, no tardaría en encontrarse de vuelta en la calle.

Les condujo hasta la salita de estar y señaló el sofá. Sunday se sentó en él y se recostó con toda comodidad. Howard, que la conocía mejor, optó

por mantenerse justo en el borde, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento.

Miró a su alrededor.

—No está mal, pero era más bonita la casa de Sun Street —dijo, refiriéndose al lugar en el que vivía Kira cuando le conoció. Pues vaya novedad, a ella también. En aquella época, disponía de más dinero y podía permitirse ciertos lujos, como un piso precioso, de grandes balconadas con vistas a la playa. Howard había soñado con irse allí a vivir con ella, lo propuso varias veces. Probablemente no llegó a enterarse de que nunca tuvo la más mínima oportunidad.

—Sin duda. Pero ahora vivo aquí —replicó, seca. Odiaba ese piso alquilado, era la manifestación física de su decadencia, de todo lo que había perdido, pero él no tenía ningún derecho a decir nada al respecto. ¿Cómo se atrevía a presentarse de pronto y ponerse a opinar sobre el color de las cortinas?—. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —dijo Howard. Sunday cruzó las piernas.

—Sí. Un whisky. Sin hielo.

Se lo hubiera puesto, pero como no se mostraba amable y agradecido, sino que daba la impresión de estar en un bar barato, donde la furcia de turno solo existía para atender sus caprichos, decidió que no merecía malgastar un buen *Cardhu* en semejante idiota.

—Lo siento. No tengo.

—¿Ron?

—Tampoco.

—¿Ginebra?

—Pues no. De hecho, acabo de acordarme de que no tengo nada. Ni siquiera agua corriente.

—Ja ja —Rio el hombre—. Vaya por Dios. Sí que tienes redaños,

nena. Se nota que eres hija de tu padre.

—¿Mi padre? —Aquello la alarmó—. ¿Qué tiene que ver él con vosotros?

—Bueno, esto... —Howard consultó con la mirada a Sunday—. Tenemos que hablarte de algo...

—Se trata de un trabajo sencillo, nena, nada peligroso y muy bien pagado —dijo Sunday, y hasta dio una palmadita para reforzar su entusiasmo, como uno de esos vendedores de tónicos milagrosos de las películas del oeste—. Una auténtica bicoca.

Kira captó claramente el sonido de la alarma que se disparó en su interior al oír aquella frase. Incluso en la entonación, era idéntica a la que había oído tantas veces, en otros labios.

—¿Qué trabajo? —preguntó, con recelo.

—Recibiréis cien mil euros por un par de horas de vuestro tiempo —dijo Sunday, sin molestarse en contestar realmente. Su sonrisa se expandió varios centímetros, y giró la cabeza, incluyendo a Howard en la conversación—. Cada uno.

Cien mil euros. Cada uno. Kira apretó los labios, con la sensación de estar saboreando un cebo muy amargo.

—¿*Qué* trabajo? —insistió, dejando claro que no pensaba tragarlo sin más. No era tan boba. Al menos, la vida con Carter le había servido de algo. Haber crecido a su lado le había enseñado a estar alerta ante la cercanía de los tiburones de todas las especies.

El enanito diabólico se molestó. Siendo como era, había esperado más entusiasmo ante la mención de semejante cifra.

—Venga ya. ¿Y eso qué importa? Te acabo de ofrecer más dinero del que verás junto en toda tu puñetera vida, guapa.

—¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque no me gustan las tonterías. Ambos sabemos que no vas a hacer pucheros sea lo que sea. Para deducirlo, solo hay que tener en cuenta el modo en que vas disfrazada, *madame Sapkowski* —añadió con retintín.

Kira arqueó las cejas.

—*Madame Sapkowski* no sé, pero yo te juro que te echo de mi casa si en un segundo no me has dado una respuesta. Y sin necesidad de hacer pucheros.

Sabía cómo mostrarse más segura de sí misma de lo que se sentía en realidad, de modo que hasta sonrió y se cruzó de brazos. Tomado por sorpresa, Sunday se lo pensó un par de segundos mientras la escrutaba fijamente, calculando su margen de maniobra. Terminó haciendo una mueca.

—Vamos a... *coger* algo de una caja de seguridad, en el hotel Queen of Sheba —respondió.

Queen of Sheba... Kira se puso alerta. Recordó haber visto fotografías en la prensa. Era un complejo hostelero de lujo, situado a las afueras de la ciudad, en la zona más bonita de la costa, tres edificios en línea, de veinte pisos cada uno, que formaban una única construcción en las primeras tres plantas y en las tres últimas, las de las suites de lujo. Pertenecía a Yuri Gólubev, el antiguo socio de su padre.

Así que, detrás de aquello, debía rondar algún deseo de venganza.

—Ya está todo organizado, no te preocupes por nada —seguía diciendo Sunday—. De hecho, el trabajo en sí no llevará más de quince minutos, treinta como muchísimo. El resto de las dos horas las incluyo para preparativos y cosas del estilo. Como dije antes, una bicoca.

—Claro, claro... —Hizo un gesto despectivo, descartando todas aquella parafernalia que ocultaba lo realmente importante—. En conclusión: me estás hablando de un robo.

—¡No, por Dios! —El tono del enanito diabólico fue claramente burlón—. De una... *recuperación*. Es un término más exacto.

—Y una mierda. —Kira se volvió hacia Howard, pero él rehuyó su mirada—. ¿Os ha enviado mi padre?

—Kira... —empezó Howard. No fue capaz de seguir. Cobarde...

—Sí. —Sunday se encogió de hombros, con gesto indiferente—. Claro que sí. Él y otros caballeros, por supuesto. Sin su ayuda, la operación no sería posible, y no solo por su experiencia en estos asuntos. Hay muchos gastos, bonita. Tecnología y esas cosas, ya sabes.

Ella le miró enojada.

—Sí, ya sé, *bonito*. —No le hizo gracia que le devolviese el término. Que lo hubiese pensado antes de usarlo, y de un modo tan despectivo—. Lo sé demasiado bien. Lo suficiente como para no querer tener nada que ver en todo este asunto. No contéis conmigo. —Señaló con un dedo hacia la puerta, con el brazo bien extendido—. Fuera.

—Kira... —volvió a empezar Howard. Esta vez, le cortó ella misma.

—No, ni loca. Y, aunque eres un idiota redomado, no entiendo cómo has podido mezclarte en esto. En serio, Howard, ¿no escuchaste nada de lo que te dije en su día? ¡Entérate de una vez, ese hombre carece de escrúpulos! Oh, sí, por supuesto, siempre soltaba la misma monserga a los novatos a los que quería implicar: que si un trabajo sencillo, que si una auténtica bicoca... Pero, lo cierto es que sus puñeteros planes raramente salían bien y, cuando se complicaba el tema, dejar uno o dos muertos a sus espaldas no le quitaba el sueño. ¡Menudo cabrón!

—¡Es tu padre, por Dios! —exclamó él—. ¡No te mezclaría en algo peligroso!

—¿Estás tonto? ¿Es que no me escuchas? ¡Me mezcló en cosas peligrosas mil veces, y cuando solo era una niña! ¡No le detuvo ni mi edad ni

que fuese su hija! ¡Además, ese hombre me odia! ¡Puede que sea mi padre, puede que me engendrara, pero me odia tanto o más que yo a él! ¡Te aseguro que, si tuviera que prescindir de mí, no parpadearía!

—Estas exagerando —gruñó él, aunque con menos entusiasmo. Se dirigió a Sunday—. ¿Es necesario que intervenga Kira? Yo estoy dispuesto a hacerlo solo. Por ciento cincuenta mil euros —añadió, al momento, no fuera a perder una oportunidad.

Sunday negó con la cabeza.

—Lo lamento, pero no. Tengo órdenes. O los dos, o ninguno. Además, es demasiado tarde para buscar a otros. Os necesitamos a ambos.

Howard respiró agitadamente. Luego, apretó los labios.

—Entonces, cuenta con nosotros. Lo haremos.

—¡Howard! ¿Cómo te atreves a decidir por mí? —Enfadada, Kira señaló otra vez hacia la puerta de la calle—. Fuera de mi casa. Los dos. Ahora mismo.

—¡Son cien mil euros! —protestó él.

—¡Ja! ¡No seas iluso! ¡Dudo mucho que llegáramos a verlos!

—¡No me vengas con esas, no...!

—¡Un momento! —exclamó Sunday, más alto todavía, cortando la discusión. Se puso en pie—. Vamos a tranquilizarnos, parejita. Y tú, Kira, haz el favor de relajarte, joder. Antes de que las cosas se salgan de quicio, tengo otra oferta para ti.

Sin más, le tendió un sobre que sacó del interior de su chaqueta. Ella lo miró con desconfianza, sin intención de cogerlo.

—¿Qué coño es eso?

—Ya lo sabes —replicó, aunque aclaró al momento—: Una carta de tu padre.

Kira se hizo de rogar todavía un momento, pero siempre supo que no

podría quedarse sin conocer su contenido. Prácticamente se lo arrancó de la mano y lo abrió rasgando el papel sin contemplaciones.

Dentro, no había más que una nota muy breve.

Kira:

Nunca he sido un buen padre, ni tú la hija que hubiese querido. Las cosas son así, pero a quién le importa. A mí no, desde luego.

Hay una caja que tu madre dejó para ti. Si colaboras en lo que te pide Sunday, haré que te la entreguen.

Carter.

¿Una caja? ¿De su madre? Kira sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Apenas recordaba a Svetlana Ivanova, murió cuando ella tenía siete años, pero si algo tenía muy claro era que la quería con todas sus fuerzas. Muchas cosas se la recordaban: el olor a violetas que siempre la envolvía, el *Para Elisa* de Beethoven, que tanto le gustaba tocar al piano, el sabor del helado de chocolate que tomaban juntas en el parque...

Siempre que pensaba en ella se sentía como aquella niña a la que informaron de que su madre había muerto, ese momento que marcó el primer *antes y después* de su vida. El que dio fin a la etapa dorada de su infancia.

Oficialmente, Svetlana Ivanova se había suicidado, al arrojarle a la calle desde la ventana de su dormitorio. Kira no estaba en casa, Carter le había dado unos billetes a Víctor para que la llevase al parque, pero nunca lo creyó y, al cabo de tantos años, seguía sin creerlo.

Su madre nunca, *jamás*, la hubiera dejado sola. Alguien la había matado.

¿Gólubev, por alguna razón que ella desconocía? O, más probablemente, aquel cabrón de Carter. Bueno, para ser exactos, de haber

sido Carter, lo habían hecho entre los dos, porque la propia Kira habría tenido su parte de responsabilidad en lo sucedido. Una parte enorme.

«Papá, papá, ¿sabes? Tío Yuri estaba besando a mamá».

Tanto tiempo después, Kira se estremeció ante la conocida oleada de culpa y desesperación.

Una caja, de su madre... Para ella...

Era una trampa. Tenía que ser una trampa, seguro; pero Carter era un experto en dejarla sin opciones.

Miró a Sunday.

—¿Qué hay que hacer?

—Estupendo. —El hombrecillo se frotó otra vez las manos, con entusiasmo, y consultó su reloj de pulsera—. Ahora debo irme, que tengo una reunión, pero volveré mañana, a las nueve en punto, para empezar a daros las instrucciones necesarias. Os quiero bien despiertos y bien dispuestos, ¿de acuerdo? —Solo Howard asintió, pero lo dio por válido—. Recuerdo dónde está la salida, tranquilos. Seguro que tenéis cosillas de las que hablar.

—Ya lo dudo —masculló Kira, cuando oyeron que se cerraba la puerta de la calle. Clavó en Howard unos ojos que hubiese deseado que fuesen puñales—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué pintas tú en este asunto?

Howard la miró a la defensiva.

—No lo sé. No tengo ni idea. Tu padre me llamó desde la cárcel y, al salir de la entrevista, me abordó Sunday y me soltó esta historia. —Se encogió de hombros—. Quizá no sabe que tú y yo ya no estamos juntos.

—Si es que lo hemos estado alguna vez.

—¡Venga ya, Kira! ¡Si hasta hablamos de boda!

—*Tú* hablabas de boda. Y yo... —Sí, tenía que reconocerlo, alguna vez se le pasó por la cabeza, muy al principio. Había conocido a Howard en una época en la que buscaba estabilidad: un trabajo serio, un buen hombre,

quizá formar una familia... Pero estaba muy difícil conseguir lo primero y Howard no era lo segundo. Lo tercero había quedado por completo descartado—. En fin, da igual.

Él la miró con amargura.

—Sí, supongo que da lo mismo. Estoy cansado de darme una y otra vez contra una pared. En serio, olvidemos el pasado. Te propongo que nos comportemos de un modo profesional...

Kira agitó la cabeza.

—No tienes ni idea, Howard, ni idea, de lo que supone ser profesional en este ambiente.

—No. Pero tú sí. Y si me ayudas a mí te ayudarás a ti misma. —Hizo un gesto evidente, abarcando la casa—. Vamos a conseguir ese dinero, Kira. De ese modo, podremos salir de la mierda en la que estamos metidos.

—¿Quién te ha dicho a ti que estoy metida en la mierda?

—¿Ah, no? Madame Sapkowski, ¿eh? Por lo que me han dicho, lees el futuro a unas pobres amas de casa que mejor harían guardando ese dinero para la compra del supermercado de mañana.

Kira se ruborizó.

—Les ofrezco ilusión, ánimos...

—¿De verdad? —preguntó, despectivo—. A mí no puedes engañarme. Puede que lo nuestro no funcionase, por... por la razón que sea, pero nos conocemos bien. Siempre has ido por ahí a la deriva, sin control. Esta es tu oportunidad de encarrilar tu vida, y lo sabes. —Se puso en pie y se dirigió también hacia la puerta—. Nos vemos mañana a las nueve.

CAPÍTULO 3

Una semana después, justo en el momento en que los relojes de la ciudad marcaban las doce del mediodía, Kira Carter estaba saliendo de uno de los ascensores del hotel Queen of Sheba.

Con paso firme sobre sus altísimos tacones, y un sugerente oscilar de caderas, se encaminó hacia el gran mostrador de mármol del impresionante vestíbulo. Llevaba un joyero de buen tamaño entre las manos y una sonrisa despreocupada.

Bajo aquella apariencia de seguridad, Kira ocultaba muchos miedos, pero no el de ser reconocida. No, con aquella peluca de larga melena negra y unas gafas de sol oscuras que hubieran podido ser descritas como *absolutamente enormes* incluso en los años setenta. El vestido negro con detalles azules era elegante y sexy, y llevaba unos zapatos con los mismos colores combinados. Su bolso era un capazo muy grande, en el que había atado un pañuelo a juego.

El tal Sunday tenía buen gusto en cuestión de ropa y complementos, no podía negarlo. Después de aquello, intentaría conservar los zapatos. O todo el conjunto, a ser posible.

Cuando alcanzó el punto medio del recorrido, echó un vistazo de reojo. No tardó en localizar las cámaras de seguridad que había visto en los planos del edificio, dos a un lado y dos al otro, sin puntos ciegos. Cuatro solo en el vestíbulo, claro, porque había muchas más distribuidas por todo el complejo turístico, en grupos de dos o tres. Demasiadas, para un hotel, en su opinión... Pero, claro, era un hotel de lujo desbordante. La gente que se alojaba allí, era de la que no estaba acostumbrada a dejar nada al azar.

Bueno, a ella le daba igual, ya las tenía a la vista. No le importaban demasiado en ese instante, pero le gustaba tenerlas localizadas por pura

costumbre. Siempre era lo primero que hacían los hombres de Carter, en otros tiempos. *Si te observan, que no sea sin que te enteres, niña*, le dijo mil veces su padre, y ella había sido una buena alumna, al menos en eso.

A todos los efectos, quien se acercó al mostrador fue Liz Forrest, feliz propietaria de un par de exitosas tiendas de moda. La señorita Forrest había venido a la ciudad por negocios, a la búsqueda de un local y nuevos socios con los que expandirse, por lo que era huésped desde hacía poco más de tres horas de la habitación quinientos doce.

Eso afirmaban, al menos, los papeles que llevaba en el bolso, tan falsos como el beso de Judas, incluido el carné de un bingo. A la señorita Forrest debía gustarle aquel entretenimiento, porque estaba bastante manoseado.

Kira caminaba con soltura pero estaba nerviosa, no podía negarlo. Había perdido mucha práctica, llevaba demasiados años lejos del auténtico trabajo de campo. Una cosa era camelarse con cuatro cuentos a unas amas de casa que estaban deseando engañarse a sí mismas, y otra muy distinta el llevar a cabo un plan de semejante envergadura, y con tantos riesgos.

¿Cuándo fue la última vez? Con dieciséis años, cuando se hizo pasar en aquel club de campo francés por la novia de Derry...

No, no quería pensar en aquello...

Apoyó el joyero en el mostrador, para que fuera bien visible, y esperó. No había pasado ni un segundo cuando el empleado más cercano, un joven mulato de aire agradable, levantó la vista del ordenador en el que estaba comprobando algunos datos y le ofreció una sonrisa. Llevaba una plaquita a un lado del pecho, con el nombre de «Gerard».

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—No sé si me recuerda, soy Liz Forrest, de la quinientos doce, me registré esta mañana. —Le mostró la llave magnética—. Voy a salir y antes

me gustaría alquilar una de sus cajas de seguridad en *La cúpula*.

Según le explicaron durante la preparación del golpe, en aquel hotel llamaban así a una cámara blindada situada en el sótano. Allí, siempre vigiladas por guardias y un sofisticado sistema de seguridad, se guardaban quinientas cajas fuertes de distintas capacidades, para el caso de que los huéspedes, muchas veces millonarios que viajaban con sus joyas y otros objetos de valor, desearan una protección adicional.

Por si eso no fuera suficiente, el Queen of Sheba disponía incluso de casino propio, una zona de diversión fastuosa que ocupaba todo el piso veintidós, y que generaba mucho dinero cada noche. Eso sí que tenía que ser impresionante. Pena no poder subir, para verlo. Incluso se conformaría con pisar la planta veinte, donde estaba el gigantesco gimnasio con piscina, para los clientes, ya para qué mencionar la veintiuno, ocupada por las llamadas «Suites comunes», con dos Suites Nupciales, dos Presidenciales y dos Principales.

En el casino terminaba el acceso libre de cualquier cliente del hotel. Para subir más arriba se necesitaba una tarjeta especial que desbloqueaba los accesos o ser monitorizado desde la sala de seguridad. Resultaba lógico, porque la veintitrés la ocupaban oficinas de grandes firmas, en las que se podían celebrar reuniones de negocios y llegar a acuerdos con total discreción; la veinticuatro estaba destinada a las grandes suites VIP, que no se alquilaban a desconocidos y, por lo general, ni se cobraba por su ocupación, se consideraban invitados; y la veinticinco había quedado reservada desde el inicio de su construcción como vivienda para el propietario y para su jefe de seguridad, un tal Vincent Dilligan, alguien en quien, evidentemente, Gólubev confiaba por completo.

A eso se añadían los tres primeros pisos, dedicados a tiendas de las mejores marcas, restaurantes, joyerías, agencias de viajes para ricos y un

largo etcétera de negocios más que rentables. En la planta baja también había algunos, pero mucho espacio estaba reservado a la administración y organización del propio hotel, con los despachos públicos de su dueño, el jefe de seguridad y otros directivos.

Por todo ello, la seguridad con la que contaba aquel hotel era tan cercana a la de un banco que, en realidad, en algunos aspectos podía ser considerado como tal.

Sobre todo teniendo en cuenta que, todo eso, no eran más que las excusas oficiales, las razones para dar un sentido legal a semejante control de seguridad. Sunday les había dicho que se movía mucho dinero en aquel hotel, lícito e ilícito; de hecho, era el punto de blanqueo más importante de la zona, y Kira volvió a recordarse que, incluso en el peor de los casos, robar a ladrones, no era robar.

—Claro que la recuerdo, señorita Forrest. —Sus ojos indicaron que sí, que la recordaba, y que estaba encantado de hacerlo—. Y si así lo desea, será un placer, por supuesto. Pero sabe que dispone de una caja de seguridad privada en su habitación, ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego. El botones me la mostró y me enseñó a utilizarla. Pero tengo algunas joyas importantes, más que nada por su valor sentimental, fueron de mi madre, y no me gustaría que ocurriera un percance. Creo que prefiero que lo guarden en *La cúpula*. Me han hablado muy bien de ese servicio.

—Por supuesto. Espere un momento. —Descolgó un teléfono, pulsó un botón en un tablero de aspecto muy moderno y se encendió una lucecita—. Señor Walters, soy Gerard. La huésped de la quinientos doce desea alquilar una caja de seguridad en *La cúpula*. Bien, señor —añadió casi al momento, y colgó—: Enseguida vienen a buscarla, señorita Forrest. Si quiere sentarse... —Señaló los elegantes sofás distribuidos por el vestíbulo. Ella

negó con la cabeza.

—No, gracias, esperaré por aquí, si no le importa.

—No, por supuesto que no. Será cosa de un par de minutos.

Seguro que Gerard le hubiese dado más conversación, se le veía con ganas de charla, pero por suerte se acercaron otros dos clientes, solicitando que les pidieran un taxi. Kira aprovechó la ocasión para apartarse ligeramente del mostrador y estudió el lugar. Sus ojos pasaron por la reluciente piedra blanca con vetas grises que cubría suelos, paredes, columnas y techos. Hubiera tenido un aspecto clásico de no ser por la cenefa de cintas de brillante titanio y distintas anchuras que cruzaba por todos lados. Las lámparas y el mobiliario en general también tenían un diseño moderno, incluso futurista.

El edificio ya era de por sí muy grande, pero además los tonos claros utilizados aumentaban la sensación de espacio, una impresión que se veía reforzada por las muchas cristaleras que se veían por todos lados, además del titanio de los elevadores situados en tres puntos, a los lados y entre las escaleras curvas que subían al primer piso, común entre los edificios; cada grupo de ascensores estaba formado por tres tubos resplandecientes que quedaban a la vista a lo largo de varios pisos y que le daba a todo el conjunto un aire muy sofisticado.

Su propia habitación, en la que había estado las últimas horas y a la que no esperaba poder volver jamás, era una auténtica maravilla. ¡Qué tamaño! Así que había pocas habitaciones por piso, tan solo quince. ¡Pero si toda su casa cabía en el inmenso cuarto de baño con yacusi! ¿Cómo debían ser las suites de la planta veinticuatro, que solo eran tres?

¡Y qué vistas desde las ventanas! ¡Qué cama! ¡Qué pantalla de plasma! ¡Qué vestidor, que era una habitación por sí mismo, y tenía espacio para guardar toda la ropa que había poseído Kira en toda su vida, y aun así

seguir dando la impresión de estar vacío casi por completo!

Aquel hotel destilaba auténtico lujo en cada milímetro cuadrado, esa sensación de prosperidad que solo podía dar una riqueza considerable. No cualquier cuenta corriente de un ciudadano de a pie, no: una fortuna de esas que solo disfrutaban unos pocos privilegiados, en todo el mundo. El famoso uno por ciento.

«Decidido», pensó, intentando echarle un poco de humor al asunto. «Ahorraré todo lo que gane a partir de este momento, hasta la última moneda, así, en cuanto me jubile, me podré dar el gusto de venir a pasar una noche».

Una, y contenta, porque más no podría pagarse.

Las puertas que daban a la calle también eran de cristal, enormes y automáticas. Mientras las miraba, se abrieron por sí mismas para dejar paso a tres hombres que llegaban en grupo, conversando entre ellos. Le llamaron la atención por su aire nórdico: los tres eran rubios, con ojos claros y piel pálida.

Uno, el de más edad, debía ser el jefe, y daba la impresión de que era de los desagradables. Por si eso no hubiera sido suficiente, parecía enfadado. Cortó lo que fuera que estaban diciendo sus acompañantes con un gesto seco y avanzó resuelto, para caminar unos pasos por delante, marcando distancias.

Los otros tenían toda la pinta de ser guardaespaldas o asistentes, o ambas cosas. Uno se demoró, comprobando el sitio con los ojos, como si temiera una emboscada en cualquier momento, y el tercero hizo una mueca ecuánime y sacó su móvil para contestar una llamada en un idioma que le sonó al ruso de las películas.

«Vaya, qué te parece». Igual eran familiares de *madame* Sapkowski, descendientes también de la famosa zíngara que se perdió en el bosque. Casi se le escapó una risita con la tontería y el tipo del móvil se dio cuenta. Cuando sus ojos se cruzaron, sonrió.

Kira no pudo evitar corresponder al gesto, porque era un individuo muy atractivo, no podía negarse. Más alto que los otros dos, de un rubio que casi resultaba platino, ancho de hombros... Muy interesante. Seguramente, de ser otras las circunstancias, se hubiese dejado llevar por una o dos fantasías absurdas, pero se sobresaltó al ver que el hombre guardaba el teléfono, le decía algo a su compañero y se dirigía hacia el mostrador.

¿Hacia ella?

Kira se envaró. ¿Acaso le habría enviado alguna señal, alguna indicación de que estaba abierta a nuevas y alegres posibilidades? Lo dudaba. Ninguna consciente, en todo caso, al margen de la cortesía de responder a su sonrisa.

Pero allí estaba aquel individuo, avanzando decidido, con aquel caminar que casi parecía el de una pantera que estuviese rondando una presa especialmente llamativa. Pues vale. Lo último que necesitaba era que pensase que estaba dispuesta a ligar. Por muy guapo que le pareciese, no llegaba en un momento oportuno.

Miró para otro lado, con indiferencia, dejado claro que andaba muy interesada en asuntos que quedaban en la otra punta del planeta, aunque le siguió vigilando por el rabillo del ojo.

El hombre se situó a cosa de un metro, con las manos en el mostrador. Así que, también estaba a sus propios asuntos y no había ido hasta allí por ella.

A pesar de todo, Kira no pudo evitar una punzada de decepción.

—Buenos días, señor Nask —dijo Gerard. Debía ser un cliente importante, porque se apresuró a ponerse en pie y le tendió algo, una llave magnética—. Aquí tiene. Si necesitan algo más, no duden en avisar.

—Gracias, Gerard —respondió el hombre, con un fuerte acento ruso—. El señor Nóvikov desea confirmar su cita con el señor Gólubev. ¿Puede

comprobarlo, por favor?

—Sí, por supuesto. Un momento.

Gerard cogió el teléfono interior y pulsó unos botones. Nask aprovechó la ocasión para volverse hacia Kira.

—¿Recién llegada? —preguntó, sin más rodeos. Bueno, así que, algo de interés sí que tenía, no se lo había imaginado... Menos mal. Kira se sintió absurdamente aliviada. Carraspeó y trató de mostrarse lo más desenvuelta posible.

—Hace un par de horas, sí.

—Pues bienvenida.

—Muchas gracias.

No pudo evitarlo, le dedicó una gran sonrisa. La señorita Forrest era así de simpática. Además, la señorita Carter se alegraba de no haber perdido su encanto.

Los ojos de Nask la miraron con renovado interés.

—¿Va a quedarse mucho tiempo?

—Podría decirse... Cosa de una semana.

—Estupendo. Esto va a gustarle.

—Seguro que sí.

—¿Está acompañada?

—¿Cómo?

—Que si ha venido con alguien. Ya sabe, familia, hermanos, amigos... novio, marido...

—Oh. —Recordó los datos que le había hecho memorizar Sunday. Los padres de Liz Forrest ya habían muerto y carecía de familia cercana. Además, era soltera y tenía dinero—. No, no. Viajo sola. Estoy soltera.

—Me alegro. —El rubio sonrió de oreja a oreja—. Entonces, quizá quiera cenar conmigo esta noche.

Kira se echó a reír.

—¿Es siempre tan directo, señor Nask?

—Suelo serlo, sí. La vida me ha enseñado que, si no haces las cosas cuando quieres, quizá nunca más tengas ocasión de hacerlas. —Esa era una gran verdad, reconoció Kira con amargura—. ¿Qué me dice? Podemos quedar aquí mismo y cenar en el restaurante del hotel, conversando como buenos vecinos.

Ella dudó. O simuló dudar. Sabía perfectamente que no podía aceptar semejante invitación, aunque le tentase la idea.

—La verdad, no sé qué decirle. Mi difunta abuela, que era una mujer muy cauta y muy sabia, me hubiese recomendado que tuviese mucho cuidado con usted, y con razón. En un segundo, así como si no quiere la cosa, me ha sometido a un interrogatorio de lo más severo y todavía ni sé cuál es su nombre de pila.

Nask rio.

—Le aseguro que un interrogatorio severo es algo muy distinto. —Lo dijo con gracia, pero Kira tuvo la impresión de lo sabía por experiencia y sintió un cierto sobresalto—. Respecto a lo segundo, es algo que tiene fácil arreglo. —Le tendió la mano—. Vladimir Nask. Encantado. Me alojo con mi jefe, el señor Nóvikov, en la Suite Presidencial.

Vaya. Así que tenían uno de los mejores alojamientos, la habitación más lujosa del penúltimo piso. Era un palacio en sí misma, en una zona que ya de por sí podía alojar satisfactoriamente a cualquier miembro de cualquier realeza planetaria. Pese a estar a esa altura, todas las suites contaban con espacio de jardín e incluso con piscina.

El tal Nóvikov debía estar realmente forrado.

—Liz Forrest —respondió, mientras estrechaba su mano. Una pena, porque le hubiese encantado cenar con él, pero no podía aceptar—. Lo siento,

es imposible. Esta noche ya tengo un compromiso.

—Vaya, ¿lo ve? Me acusa de precipitarme y lo cierto es que no fui lo bastante rápido. Alguien se me ha adelantado. —Ambos rieron—. ¿Y mañana?

—¡Qué insistencia! ¿Tanto le importa?

Él parpadeó lentamente, como si estuviese considerando una pregunta cuya respuesta exigía una seria reflexión.

—Parece ser usted una mujer muy interesante, y no crea que lo digo a menudo —le aseguró—. Vamos, acepte cenar conmigo mañana. Aquí, en el restaurante, en público. Hasta su difunta abuela estaría de acuerdo conmigo en que le estoy proponiendo un entorno de lo más inofensivo. Lo peor que puede pasarle es que no encuentre divertidos mis chistes y se vaya a dormir con un buen dolor de cabeza.

Kira no pudo evitar una carcajada.

—Está bien —se oyó decir, más que nada por dar por terminado el asunto, aunque una parte de ella hubiese deseado poder estar hablando en serio. Pero, no siempre podías ligar con el primer ruso macizo que se te cruzaba por el camino. Así de lamentable era la vida—. Mañana.

—¿A las ocho, aquí mismo? —Ella asintió—. Perfecto. Le aseguro que me ha alegrado el día, la semana y hasta el mes.

—El señor Gólubev estará en su suite a la hora acordada —dijo entonces Gerard, mientras colgaba el auricular y la salvaba de tener que buscar una réplica para aquello. Nask asintió, se despidió cortés de ambos y se alejó. Tomó uno de los ascensores hacia las alturas.

—¿Es un cliente importante? —le preguntó Kira a Gerard. El joven titubeó.

—Podría decirse, sí. En realidad, trabaja para el señor Nóvikov, uno de los socios del dueño del hotel. —Kira asintió, preguntándose si se habría

topado con una perla de la mafia rusa. A saber, y de ser así, aquel asunto podía ser más peligroso de lo que pensaba. ¿En qué estaría metido Carter? ¿Qué deseaba recuperar de ese sitio? Sunday no había querido darles ningún dato al respecto—. El señor Nask se ocupa de todo lo relativo a su seguridad.

—¿De la seguridad del hotel?

—No, no, de la del señor Nóvikov. Del hotel se ocupa... —Algo atrajo su atención y señaló hacia un lado, donde acababa de abrirse una puerta cercana al mostrador, una puerta sin manilla, solo con lector. De ella surgió un guardia de seguridad, un hombre enorme, casi tan ancho como alto, perfectamente uniformado y equipado con una pistola tan grande que parecía hecha para su talla—. Ah, mire, aquí vienen a atenderla. Es Jimmy, uno de nuestros guardias. La acompañará a *La cúpula*.

«Menudo armario», pensó Kira, impresionada por la envergadura del tal Jimmy. Esperaba que no se complicasen las cosas, porque seguro que podía quebrarla como si fuera una ramita seca, y solo con una mano.

El hombretón miró en su dirección.

—Señorita Forrest, venga conmigo, por favor —le dijo, con una voz cavernosa. Normal, surgía de las profundidades ignotas de su enorme pecho, donde debía tener espacio para retumbar a placer. Ella asintió con una sonrisa.

—Por supuesto. Gracias.

Pasó tras el mostrador y le siguió a través de la puerta, con una sensación extraña, casi como si estuviese avanzando a través de la niebla de un sueño. De pronto, sentía las manos sudadas, el corazón en vilo y las piernas como auténtica mantequilla. Pero ¿qué hacía allí? No estaba preparada para semejante misión... ¿Misión? ¿Pero, qué misión? Ni siquiera tenía sentido lo que habían organizado. Había discutido con Sunday hasta quedarse afónica, pero sin éxito.

Para empezar, si lo que había que recoger era algo medianamente pequeño, y esa impresión daba, con una persona hubiese sido suficiente. Meter a dos, y una de ellas con un riesgo enorme como el que iba a pasar Howard, resultaba absurdo, muy poco profesional. ¡Y con lo que había costado infiltrarle!

Su instinto le decía que estaba cometiendo un error, que todo iba a ser un completo desastre. Hubiese deseado poder echar a correr, alejarse de allí lo más rápido posible, pero no podía, claro. Demasiado tarde.

Para darse ánimos, pensó en su madre, en lo que fuese que había deseado que tuviera, lo que había dejado en aquella caja. La razón por la que ella iba a hacer aquello, *iba a conseguir aquello*, del mejor modo posible.

Por su mente pasaron a toda velocidad distintas opciones.

Una joya.

Un dibujo.

Un patuco de cuando era bebé.

Unas fotos.

Una carta... Sí, ojalá fuese una carta, en la que le dijese lo mucho, muchísimo, que la quería. Una carta que podría conservar por siempre y releer año tras año, de la que sacar fuerzas cuando las cosas fuesen mal.

Una carta en la que le dijese cuánto la quería y que la perdonaba...

Pero ¿cuándo pudo dejarla? ¿O, simplemente, la caja, con lo que fuese? ¿Acaso lo hizo porque sabía que estaba en peligro? ¿Quizá temía que su hija hablase más de la cuenta, que le contara a su padre lo que había visto? Esperaba que no fuese algo así, pero no podía haber otra explicación para la existencia de esa caja. Tenía que haberla preparado, para cuando ya no estuviese.

De existir, claro.

Si no haber caja alguna, mataría a Charles Carter, por jugar con algo

tan grave. Lo haría, estaba dispuesta a jurarlo. Le visitaría y le lanzaría una mirada que le fulminaría en el sitio. Solo quedaría un montoncito de cenizas en su silla, y antes de que la detuviesen, podría soplar para dispersarlas por todos lados.

Además, así ya estaría en la cárcel y las autoridades podrían meterla en una celda cómodamente. Que no se dijera que no colaboraba con la justicia.

Siguió dándole vueltas a aquello durante todo el camino. Solo de forma secundaria fue consciente de que recorrían varios pasillos y bajaban distintos tramos de escaleras, un trayecto que hasta entonces solo había visto sobre el plano del hotel.

Cruzó una última puerta y se encontró en la sala blindada del Queen of Sheba

.

CAPITULO 4

La cúpula...

Kira miró a su alrededor y hacia el techo, impresionada. También la había visto en los planos, pero era diferente contemplarla en persona.

Estaba en un enorme espacio circular, con una larga pared curva de mármol y las cintas de titanio habituales. Se doblaba más y más sobre sí misma a medida que tomaba altura y configuraba, efectivamente, la forma de una cúpula, aunque solo podía verse media sección. Una impresionante puerta blindada, que tenía como posible manilla lo que parecía el timón de rueda de una gran nave espacial, la cortaba por la mitad, de tal modo que la otra media cúpula quedaba convertida en la cámara acorazada propiamente dicha.

La cúpula estaba situada justo en el centro del edificio, un punto apropiado dado que, de algún modo, se trataba de su corazón, del motor que insuflaba vida a todo lo demás. Según les había contado Sunday, allí, lejos de bancos controlados por la ley o de zulos donde algunos tenían que amontonar los billetes de cualquier manera, se guardaban en ocasiones las ganancias ilícitas de mucha gente, principalmente delincuentes y políticos corruptos de alto nivel que querían limpiar su dinero negro y sacarlo del país cuanto antes.

El dueño, Yuri Gólubev, lo hacía regularmente por ellos, a cambio de una comisión más que sustanciosa, pero menor que la de muchos bancos.

Yuri Gólubev...

«Papá, papá, ¿sabes? Tío Yuri estaba besando a mamá».

¿Estaba aquel asunto relacionado con ellos, con la muerte de su madre? Pues claro que sí. Ni en un millón de años podría darse la casualidad de que su padre quisiera robar algo de un hotel de su antiguo socio, sin que el móvil fuera algo personal, por completo. Y, de algún modo, saberlo la había

tranquilizado. No era solo robar dinero, a su padre seguía doliéndole el pasado, lo que le volvía más humano a sus ojos. Le daba esperanzas.

Quizá quería recuperar algo de su madre, o conseguir alguna prueba con la que destruir a Gólubev, si era este el culpable, y ella lo deseaba, deseaba con todas sus fuerzas que Gólubev fuese el culpable, para no sentirse mal...

Fuera lo que fuese, estaba dispuesta a descubrirlo, antes de entregárselo.

«Céntrate», se ordenó, enojada consigo misma. Estaba en *La cúpula*, disfrazada y con nombre falso, no era momento para ponerse a divagar.

Por suerte, en aquel lugar no había tonos que provocaran sobresaltos, porque ya estaba suficientemente nerviosa. El suelo estaba cubierto con una moqueta mullida, de un suave tono gris perla, exactamente el mismo de las vetas del mármol de las paredes. En la sala había una mesa de cristal ahumado, larga y ovalada, con un ordenador y un monitor realmente enorme. Según entraron, un individuo menudo, con aspecto de contable, estaba tecleando algo en él.

También pudo comprobar que había presentes dos guardias de seguridad, contando al que la había acompañado hasta allí, y tres cámaras de vigilancia colocadas a diferentes alturas. Exactamente como había esperado.

Mientras pasaba por su lado, los ojos de Kira se detuvieron un segundo en lo que Sunday denominaba «puerta trasera». No se trataba de un acceso público, era solo para uso del personal del hotel, y daba a un corto pasillo con otras dos salidas: una, que llevaba a uno de los ascensores de servicio y otra que conducía directamente al aparcamiento, más allá de una puerta de alto blindaje; una salida muy útil, a la hora de meter o sacar grandes bolsas llenas de dinero que no debían ser vistas.

En aquel acceso no había cámaras, pero no porque no se considerase

importante vigilar a quienes lo cruzaran. Simplemente, no eran necesarias: el pasillo en sí era la cabina de un escáner de ondas milimétricas, controlado desde la sala de seguridad del Queen of Sheba. Nada que pasase por allí podía escapar a su escrutinio.

La *puerta trasera* por aquel lado también estaba blindada y disponía de una cerradura electrónica tan grande como un libro, pero si todo iba bien, en pocos minutos se abriría para dejar pasar a Howard. Al menos, así se indicaba en el plan de Sunday.

El hombre que estaba sentado frente al ordenador se incorporó a medias para recibirla. Muy cortés, muy educado y caballeroso, pero no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a sus piernas. Kira no pudo culparle; al fin y al cabo, para eso había sido elegido el conjunto que vestía.

Detrás del empleado del hotel, vio el pequeño mueble bar y la cafetera de acero y cristal de diseño futurista, con el juego de tazas de la porcelana más exquisita. Allí sí que sabían obsequiar bien a los clientes.

—Señorita Forrest, encantado de conocerla —dijo el individuo, bastante pomposo—. Soy Donald Walters y pertenezco al departamento de seguridad del hotel. —Le señaló una silla al otro lado de la mesa—. Por favor, póngase cómoda.

—Gracias —dijo ella, con una sonrisa brillante, y se sentó cruzando las piernas en un gesto sensual. Como la superficie de la mesa era de cristal, el señor Walters podría seguir disfrutando del paisaje—. Lo mismo digo. Un placer. —Se dio cuenta de que la miraba con extrañeza. Las gafas de sol, claro, poco apropiadas en aquel sótano. Las tocó con la mano derecha y dio la excusa que llevaba preparada—. Perdona, casi no he podido dormir por culpa del *jet lag* y tengo unas ojeras absolutamente espantosas. —Añadió un gesto coqueto—. Creo que hoy no me voy a quitar las gafas en todo el día. Espero que no sea necesario que lo haga.

—Pues es una pena —respondió él—. Seguro que tiene unos ojos tan bonitos como... —Se interrumpió. Seguro que iba a decir «sus piernas», pero le había parecido poco caballeroso. Carraspeó y terminó la frase de otra manera, que tampoco era mucho mejor—. Como todo lo demás.

Kira rio, simulando timidez.

—Qué cosas tiene usted. Pero muchas gracias.

—Solo me atengo a la verdad. —Pareció algo incómodo, como si no supiera si se había excedido, y optó por centrarse en el trabajo—. Según me han informado, desea usted alquilar una caja de seguridad en el interior de *La cúpula*...

No era una pregunta, propiamente, pero aun así Kira se sintió impulsada a asentir.

—Así es. Verá, en este viaje he traído algunas joyas que me gustaría que guardasen con especial cuidado —dijo, dando una palmadita en el joyero que había depositado sobre su regazo—. Varias de ellas tienen un gran valor sentimental. Pertenecieron a mi madre y algunas incluso a mi abuela. Perderlas me causaría una pena enorme.

El señor Walters sonrió, comprensivo.

—Sí, muchas de las damas que se alojan en el hotel toman esta precaución, aunque, créame, la caja de seguridad de su habitación es absolutamente fiable.

—Oh, estoy segura de ello...

—Jamás se ha producido un robo en el Queen of Sheba —la interrumpió, aunque con gesto de disculpa—. Perdón que insista, pero es que es importante que lo tenga en cuenta. El sistema de seguridad de este hotel es absolutamente infalible. Lo ha diseñado un equipo experto. Nuestro Director de Seguridad ha trabajado varios años para el gobierno. —Se inclinó hacia ella, como compartiendo una confidencia—. Incluso para la CIA,

aunque no de una forma oficial, claro. De hecho, es algo que ni consta en su currículum. Pero...

Walters sonrió, dejando el tema a criterio del cliente: podía estar contando un chiste o confiando amistosamente un dato que no podía constar en ningún sitio de forma oficial. Otro igual se hubiese reído, sin más, pero Kira no. Era hija de Carter y se había ocupado de preguntar todo lo relativo al sistema de seguridad y a sus responsables, Vincent Dilligan incluido, pero Sunday no había mencionado a ningún antiguo agente de la CIA.

Maldito cabrón. ¿Qué se pensaba que era ese dato, un detallito sin importancia? Alguien así podía resultar muy peligroso. Le costó permanecer impasible, controlar su respiración. No podía dejarse llevar por la histeria o estaba perdida.

El señor Walters solo la vio parpadear, una única vez. Y quizá ni eso, gracias a las grandes gafas de sol.

—Me reconforta saberlo —respondió con voz contenida, mientras se preguntaba si saldría entera de aquella habitación o si un espía experto en un largo listado de artes marciales la convertiría en pulpa en cuanto metiese la mano en una caja fuerte ajena.

El señor Walters volvió a sonreír, paternal, y empezó a teclear en su ordenador.

—Veamos... sí. Liz Forrest, ¿no? —Kira asintió—. Ajá, aquí tengo sus datos, perfecto. ¿Puede dejarme un momento la llave de su habitación? —Ella le tendió la tarjeta y el hombre la pasó por un lector—. Bien, bien, bien. Le adjudico una caja, y... —Pulsó un botón teatralmente—. ¡*Voilà!* Doy orden de que se abra la compuerta. Tardará diez minutos exactos.

—¿Tanto? —Puso cara de sorpresa, aunque sabía perfectamente que ese era el tiempo establecido. Nada de atracos rápidos en ese sitio.

—Espero que no tenga prisa. Me temo que no podemos evitarlo. Es

una cuestión de seguridad. Esta clase de detalles evitan muchos robos, créame.

—Oh, lo entiendo, no se preocupe. De hecho, pensándolo bien, parece una buena idea. Solo es que me ha sorprendido.

—Forma parte de las medidas de seguridad, me temo. ¿Quiere una revista? ¿Un café? Tendrá que firmarme unos documentos, pero no corren prisa. ¿Prefiere irse y volver luego?

—No, no, gracias. No hay problema. Pero un café me vendría bien, sí. —Sonrió—. A ver si me espabilo un poco.

—Cómo no. —El señor Walters se levantó, cogió una cápsula de café y la introdujo en la cafetera. Colocó en la salida una de las tacitas y esperó a que se llenase con el líquido oscuro y aromático. Entonces, la puso en su platito y añadió una cucharilla plateada y una servilleta de papel diminuta. Miró hacia Kira—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—No. Lo tomo solo, gracias.

—¿De verdad? Es extraño —comentó, mientras se la tendía—. Por lo general, las mujeres lo prefieren dulce.

Kira sonrió con media boca. Cómo odiaba esos pequeños detalles machistas que todavía flotaban en la sociedad, incluso entre quienes alardeaban de considerar a todos como iguales.

—Bueno, ya sabe lo que se dice de las generalizaciones.

—Sí, claro. —Se mostró algo desconcertado, como si no supiese muy bien cómo tomarse sus palabras. Por suerte, la impresora empezó a zumbar—. ¿Va a estar mucho tiempo en la ciudad?

—Una semana. Tengo algunas reuniones de trabajo, pero me dejarán mucho tiempo libre. Aprovecharé para conocer un poco la zona y para visitar todos los museos posibles.

—Estupendo. Le recomiendo nuestro Museo de Arte Moderno. ¿O

quizá ya lo ha visto?

—No, todavía no. Espero ir mañana.

—No se lo pierda. Es una auténtica maravilla. —Cogió los papeles que habían surgido de la impresora, comprobó su contenido, asintió, muy satisfecho consigo mismo, y se los tendió, junto con un bolígrafo—. Léalos y firme al pie, por favor.

Kira leyó con indiferencia los breves párrafos en los que constaba que Liz Forrest alquilaba una caja de seguridad, la 2020 por una de esas curiosas coincidencias de los números, y procedió a firmar al pie, cuidando de que no quedase ninguna huella útil en el bolígrafo. Miró disimuladamente el reloj. Faltaban exactamente cinco minutos para que se abriese la puerta blindada.

Había llegado el momento de llevar a cabo la parte más delicada de aquel absurdo plan.

Bajó una rodilla, y, cuando el joyero empezó a resbalar, ahogó una exclamación mientras intentaba retenerlo, lo que provocó un manotazo. El resultado fue que la taza de café cayó al suelo. Pese a ser muy delicada, no se rompió, pero una mancha de café empezó a extenderse rápidamente por la moqueta.

—¡Oh, Señor, qué torpe soy! ¡Cuánto lo siento! —exclamó, convincentemente apurada. El señor Walters, que se había incorporado de un brinco, agitó la cabeza.

—No se preocupe, faltaría más. ¿Se ha manchado usted? ¿Se ha quemado?

—No, no. Me temo que la única que ha salido perjudicada, ha sido su moqueta.

—Entonces, olvide el percance, porque tiene una solución muy sencilla. —Cogió un teléfono, y pulsó una tecla—. Mándame de inmediato un equipo de limpieza, por favor. Muy bien, gracias. —Colgó, con una

sonrisa de satisfacción, por un trabajo bien hecho—. Listo. En cinco minutos, esa mancha será historia.

—Me alegra saberlo. ¡Es una moqueta tan bonita! Pero, bueno, tengo que decir que todo el hotel es precioso. Y el trato no podría ser mejor.

—Muchas gracias. —Walters sonrió—. Sí, todos los que trabajamos en el Queen of Sheba estamos muy contentos. Formamos una gran familia. —Volvió a sentarse—. Respecto a lo que comentábamos de los museos, ¿tiene algún plan en concreto?

—Pues, la verdad, ninguno todavía.

—Lo digo porque suelen tener siempre mucho público. Le recomiendo que hable con Gerard, en recepción. Pídale que le consiga con tiempo las entradas que desee. Así no tendrá que hacer cola.

—Ah, buena idea, muchas gracias.

—De nada. —Las mejillas del señor Walters se ruborizaron ligeramente—. ¿Va a ir usted sola?

Los ojos de Kira se deslizaron hacia la mano derecha del hombre, donde un solitario aro de oro le marcaba como un hombre casado. Quizá él se dio cuenta de su mirada, pese a las gafas, porque retiró la mano y su rubor adquirió una tonalidad más escarlata.

—Creo que sí —dijo ella.

Walters abrió la boca para replicar algo, pero, definitivamente, la tecnología estaba ese día de parte de Kira. La gigantesca puerta de acero tembló, sonó un chasquido, y la parpadeante luz roja cambió a verde.

—Ya está —dijo Walters poniéndose en pie. Kira le imitó, algo nerviosa.

¿Dónde demonios estaba Howard?

Nada más formular la pregunta mentalmente, la puerta secundaria se abrió con un zumbido, y Howard entró, con su cuidada barba postiza y aquel

maquillaje que le hacía tan distinto, realizado por un profesional. Iba vestido con el uniforme del servicio de limpieza y arrastraba un carrito de aire muy moderno, aunque estuviera cargado con escobas, plumeros y fregonas de lo más clásicos, además de productos suficientes como para limpiar el hotel de arriba abajo.

—¡Buenos días! —exclamó animoso, con un acento andaluz muy logrado. Vaya por Dios. Así que sí había algo que se le daba bien—. ¿Algún problema, jefe?

—Esa mancha de ahí. —Señaló Walters, que se lo quedó mirando un par de segundos de más—. Vaya empezando. Vuelvo enseguida.

—Sin prisa, sin prisa —repuso Howard, buscando en el carro unos trapos, y un pulverizador—. El café es jodido de quitar.

Walters bufó por lo bajo y condujo a Kira a través de la puerta blindada, hasta otra, de barrotes, que abrió apoyando el pulgar en un panel táctil. La habitación semicircular que había más allá era una enorme curva formada de cientos y cientos de cajas de seguridad, cada una con dos cerraduras y un panel con luces, algunas verdes, otras en rojo.

El único mobiliario era una impresionante mesa de cristal situada justo en el medio, y una silla. También había un par de escaleras plegadas a un lado, encajadas en sujeciones de la pared lisa, para alcanzar con comodidad las cajas que quedaban a demasiada altura.

Kira comprobó que, como le habían dicho, allí dentro no había cámaras. Cualquier cosa por preservar la intimidad de los clientes.

Walters le tendió una llave, pequeña, de un metal del color del bronce.

—Usted llévese ésta. Yo tengo otra. —Se la mostró. Buscó con la vista la caja 2020. Estaba a media altura, no necesitaban escalera. Tenía la luz en rojo, pero a diferencia de otras, en ella parpadeaba—. Bien, inserte su llave en su lado, como yo hago con la mía en el mío, y gírela a la de tres.

Debemos hacerlo al mismo tiempo o no funcionará.

—¿Qué ocurriría?

—Bueno, no se abrirá, pero podremos repetirlo hasta tres veces sin mayor problema. Si ni aun así sale, se bloquearía como medida preventiva, pero puedo desbloquearla desde mi consola, no se preocupe. ¿Preparada? —Kira asintió—. Uno, dos... ¡tres! —Las llaves giraron al tiempo. La luz se puso verde, se oyó un ligero chasquido, y la portezuela se abrió. Dentro, había una caja metálica, pero sin cerradura. Walters la sacó, y la depositó sobre la mesa—. Bien, la dejo a solas para que organice sus asuntos. Cuando haya acabado, hágamelo saber.

—De acuerdo, gracias.

—De nada, señorita Forrest. Un placer.

Le dedicó una última sonrisa, y salió, cerrando la puerta de reja. Al otro lado, Kira pudo ver una de las cámaras, que apuntaba directamente allí y la estaba grabando de lleno. No abarcaba todo el interior de la cúpula, pero si buena parte. Así que el director de seguridad del hotel, el tal Vincent Dilligan que había trabajado para la CIA o cosas por el estilo, estaba menos interesado en la intimidad de los clientes de lo que quería aparentar. Un tipo listo.

Desde donde se encontraba podía ver el brazo de uno de los guardias, que estaba apoyado de espaldas en la puerta, y también el carrito de la limpieza. Howard lo había dejado en la posición indicada, cerca de la puerta, a la derecha, donde ella pudiera dejar caer con facilidad lo que tenía que coger de la caja fuerte, tras meterlo en el envase vacío de producto de limpieza que llevaba en el joyero.

—No lo toque, jefe. —Oyó decir a Howard—. Tiene que secarse.

—Uf, huele fatal —protestó Walters.

—Pero limpia, que es lo que importa. Las manchas de café, son las más difíciles, después de las de tinta. Esto me va a llevar más tiempo del que

pensaba.

—No se preocupe. ¿Es usted nuevo? —preguntó. Hubiese sido extraño que no comentase nada—. No le había visto nunca por aquí.

—No me extraña. No soy fijo, aunque ya había estado en este hotel en otras ocasiones. Esta vez sustituyo a Smith, que se encuentra enfermo. Trabajo para la compañía de limpiezas, pero solo me llaman cuando salen cosas así. —Rio, algo grosero—. Yo lo llamo rellenar agujeros.

—¿Puedo ver su identificación? —Y, al cabo de unos segundos—: Gracias.

—No se preocupe. Supongo que no me ha visto nunca porque es la primera vez que bajo, siempre estoy por las habitaciones o el comedor. —Se lo imaginó, mirando a su alrededor con cara de asombro—. Así que esta es *La cúpula*, ¿eh? Ya tenía ganas de verla. —Lanzó un silbido de admiración—. Es grande de cojones.

Walters chistó, escandalizado.

—Haga el favor de bajar la voz. ¡Y no diga palabrotas! Le recuerdo que hay una señorita en la cámara.

—Oh, perdón. Seguiré con lo mío.

Howard apareció en el umbral. Kira le vio de perfil. Él no miró hacia dentro, solo rebuscó en el carro, sacó el móvil y marcó el número acordado. Inmediatamente, Kira se puso en acción. Abrió el bolso, cogió los guantes de goma, se los puso, abrió el joyero.

Dentro, solo llevaba un envase de plástico pequeño, de una marca conocida de limpiador de metales, y una llave electrónica especialmente diseñada para la ocasión, una especie de barra curvada en los dos extremos, con la anchura exacta para alcanzar las dos cerraduras de aquellas cajas fuertes.

Entonces, empezó a buscar la 0042.

—¿Sí? —Oyó decir a Howard, en tono bastante alto, como si no oyera bien—. ¿Hola? ¿Linda? Hola, soy Doe, estoy en *La cúpula*. La puñetera mancha era de café, costará sacarla. Ya, ya, qué me vas a contar. Pásame con Filo.

Los ojos de Kira se movieron rápidamente por las cajas. 0025, 0032, 0040... ¡0042! Por suerte, estaba bastante cerca de la suya, en la primera línea desde el suelo. Y, para redondear la jugada, quedaba fuera del campo de visión de la cámara del exterior, de modo que no la verían trastear en cajas ajenas.

Fue hacia allí, apoyó los extremos de la llave electrónica en las cerraduras, pulsó el botón que quedaba en el centro de la barra y algo en su interior giró bruscamente.

La luz roja empezó a parpadear y un segundo después se puso verde.

Un chasquido, que apenas se oyó gracias a las voces de Howard, y la portezuela se abrió.

—Oye, no me vengas con esas, tienes que enviar a otro al comedor. —Seguía Howard, inmerso y cómodo en su papel. Qué gran colaborador se había perdido Carter. O cualquier director de cine, para el caso—. Ya, Filo, pero es que estoy en *La cúpula* todavía y esto va a llevarme más tiempo del que pensaba y... ¡Pero, escucha...!

—¡No alce tanto la voz! —le ordenó Walters, molesto.

—Perdón. Entre que no oigo bien y que... Filo, Filo, escucha. No, es que... Joder, siempre estamos con las mismas, si tanto problema hay ¿por qué no metéis más gente? Porque yo estaría dispuesto a ser fijo, a ver, y cobrar en condiciones, cogéis más gente por horas y punto. Ya, ya, si lo sé, ya lo sé. Bueno, está bien, gracias.

Sudando, Kira sacó el contenedor metálico y, sin molestarse en llevarlo a la mesa, levantó parcialmente la tapa para coger su contenido, el

famoso paquete envuelto en papel marrón del que le había hablado Sunday. Era de pequeño tamaño, tenía que meterlo en el envase de plástico del limpiametales y arrojarlo en el carrito de Howard. Cuanto antes terminase con todo aquello, y pusiera pies en polvorosa, mejor.

La caja estaba vacía.

Se quedó paralizada, totalmente insensible, al menos durante un segundo. Luego, sintió hielo en el estómago.

—En fin, jefe, voy a tener que irme, volveré en unos minutos —oyó decir a Howard. La señal. No podía demorarse más. Pero ¿qué hacer? Metió una mano y lo recorrió todo, por si acaso era algo pegado a los bordes, pero no. Definitivamente, estaba vacía—. Mientras, deje que se seque el producto. Y no se le ocurra tocarlo. Es muy tóxico.

—¿En serio va a dejar esa cosa apestando aquí?

—Lo siento, ya lo ha oído, me ordenan que vaya de inmediato al comedor. Estaré de vuelta lo antes posible.

—Bah. Está bien...

Se acabó el tiempo. El carrito comenzó a apartarse de la reja, con el compartimento que tenía preparado para recibir el botín, completamente vacío. Nada, no había nada que hacer, y dejarse llevar por la histeria, no era la solución.

Kira volvió a colocar la caja en su sitio, aseguró las cerraduras, metió la llave en el joyero, y lo guardó en su propia caja de seguridad. Daba igual, allí podía quedarse para siempre. Luego se quitó los guantes y volvió a meterlos en el bolso. Cuando estuvo bastante segura de que mantenía el control, se dirigió a la puerta, y llamó a Walters. El hombre se asomó y apoyó el dedo en el lector.

—¿Todo bien, señorita Forrest?

—Perfectamente. —Sonrió—. Gracias.

El mecanismo zumbó. La reja se abrió y abandonó la cámara. Justo en ese momento, Howard estaba saliendo por la puerta trasera. Kira captó de reojo la mirada de entendimiento que aquel majadero intercambió con el guardia de seguridad, cuando se sorprendieron el uno al otro admirando sus piernas.

Hombres.

—Guarde su llave —le dijo Walters, que estaba accionando un botón. La gran compuerta blindada empezó a cerrarse, lentamente—. Aquí guardaremos la otra. Cualquier cosa, no dude en preguntar.

—Muchas gracias. —Arrugó la nariz—. ¿A qué huele aquí?

—Oh, nada, no se preocupe. Solo es un producto químico. Para limpiar la mancha, ya sabe.

—Oh, sí, lo siento. Lamento mucho haberle ocasionado tantas molestias.

—No se preocupe. —Walters sonrió—. Ha sido un verdadero placer tenerla aquí. Vuelva siempre que lo desee.

—Muchas gracias. Uf. —Agitó una mano frente a la cara, como si fuera un abanico—. Me está mareando. Si no necesita nada más, me voy.

—Muy bien. A...

De pronto, empezó a sonar una alarma y las luces parpadearon antes de teñirse de rojo. Walters miró sorprendido alrededor, luego se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kira. «Mierda, mierda, mierda, mierda...» Aquello no entraba en los planes. ¿Le habría pasado algo a Howard fuera? ¿A qué venía la alarma? No podía tratarse de una casualidad. ¿Qué sentido tenía, quién había sospechado nada? ¡Pero si ya estaban casi fuera!

Se dio de bofetadas mentalmente. ¿Pero cómo se había metido en un

asunto de Carter? ¡Solo podía terminar mal!

—No lo sé —Walters hizo un gesto tranquilizador—. Seguramente se tratará de una avería en el sistema, sin más, pero el protocolo establece que nadie puede salir hasta nueva orden, lo siento muchísimo. No se preocupe, señorita Forrest. El Director de Seguridad estará aquí en un par de minutos. Por favor, tenga a mano su documentación. Todo irá rápido.

El Director de Seguridad. El agente de la CIA, la Mossad o lo que fuera. ¡Dios! Si se ponían a comprobar sus papeles no tardarían en enterarse de que Liz Forrest tenía un pasaporte de lo más falso. La detendrían de inmediato.

Sin pensarlo dos veces, arrancó de un tirón la identificación de la solapa de Walters, le empujó contra el guardia de seguridad más cercano y echó a correr hacia la escalera.

—¡Alto! —le oyó decir, pero ni hizo caso, ni tampoco se detuvo cuando empezó a oír el retumbar de los pasos de aquel armario ropero vestido de guardia de seguridad llamado Jimmy, que había empezado a perseguirla. Kira alcanzó de un brinco la puerta, pasó la tarjeta de Walters por la célula, cruzó y cerró. Fuera, volvió a usar la tarjeta para bloquear la cerradura.

Justo a tiempo. La puerta se estremeció cuando Jimmy empezó a golpearla, una y otra vez, con toda la violencia de un rinoceronte descerebrado.

Kira le dio la espalda y empezó a moverse, buscando una salida. Había estudiado los planos, para el caso de una emergencia, y tenía una idea bastante clara de por dónde ir. Recorrió un pasillo, luego otro, cruzó varias puertas...

No tardó en comprender que se había perdido.

CAPITULO 5

Esa mañana, Víctor Derry se había levantado con un mal humor espantoso.

No era para menos. Había estado toda la noche atrapado en una especie de laberinto de jardín, persiguiendo por todas partes a Kira Carter, como cuando era un crío. Ella seguía teniendo dieciséis años y reía, burlona. Llevaba una minifalda de cuadros, una camiseta de tirantes y el pelo rubio recogido en dos grandes coletas altas, como Harley Quinn, que le daban un aire infantil y sexy a la vez. Se movía insinuante, daba vueltas sobre sí misma y siempre le guiñaba un ojo antes de desaparecer por otro tramo entre setos.

El resultado había sido el de siempre: las manos vacías, mucha rabia, una buena erección y un fuerte dolor de cabeza. Pero, bueno, no era nada que no pudiera calmar un poco de ibuprofeno con una taza enorme de café.

Lo bueno era que, tras semejante comienzo, el día no podía sino mejorar. A las ocho en punto estaba en la sala de seguridad del Queen of Sheba, revisando el sistema de cámaras, y luego tuvo dos reuniones, una con un proveedor habitual y otra con un individuo que quería venderles un nuevo sistema informático que no necesitaban. La jornada iba transcurriendo tranquila, sin mayor problema, algo que en el ajetreado mundo de un hotel no era poca cosa.

Y, sobre todo, en uno que pertenecía a la Megaglobal.

La Megaglobal era... la Megaglobal. Una hidra muy hambrienta, con varias cabezas y llena de tentáculos que adoptaban la forma de todo tipo de empresas, unas reales, otras ficticias, con las que se realizaban toda clase de negocios, morales o inmorales, a lo largo de todos los países conocidos. Pese a que muchos ciudadanos de a pie lo ignorasen todavía a esas alturas, la economía ya era una cuestión planetaria.

La filosofía de la Megaglobal era muy básica y totalmente maquiavélica: su único fin era ganar cuanto más dinero mejor, sin que importaran nada en absoluto los medios.

El funcionamiento y control de organización eran igualmente sencillos. Básicamente, estaba dirigida por un Consejo, un triunvirato compuesto por tres buenos elementos, ejemplos de lo peor, la mayor escoria que podía llegar a producir el ser humano. Luego, había un responsable general por país, una especie de reyezuelo que organizaba su propia estructura, a veces muy diferentes unas de otras, puesto que dependían del lugar y las circunstancias. Se les solía dar total libertad de actuación y pleno respaldo. Solo había dos reglas sagradas: discreción y beneficio.

Yuri Gólubev era el responsable de esa zona desde hacía casi seis años, y utilizaba el hotel Queen of Sheba para centralizar a su vez todo lo relacionado con su pequeño imperio, de ahí el exagerado sistema de seguridad del que había sido provisto. Y, también, los problemas en los que se veían metidos cada dos por tres.

Ese día, como siempre, Víctor llamó a la puerta del despacho público de Gólubev a las once en punto. Le encontró en pleno ataque de cólera, hablando por teléfono en ruso. Como era uno de los siete idiomas que conocía, supo que estaba discutiendo con Brisebois, uno de los miembros del Consejo, sobre la conveniencia de realizar ese día un nuevo envío en helicóptero: un cargamento de dinero negro en metálico a uno de los paraísos fiscales con los que trabajaban de forma habitual.

Se trataba de de dos pesados maletones atiborrados de billetes, seis millones largos, que había llevado el día anterior un político de alto nivel al que le andaba rondando la justicia. Al parecer le pagaban tantas comisiones bajo mano a cambio de decisiones que conducían a enriquecer a unos pocos a costa de desmantelar el país, que ya no sabía cómo amontonar los billetes, y

con el chivatazo que había recibido, avisándole de que iba a sufrir un registro en cualquier momento, no le había quedado otro remedio que buscar ayuda.

El pequeño cabrón se había plantado en el Queen of Sheba apurado y nervioso, cargado con sus dos maletas. Un auténtico capullo, vaya. Al menos, había demostrado tener un poco de cabeza y cierto ingenio. Como le vigilaba la policía, había mandado de paseo en su coche a un empleado que se le parecía, y él había tenido el valor de salir por otro lado, con aquel peculiar equipaje, y coger un taxi para llegar hasta el hotel por sí mismo. No se fiaba de nadie.

Allí se presentó, de improviso, suplicando ayuda. Gólubev no quería saber nada del tema, demasiados riesgos, pero al final decidió recoger la pasta y consultar con sus superiores, o mejor dicho, discutirlo, porque había sido el inicio de una buena sucesión de llamadas telefónicas, videoconferencias y mensajes de guasap aderezados con toda clase de gritos en varios idiomas.

Mientras, tenían las maletas ocultas en la cámara acorazada secreta del piso veinticinco. Víctor lo sabía bien, porque se había ocupado de subirlas en persona. ¡Lo que podía llegar a pesar el maldito dinero!

Entendía a Gólubev, porque todo aquello suponía estar metidos en un buen problema. Aunque la mayor parte de las autoridades habían utilizado en algún momento sus servicios, siempre había gente ajena a todo aquello, y dispuesta a hundirlo si se le daba la oportunidad.

Últimamente, la poca prensa independiente que quedaba, y algunos hombres buenos de esos de los que se hablaba en las películas, habían empezado a mostrarse suspicaces con el Queen of Sheba y sus legendarias riquezas, y Víctor tenía claro que vigilaban y podían interceptar cualquier vehículo, sospechoso o no, que saliera de allí. De ahí podría generarse un escándalo que les perjudicara.

Guardar las dichas maletas siempre era peligroso, pero, en esos

momentos, más lo era el ponerlas en circulación. Lo lógico hubiese sido esperar unos días, con ellas en la cámara secreta, hasta encontrar un buen momento para mandar el helicóptero. Pero Brisbois era uno de los tres miembros del Consejo de Megaglobal. Era su jefe, por tanto. Y también era buen amigo del político corrupto en cuestión, o al menos le debían algunos favores, de modo que la discusión solo podía terminar de una forma.

Gólubev colgó el teléfono de un golpe. No contento con eso, volvió a alzar el auricular y repitió el golpetazo tres veces más.

—¡Que te jodan! —gritó, al ritmo—. ¡Que te jodan, te jodan, te jodan!

—Creo que ya no te oye, jefe —le informó Víctor, divertido. Gólubev le miró furioso y dirigió hacia él su ira.

—¡Pues que te jodan a ti! ¡Y a ese francés imbécil! ¡A los dos! ¿Quién cojones sabe cómo están las cosas aquí? ¡Él podrá ser un alto ejecutivo en Megaglobal, pero yo soy el responsable de zona! ¡Yo soy quien debería decidir qué se hace y qué no aquí! ¡Yo y nadie más que yo!

Víctor agitó la cabeza.

—Casi parece que hablas de una empresa normal. De esas legales, y todo.

—No me vengas con tonterías, Víctor.

—Vale. Me callo.

Gólubev inspiró profundamente y se fue calmando. Se pasó una mano por el pelo rubio pajizo, en un gesto muy habitual en él. Víctor se preguntó, como siempre, qué significaría; seguro que un psicólogo sabría sacarle jugo. A Gólubev, un hombre alto y delgado, todavía atractivo pese a su edad y siempre elegante de aspecto, aunque no lo fuera de palabra, le preocupaba mucho despeinarse, le obsesionaba mantener el cabello en su sitio.

Cada vez estaba más calvo. Quizá temía que se notase la claridad en

su coronilla.

—En realidad, Brisebois tiene razón: el mundo está cambiando — dijo, con voz repentinamente cansada. Víctor le miró con curiosidad—. El interés económico está por encima del político. Las leyes ya nunca deberían ser un obstáculo, a la hora de hacer buenos negocios.

—Estoy seguro de que muchos ciudadanos no piensan como vosotros. Yo, el primero.

Gólubev se encogió de hombros.

—Bah. Tú siempre has sido un poco idiota. Además, ¿a quién le importan las putas hormigas, hombre? Si se cruzan en tu camino, las pisas y las aplastas, a tomar por culo. Para eso pagamos a los políticos, para que sirvan de escudo, simulen con un par de partidos controlados que hay democracia y chorradas de esas, y se haga lo que nosotros queremos que pase, sin temor a nada.

—Me temo que tu político ha venido a pedirte ayuda a ti, precisamente porque quieren encarcelarlo.

Por una vez, no le sentó mal su sarcasmo.

—Sí. Vaya mierda. —Nuevo repaso al pelo mientras reflexionaba—. Entiéndeme, me preocupa lo que pueda ocurrirnos a nosotros, a ti y a mí. No me gustaría terminar de cabeza de turco de todo esto, y es lo que me temo. Pase lo que pase, Megaglobal se mantendrá, mutará si tiene que mutar, pero permanecerá en su esencia. Somos nosotros los que podemos perder mucho, de darse problemas, tú y yo. Llevas aquí el tiempo suficiente para saber que estoy en lo cierto, muchacho.

Víctor disimuló su disgusto. Tenía razón. ¿A qué negarlo? Un monstruo como la Megaglobal era difícil de detener, y más aún de matar. Ningún fiscal decente, ningún juez que aspirase a aportar un poco de justicia al mundo, podría echarles mano. Estaban más allá de todo alcance, y era

cierto.

Pero, bueno, para conseguir ciertos propósitos en apariencia imposibles, a veces solo se necesitaba ser un poquito creativo.

Y Víctor lo era. Mucho.

—Técnicamente, no sería posible.

Gólubev le miró sorprendido.

—¿El qué?

—El pagar como cabezas de turco. Para eso se requeriría que fuésemos inocentes, y no lo somos.

—Vete a la mierda. —Iba a seguir increpándole, pero se contuvo. Eso significaba que quería pedirle un favor. Cuando siguió hablando, comprobó que había acertado—. Tienes que ayudarme, Víctor. Habla con Nask, hazme el puto favor de una vez. Sonsácale qué cojones han venido a hacer.

Lo pedía porque le constaba que Víctor conocía a Vladimir Nask, el jefe de seguridad de Nóvikov, desde hacía varios años. De hecho, habían coincidido muchas veces en los tiempos en los que Víctor estuvo trabajando para el gobierno. En aquella época, Nask y él tampoco habían estado realmente en un bando común, al contrario: algo así resultaba difícil, porque el ruso era un mercenario nato, de esos que cobraban y cumplían sin mirar lo limpia que pudiera estar la mano que le tendía el dinero, pero sí que habían colaborado muchas veces.

Sabía que, de no tener intereses contrarios, Nask era de absoluta confianza. Pero, no tenía sentido hablar con él, no lo necesitaba. Aunque el pobre idiota de Gólubev no lo supiera, no había nada que preguntar.

O mucho se equivocaba o Nóvikov, el perro de presa de la Megaglobal, se encontraba allí por él.

Estaba en el hotel porque Víctor había alterado el sistema muchas veces para crear entregas de dinero falsas que luego eran eliminadas, pero

siempre dejando rastros; por generar filtraciones a internet de nombres de clientes, provocando muchas incomodidades a unos y otros; por realizar borrados de cámaras extraños y colocar cuanta prueba había sido posible, siempre centrando las sospechas en Gólubev.

Tenía que ser eso. Habían sido ya muchos detalles y habían enviado a Nóvikov a investigar. Pero todavía no había llegado el momento de revelarlo.

—Sabes que si subo a hablar con Nóvikov o con Nask, no será para tratar ese tema, jefe —dijo.

Dos días antes, Nóvikov había llevado una prostituta a su suite y le había propinado una buena paliza. Víctor no estaba en el hotel entonces, se había enterado después, pero quiso tomar cartas en el asunto. De ser por él, le hubiese echado con cajas destempladas o, como poco, le hubiese propinado un poco de su propia medicina: una paliza que le quitara las ganas de repetir semejante diversión. Pero Gólubev no se lo había permitido. Que ahora probara las consecuencias.

—Hijo de puta... —masculló el otro. Su insulto preferido, con diferencia. Dio un golpe con la mano abierta sobre la impresionante mesa que usaba de escritorio, de madera tan brillante que a veces parecía un espejo—. ¡Me lo debes, Víctor! ¡Yo te saqué de aquella cárcel inmunda en la que te metió Carter! ¡De no ser por mí, habrías muerto allí, echando esputos de sangre por la boca y con el culo reventado como un cráter!

Al menos, eso último era cierto. Cuando el cabrón de Carter hizo que le secuestraran y le llevaran a aquella cárcel de Tailandia, llegó a pensar que no saldría vivo de semejante situación, y eso que se consideraba un hombre voluntarioso. Tardó mucho en perder la esperanza.

De hecho, pese a que estaba siempre esposado y apenas le quitaban la vista de encima, trató de escapar dos veces, una, en la parada que hicieron en un hotel de lujo, donde le drogaron y le tomaron varias fotos con dos

prostitutas, no lograba imaginar para qué. Otra, arrojándose desde el vehículo en el que le estaban trasladando, en un descuido. No le importó que el camión estuviera marcha, ni que él se encontrase atado y amordazado. A punto estuvo de romperse la crisma.

Pero todo fue inútil, no logró escapar. Esposado y golpeado, le metieron de un puntapié en un lugar maloliente, donde los presos se hacinaban como troncos en una leñera y nadie hablaba su idioma. Tampoco importaba demasiado, porque aprendió enseguida que no había nada que decir, a nadie le interesaba una mierda que le hubieran secuestrado. Alguien, posiblemente el director de la cárcel, había cobrado a cambio de retenerle allí por siempre, y no había más que hacer.

Nunca había creído en el Infierno, así, con mayúscula, pero entonces descubrió que sí que existía, y que estaba ya en la tierra. Apenas permaneció en aquel lugar dos semanas, quizá diez días, pero las palizas, las torturas y las humillaciones se sucedieron de continuo.

Yuri Gólubev, un delincuente de guante blanco que durante muchos años fue socio inseparable de Carter, le sacó de allí, con ayuda de unos contactos en distintos gobiernos y otros en diversas mafias. Ninguno de ellos lo hizo gratis, faltaría más. Primero, Gólubev se cobró la deuda enredándole en un asunto bastante turbio que pasaba por un robo en un edificio de las afueras de Londres, algo que al menos pudo llevar a cabo sin mayor problema en pocos días.

Luego, fue «cedido» a los de la CIA.

Víctor lo llamaba así, porque no hubo negociación alguna, no tuvo posibilidades. Los del gobierno norteamericano no se andaban con tonterías: en todo momento, la única alternativa a trabajar con ellos, fue volver a la prisión tailandesa. Necesitaban alguien con su experiencia en sistemas de seguridad y, sobre todo, con algunos de los contactos que Víctor había hecho

en el pasado, para una misión secreta que le llevó de un lado a otro, por distintos países centroeuropeos, hasta terminar de bruces en Rusia. Fue entonces cuando conoció a Nask.

Al finalizar aquello, se planteó volver a casa, lo que supuso una seria disputa con sus jefes, que seguían negándose a soltarle. Pero Víctor quería buscar a Kira, no estaba seguro de para qué.

¿Vengarse? Quizá.

Estaba claro que solo ella podía haber ayudado a Carter a secuestrarle. Ella fue quien sugirió reunirse en aquel hotel apartado, en el que no habían estado nunca. Cada vez que pensaba en eso, se sentía lleno de furia. Quería vengarse, destrozarla con sus propias manos. O quizá recuperarla y recuperar su vida, no estaba seguro. Víctor la quería, siempre la había querido con auténtica locura, y pensaba que ella estaba igualmente loca por él.

¿Por qué lo había hecho? A saber. Pese a todo, no dejaba de ser una niña de dieciséis años. Quizá Carter logró asustarla.

Empezó a indagar, tocando viejos contactos, siguiendo algunas pistas.

Fue entonces cuando supo que Carter llevaba algún tiempo en presidio y que su hija vivía una vida normal. ¡Incluso tenía previsto contraer matrimonio en breve! Allí estaba indicado, bien clarito, en el informe de los detectives que contrató para localizarla: había ido con su novio, un individuo que trabajaba en publicidad, a ver a Carter a la cárcel, precisamente para contarle que iban a casarse.

Estuvo a punto de secuestrarla, para encerrarla en una habitación por el resto de sus días, completamente desnuda y a su disposición. O, al menos, de presentarse ante ella y su novio perfecto, para gritarles lo mucho que la odiaba... Pero se lo pensó mejor. Nada de aquello tenía ya ningún sentido. No podía vengarse de la Kira adulta por lo que hiciera una niña asustada. Quizá ni sabía lo que le habían hecho, una vez fuera de la circulación.

Pero no podía evitar recordar una y otra vez aquel último momento, cuando ella le preguntó si de verdad iban a escaparse, y él volvió sobre sus pasos para besarla. ¡Estaba tan adorable, parecía tan enamorada!

¡Qué excelente actriz! ¡Y qué hija de la gran puta! ¿Por qué no le avisó en ese momento? Incluso, de haber estado asustada, de verse forzada por su padre a traicionarle de semejante forma, si le hubiese querido siquiera un poco, una millonésima parte de lo que él la quería a ella, no le hubiese costado nada deslizar un susurro, una única palabra.

«¡Corre!»

No lo hizo. Decidió venderle...

«No le des más vueltas», se ordenó, tanto tiempo después. Mejor dejarlo así. Al fin y al cabo, había salido adelante. No tardó mucho en superar la etapa en la que bebía más de la cuenta mientras le buscaba la boca a más de uno, buscando que lo matasen. Afortunadamente, el destino se apiadó de él y le dio por fin una buena carta. Los de la CIA, que seguían queriendo convencerle, le contactaron y le ofrecieron un acuerdo: le darían una información que iba a encontrar muy interesante, a cambio de una última misión.

Resultaba irónico que, cuando había querido negociar, no le había sido posible, y en ese momento en que ya le daba igual, que posiblemente hubiera aceptado en todo caso, aunque solo fuera por tener algo que hacer para no pensar, le dieron opciones.

Unas alternativas que adoptaron la forma de un sobre de brillante papel amarillo, tamaño DIN A4, sin ningún dato por fuera.

Dentro, encontró distintos documentos, a través de los cuales pudo comprobar que, el hombre que había traicionado de verdad a Carter en su momento, el que había dejado las pruebas para inculparle a él en el asunto de Coxe, el responsable último de que hubiese terminado en aquella cárcel de

Tailandia, había sido Gólubev.

¡Gólubev!

Maldito cabrón, manipulador hijo de puta... Cada vez que lo recordaba, Víctor se ponía enfermo, y mira que habían pasado años. Aquel cerdo debió reírse mucho al verle tan agradecido, tras el rescate en Tailandia. ¡Si hasta lloró y se abrazó a él, jurándole lealtad eterna por haberle sacado de semejante infierno! Gólubev le dio unas palmaditas paternales en la espalda y le dijo que no se preocupase, que ya había pasado todo y podía olvidarlo.

Sí, seguro que lo iba a olvidar...

A cambio de toda aquella información, tuvo que seguir con la CIA varios meses, en misiones que le llevaron incluso a China, aunque la mayor parte del tiempo la pasó en Oriente Próximo. No le importó, porque así pudo empezar a prepararse. Luego, un día, tras terminar un nuevo asunto y verse solo ante el mundo, decidió que ya había llegado la hora de la venganza.

Regresó, se presentó sin dudarle ante Gólubev, que ya trabajaba en la Megaglobal, y le pidió un puesto a su lado, simulando que seguía como siempre, sin enterarse de su traición. Le contó que hacía tiempo que quería establecerse, que tras tantos años viajando de un lado a otro, muchas veces viviendo situaciones de gran riesgo, deseaba un poco de tranquilidad y, aunque al principio estaba algo a la defensiva, aquel bellaco terminó creyéndoselo.

Le ofreció un trabajo como Director de Seguridad en el Queen of Sheba. Justo lo que necesitaba para iniciar una larga, larga tarea de acoso y derribo. Tarea que, con suerte, estaba a punto de finalizar.

Carraspeó, volviendo al presente.

—No me cuentes historias —le dijo—. Lo hiciste solo porque me necesitabas para el robo de Hayes en Londres. Pero da igual. Te he compensado sobradamente. Además de aquello, llevo dos años trabajando

para ti, y por la mitad de lo que podría conseguir en cualquier sitio.

—¡Se te olvida que fuiste tú el que vino a pedir el trabajo!

—No. Pero parece que a ti sí se te olvida que he cumplido de sobra y que no tienes queja de mí. Así que, si no hay más que hablar, me marchó, que tengo prisa. Me pagan por trabajar. —Enfiló hacia la salida. Iba a despedirse hasta el día siguiente, pero recordó que esa noche tenía una cena con él y unos banqueros alemanes. Aquello le puso de peor humor todavía, pero qué remedio, no podía escaquearse—. Nos vemos esta noche, en esa dichosa cena.

—¡Víctor! —le oyó gritar, pero no le hizo caso.

CAPITULO 6

Sin embargo, antes de llegar al ascensor, Víctor ya había cambiado de idea.

¿En realidad, por qué no hablar con Nask? Si le sonsacaba con cuidado, quizá pudiera comprobar su teoría de que Nóvikov estaba efectivamente allí por él. Y Gólubev le había dado la excusa perfecta, al pedirle que indagase.

Tenía que ser cierto, tenía que serlo, porque era su única posibilidad. A esas alturas había reunido pruebas más que suficientes para empujar a Gólubev durante el resto de sus días, pero acudir a los tribunales no tenía mayor sentido. Algo así, solo hubiese sido factible en otra clase de mundo, uno en el que la corrupción no estuviese tan enraizada.

Para asegurarse, seis meses atrás había consultado sus posibilidades con un amigo abogado, aunque sin darle todos los datos. Su consejo, bastante sensato, había sido que se olvidase por completo del tema. De ser aceptada la denuncia, apostaba porque el asunto terminaría desestimado por completo. Incluso, de haber de verdad material suficiente como para condenarles, las pruebas desaparecerían misteriosamente del Juzgado, igual que había ocurrido en otras ocasiones.

La consecuencia más grave que podría llegar a tener el presentar cargos contra la Megaglobal en general y Gólubev en particular, sería que un tal Víctor Derry se caería un día por la ventana de su habitación. Un tropiezo. Un mareo. Un suicidio. Poco importaba, porque sería un incidente que no tardaría en olvidarse.

Una perspectiva poco alentadora.

Gruñendo para sí, usó su tarjeta para desbloquear el acceso del panel del ascensor, que para la mayoría de los usuarios terminaba en la planta

veintidós, y subió a la veinticuatro, donde estaban las suites VIP, llamadas Presidencial, la Real y la Imperial, en un alarde de inventiva.

El piso veinticinco, también muy lujoso y con vistas impresionantes, albergaba la vivienda de Gólubev, la del propio Víctor, sus despachos privados y una sala acorazada de cuya existencia solo estaban enteradas tres personas. Cuatro, contando a Gólubev.

Allí era donde custodiaban todo lo que realmente tuviera valor, no en *La cúpula*, que era el cebo público para todos aquellos que se sintieran tentados de llevar a cabo un atraco en el hotel. En un negocio como el de la Megaglobal, con tanta gente corrupta al corriente de tantos movimientos de cantidades, cualquier precaución era poca.

Las tres suites de lujo del Queen of Sheba ocupaban por completo todo el piso veinticuatro, cada una abarcando lo que sería una de las torres. Disponían de media docena de dormitorios de distintos tamaños, un par de despacho, un salón enorme y hasta gimnasio completo. Todas tenían enormes terrazas acristaladas con jardín, en las que contaban incluso con su propia piscina.

Al abrirse las puertas del ascensor, Víctor pudo ver cuatro hombres distribuidos a lo largo del pasillo. No pudo por menos que agitar la cabeza. Nóvikov debía tener serios problemas para seleccionar el personal de seguridad; o eso, o los rusos habían realizado grandes avances en la clonación humana, porque aquellos tipos tenían un aspecto muy semejante entre sí, a matón peligroso de gente con pasta. De hecho, se parecían tanto que, en otras circunstancias, hubiese podido pensar que estaba viendo doble.

Todos tenían una altura similar y estaban vestidos con trajes gris claro exactamente iguales, posiblemente incluso de la misma talla, y con idéntica corbata azul. Además, llevaban un mismo modelo de gafas de sol negras y pinganillo en las orejas, por no hablar de que coincidían en el dudoso gusto

del corte de pelo, siempre muy rubio pero rapado casi al cero, y en el hecho de ir armados de forma muy poco discreta.

Según salió del ascensor, el matón más cercano, el situado a su derecha, se adelantó y le bloqueó el camino, para preguntar qué deseaba. Habló en inglés con fuerte acento ruso y no se mostró especialmente afable, al contrario. Víctor estaba harto de aquella clase de incidentes, el personal del hotel los llevaba sufriendo desde que aquel grupo de idiotas se había establecido allí como si fuese terreno conquistado.

Durante un segundo, dudó entre probar suerte a ver si podía derribar a aquel bruto con una llave de yudo o si recordarle con fría dignidad que era el Director de Seguridad en ese hotel y, por lo tanto, quien decidía quién se movía por los pasillos y quién se quedaba muy quieto y calladito. Pero, con la primera opción podría terminar con aquellas cuatro bestias dándole de golpes hasta en los recuerdos de su infancia; y, con la segunda corría el peligro de que el tipo se echara a reír.

En aquel momento quien mandaba en el Queen of Sheba era Nóvikov y ese piso era el corazón de su baluarte, punto. No era cosa de tener una pataleta como la de Gólubev colgando el teléfono a golpes.

Buscó la cámara de seguridad situada en el ángulo con el techo, cerca de las grandes puertas de la suite. Al establecerse allí, Nask había exigido el control absoluto de aquella zona, y Gólubev había terminado dando su consentimiento, en contra de la opinión de Víctor, pero lo había hecho. Por esa razón, las cámaras de ese piso ya no se controlaban desde la sala de seguridad del bajo, la principal, ni siquiera desde la del veinticinco, en la que solo trabajaban Gólubev y él, y desde donde se realizaban grabaciones no siempre legales de todos los rincones del hotel.

En esos momentos, el único que tenía aquel control en el sexto piso era Nask. Y, o mucho se equivocaba, o ya estaba mirando a ver qué pasaba.

Efectivamente, la cámara, que podía girarse a voluntad, le estaba enfocando de lleno. Clavó los ojos en ella.

—Quiero ver a Nask.

Segundos después, la puerta se abrió y en el umbral apareció Wamba, un hombre negro que trabajaba como mayordomo para Nóvikov. Aquel sí que era un individuo de verdades rotundas y sencillas. Por ejemplo, siempre vestía con chaqueta blanca, deslumbrante, y con pantalón negro. Nunca decía nada que no estuviese relacionado con su trabajo. Jamás sonreía...

Aun así, le inspiraba una simpatía instintiva, no podía evitarlo. Quizá fuera por la fuerte impresión de dignidad, rayando lo majestuoso, que siempre sabía transmitir.

—El señor Nask también quiere verle a usted, señor Derry —le dijo, con su perfecto castellano, solo lejanamente adornado por un suave acento suajili—. Por favor, sígame.

El ruso le recibió en el despacho más grande de la suite. Nóvikov, hombre de calle más que de papeleos, no lo utilizaba, y Nask parecía sentirse muy cómodo en su territorio. Estaba trabajando con un portátil de aspecto caro. En otro ordenador estaba monitorizando las imágenes que le enviaban las cámaras del piso y sus accesos, una docena de cuadraditos que llenaban por completo la pantalla como teselas de un mosaico.

Nask estaba impecable, como siempre, aunque se había aflojado el nudo de la corbata y se había quitado la chaqueta. No parecía importarle que viera que llevaba la pistola en la sobaquera. O quizá se había quitado la chaqueta precisamente para eso, reflexionó Víctor: para recordarle que iba armado. Por si acaso. Que no sería la primera vez que terminaran a guantazos.

—Víctor... —Pronunció el nombre como un saludo y sonrió—. Qué inesperado honor, señor Director de Seguridad de este hotel tan chulo... —

Hizo un gesto hacia la cafetera, situada junto al mueble de los licores—. ¿Quieres un café?

—No, gracias, Nask. ¿Todo bien? ¿Estáis cómodos tu jefe y tú? Bueno, y los replicantes de tu puerta, aunque imagino que a esos los desconectas cuando no están de servicio.

Nask se echó a reír.

—Está todo perfecto, gracias. Tenías razón, cuando me hablabas de tu tierra, allá en Afganistán: se come muy bien aquí.

—Gracias. Le comentaré al *chef* lo que has dicho, seguro que se alegra.

—Hazlo, gracias. —Se miraron. El silencio se extendió varios segundos—. Víctor, me estás poniendo nervioso. ¿Dejamos ya las cortesías?

—Vale. —Apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó hacia él—. ¿Por qué tema quieres que empiece? ¿Por los repugnantes gustos de tu jefe, o mejor me animo a preguntar directamente por lo que sea que estáis haciendo aquí?

Nask agitó la cabeza.

—No sé por qué me sorprende. Mira que te gusta ir de un extremo al otro: o das mil vueltas o te lanzas de lleno a la yugular.

—No tengo muchas ganas de mostrarme sutil. No... no me cabe en la cabeza que puedas haber permitido algo como lo que pasó aquí el otro día.

—Yo no...

—Calla, Volodia, no lo empeores. —Ni se dio cuenta de que había empleado el diminutivo familiar de Vladimir, Volodia, hasta después de haberlo pronunciado. Hubiese preferido no hacerlo, para mantener las distancias, pero se le había escapado. La fuerza de la costumbre—. Sabía que te vendías al mejor postor, pero nunca pensé que llegarías a estos extremos. Te lo advierto muy en serio: si tu jefe vuelve a golpear a una mujer, sea o no

prostituta, juro que seré yo mismo quien le enseñe modales.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

—No seas idiota. Sabes que los hombres de Nóvikov te harían picadillo. —Hizo una mueca—. Pero no volverá a ocurrir.

—¿En serio?

—Te lo aseguro. —Se llevó las manos al pecho—. A ver, yo soy un hombre liberal, y más en cuestiones de sexo, bien lo sabes. No me importa qué se haga o con quién se haga, mientras estén todos contentos. En ese aspecto, coincido contigo: Nóvikov no me gusta ni pizca, ni él ni sus aficiones. De modo que, tras el último... incidente, ya me ocupé yo de decirle que, la próxima vez que le levante la mano a una mujer, dejaré el trabajo. Pero, y lo que es más importante, le daré una soberana paliza, antes de irme.

Víctor le miró sorprendido. Y con un nuevo conato de respeto, por completo inesperado.

—¿Eso le has dicho?

—Ya lo creo. Hasta tengo una imagen de su expresión, la tomé con mi móvil. Quedó de lo más graciosa. ¿Quieres verla?

—No hace falta. Estás loco, Volodia. Te recuerdo que a ti también te pueden hacer picadillo.

—Ah, no, amigo mío. Yo soy un profesional. Primero tendrían que alcanzarme.

Víctor no pudo evitar echarse a reír.

—Está bien, te tomo la palabra. Dejaré el asunto en tus manos.

—Sabia decisión.

—Ahora, sé bueno y dime qué habéis venido a hacer aquí.

Nask arqueó las cejas con evidente espíritu juguetón.

—¿Qué pasa? ¿Te manda Gólubev?

—Ya puedes imaginártelo. Está... preocupado.

—Lo entiendo. Pero no sé qué decirte... —Hizo una mueca, pensativo, mirándole con fijeza—. De hecho, esperaba que fueras tú quien me ayudases a resolver los enigmas.

—¿Enigmas? ¿Qué enigmas?

—No lo sé con exactitud, pero digamos que nuestros jefes tienen cierta controversia que deben solucionar. ¿No has percibido nada?

—No.

—Pues me extraña, Víctor. Eres bastante perspicaz. Pero supongo que solo cuando quieres —Estaba claro que no le creía. Maldito Nask. ¿Le habría investigado? ¿Sabría algo de aquel asunto?—. El caso es que Gólubev lleva tiempo haciendo maniobras extrañas, cosas raras, ya sabes. Nóvikov ha venido a comprobar personalmente qué está pasando. Si es que pasa algo.

De modo que sí estaban allí por él. Las miguitas de pan que había ido soltando por claros y senderos, habían atraído por fin al ogro del bosque hasta la casita en la que vivía el duende malo de la historia. Ahora solo quedaba asegurarse de que se devoraban el uno al otro.

Asintió.

—Está bien. Te agradezco la información. Seré discreto.

—Sé que lo serás.

Volvió a preguntarse hasta qué punto podía sospechar la verdad, pero decidió no arriesgarse. Si no sabía nada, era mejor no darle pie a pensar que había algo que buscar en todo aquello.

—¿Qué tal si tomamos una copa un día de estos? —Le propuso. Tendría que haberlo hecho antes, invitarle a beber vodka hasta caer de espaldas, como en los viejos tiempos, pero por alguna razón nunca terminaba de decidirse a ello.

—Claro. De hecho, ¿tienes tiempo ahora? Pensaba dejar ya el trabajo

y darme un baño en la piscina. Hace un calor de muerte. Podemos tomar algo allí.

—Qué más quisiera yo, pero me temo que ahora mismo me va a resultar imposible. Estoy en horario laboral.

—Horario laboral... —repitió Nask, con algo de desdén—. Mira que te gusta desperdiciar tu talento.

—Ya sabes, soy un perdedor. —Rieron, por un viejo chiste que les recordaba otros tiempos—. No, en serio, ahora no puedo. Pero podríamos quedar para cenar. —Volvió a recordar que esa noche tenía una cena con Gólubev y dos importantes banqueros alemanes, en el último piso. Qué poco le apetecía. Esperaba no quedarse dormido entre cucharada y cucharada de sopa—. Esta noche me va a resultar imposible, pero mañana...

Nask agitó una mano en el aire, como descartando aquella idea.

—Mañana yo no puedo, amigo mío, lo siento mucho. Tengo una cita. —Sonrió, con aire soñador—. Y es con una mujer preciosa, así que no vas a poder convencerme de que la anule.

Víctor rio.

—Vaya, veo que todo sigue como siempre.

—¿Qué puedo decir?—Abrió los brazos, con las manos extendidas, las palmas hacia arriba—. El destino ha sido más que benévolo conmigo. Soy guapo, tengo gracia y además he sido bendecido con grandes dosis de buena suerte.

—Lástima que no tengas también abuela.

—Alguna carencia debía tener —asintió, y ambos rieron—. Ya en serio, la he conocido hace un rato, al volver al hotel tras el paseo diario de Nóvikov y, bueno, decidí aprovechar la ocasión. Hoy no podía, de modo que lo hemos dejado para mañana. Y, te lo juro, Víctor, era una mujer bellísima.

Desde luego, si había impresionado de semejante modo a Nask, debía

serlo. El ruso era un mujeriego empedernido y siempre había sabido rodearse de auténticas preciosidades.

—¿Se aloja en el hotel?

—Sí. Se llama Liz. Liz Forrest. —Víctor le dio un par de vueltas a aquel nombre, pero no, no tenía ni idea de quién se trataba. Podría comprobarlo con facilidad, en cuanto accediese a su sistema, pero dudaba de que tuviera algún interés—. Por lo que me dijo, ha venido a pasar unos días, cosa de una semana. Seguro que podemos divertirnos juntos. Es más, te diría que voy a disponer de muy poco tiempo libre, en el futuro.

—Seguro que sí. Pues nada, consulta tu agenda y dime cuándo tomamos esa copa. —Dio un golpecito en la mesa y retrocedió hacia la puerta—. Ya sabes dónde encontrarme.

—Claro. Y, si no, prenderé fuego al hotel y seguro que apareces para apagarlo.

Víctor salió riendo, muy contento de haberse decidido a subir a hablar con él. Había olvidado que Nask siempre tenía ese efecto. Para haber pertenecido al ejército desde siempre, y haber trabajado como mercenario y espía, era un hombre con un sentido del humor envidiable.

Le había visto mantenerlo incluso en los peores momentos, como aquella ocasión en la que, tras intentar Nask asaltar el convoy en el que viajaba Víctor, para hacerse con un material secreto que transportaban, fueron capturados ambos y estuvieron tres días prisioneros en un campo de entrenamiento de terroristas, en Afganistán.

Menos mal que lograron escapar, juntos. Fue un auténtico trabajo en equipo, de dos tipos que no se fiaban el uno del otro, pero que aprendieron a apreciarse. De no haber colaborado, a saber qué habría sido de ellos...

En la huida, Nask recibió un disparo y estuvo a punto de morir. Víctor recordó la angustia que vivió mientras le arrastraba durante kilómetros hasta

encontrar ayuda, temiendo a cada paso que terminara de desangrarse.

Buf, no había pasado tiempo desde aquello, ni nada. El suficiente como para recordarlo con cierta nostalgia.

Por eso, por todas aquellas vivencias, sentía aquella extraña emoción respecto a Nask, y seguro que a él también le ocurría algo parecido. En otras circunstancias, la hubiese llamado *amistad*, pero no se atrevía a cruzar esa línea. Temía las posibles consecuencias de bajar la guardia.

CAPÍTULO 7

Víctor cogió otra vez el ascensor y descendió hasta el vestíbulo. En el último momento decidió pasar por una de las cafeterías para conseguir un café medianamente decente, y luego se dirigió a la sala de seguridad. Miró el reloj. Las doce y media pasadas. Pues qué bien. Bonita manera de perder el tiempo.

Como estaba comprobando la hora, abrió la puerta con el codo y casi se derramó el café encima.

—Cuidado, jefe —dijo una voz, entre risas—. O te vas a poner tú solo una medalla.

La sala de seguridad siempre estaba muy concurrida a esas horas. Había tres agentes de seguridad comprobando diversas cámaras, además de Martha Budge, que era la que había hablado. Martha llevaba un año como su segunda al mando, con el cargo de Coordinadora de Seguridad, y alrededor de seis meses siendo algo más, desde unas vacaciones en la nieve en las que terminaron liándose.

La última Navidad, Gólubev invitó a un grupo de amigos y empleados a su casa de la estación de esquí de Zermatt, una propiedad valorada en más de dieciocho millones de euros. Todavía no tenía claro cómo ocurrió, cómo terminaron acostándose juntos, aunque, pensándolo bien, tampoco resultaba algo tan raro. Ambos estaban solos en el mundo, y muy tristes. Juntos, brindando por ese nuevo año, vivieron una nueva ilusión.

Cuando pensaba en ello, sabía que habían sido unos momentos felices. Había estado muy a gusto con Martha. A la vuelta, incluso se habían acostado alguna que otra vez, pero a medida que la relación iba exigiendo mayor compromiso, se fueron distanciando. No habían llegado a... *concretar* nada. Todo había quedado en días de sexo intensivo y noches aún más

tórridas.

Ni siquiera Víctor entendía por qué no avanzaba en aquella relación. «Porque soy idiota», se dijo. Martha había llegado a ocupar un lugar importante en su vida. Debería comprometerse con ella, formar una familia, tener hijos. La quería. Seguro que la quería. Y ella le quería a él, claro que sí.

La vida le estaba ofreciendo una nueva oportunidad. Martha era una mujer guapa y simpática, pelirroja por devoción, como afirmaba siempre. Aquel color le iba, sin duda, y encajaba bien con su naricilla de duende travieso y los grandes ojos verdes. Además, era muy inteligente. Contaba en su currículum con dos carreras muy dispares y realizadas en muy pocos años: informática, especializada en sistemas de seguridad, y psicóloga forense.

—¡Qué gracia, Martha! —Simuló gruñir, mientras empezaba a revisar los monitores, por pura rutina—. Me pregunto cada día qué haces aquí, y no triunfando en el mundo del espectáculo.

—¡Eh, qué curioso, yo también me hago esa pregunta! —replicó ella, encantada al ver que le seguía la broma—. ¡El circo era lo mío, mira que lo sabía!

—Jefe, por fin, te estaba esperando. ¿Te importa si hoy me voy ya? —Le preguntó Robert Talbot, uno de los agentes de seguridad. ¿Estaba enfermo? Pálido y algo demacrado, y un brillo inquieto en los ojos—. Me han llamado hace un rato y tengo que ir a recoger a mi hija al colegio para llevarla al dentista. Iba a ocuparse mi cuñada, pero le ha surgido una urgencia a última hora.

—¡Ah, no, claro, claro! —Días antes, la mujer de Robert había sido operada de apendicitis con algunos problemas, porque casi se había convertido en una peritonitis. Con dos críos pequeños, normal que tuviera aquel aspecto de llevar varios noches sin dormir—. No tenías ni que esperarme, hombre, lo sabes. Le dices a Martha, para que sepamos que no vas

a estar, y ya está.

—Gracias, jefe, pero prefería asegurarme de que te parecía bien — replicó Robert, que era muy formal en el trabajo. Cerró su terminal y cogió la chaqueta que colgaba del respaldo de su silla—. Recuperaré las horas, lo prometo...

—No digas bobadas. —Resultaba turbador verle así, porque Robert tenía la vida que él siempre había deseado. Casado con una chica estupenda, y muy guapa, habían formado juntos una familia de foto. Víctor y Martha fueron a la comunión del hijo mayor, unos meses atrás. La niña era un poco más pequeña. Víctor le envidiaba profundamente. Quizá, con aquel asunto, la vida le estaba diciendo a él que no desaprovechara lo que tenía, porque las cosas podían ponerse difíciles a cualquiera, en cualquier ambiente y en cualquier momento—. ¿Cómo está Ellie?

—Mucho mejor, gracias —respondió mientras se dirigía a la puerta, aunque el entusiasmo sonó un poco falso. Nervioso, quizá. Víctor le miró sorprendido. ¿Estaría Ellie peor de lo que quería admitir? Robert era muy suyo. Por no molestar, era capaz de no decirles nada hasta darles la hora y la dirección del funeral—. Si todo va bien, le darán el alta en dos o tres días.

—Ah, qué susto. Estupendo... En cuanto pueda recibir visitas, dime, que me gustaría verla.

—¡Y a mí! —añadió Martha. Robert murmuró unas gracias apresuradas mientras salía por la puerta—. Pobre hombre, anda derrengado. Sin Ellie no es nadie. —Se volvió hacia él—. Es bonito, eso.

—Sí. Lo es.

Se miraron unos segundos. Víctor se preguntó si debía hacer caso de aquella advertencia que le gritando la vida, tomar lo que podía tener y olvidarse de una vez de absurdos imposibles. ¿Por qué no? Martha era encantadora, y seguía esperando que diera algún paso, pero no lo haría por

siempre.

De hecho, por lo que dijo a continuación, debía haber decidido dejar de hacerlo:

—Víctor... —Bajó más la voz, para que nadie excepto él la oyese—. La semana que viene hay un puente largo, cuatro días libres, y ambos tenemos pendientes varios días de vacaciones, todavía, podríamos tomarla al completo. ¿Te gustaría ir conmigo a la casita de pueblo de mi hermana? Aquella en la que pusiste el sistema de seguridad el año pasado, ¿recuerdas?

Víctor parpadeó. Recordaba la casita, claro que sí. Era un lugar encantador, cerca de un pueblo pequeño, a una buena cantidad de kilómetros, casi en la otra costa. Parecía un plan estupendo. Y sabía que, si lo intentaba, podría ser feliz con Martha. No como lo fue con Kira, como lo hubiese podido ser, de haber ido bien las cosas con ella, pero ¿quién necesitaba amores arrebatadores? Estaban sobrevalorados. Era mucho mejor el cariño tranquilo de alguien que no podía romperte el corazón.

Estuvo a punto de aceptar, de decir cualquier cosa que acabase con la gruesa capa de hielo que se había formado entre ellos por haberse acercado tanto y tan deprisa, pero algo se lo impidió, como siempre.

—Parece un plan estupendo... pero me va resultar imposible. —Pasar unos días allí con Martha hubiese sido un plan muy agradable, de no ser porque no quería utilizarla para taponar fisuras. No se merecía eso—. Tengo mucho trabajo.

—Oh. —Martha hizo un esfuerzo evidente por mantener la compostura y Víctor supo que nunca jamás volvería a recibir una propuesta, de ningún tipo—. Por supuesto. No te preocupes.

«Soy idiota». Apartó la vista, como un cobarde y simuló estar interesado en lo que sucedía en los monitores de la cámara de seguridad.

Pudo ver a Walters, uno de los tres encargados de atender a los

clientes en *La cúpula*. Allí se encontraba, de hecho, hablando con una mujer morena muy atractiva, de silueta impresionante y piernas inmensas. No estaba seguro de si era guapa o no, y ese fue el detalle que llamó realmente su atención: se sorprendió por el hecho de que llevase gafas de sol en una sala cerrada. Y qué grandes eran, por cierto, casi le tapaban por completo medio rostro.

Bueno, a saber. Él mismo había pasado por más de una resaca que le había obligado a ponerse gafas absolutamente negras en habitaciones oscuras, además de querer morirse durante todo el proceso. No le dio más importancia, hasta que ella se puso en pie y pudo fijarse mejor en las piernas.

Bonitas, muy bonitas...

La puerta secundaria, la que daba al garaje de acceso restringido y que se usaba para meter o sacar discretamente de *La cúpula* maletas llenas de dinero y otras maravillas del estilo, se abrió en ese momento para dejar paso a un hombre del equipo de limpieza con su carro, pero no le concedió demasiada atención porque le había parecido ver algo en la pantorrilla derecha de la mujer.

Intrigado, se inclinó a mirar sobre el monitor. Nada, no conseguía ver... Decidió usar el zoom de la cámara para ampliar varias veces la imagen ¿Qué diantre era aquello? Parecía una pequeña mancha de nacimiento. Una especie de fresa.

Una fresa...

Conocía esa fresa.

La imagen de Kira, desnuda entre las sábanas, llenó de pronto su mente.

—No... —susurró, aturdido—. No puede ser... No es posible.

—¿Ocurre algo? —preguntó Martha, acercándose para mirar.

—No, yo... —Se sobresaltó de forma evidente cuando su móvil

empezó a sonar. Lo sacó y conectó, sin apartar los ojos de aquella mujer que estaba entrando en la sala acorazada, con un movimiento de caderas que aumentó su alarma, porque le resultaba de lo más familiar—. Derry.

—Idiota, mueve el culo. Están robando en *La cúpula* —oyó. Lo dijo una voz de hombre, desconocida, algo melosa, forzada para sonar distorsionada. Luego, un *clic*. Habían colgado. Víctor se quedó sin saber qué decir.

—¿Jefe? —volvió a preguntar Martha.

No contestó. Comprobó quién había llamado. En el móvil solo ponía «privado», pero tenía una aplicación para dejarse de semejantes tonterías. El número no le sonaba de nada. Podría rastrearlo, pero le llevaría un tiempo, y la sensación de urgencia no se iba. ¿Quién coño había sido? ¿Y cómo había conseguido su número? ¿En serio, estaban robando en *La cúpula*? Absurdo. Podía ver a Walters, y también a los tres agentes de seguridad, perfectamente armados y muy tranquilos. ¿Quién coño se suponía que robaba? ¿La morena?

Víctor parpadeó. Siempre había sido un hombre suspicaz. Cuando le decían que mirase en una dirección, solía mirar hacia la contraria.

—Martha, sube rápido al piso veinticinco —ordenó. Ella le miró sorprendida.

—¿Para?

—Te digo que subas de inmediato. Ya. —Se inclinó hacia ella para susurrarle—: Comprueba que todo está bien... donde tú ya sabes.

Martha asintió. Claro que sabía, se refería a la cámara secreta. Y era mujer de reacciones rápidas, por eso resultaba tan buena en su trabajo. Cogió la cartuchera que había dejado en su mesa, se la puso, y se echó por encima la chaqueta.

—Te llamo desde allí con lo que sea —dijo, saliendo.

Víctor se sentó frente a su monitor. Primer paso, asegurar el terreno,

ya estaba dado. Ahora podía hacer sonar la alarma, pero se sentía reacio a hacerlo, solo por un anónimo. Total, si llegaba a necesitarlo, no tenía más que darle a un botón: puertas y ventanas, y todo tipo de accesos en general, se cerrarían de inmediato, excepto para el personal de seguridad.

Una milésima de segundo y nadie saldría de *La cúpula* sin que él lo permitiera. O del último piso.

Durante unos segundos, se dedicó a examinar todas las imágenes que le llegaban desde todas las cámaras, con la velocidad que le daba la experiencia. Nada fuera de lugar, un día como cualquier otro en el sofisticado Queen of Sheba. Finalmente, volvió a *La cúpula* y observó cómo el hombre del equipo de limpieza frotaba la moqueta con bastante poco garbo. Lo cierto era que no parecía muy acostumbrado a las bayetas y no le conocía de nada. ¿O sí?

—¿Ese quién es? —Pasó la imagen a los otros dos agentes que quedaban en la sala—. ¿Alguno le conoce?

—No —oyó decir, al unísono. Víctor intentó controlar su respiración. Se estaba empezando a poner realmente malo.

—Robert, mira si...

—Robert se ha ido hace un momento, jefe —le dijo Mark Costa, otro de sus agentes de seguridad—. Tenía que llevar a su hija al dentista.

—Ah, sí, es verdad. Pues tú mismo, Mark, pide rápido informes a recursos humanos, sobre bajas en el equipo de limpieza. Comprueba si hoy ha habido algún cambio.

—En seguida. —Tecléo—. Sí, aquí está. Smith se encuentra enfermo, posible gripe. Pidió la baja ayer mismo.

—Ajá. ¿Y este? ¿Lo envía la agencia?

—Eso parece —confirmó Mark, tras teclear las preguntas y comprobar las respuestas—. Sí, así es. La agencia ha mandado un sustituto.

Aunque...

—¿Qué ocurre?

—Dame un momento.

Víctor frunció el ceño mientras observaba cómo hablaban el hombre de la limpieza y Walters. Miró el reloj de pared. Apenas habían pasado cinco minutos desde la llamada, pero ya le parecía una eternidad. Los segundos avanzaban con una lentitud agobiante.

¿Quién demonios era ese individuo? ¿Y ella?

«Me encantan las fresas». Eso lo había dicho él mismo, mordisqueando la pantorrilla de Kira, la primera vez que hicieron el amor, en casa de Carter. Llevaban demasiado tiempo deseándose, y por fin había estallado todo. En esos momentos, relajados y satisfechos, retozaban mientras reunían fuerzas para continuar.

Víctor besó la pantorrilla de la chica, allí donde una marca de nacimiento adoptaba la forma de fresa. «Voy a devorarla, por completo... Y luego, a ti» Ella rio. Se arqueó, voluptuosa, y Víctor se deslizó sobre las sábanas, entre sus piernas, para besar también su pubis. La oyó gemir de ese modo que le volvía loco y que...

No podía ser... Solo eran tonterías provocadas por su obsesión. Había soñado con Kira y ahora creía verla por todos lados, incluso en una mujer de pelo negro como la noche. Ni siquiera podía estar seguro de que aquello que había visto fuese una mancha de nacimiento. Claro que, para comprobarlo, solo tenía que bajar...

La puerta se abrió bruscamente y dio la impresión de darse alguna especie de magia. Todos los empleados, menos Víctor, se pusieron firmes al ver a Gólubev. Entró hecho una auténtica furia.

—¡Víctor! —gritó—. ¡He recibido una llamada avisando de un puto robo! ¿Qué cojones está pasando?

—No lo sé. Yo también acabo de recibir una, pero solo es un anónimo, no podemos saltar cada vez que llega uno. Intento verificar...

—Jefe, el sustituto que ha enviado la agencia es este —dijo Mark, con voz preocupada. El monitor se llenó con la imagen de un carné de los que usaban los empleados. La fotografía correspondía a un hombrecillo de mediana edad, gordo y con grandes bigotes—. No es ese que...

—¡Da la alarma, cojones! —volvió a gritar Gólubev—. ¡Lo haces tú o lo hago yo! Algo está pasando. Además, no encuentro mi llave magnética —reconoció, con la misma expresión que si le hubiesen arrancado una muela mientras tomaba un Martini—. Estoy seguro de que algún hijo de puta me la ha robado.

Le habían robado la llave magnética. El hombre de la limpieza había sido suplantado. Vale, definitivamente, algo ocurría. Víctor adelantó la mano hacia el botón rojo de su terminal, pero entonces la morena salió de la cámara acorazada y empezó a hablar con Walters. Cuanto más la miraba, más convencido estaba de que se trataba de Kira Carter en persona.

Era ella. Seguro que era ella.

—No querría provocar un incidente innecesario —musitó—. Puede suponer mucho dinero.

«Corre, corre, corre...», le dijo mentalmente. Última oportunidad, la que ella no se dignó a darle a él. Pero nada. Aquella tonta no se movía.

—¿Estás loco? ¿De qué cojones me hablas? Parte del grupo de Nóvikov ha dejado ahí sus pertenencias. Y, conociéndoles, a saber qué cosas son, seguro que de las que una aseguradora no puede devolver. Si ocurre algo, si me pones en un compromiso por inepto, juro que rodará tu cabeza. ¡Te digo que des la alarma! —Viendo que él no reaccionaba, Gólubev se volvió hacia Mark—. ¡Vamos!

—¡Sí, señor! —dijo el guardia de seguridad, y pulsó su botón rojo.

De inmediato, se oyó un pitido suave pero insistente en todo el hotel, los accesos al exterior empezaron a cerrarse y los guardias de seguridad tomaron posiciones para tranquilizar a los huéspedes, a los que se resarciría con una cena gratis en el restaurante de su preferencia, además de algún que otro detalle.

En el monitor de Víctor, las imágenes en las cámaras se tiñeron de rojo, pero eso no evitó que se viera cómo la muchacha morena empujaba bruscamente a Walters, le arrebató su tarjeta de seguridad y salía corriendo.

—Mierda... —musitó él, justo un segundo antes de lanzarse también hacia la puerta.

—¡Derry! —gritó Gólubev. Que le llamara por su apellido no era buena señal, pero no le hizo caso. Bajó al vestíbulo, cruzó la puerta hacia el entramado subterráneo y utilizó el dispositivo de su móvil, que recibía las imágenes de las cámaras, para intentar adivinar el recorrido de aquella loca.

Era rápida, pero no tanto como él, por suerte, ni parecía saber cuál era el mejor camino, para llegar fuera. Además, llevaba tacones, y considerables. Le reconoció el mérito, pero era una carrera que no podía ganar.

Para cuando Kira alcanzó una de las puertas secundarias que conducían al exterior, se topó con él cerrándole el paso.

Ella también le reconoció al momento, seguro. Trastabilló y se detuvo, con la boca abierta en una mueca de absoluto asombro. ¿Estaba cambiada? Algo, sí, claro, porque la niña preciosa que recordaba se había convertido con los años en una mujer bella y elegante.

Durante un segundo, se miraron en silencio.

—Déjame pasar, por favor —suplicó entonces Kira, aterrada—. Por favor. ¡Por favor!

Él miró de reojo la cámara por la que sin duda les estaba vigilando Gólubev. De haber tenido alguna duda al respecto, se disipó por completo

cuando la cerradura electrónica de la puerta que tenía a su espalda, la que daba al exterior, pitó y se puso con dos luces en rojo: no solo estaba cerrada, sino que la habían sellado desde la sala de seguridad.

Ya no podría abrirse con un nivel de acceso inferior al suyo, o al de Gólubev. De haber estado allí sola, Kira se hubiese visto atrapada, porque la tarjeta de seguridad que le había robado a Walters, no le hubiese servido de nada.

Víctor suspiró, seguro de que, si lo hacía, si la ayudaba, se iba a jugar muchas más cosas que un simple empleo. La razón de su presencia allí, esa venganza cuidada y organizada a lo largo de tantos años, podía irse al traste si Gólubev le echaba sin más contemplaciones.

Pero, no tenía más remedio. Él no podía venderla. Él sí que la amaba y la amaría siempre.

Sacó su tarjeta, anuló la orden y abrió.

—Corre —le dijo, seco. No tuvo que repetirlo dos veces. Kira atravesó la puerta como un rayo y no tardó en perderse por el aparcamiento.

Un momento de estática en el intercomunicador y luego, la voz de Gólubev.

—A mi despacho, Derry. Ahora mismo.

CAPÍTULO 8

Victor cruzó el vestíbulo a buen paso, intentando calmar al personal del hotel y a los pocos clientes que seguían por allí, dado que se había pedido a todo el mundo que volviesen a sus habitaciones. Estaba en el ascensor, intentando idear una excusa lo bastante plausible como para que Gólubev no le mandara al paro de inmediato, como poco, cuando su móvil empezó a pitar. Era Martha.

—Víctor, ¿por qué no me contestabas?

—Eh... andaba liado —musitó. Y nunca mejor dicho: liado y bien liado. A ver cómo salía de aquella. Lo primero, pondría a Martha a buscar a Kira. Era la única en la que confiaba, por eficiencia y por discreción—. Por cierto, en cuanto puedas quiero que me localices a alguien. Es importante.

—Claro. ¿Bajo o te espero en tu despacho de la veinticinco?

—Ah, sí... —Había olvidado que la había enviado a comprobar la sala acorazada de arriba. Iba a decirle que dejara aquello cuando recordó lo que había dicho Gólubev, sobre su llave electrónica desaparecida—. ¿Has comprobado la cámara?

—Sí... Bueno, no del todo, no la abriría sin permiso, solo vigilaba por aquí. Todo parece tranquilo.

La habitación secreta estaba situada entre el despacho de Gólubev y el suyo, cuyas puertas contiguas daban al mismo pasillo. No era grande, apenas tenía seis metros de largo y alrededor de tres de ancho, un rectángulo de paredes reforzadas, infranqueable por la fuerza bruta a menos que se usara un explosivo capaz de destrozar todo el piso. Carecía de salida propia al exterior, solo se accedía por las compuertas que, en el despacho de Gólubev, era un mueble bar, y en el suyo una estantería con libros.

Que todo siguiera tranquilo era buena señal. Al fin y al cabo, sí que

estaba pasando algo en *La cúpula*, quizá se había excedido en su suspicacia, y nadie había intentado nada en el último piso. Pero no estaba de más cerciorarse.

—Vale, pero abre y comprueba que todo está bien, por si acaso.

—Está bien. ¿Quieres que use tu llave de reserva?

Los únicos que tenían acceso a la sala secreta eran él y Gólubev, pero Martha sabía dónde guardaba una llave magnética de repuesto, en el interior del marco de uno de los cuadros de la pared.

—Sí, por favor. —A última hora, se le ocurrió algo más—. Y comprueba en el ordenador de mi mesa los registros de la cerradura electrónica, para saber si ha entrado alguien recientemente.

Martha siempre había sido una mujer muy lista. Seguro que no entendía nada, pero dejó las preguntas para otro momento.

—Vale, comprobando... —Un segundo después, la oyó gruñir por lo bajo—. ¡Maldita sea, tienes razón! ¡Alguien acaba de acceder a la cámara! Ah, nada, no te preocupes —añadió al momento, con alivio—. Ha sido Gólubev.

—¿Gólubev? ¿Cuándo?

—Pues... Según esto, no hace ni cinco minutos. —¿Cinco minutos? Imposible. Gólubev acababa de sellar una cerradura, algo que solo podía hacerse desde la consola de Víctor, en la sala de seguridad de la primera planta. No podía haber sido él—. De hecho, espera, espera... No hay registro de salida. El jefe sigue en la cámara.

—Mierda... —Víctor abrió los ojos, alarmado. Quien quiera que fuese, todavía estaba dentro—. Sal de ahí, Martha.

—Pero...

—No. Nada. Sal de ahí, ya, corre hacia la escalera. Es una orden.

—Espera. La puerta se abre. Creo que...

De pronto, le llegó el retumbar de un golpe, dos. Un grito, de mujer. ¿Martha? Ruido de pelea y, por fin, un fuerte estallido de cristales.

—¡Martha! —gritó, alarmado—. ¡Martha!

La comunicación se cortó bruscamente.

Víctor pulsó incansable el botón del piso veinticinco durante todo el tiempo que tardó en llegar, algo que se le hizo inmenso. Al abrirse las puertas, vio que el tercer ascensor también estaba allí, Gólubev había subido en él y acababa de llegar. De hecho, las puertas se estaban cerrando a su espalda.

Al verle, su jefe frunció el ceño.

—Derry, ¿te has...?

—¡Ahora no! —gritó, sin hacerle caso, y corrió hacia su despacho.

La puerta estaba abierta de par en par. Allí dentro, todo se encontraba patas arriba. La estantería que ocultaba la entrada a la cámara de seguridad estaba entornada, y buena parte de sus libros estaban tirados por los suelos, como si la hubiesen golpeado con violencia. Por si eso no fuera suficiente, habían volcado la mesa a un lado, el ordenador estaba en el suelo, rodeado de cristales y piezas sueltas, y la ventana estaba destrozada. Las cortinas se movían de un lado a otro, agitadas por el viento.

Ni rastro de Martha.

—No, no... —susurró, Víctor, con el corazón en un puño, y corrió hacia la ventana. Los cristales rotos crujieron bajo sus pies, aunque su mente analítica le dijo que los de la ventana debieron irse hacia fuera. Esos, de hecho, quizá fueran solo del ordenador...

Miró hacia abajo.

En la piscina de la suite Presidencial, que quedaba justo debajo, se movían dos figuras. Reconoció de inmediato a Nask, que arrastraba hacia la orilla a una Martha inconsciente. A su paso, iban tiñendo las aguas de rojo,

como el trazo de un pincel con acuarela.

Aterrado, Víctor volvió sobre sus pasos hacia el ascensor. En el pasillo, se encontró de nuevo con Gólubev, que estaba llegando a la puerta de su propio despacho, pero esta vez, su jefe no le llamó, ni trató de detenerle. Se limitó a hacerse a un lado y mirarle de un modo muy poco halagüeño. Víctor le ignoró. Ya solventaría el tema más tarde.

Bajó al piso veinticuatro y trató de sortear a los matones del pasillo. Tuvo suerte y lo consiguió con los tres primeros, pero el cuarto le enganchó por el cuello con una llave que debía haber aprendido del clásico maestro ciego en algún rincón ignoto de oriente, porque le retorció dolorosamente un brazo y lo inmovilizó estampándolo contra la puerta. Los otros no tardaron en llegar y se vengaron por el ultraje dándole alguna que otra patada.

Pero, por suerte, no pudieron impedir que liberase la otra mano. Golpeó la puerta como pudo, varias veces.

—¡Nask! —gritó—. ¡Nask! ¡Volodia! ¡Por favor, abre!

Apenas dos segundos después apareció el mayordomo. Wamba ordenó que le soltasen, y le dejaron pasar de inmediato. Víctor no se paró ni a recriminar a unos ni a dar las gracias al otro: simplemente echó a correr, atravesó la suite de lado a lado como un rayo y salió a la terraza.

Allí, se encontró a Martha tumbada sobre el rectángulo de suave alfombra de césped que se cambiaba cada pocos meses. Nask, chorreando agua y vestido tan solo con un bañador de palmeras digno del turista más despistado, estaba arrodillado a su lado. Aturdido, durante un segundo Víctor pensó que la estaba besando, pero no, claro. Estaba haciendo unos primeros auxilios.

Se incorporó y empezó a darle un masaje cardíaco.

Víctor se detuvo, casi enfermo de preocupación. ¡Si le pasaba algo...! Estaba tan pálida... Durante un par de segundos pensó que estaba todo

perdido. ¡Y él se había portado tan mal con ella! Martha siempre había sido animosa, le había ofrecido su lealtad y su corazón sin condiciones, pero él no había sabido corresponderla. Si le pasaba algo no podría perdonárselo nunca.

Entonces, Martha reaccionó. Se estremeció y empezó a escupir agua, entre espasmos.

—Así, tranquila, tranquila... —le dijo Nask, ayudándola a incorporarse. Cuando Martha dejó de toser, miró a Víctor—. ¿Qué cojones ha ocurrido? ¿Tiene que ver con Nóvikov?

—¿Eh? No, no. —Se refería a la prostituta, claro. Y al sexo duro que le gustaba practicar a Nóvikov. Como si él fuese a permitir que utilizara a Martha para semejantes juegos—. ¿Martha? ¿Qué ha pasado?

—Encontré... había dos hombres dentro de la... —Miró de reojo a Nask. A este no se le pasó por alto—. Bueno, ya sabes, de la sala.

—¿Los viste? ¿Era alguien conocido?

—No sé. Iban con pasamontañas. Quise sacar la pistola, pero... fueron más rápidos. —Se llevó una mano a la contusión de su frente—. Me golpearon y, en el forcejeo, me lanzaron contra la ventana.

—Menos mal que debajo estaba la piscina —dijo Nask. Se cruzó de brazos y sonrió de oreja a oreja—. Y menos mal que estaba yo para salvarte, princesa.

Ella le miró algo desconcertada. Incluso se ruborizó un poco. Casi parecía... ¿Le gustaba? Parecía que sí. Víctor frunció el ceño, enfadado consigo mismo por la punzada de celos que estaba sintiendo. Si Martha sentía algún interés por Nask, él no era quien para meter baza. Ambos eran adultos y lo que no tenía ningún sentido, era que él se pusiera posesivo.

—Maldita sea, Volodia, no bromees con esas cosas, y menos ahora. —Luego, se dirigió otra vez a ella—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Tranquilo. Me siento un poco desorientada por el golpe, pero

bien. —Se apartó el pelo húmedo de la cara—. ¿Qué ha pasado?

Le hubiera gustado poder tranquilizarla, pero no podía. Y Martha nunca le hubiese perdonado una mentira piadosa, no, en lo referente a su trabajo.

—Han intentado robar en *La cúpula*.

No supo quién se sorprendió más, si Martha o Nask.

—¡Oh, joder! —exclamó ella—. ¿Y qué haces todavía aquí? ¡Tienes que ir de inmediato!

—No, yo me quedo. Vas a subir a mi suite y...

—Pero ¿qué dices? Ni hablar. Sabes tan bien como yo que los primeros momentos son vitales en estos casos. Tú mismo me lo enseñaste, Víctor. Además, yo estoy bien. —Intentó empujarle, aunque sin demasiada fuerza—. Hazme el favor, vete, vete...

—Pero...

—Yo me ocuparé de la señorita Budge —se ofreció entonces Nask—. No te preocupes, estará bien.

Víctor dudó todavía un momento, pero asintió porque deseaba irse cuanto antes y era una buena excusa. Lo sentía por Martha, porque era cierto que la quería, y mucho.

Pero amaba a Kira Carter. Y, Kira, estaba en peligro.

—Avisa al doctor Peña —le dijo a Nask—. Es el médico del hotel.

—Vale, pero la examinará antes Korovin, está en mi despacho. —Korovin era el médico personal de Nóvikov, y una de las mayores eminencias médicas de su país. A Víctor no terminaba de caerle simpático, por reservar sus conocimientos para aquella clase de gentuza, pero Martha no podía estar en mejores manos—. Vete.

Tras sonreír una última vez a Martha, Víctor subió de nuevo al piso veinticinco y se dirigió a toda correr al despacho de Gólubev. Le encontró

allí, sentado tras la mesa de su escritorio, comprobando algo en su ordenador. Al verle entrar, le miró con el ceño fruncido.

—Te he tratado siempre como un hijo, siempre —tuvo el valor de soltarle, así, por las bravas. Pero qué desfachatez. Víctor inspiró profundamente para contenerse—. Desde el primer momento, desde que eras aquel retaco que Carter encontró peleándose por un par de monedas en unos billares.

Víctor se encogió de hombros.

—No querían pagarme. Anulé el sistema de seguridad de una casa, robaron y no querían darme mi parte. Carter había oído hablar de mis... *habilidades*, por eso se presentó allí.

—Cierto. ¿Qué años tenías?

—Catorce.

—Y habías aprendido a utilizar los ordenadores, todo lo relacionado con la tecnología, por tu cuenta.

—Así es. Mi padre era un borracho, por él ni hubiera ido a la escuela, no hubiese hecho los estudios obligatorios. Tuve que buscarme la vida.

—Autodidacta y siempre tan listo. Por eso Carter te mandó a la universidad, por eso invirtió en ti tanto, y por eso has llegado al punto en el que estás ahora. —Hizo una mueca con media boca—. Te aprecio mucho, pero no te aconsejo que me desafíes, Derry. Se me puede terminar la paciencia.

Víctor cerró la puerta a su espalda y caminó hacia la enorme mesa del despacho de su jefe. Se quedó de pie, con las manos en los bolsillos.

—No sé de qué me hablas.

—No me vengas con idioteces, Víctor. Sabes perfectamente que hablo de esa mujer. ¿Por qué la has dejado escapar?

Esa era una buena pregunta, sin duda. Pero, como no quería reconocer

las razones, ni siquiera ante sí mismo, se limitó a encogerse de hombros.

—Me ha dado pena.

Gólubev le mantuvo la mirada.

—No es cierto. Lo que pasa es que has pensado con la polla, eso es lo que ha ocurrido. Pues te lo advierto, si esa mujer se ha llevado algo de algún cliente, te va a costar mucho más que tu puesto de trabajo.

—Sabes tan bien como yo que *La cúpula* es mera fachada. Lo importante, lo guarda cada cual en su habitación, y lo muy importante, lo custodiamos aquí arriba.

—Ya te he dicho que algunos del séquito de Nóvikov...

—Sí, bueno... No creo que eso importe mucho. Han entrado aquí, en la sala blindada.

—¿Qué? — Gólubev abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Qué dices?

Sin esperar respuesta, se levantó, accionó el mecanismo del mueble bar y esperó impaciente a que se deslizase a un lado. Luego, miró a Víctor. Este se acercó y abrió la cerradura con su propia llave.

La sala blindada estaba iluminada por la luz del día que llegaba por la puerta abierta al despacho de Víctor, y se veía vacía y silenciosa. Todos los laterales estaban cubiertos por portezuelas con cerraduras de combinación. Tenían distintos tamaños, desde cajoncillos para joyas sueltas hasta otros en los que entraba con holgura una maleta. Había incluso un armario de cuerpo entero, en uno de los extremos.

«Para entregas especiales», solía decir Gólubev. Quizá se refería a personas, cabía perfectamente una allí dentro, pero hasta el momento, Víctor no había sido testigo de algo semejante y esperaba que no llegara a ocurrir.

Abrió el armario en el que los había guardado y comprobó que estaban los maletones del político. Era poco probable que ese fuera el

objetivo, porque habían llegado de improviso hacía nada y aquel golpe parecía preparado con tiempo, pero nunca estaba de más comprobarlo, sobre todo porque no se fiaba ni pizca de los políticos en general.

Vale, no habían entrado por eso. Miró alrededor. A saber. También cabía la posibilidad de que ni siquiera llegaran a coger nada, quizá se dieron cuenta de la presencia de Martha y decidieron huir...

—Echa un vistazo, a ver si falta algo —le sugirió a Gólubev—. Quizá buscaban una cosa en concreto, de tus posesiones privadas.

—Tendría que revisar... —Pero sí tenía algo que le importaba como todo lo demás, porque abrió un cajón en concreto y tocó el interior, en la parte de arriba. ¿Alguna tarjeta pegada en lo alto? En todo caso, eso pareció tranquilizarle. Lo que buscaba, seguía allí—. ¿Cómo entraron?

—Pues con tu llave, por lo que parece. ¿Cuándo la viste por última vez?

Gólubev hizo memoria.

—Cuando bajé, después de irte tú. Fui a la cafetería de Eleanor, a picar algo. Cuando intenté subir de vuelta, descubrí que no la tenía. Mientras me dirigía a la sala de seguridad, para decírtelo, me llamaron al teléfono, para avisar de que robaban en *La cúpula*.

—¿En la cafetería se te acercó alguien?

—No, que yo recuerde...

—¿Te tropezaste con alguien en el camino?

—No... Bueno, supongo que sí. Había bastante gente en el vestíbulo, de modo que sí que me choqué con alguien, sí. —Frunció el ceño, al intentar hacer memoria—. Con varios, de hecho, pero no le di mayor importancia. La gente no tiene educación. Menuda novedad.

—Ya. Es de suponer que te la robaron entonces. Llegaron aquí y entraron a la sala acorazada. Pero, debían tener alguna combinación, debían

contar con la seguridad de que podrían abrir lo que estaban buscando.

—Quizá. También podía ser un experto en abrir cajas, alguno de ellos.

—Sí, cierto. Pero esas no se abren rápido, ni siquiera con un experto.

—Iban a contar con tiempo, mientras estaba el lío de abajo.

—Eso es verdad. —De no haber enviado a Martha, a saber cuándo se hubiesen enterado. Quizá les hubiese dado tiempo a desvalijarlo todo y llevárselo, hasta los maletones del político. A nadie le hubiese sorprendido un turista con su equipaje—. En todo caso, ahora mismo...

Se interrumpió, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Gólubev. Mark Costa se asomó.

—Perdón, jefes, ¿molesto?

—No, pase, pase. —El guardia entró—. ¿Qué puede decirnos?

—Hemos detenido al hombre, en el aparcamiento. —Miró de reojo a Víctor, indeciso—. La mujer logró escapar.

—¿Han robado algo?

—En principio, parece que no. El hombre no llevaba nada encima. La mujer dejó caer su bolso y estaba casi vacío, solo tenía una cartera con documentación que estamos comprobando, un pañuelo y unos guantes de goma. Hemos comprobado la cámara oculta de *La cúpula*, y solo abrió una caja fuerte, además de la suya, la 0042. Por lo que parece, es una de las seis que tiene usted reservadas, señor.

—¿La 0042? —repitió Gólubev, otra vez alterado.

—Así es. La hemos revisado y está vacía. ¿Tenía algo de valor allí?

—¿Dónde está el detenido? —preguntó Gólubev, a su vez.

—En la habitación de los interrogatorios. —Llamaban así la pequeña sala que tenían para custodiar a los posibles detenidos en el hotel, carteristas o ladrones varios, mientras esperaban la llegada de las autoridades—. Justo

íbamos a avisar ahora a la policía.

—No —ordenó Gólubev—. Nada de policía.

—Pero, señor...

—¡He dicho que nada de policía! ¡Ni siquiera ha habido robo, cojones! —resopló—. A todos los efectos, la caja 0042 estaba vacía.

Mark le miró a él. Víctor se encogió de hombros.

—Ya has oído al jefe. Aquí no ha pasado nada.

—No —replicó Gólubev, volviéndose hacia él con el ceño fruncido—. No vayas de listillo, Derry, y no pongas en mi puñetera boca palabras que no he dicho. Sí que ha pasado algo, y algo muy grave, de hecho.

—¿El qué?

Gólubev dudó.

—No te pago para que me hagas preguntas, sino para que me des respuestas. Anda, haz algo útil, ve a interrogar a ese hombre de una puta vez. Quiero saber cuánto antes quién era esa mujer a la que has dejado escapar y dónde encontrarla. ¡Largo los dos, fuera de aquí! —Víctor hizo un gesto a Mark y ambos se dirigieron a la puerta. Pero, antes de que le diera tiempo a salir, añadió—. Yo tengo que comprobar una cosa. Me reuniré contigo en cinco minutos.

CAPÍTULO 9

La sala de los interrogatorios era un espacio de unos seis metros de lado, pintado en gris claro, enmoquetado en gris oscuro y con una mesa anclada al suelo y dos sillas enfrentadas como único mobiliario. En el ángulo del techo, a la derecha de la puerta, había una cámara que grababa todo lo que ocurría en su interior. Aun así, el protocolo dictado por Víctor indicaba que siempre debía quedarse dentro un guardia de seguridad, para evitar contratiempos.

En realidad, la sala no había sido utilizada «oficialmente» más que una vez, a los pocos meses de la apertura del hotel, cuando detuvieron a un carterista con poco tino. Desde entonces, Víctor no recordaba haber vuelto por allí, excepto para un encuentro furtivo con Martha, justo al regreso de aquellas vacaciones juntos, cuando jugaron a que la había sorprendido seduciendo clientes en la cafetería y le daba un correctivo.

«Qué situaciones más distintas», pensó, al recordar el cuerpo desnudo de Martha reclinado sobre la mesa, jadeando de placer y estremecido por el orgasmo...

Ese día, cuando entró seguido de Mark, vio que el hombre se había quitado la barba postiza. Aun así, le reconoció al momento: era el tipo con uniforme del departamento de limpieza que había hecho la pantomima de frotar una mancha de café en la moqueta de *La cúpula*.

Ahora que podía verle mejor, le evaluó cuidadosamente. Moreno, bastante atractivo, aunque con aire vulnerable, algo blando. Tenía el abundante cabello negro revuelto, la ropa arrugada por el forcejeo y no dejaba de sudar. Estaba esposado por una muñeca a la argolla que tenía la mesa para eso, exactamente.

—No es lo que parece —dijo, cuando se detuvo ante él.

—Por Dios. Qué poco original. —Víctor se volvió hacia Mark, y hacia el guardia que había estado vigilando al desconocido, quieto en una esquina—. Esperad fuera. Todos.

Mark le miró sorprendido de que se saltase sus propias normas, pero asintió. Hizo un gesto a su compañero y salieron en silencio.

Cuando volvió a fijar la mirada en él, el detenido tragó saliva, asustado. Bien, así era como le quería. Necesitaba respuestas, y cuanto antes.

—Soy Víctor Derry, director de seguridad del hotel. —El hombre pareció sorprendido—. ¿Me conoces?

—No... Bueno, sí. Claro que sí —musitó—. Hubo un tiempo en que me interesaba todo lo relacionado con Charles Carter. Usted era su protegido. Surgido de las calles, experto en informática y redes, colaboró con Carter en varios atracos a bancos, aunque nunca hubo pruebas para imputarle por ninguno. —Titubeó—. Luego, de pronto, desapareció del mapa. Y nadie me dijo que estuviera aquí.

Estando Kira metida en aquel asunto, no le extrañó que supiera tanto de él. Pero sí se sintió algo molesto, como si aquel desconocido hubiese invadido de algún modo su intimidad. ¿Hasta qué punto estaría relacionado con ella?, se preguntó de pronto. Las posibilidades le molestaron más todavía.

—Así es. Aquí estoy.

—Pero... Creía que el director de seguridad se llamaba Vincent Dilligan...

—¿Quién te ha dicho eso?

El hombre no contestó, aunque sus labios temblaron. ¿Vincent Dilligan? Desde luego, eran sus iniciales, algo que quizá fuera una casualidad, pero tendía a dudar. Más bien daba la impresión de que alguien, quien quiera que organizase aquella pantomima, le había ocultado su nombre

auténtico.

¿Por qué le habrían mentido así? ¿Por Kira? Quizá. Pero dudaba de que pudiera sacarle nada, de una forma directa. Iba a tener que trabajarlo.

—Da igual. —Ninguno dijo nada durante unos segundos—. ¿Cómo te llamas?

—No diré nada sin un abogado.

—No seas idiota. De momento, nadie ha llamado a la policía. Como no ha habido grandes daños, el asunto está... digamos, en el aire. No te conviene veniros con exigencias legales, porque, de ser así, vas a tener que comerte al completo todas sus consecuencias. Colabora, y te aseguro que te irá mucho mejor. —Le dejó un momento para que le entrase la idea en la cabeza y siguió—. Voy a preguntártelo una última vez: ¿cómo te llamas?

El hombre hizo un gesto, entre enfado y derrota.

—Howard —musitó—. Howard Davis.

—Bien. Pues que sepas que te has metido en un buen lío, amigo Howard. —Tras pensarlo un segundo, se dirigió hacia la cámara que estaba grabando y la desconectó. Desde ese momento, ya nadie de fuera podría oír ni ver qué pasaba—. Por suerte para ti, quiero echarte una mano.

—¿De verdad?

—De verdad. Solo tienes que decirme dónde puedo encontrar a Kira.

El hombre se sobresaltó. Se lamió los labios, nervioso.

—No conozco ninguna Kira.

—Vaya, por Dios. Pues es el nombre de la mujer que colaboraba contigo... —Caminó hacia él y empezó a rodearle. Por detrás, apoyó una mano en su hombro. Le sintió temblar—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—¿Vas... vas a torturarme, o algo así?

Víctor se echó a reír.

—No, hombre, ¿qué dices? Simplemente, lo dejaré estar. Encenderé

otra vez esa cámara, saldré de aquí y que decidan otros qué hacer contigo. — Le dio un par de golpecitos—. Pero, si me lo cuentas, te aseguro que en dos horas estarás en la calle, sin ningún cargo.

—¿Sin cargos?

—No ha habido robo. Lamento comunicarte que la caja estaba vacía

—¿Qué? ¡Joder! ¡Joder! —Se tapó el rostro con la mano libre. Al cabo de un segundo, Víctor comprendió que había empezado a llorar. Sintió una mezcla de lástima y desprecio—. ¿Qué... qué pasó? ¿Por qué saltó la alarma? No lo entiendo. Nosotros lo hicimos bien, tal como nos indicaron...

—Yo recibí una llamada de teléfono. Gólubev, el dueño del hotel, recibió otra.

—¿Qué? —Le miró aturdido—. ¡Malditos hijos de puta! ¡Kira tenía razón! ¡Nos tendieron una trampa!

—Eso me temo.

—Pero ¿por qué?

—Esa es una pregunta muy interesante, pero prefiero que respondas a la mía cuanto antes. —Se colocó a su lado y se inclinó, para mirarle de cerca—. Escúchame, Howard: este asunto pinta mal, muy mal. Yo soy amigo de Kira, otros no. Te aseguro que es mejor que no puedan localizarla. Eso por no hablar de aquel que os ha traicionado.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Pues que es posible que no quisiera que escapase y que ahora intente hacerle daño. ¿No lo entiendes? Sea como sea, está en peligro, y yo quiero ayudarla. Dime dónde puedo encontrarla. Por favor.

Howard le miró angustiada durante tanto tiempo que temió que no lograría hacerle hablar.

—Está bien —dijo, finalmente, y añadió una dirección—. Ahí es donde vive, bajo el nombre de Nashtacha Sapkowski.

—¿Nasta... qué?

— Nashtacha Sapkowski. Se hace pasar por adivina rusa o algo así. Les lee el tarot y la bola de cristal a las amas de casa del barrio. —Al ver la expresión de Victor, hizo un gesto de impaciencia—. Ah, da igual. Ayúdela.

—Lo haré. —Kira, iba a reunirse con ella... Sintió que el corazón se le oprimía, que la sangre se aceleraba en sus venas. Le costó seguir hablando —. Ahora, escúchame, y escúchame bien. Van a preguntarte por ella, pero vamos a protegerla. Tú y yo. ¿Me entiendes? —Se inclinó hasta que sus narices quedaron muy cerca y le señaló con un dedo—. No digas su nombre. Ni se te ocurra mencionar siquiera sus iniciales. Invéntate cualquier otro, di lo que sea, pero no la menciones. Thelma Berenson, por ejemplo. No sabes más de ella, no la conocías. Te la presentaron cuando te contactaron para la faena.

Los ojos del hombre brillaban de miedo.

—Me voy a comer todo el marrón... ¡Me voy a comer todo el marrón! —Se estremeció—. Joder, esto es cosa de Carter, se ha querido burlar de nosotros. Por su culpa, por culpa de esa mala puta y su padre estoy yo aquí.

Toda posible lástima desapareció por completo. Indignado por el insulto, Víctor le dio un buen capón.

—Que yo sepa, nadie te metió en esto a punta de pistola, imbécil. ¿O fue así? No, ¿verdad? Pues no perdamos las formas.

Al menos, aquello sirvió para ayudarle a superar el shock. Howard se enfadó y frunció el ceño.

—Tú estuviste liado con ella, ¿no?

—¿Te lo ha dicho?

—No. Kira no te menciona nunca. —Eso dolió, y mucho, pero intentó que no se notase—. Lo comentó su padre, hace años, para hacerme rabiar. Piensa que fuiste un memo. Un traidor y un memo.

—Deja ya de decir tonterías.

—¿Quieres salvarla? Pues sácame de aquí, como has dicho, y no diré nada. ¡Pero como me toquen un solo pelo, o como intenten meterme en la cárcel, te juro que nos vamos todos a la mierda!

—Cabrón... —Estaba en pleno proceso de contener un puñetazo cuando se abrió la puerta. Gólubev entró como un toro bravío. Tras él, para su espanto, aparecieron Nóvikov y Nask.

—¿Dónde está? —preguntó Gólubev, innecesariamente. De hecho, sus ojos se clavaron al momento en Howard y se lanzó hacia él.

—¡Espera! —Víctor se vio obligado a interponerse—. ¡Para! ¿Qué pasa?

—Este hijo de puta. —Le miró para repetir el insulto, como si eso pudiera reforzarlo o algo así—. ¡Hijo de puta! ¿Dónde está?

—¡No lo sé! ¡Yo no la conocía, me la presentaron...!

—¡No hablo de la mujer, idiota! —Le cortó Gólubev, y añadió una bofetada—. ¡Hablo de lo que habéis robado!

—¿Qué? —Howard abrió los ojos al máximo—. ¡No sé de qué me habla! ¡Que yo sepa, no hemos cogido nada!

—¿No? —Gólubev tomó aire, como buscando paciencia—. A ver, te voy a explicar con toda la claridad posible cuál es tu situación. Estás aquí. —Clavó un dedo en la mesa metálica—. Los únicos que lo saben tienen puestos de trabajo que dependen de mí y no creo que la zorra que ha escapado se vaya a presentar en una comisaría para denunciar tu desaparición. O los cabrones que te han traicionado. ¿Tú qué crees?

A esas alturas, el tal Howard estaba tan asustado que Víctor empezó a temer que lo soltara todo. Sus pupilas saltaban de uno a otro. Curiosamente, quién más parecía amedrentarle era Nóvikov, que ni había dicho nada ni tenía mayor pinta de matón. Al contrario, era más del tipo contable: pequeño, de

mediana edad, tenía un rostro redondo que le daba aire bonachón y amable.

Claro que, sus ojos, resultaban muy distintos, muy peculiares. Daban la impresión de ser capaces de envenenar por sí mismos.

—Yo... No sé... —musitó Howard.

Gólubev le agarró por el cuello de la chaqueta y tiró de él hacia arriba. Como estaba sujeto por la muñeca quedó en una posición algo precaria.

—¿Quién cojones te ha enviado? ¡Habla!

El hombre dudó aún unos segundos. Luego, asintió.

—Charles Carter.

Gólubev arqueó las cejas. Durante un momento pareció tan desconcertado que abrió y cerró la boca sin encontrar las palabras.

—Ese hijo de la gran puta... —dijo por fin—. Así que al fin ha decidido vengarse. Maldito cabrón... ¿Y dónde está?

—¡En la cárcel! ¡Desde hace años!

—No digo Carter, idiota. Digo lo que has robado.

—¿El qué?

—Lo sabes perfectamente. —Le empujó hacia atrás, para que cayera de nuevo sobre su silla—. Escucha, imbécil: yo no quiero hacerte daño. Por todos los muertos de mi pasado, te juro que no. Hace mucho tiempo que soy un miembro respetable de la sociedad y todas esas chorradas. —Sacó una pistola del interior de la americana—. Pero te juro por esos mismos muertos que si no me dices lo que quiero, no sales de aquí con vida.

—Pero qué... —empezó Víctor.

—Está usted loco —balbuceó Howard.

—No lo sabes tú bien. —Le apuntó—. ¿Dónde cojones está?

—¡No robé nada! ¡Ni siquiera entré en la cámara!

—Y ella, tu amiga.

—¡No lo sé! Se supone que tenía que depositar el contenido de la caja

en el carro, para que lo sacara yo. ¡Pero no lo hizo!

—Joder. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Howard miró de reojo a Víctor.

—Thelma. Thelma Berenson.

—¿Thelma Berenson? ¿Y quién cojones es esa?

—No sé. Yo no la conocía. Era del equipo de Carter.

—¿Del equipo de Carter? Que yo sepa, nunca ha querido trabajar con mujeres, excepto... —Se quedó paralizado por una idea repentina—. Espera, ya lo sé. —Fulminó a Víctor con la mirada—. Era Kira Carter. ¡Era Kira Carter, la hija de ese cabrón! ¡Claro! ¡Por eso la dejaste escapar!

Howard pareció a punto de desmayarse.

—¡Ella no tiene la culpa de nada!

—¿No? Ya lo veremos. ¿Dónde puedo encontrarla?

—No lo sé —respondió Howard, ganándose otra bofetada.

—¡Dímelo!

—Basta. —El tono de Víctor fue frío y controlado. Terminó con la marea de emociones que se movían por aquella habitación como un cubo de agua helada sobre una hoguera—. Yo me ocupo.

—¿Tú? ¿En serio? ¿Igual que te has ocupado hasta ahora?

—Te digo que yo me ocupo. No quiero que le pase nada a Kira, pero te conseguiré lo que sea que te han quitado.

—¿Y por qué debería creerte, a ver? Por tu culpa me encuentro en este lío. Si no la hubieras dejado escapar, ahora estaría todo arreglado. Pero no... sigues tan encoñado con ella como hace ocho putos años.

—Eso no es cierto. Me tomó por sorpresa, eso es todo, y no supe cómo reaccionar. Pero soy el único que puede traerla.

—¿Por qué?

—Porque soy el único que sabe dónde está. Ese idiota no lo sabe. Yo

sí.

—¿Ese idiota no lo sabe? —repitió de pronto Nóvikov, con su voz lenta, algo dulzona—. ¿Seguro?

—No sé... —aseguró Howard—. Lo juro, ya lo he contado todo...
Nóvikov asintió, amable.

—Mátalo —le dijo a Nask. Este abrió ligeramente los ojos.

—¿Qué? Pero, señor...

—Te he dado una orden. Mátalo. No nos es útil y sabe demasiado.

Howard le miró aterrado.

—¡Pero si no sé nada!

—Bueno, sí, acepto la corrección. No sabes nada *de lo que me interesa*. Por lo tanto, no me resultas útil. Peor para ti.

Nask chasqueó la lengua, negándose a responder a la mirada de Víctor. Pese a su expresión de desagrado, sacó la pistola. Al verla, Howard se sobresaltó todavía más.

—¡No, por favor, hablaré! Carter trabaja con alguien llamado Sunday, Palm Sunday —empezó a soltar, aturullándose entre palabras—. Y al parecer le contactaron en la cárcel.

—De modo que sabías mucho más de lo que afirmabas. —Howard no pudo mantener su mirada. Cuando bajó la cabeza, Nóvikov prosiguió—. Sigue. ¿Le contactó? ¿Quién?

—Eso no lo sé. Alguien importante, unos «caballeros poderosos», es todo lo que me dijeron. Y nos han traicionado. ¿No está claro? ¡Algo querían, pero desde luego no era robar! ¡Nos han utilizado!

—Entiendo... —Nóvikov reflexionó un par de segundos—. De modo que había alguien detrás. Un grupo «poderoso».

—Sí, eso es. De hecho, por lo que entendí, habían animado a Carter a llevar a cabo este robo en concreto.

—¡Hijo de puta! —Gólubev miró a Nóvikov—. Ya lo has oído. Supongo que sabían que quería vengarse y lo aprovecharon. Lo han hecho para perjudicarme.

—Sí. —El ruso se encogió de hombros—. Y el caso es que te han perjudicado.

Gólubev titubeó.

—Lo arreglaré. Te juro que lo arreglaré.

—Ya. —Suspiró—. No se me ocurre cómo vas a poder hacerlo, pero voy a darte un poco de tiempo. Tienes tres días, Yuri. Tres. Si en tres días el dinero no está en su sitio, considérate hombre muerto.

Gólubev tragó saliva, algo amedrentado, pero apretó los puños y reunió fuerzas.

—Lo tendrás, por mis cojones que lo tendrás. Pero, si lo devuelvo, tú me ayudarás con Carter.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes bien. En la puta cárcel es intocable. El Consejo le protege.

—Ah, claro que sí. Eso tienen los favores, Yuri, que se intercambian. Carter está bajo nuestra protección.

—Pero ha ayudado a otros a que os roben.

Nóvikov hizo un gesto ecuánime.

—Así parece.

—*Así es*. Os ha robado. Eso debe tener una respuesta contundente y lo sabes. Yo buscaré a ese tal Sunday y a la chica y os los traeré vivos o traeré sus cabezas, y voy a jugármelo todo para conseguir recuperar vuestro dinero; pero, a cambio, quiero a Carter.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes bien, cojones. Quiero que me permitáis matarlo.

Nóvikov le estudió pensativo.

—A veces me pregunto por qué le odias tanto.

Gólubev titubeó.

—Eso... Eso es algo personal.

—Lo sé. Y la verdad es que no me importa demasiado la respuesta. —
Lo consideró un momento—. Está bien. Hablaré con el Consejo, pero no creo
que haya problema alguno en concederte esa petición. Recupera el dinero y
Carter será tuyo.

Sin más, salió de la habitación. Nask intercambió una mirada de
circunstancias con Víctor y fue tras él.

Con su marcha, en la sala de interrogatorios se hizo un profundo
silencio. Gólubev contempló a Howard con desagrado. Abrió la puerta y le
hizo un gesto a Mark y al otro guardia, que esperaban fuera.

—Subidle arriba, al piso veinticinco. Metedlo en una habitación y
mantenedlo bajo estricta vigilancia, esposado todo el tiempo. Quiero siempre
alguien con él.

—¿No llamamos a la policía? —preguntó Mark, desconcertado.

—No, cojones. ¿Qué he dicho que se haga?

Los dos hombres miraron a Víctor, quien al fin y al cabo era su jefe
directo. Él asintió.

—Muy bien, señor —musitó Mark, aunque no parecía muy conforme
—. Así lo haremos.

—Bien. —Gólubev echó a andar por el pasillo y Víctor le siguió de
cerca. Al llegar al ascensor, su jefe pulsó el botón—. Ahora, voy a ocuparme
de esa zorra.

—No —dijo Víctor—. Yo me ocuparé. Y no la insultes.

—Cállate. No me vengas con hostias. Me han dado tres días para
recuperar el dinero y he aparentado estar muy seguro de mí mismo y mis
posibilidades, pero no tengo ni puta idea de por dónde empezar. Tres días.

¿Entiendes? —Iba a contestar, ya que parecía una pregunta, pero Gólubev no le dio tiempo—. ¡Joder! ¡Estaré muerto, pero si muero te juro que moriré matando! ¡Primero ese cerdo, luego tu puta y luego tú, si te atreves a meterte!

Víctor asintió. Cuando Gólubev se ponía en ese plan, era mejor no discutir. Él solo tenía que aprovechar para conseguir más pruebas. Pena, haber parado la cámara... Aunque claro, también tenía pruebas de cosas casi igual de graves y no lograba darles salida.

—Está bien. Lo haremos a tu manera —dijo, con voz tranquilizadora—. De verdad que quiero ayudar en lo que me sea posible. Este asunto se nos ha ido de las manos a todos, centrémonos ahora en cómo resolverlo. Podrías empezar por explicarme qué ha pasado. Qué te han robado.

Gólubev asintió, algo aplacado.

—Ven conmigo.

Subieron al ascensor en completo silencio y volvieron al último piso, al despacho privado de Gólubev. Este se sentó tras su mesa. Todavía permaneció unos segundos más sin hablar, mientras le clavaba una mirada dura.

—Sabes que eres como un hijo para mí —empezó de pronto. Víctor asintió, aunque lo que tenía muy claro era que aquel hombre era incapaz de querer a nadie, a nadie en absoluto, ya fueran hijos propios o no—. Por eso, voy a darte una última oportunidad, Víctor. —Sacó la pistola y la depositó sobre la mesa—. No hagas que me arrepienta.

Víctor sintió que un escalofrío recorría su espalda.

—Pero ¿qué había en esa caja? —atinó a preguntar. Gólubev tardó tanto en darle una respuesta que pensó que había decidido no hacerlo, sin más. Pero no.

—Una de las claves secretas de una cuenta de bitcoins.

—¿Bitcoins? —Tardó un segundo en comprender de qué hablaba—.

¿La criptomoneda?

El bitcoin era una moneda virtual, de origen matemático, una criptodivisa descentralizada, que no respaldaba ninguna entidad pero que cada vez tenía más fuerza en el mundo financiero. Aunque pareciera algo de ciencia ficción, lo cierto era que muchas empresas habían empezado a aceptar el pago en bitcoins y hasta recordó haber leído que *Paypal* había anunciado que estaba acondicionando su sistema para permitir su uso.

Víctor había investigado sobre el tema en periódicos y en prensa especializada, y también en internet. Le había interesado desde un punto de vista profesional, pero, además, todo lo relacionado con los bitcoins tenía el sabor de la aventura y el misterio. Por ejemplo, los había creado un tal Satoshi Nakamoto, aunque ahí terminaba todo, porque no había más datos ni nadie sabía quién era. De hecho, no se sabía siquiera si el nombre correspondía a una persona o a un grupo.

Por si eso fuera poco, en un momento dado Nakamoto había abandonado el proyecto, pero el registro de transacciones mostraba que las direcciones conocidas de Nakamoto seguían conteniendo alrededor de un millón de bitcoins, lo que al cambio del momento estaría en unos centenares de millones, millón más, millón menos.

¿Por qué no tocaba esas cantidades? A saber...

—Exacto —le estaba diciendo Gólubev—. No sé si sabes cómo va ese tema.

—Algo. Los bitcoins funcionan con carteras virtuales a través de empresas gestoras, en base a direcciones públicas con las que se puede conocer el saldo, y claves privadas para poder efectuar movimientos.

—Así es. En ambos casos se utilizan secuencias alfanuméricas de bastantes caracteres, sobre treinta. Como en cualquier otra cuenta bancaria, accedes a internet, metes tu clave y manejas tu dinero. La diferencia está en

que, si pierdes la clave en tu banco, vas a la oficina y te lo arreglan. Sin embargo, con los bitcoins, si pierdes la clave, ya puedes dar por perdido tu ciberdinero en el puto limbo cibernético.

Víctor agitó la cabeza.

—No me puedo creer que hayas sido tan irresponsable. Los bitcoins son una inversión de alto riesgo.

—No me vengas con broncas. No es una cuestión mía, cojones. Admito que también había metido en esto buena parte de mi propio dinero, pero eso es lo de menos. Total, si estoy muerto, de poco me iba a importar ser rico. Pero la cuenta no era mía, ya te digo. Me limitaba a custodiar las claves de esa cuenta en concreto, que eran dos, por cierto. Era una cuenta importante, millonaria, y se le había puesto una multifirma: o introduces las dos claves o no puedes hacer operaciones en la cuenta. Guardaba una aquí, en la cámara acorazada. Sigue ahí, pero está claro que han debido copiarla.

—Y la otra...

—La otra estaba en *La cúpula*, en la 0042.

Víctor gruñó.

—Ya veo...

Pero algo en todo aquello no le cuadraba. Yuri Gólubev era un viejo avaro, no le cuadraba el haber metido dinero en una especulación semejante. Lo suyo era el oro, los diamantes, incluso el petróleo. Pero, ¿algo tan intangible como un bitcoin, un proyecto de alto riesgo que lo mismo podía salir adelante que hundirse de un día para otro? Lo dudaba.

En todo caso, mejor seguirle el juego.

—Deja que adivine. Tienes cuentas en Suiza, de modo que puedes gestionar la compra de bitcoins de forma inmediata, no como cuando tienen que gestionarse a través de bancos locales, que suelen tardar dos o tres días con los trámites.

Gólubev entrecerró los ojos.

—Siempre has sido un chico listo.

—Tus entrevistas privadas, esas en las que no dejas que esté presente ni yo...

—Son gente muy importante, es mejor ser discreto.

—Ya. Políticos de alto nivel, empresarios millonarios a costa de empresas que se declaran en ruina... Te dan su dinero negro, resultado de tanta corrupción en el país, y tú lo transformas en bitcoins.

—Eso es. Y luego lo devuelvo a la moneda preferida por el cliente, en algún otro lado, totalmente limpio. Y sin ridículos pagos a las arcas del Estado.

Víctor bufó.

—Pues estás jodido. Por lo que yo sé, el tema funciona de forma anónima, es parte de su encanto. Sin la clave, no puedes recuperar el dinero.

Aquello volvió a enfurecerle.

—Gracias, muchas gracias por remarcar lo obvio. ¿Qué tal si ahora buscas soluciones, idiota?

—¿Qué coño quieres que te diga? Milagros, no hago. ¿Has comprobado ya la cuenta?

—Sí. —Gólubev puso cara de circunstancias—. Está vacía. —Repiqueteó con los dedos sobre la mesa—. Tú eres un experto en esto de las mierdas de los ordenadores. ¿No podrías dar tú con la clave?

—No. Si no recuerdo mal, son treinta y tres caracteres base, al margen de la información redundante para evitar errores. Parte del encanto de los bitcoins es que es imposible hacer esas cosas que quieres que yo haga.

—Vale. Entonces, volvemos a la casilla de salida: hay que encontrar a esa zorra.

Víctor entrecerró los ojos.

—Ya te he dicho que no la insultes. Y que yo me ocupo.

—¿En serio? Me temo que no puedo fiarme de ti. Seguro que a estas alturas, lo comprendes. —Él no respondió, no se le ocurría qué decir, pero Gólubev frunció el ceño—. Parece mentira, después de lo que te hizo, de lo que te hicieron tanto el padre como la hija. ¿Tengo que recordarte que ella te tendió la trampa para que te pudieran atrapar?

No, no era necesario. Kira se acostó con él, sonrió y esperó a que saliera para avisar a los matones de su padre, para que lo secuestrasen y lo mandasen a la puñetera Tailandia.

Algo así, no podría olvidarlo nunca.

—No puedo permitirlo —dijo, de todos modos. Aquel asunto tenía que resolverlo él.

—¿No? ¿Quieres saber a qué se dedica tu novia, desde que se quedó libre de la influencia de Carter? A lo de siempre: a timar a unos y a otros, a todo el que se ponga por delante. Ha vendido a domicilio cremas que por suerte no hacían nada, ha recaudado fondos para toda clase de causas sociales... Lleva más de un año establecida bajo la identidad de Nastacha Sapkowski, una vidente ucraniana capaz de leer el futuro. Y no se le da mal, por cierto. Esa mujer vive de mentir. Seguro que, si le das la oportunidad de hablar, intentará convencerte de que fuiste tú quien la abandonó a ella.

Víctor le miró sorprendido.

—¿La has investigado?

—Nunca he dejado de investigarla. Ni a ella ni a su padre.

—Pero ¿por qué les odias tanto?

Durante un segundo, los ojos de Gólubev brillaron. Hasta pareció vulnerable.

—Eso, no te importa.

—Claro que sí. De otro modo, no te hubiese preguntado.

—Está bien, aunque creo que debería ser obvio. A él, le odio precisamente por ser Charles Carter, un hijo de puta, un asesino despiadado. Y a ella, por ser su puta semilla, lo que ha sembrado en este mundo. ¿Te sirve? ¿Vas a entrar en razón?

Víctor bufó.

—No puedo permitirlo —insistió.

—Claro que sí. Igual que vas a permitir que luego sea interrogada y que Nóvikov haga con ella lo que crea conveniente. Quizá, las prostitutas profesionales dejen de tener un problema, al menos durante un tiempo.

—Ni se te ocurra.

Gólubev se levantó.

—Lo que has hecho hoy nos ha metido en un lío de tres pares de narices. Voy a intentar solucionarlo. Voy a sacarle al idiota ese el paradero de Kira y voy a ocuparme de traerla. Mantente al margen. De hecho, prefiero que te vayas unos días. Vete por ahí, de vacaciones o algo así. Vete solo o acompañado, o búscate cien chicas y fóllatelas a todas, me da igual. —Cogió la pistola—. Pero, te lo advierto, si me vuelves a perjudicar, si te vuelves a cruzar en mi camino, no respondo.

—No puedes hacer esto.

—Claro que sí. Quedas advertido. Ahora, la pelota está en tu campo, tú sabrás qué hacer. —Empezó a dirigirse a la puerta—. Disculpa. Debo organizar la persecución de esa zorra.

—Mierda. —No se le ocurrió ninguna alternativa más: aprovechando que pasaba por su lado, le lanzó un puñetazo a la mandíbula que lo derribó. Gólubev cayó al suelo como un saco—. Vaya mierda.

Lo arrastró hasta dejarlo tras el escritorio, para que no se viera al entrar y dejó la pistola a su lado.

Ni se detuvo a coger nada de su suite. Se dirigió directamente al

ascensor y bajó a la planta baja. Cogería su coche e iría a buscar a Kira, de inmediato. Tendría que esconderla en alguna parte, al menos esos tres días.

Estaba atravesando el vestíbulo, cuando le llamaron. Inspiró y se volvió intentando aparentar normalidad.

—¡Víctor! —Era Martha. Se acercaba con el ceño fruncido—. ¿Te vas?

—Sí, no tardaré. Tengo que hacer un recado. —La observó con preocupación. Tenía una venda en la frente y algunas contusiones que estaban adoptando un feo color violeta oscuro—. ¿Y tú, se puede saber qué haces todavía aquí? ¿No deberías estar en el hospital?

—No es necesario, estoy bien.

—¿En serio? ¿Qué ha dicho el doctor Korovin?

—Bah, tonterías, como todos los médicos. No pienso pasarme dos días ingresada haciéndome pruebas, tengo cosas que hacer.

—Martha...

—¿Qué? Tú no lo harías, así que no me vengas con historias.

Eso era cierto, de modo que optó por callarse.

—Está bien. Solo prométeme que, si te encuentras mal, se lo dirás a Korovin, o al menos a Peña, de inmediato.

Martha sonrió, emocionada por su interés. Por alguna razón, esa sonrisa le hizo sentir culpable.

—Prometido.

—Vale. —Carraspeó. Era mejor cambiar de tema—. ¿Te has pasado por *La cúpula*?

—Claro. Pero no hemos encontrado nada remarcable. Ni huellas ni nada, un trabajo limpio. De no ser por la llamada, ni nos hubiésemos enterado. Y yo diría que no se llevaron nada.

—¿Por qué dices eso?

—Por las imágenes de la cámara de seguridad del interior de *La cúpula*, por supuesto. ¿Las has visto?

—No... —Cierto, varias veces había tenido en mente ir a la sala de seguridad para verlas. Y quería hacerlo, pero Gólubev podía recuperar el conocimiento de un momento a otro, o podía encontrarle alguien. Mejor no arriesgarse. Debía salir del hotel cuanto antes—. Súbelas al servidor y envíame el enlace a mi móvil. Las veré mientras... hago el recado.

—Claro. Pero ya te digo que la mujer parece de verdad sorprendida al abrir la caja. Durante un par de minutos ni sabe qué hacer, cómo reaccionar. Es evidente que esperaba que hubiese algo, pero no fue así.

Siendo psicóloga, se fiaba por completo de aquel análisis. Pero, además, Martha siempre había sido muy empática. Víctor asintió.

—Lo tendré en cuenta.

—Vale. ¿Qué va a pasar? Nask andaba muy preocupado y Gólubev parece furioso. Han debido quitarle algo importante.

—Eso parece.

A decir verdad, el asunto cada vez le resultaba más turbio. Gólubev había insistido mucho en que una clave había estado en aquella caja. Si la caja estaba vacía cuando la abrió Kira, solo podía ser por dos razones: o la había cogido otra persona, o Gólubev había mentido.

De pronto, cayó en otro detalle sospechoso. Gólubev había reconocido tener a Kira bajo investigación continua. De hecho, estaba al tanto del asunto de la vidente ucraniana y conocía el nombre de Nastacha Sapkowski, así como diversos datos sobre su vida... No tenía sentido que no supiera su dirección, ni que simulara estar esperando a sacársela a golpes a aquel pobre idiota de Howard.

Y también estaba el hecho de que, justo, le habían robado la llave magnética necesaria para robar en la sala acorazada de arriba... en el mismo

momento en que la atención de todos estaba centrada en *La cúpula*.

«¡Algo querían, pero desde luego no era robar!», había dicho Howard Davis. «¡Nos han utilizado!»

¿Estaba Gólubev de algún modo tras todo aquello? Empezaba a pensar que sí. Pero, ¿por qué? Se jugaba mucho con semejante historia.

Víctor se llevó una mano al entrecejo. Todo aquello empezaba a darle jaqueca.

—Hazme un favor —le dijo a Martha, al recordar el detalle—. Corre a la sala de seguridad y, antes de nada, haz una copia de todas las grabaciones de las cámaras del hotel, en el día de hoy, y...

—Tarde, jefe —le interrumpió ella, con cara de circunstancias. Víctor se alarmó.

—¿Cómo?

—Pues que, en cuanto empezó a sonar la alarma, inicié el protocolo de urgencia que tú mismo dictaste para estos casos. —Sonrió, victoriosa. Eso implicaba un volcado en la nube de toda la información del día y doce horas anteriores—. Todo eso ya está a buen recaudo, desde el segundo cero.

—Eres la mejor, Martha.

Ella rio.

—Lo sé. —«Solo falta que tú también termines de darte cuenta, tontito», estaban diciendo sus ojos de duende. Víctor carraspeó.

—Bien, en cuanto puedas, le echas un vistazo, sobre todo a las cámaras de los ascensores y al último piso. Intenta localizar a los dos hombres que te encontraste en la sala acorazada. Tienen que haber llegado allí de algún modo.

—Sí, pensaba ponerme con esa revisión ahora.

—Perfecto. Date prisa, porque también quiero que revises esas imágenes, siguiendo a Gólubev.

Martha arqueó ambas cejas.

—¿Al jefe supremo? ¿Y eso?

—Quizá es que empiezo a estar paranoico, pero tú hazlo. Quiero saber qué ha estado haciendo hoy. Si ves algo raro, me avisas.

—Descuida. Mark y yo nos pondremos de inmediato con ello y, cuando vuelva Robert, le diré que...

—No, Martha, hazlo tú. Todo lo que te he pedido, hazlo tú sola, sin decirle nada a nadie. —Se acercó, para hablarle lo más bajo posible—. Escucha, podemos no saber qué ha pasado, pero sí que, sea lo que sea, se ha tenido que hacer desde dentro. ¿Entiendes? No puedes fiarte de nadie.

—¿Y sí te fías de mí?

Martha sonrió, pero esta vez fue distinto. Era la sonrisa de la amiga, de la aliada, de la compañera leal. Dios, ¿cómo no iba a quererla? Claro que sí, con todas sus fuerzas. Era una mujer maravillosa.

En la vida, se podía querer de muchas formas a mucha gente distinta, y nadie era culpable de no poder querer de otro modo.

Se echó a reír mientras se dirigía a la puerta.

—Quien sabe —dijo. Pero ambos sabían que sí.

CAPÍTULO 10

Tras la larga carrera, Kira llegó a casa totalmente empapada de sudor.

Como era de imaginar, el puñetero coche de Sunday no estaba en el lugar convenido para la fuga, aunque probablemente no se hubiese acercado a él en ningún caso. De hecho, ni se había atrevido a coger un taxi, no fuera a formar parte de la trampa que les habían tendido. Ya no se fiaba de nadie.

Subió la escalera del portal a toda velocidad y se encerró en el piso, echando el pestillo además de la llave, pero ni aun así logró sentirse a salvo. Seguía estando tan en tensión que ni le dolían los pies, por los tacones. Ni siquiera se había acordado de ellos. ¡Por Dios, de haber sido necesario, hubiese seguido corriendo mil kilómetros más, con tal de que no la atrapasen!

¿Habrían cogido a Howard? ¿O también formaba parte de la trampa? Le creía muy capaz. Además, había salido justo un momento antes.

Y aquel hombre del pasillo era Víctor Derry... ¡Víctor Derry!

Pero ¿cómo era posible?

¿La habría reconocido? Diría que sí, pero a saber, con aquella peluca, las gafas de sol y todo aquel maquillaje en el que, estaba segura, hubiesen rebotado las balas de haber sido necesario. Sí que la había dejado escapar, pero Víctor siempre había tenido un fondo de héroe galante que le había metido en más de un problema, bien lo sabía ella. Posiblemente hubiese permitido marchar a cualquier mujer en una situación semejante.

Histérica, se quitó los zapatos, tiró la peluca a un lado de camino al baño y se metió bajo la ducha, vestida y todo. Allí, se quedó muy quieta bajo el chorro, mientras el agua templada, casi fría, la iba calmando poco a poco. Solo entonces empezó a pensar con algo de claridad.

No había dejado huellas y, con el disfraz, las cámaras poco podían hacer, pero le habían tendido una trampa y no conocía su alcance ni su

sentido. Mejor prevenir. Tenía que irse de allí cuanto antes: irse de la casa, del barrio, de la ciudad... Qué narices, tras lo ocurrido, iba a necesitar hasta cambiar de país, para poder sentirse un poquito segura. Cogería lo imprescindible, un equipaje rápido y podía estar en carretera en menos de quince minutos.

No esperaría ni pagos ni posibles ataques. Nastacha Sapkowski ya no volvería a abrir la puerta a sus clientas, envuelta en sus vaporosos tules de colores brillantes, para revelarles con su peculiar acento ese maravilloso futuro que las estaba esperando. No más incienso cargando el ambiente.

Y Kira Carter hacía tiempo que no era vista por nadie, así que nadie la iba a echar de menos. Crearía una nueva identidad.

Los papeles no serían un problema. Aún podía recurrir a algunos contactos y conseguir una documentación falsa, para establecerse en cualquier otro lado. En tres días, se llamaría de otro modo. Lula o Suzanna, algo del estilo. El apellido podría ser el primero que viese en cualquier página de internet. Daba igual.

Salió de la ducha, tiró la ropa empapada al suelo, se secó y, desnuda, fue al dormitorio. Tenía prisa, mucha prisa, ya había perdido demasiado tiempo. A saber lo que tardaría en presentarse la policía o, peor aún, Sunday y su gente. Se puso unas bragas y un sujetador y empezó a hacer el equipaje, con algunas mudas, unos vaqueros, jerséis y varias camisetas.

Estaba metiendo unas sandalias que le gustaban mucho cuando le pareció oír un ruido, algo suave. ¿La puerta? ¿Quizá en el portal, un vecino?

Pero, no, le había parecido...

Cogió del tocador un peine de plata que había pertenecido a su madre. Formaba parte de un juego antiguo, un conjunto con bandejita para dejarlo, cepillo de cerdas suaves y tres frascos de cristal para perfumes, con tapón de plata labrada; el peine en sí tenía un extremo muy largo y en punta,

supuestamente para ahuecar el pelo, aunque no imaginaba qué tipo de cardado podía necesitar de algo tan peligroso.

Con él sujeto como si fuera un puñal, se asomó al salón. Nada. Pero la impresión de peligro continuaba. Intentando mantener la espalda pegada a la pared, salió del dormitorio y se dirigió hacia la puerta de la calle. Estaba cerrada con el pestillo, tal como la había dejado, aunque el llavero estaba en el suelo.

Lo recogió y comprobó lo que ya se temía: habían abierto la cerradura desde fuera. Habían intentado entrar y se habían topado con el pestillo. Al ser de barra de metal que solo podía deslizarse manualmente desde dentro, no habían podido ir más allá. Para eso, hubiesen tenido que agujerear la puerta.

Tuvo la impresión de estar una montaña rusa, saltando entre emociones. Pasó del sobresalto al alivio y, sin darle tiempo a terminar de recobrase, a un nuevo sobresalto cuando se dio la vuelta, justo a tiempo de ver a Palm Sunday al lado contrario del salón, llegando desde la puerta de la cocina. Debía haber entrado por su ventana, que quedaba muy cerca de la del portal, en el patio. Un pequeño salto, para alguien a quien no le diese miedo arriesgarse a cuatro pisos de caída libre, hasta estamparse en el asfalto de abajo.

¡Debería haber exigido al dueño del piso que pusiera una reja en aquella ventana, mira que se lo advirtieron las vecinas, una y otra vez...! Pero nunca pensó llegar a quedarse tanto tiempo en una casa tan fea, tan fría y gris. Qué cosas. Si no andaba lista, su fantasma iba a permanecer allí por toda la eternidad, vibrando por el pasillo a la espera de que se resolviera su crimen.

Sunday también la había visto y sonrió. Llevaba una pistola en la mano, de buen tamaño, con silenciador.

—Vaya, vaya, vaya. Menuda sorpresa más agradable acabo de llevarme, toda una alegría para la vista. —Kira echó mano al pestillo y lo

deslizó para abrir, pero no le dio tiempo a más. Sunday adelantó el arma, inmovilizándola en el sitio como si hubiese lanzado un conjuro con una varita mágica—. ¡Eh! ¡Ni se te ocurra, bomboncito! Quieta ahí.

Kira obedeció, qué remedio. El corazón golpeaba tan fuerte en su pecho que casi le hacía daño.

—¿Qué... qué...? —Nada, imposible. No era capaz de hilvanar una frase completa. La sonrisa de Sunday aumentó poco a poco, como si estuviese creciendo a costa de alimentarse de su miedo.

—No te entiendo —se burló—. Pero supongo que da igual, porque las preguntas sobran. —Inclinó la cabeza a un lado—. No esperaba yo tener tanta suerte. Ahora, muévete con mucho cuidado. Vamos. —Hizo un gesto con la pistola, a un lado, para indicar una dirección—. Aléjate de la puerta.

Kira titubeó un segundo más, porque estaba en ropa interior, pero no quiso darle el gusto de verla apurada. Sujetó el peine en la goma superior de la braga, a su espalda, y obedeció. Se fue moviendo de lado hasta que Sunday estuvo entre ella y la puerta de la calle. Esa posición pareció gustarle.

Entonces, las pupilas del querubín diabólico la recorrieron de arriba abajo, de una forma claramente obscena, repugnante. ¿Cómo se atrevía? Eso fue lo que la hizo reaccionar por fin. Si quería matarla, no podría impedirlo; pero mientras siguiera con vida, no consentiría que aquel impresentable la convirtiese en una rata asustada.

Irguió la espalda y habló con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

—¿Qué coño haces en mi casa?

Sunday arqueó ambas cejas y lanzó una risa, como si hubiese escuchado una idiotez. Sacó un móvil y pulsó una tecla.

—Soy yo, señor. Tenía razón, está en su casa, la tengo aquí. ¿Qué quiere que haga? —Fuera lo que fuera, se podía exponer en un par de frases breves, porque no tardó nada en añadir—: Esta bien, me ocupo de mil

amores, pero ¿algún problema si antes me permito una pequeña diversión? — Su sonrisa se alargó más todavía—. Perfecto, señor. Muchas gracias.

Colgó. Durante un segundo inmenso, se miraron. Seguro que estaba esperando a que ella dijera algo, que preguntara preocupada por lo que iba a ocurrir, qué habían decidido que iban a hacer con ella y que escapaba por completo a su control, pero Kira era digna hija de su padre y había vivido una infancia poco común. Sacó fuerzas de donde no creía que hubiera y frunció el ceño.

—¿Y bien? —Se cruzó de brazos, con la misma seguridad que si hubiese estado vestida de pies a cabeza, máscara y gafas incluidas, con uno de esos trajes especiales para trabajar con enfermos de ébola o en un entorno radioactivo—. ¿Se puede saber qué ha ocurrido? ¿De verdad no sabéis organizar ni un robo tan simple como este?

Sunday la miró con desprecio.

—No simules ser más lerda de lo que ya eres. Sabes perfectamente que las cosas no son así.

—Lo único que sé es lo que veo: un pequeño imbécil, acomplejado por ser demasiado bajito para lo que le gustaría, y que trata de compensarlo metiendo miedo. Sin demasiado éxito, debo añadir.

Tomado por sorpresa, Sunday tardó un momento de más en reaccionar. Entonces, su expresión se volvió temible. Nunca había parecido más diabólico que en ese momento.

—Calla, zorra. Hablas demasiado. Pero, para que veas que no te lo tengo en cuenta, voy a ser amable. —Se movió hacia un lado, cogió un cojín del sofá y lo tiró al suelo, frente a Kira—. Ponte de rodillas, ahí. No quiero que se te estropee tu bonita piel antes de tiempo.

—Y una mierda.

—Créeme, la alternativa no te va a gustar nada. —Adelantó la pistola

—. Vamos, muévete.

Tenía que ganar tiempo, aunque no estaba segura de para qué. «Para matarlo», se dijo, y se sorprendió de la frialdad con la que asumió la idea. Si tenía que hacerlo, lo haría, sería defensa propia, porque seguro que aquel cabrón había recibido la orden de asesinarla. Pues no lo iba a permitir, ni eso ni que la violase primero.

Intentando que no se notara cómo temblaba, Kira avanzó hacia el cojín y se arrodilló.

Sunday entrecerró los ojos, satisfecho.

—Quítate el sujetador.

—Pequeño hijo de puta...

Él avanzó un paso y apoyó la boca de la pistola en un lateral de su frente, presionando tanto que le hacía daño.

—*¡Que-calles-la-puñetera-boca!* —insistió, incidiendo en cada palabra, como cortando la frase en trocitos—. ¡Te he dicho que te quites el sujetador! ¡Vamos! ¡Obedece de una vez! ¡No sé por qué te muestras tan remilgada, joder! ¡Te aseguro que las bragas no van a tardar en seguirlo!

—¡Vale, vale...! —Ella lo hizo. Llevaba un sostén que se cerraba por delante con un gancho magnético. Lo soltó y lo dejó caer a un lado—. ¡Ya está, pequeño pervertido, se ha cumplido el sueño de tu vida! ¡Por fin has conseguido que una chica se quite el sujetador! —Rio burlona—. ¡Menudo seductor de pacotilla!

Sunday palideció y la golpeó con la mano armada, un impacto brutal que hizo que viera todo negro y que casi la tiró al suelo, de lado. Luchó fieramente por no perder el sentido. ¡No podía desmayarse, no podía permitirse algo así! Sería dar pie a despertar tumbada sobre la alfombra, con aquel maldito engendro entre las piernas. O, peor, a no despertar ya nunca.

—¡Vuelve a hacer referencias a mi altura, y juro por lo que más

quieras que te pego un tiro ahí mismo! ¿Está claro?

Kira se incorporó tocándose la mandíbula, que le dolía horrores. Sintió el sabor de la sangre. Debía tener el labio partido.

—Nítido.

—Estupendo. —Sunday fijó los ojos en sus pechos—. ¡Pero qué buena estás, jodida! Tienes unas tetas soberbias. Tócate, vamos. Acaríciatelas. ¡Hazlo! —Decidió obedecer, más que nada porque quizá eso evitase que decidiera hacerlo por sí mismo. Sunday la contempló unos segundos con ojos entornados, mientras él se manoseaba el bulto de la entrepierna, para aumentar su excitación—. Eso es, buena chica. Creo que me pone más verte así que totalmente desnuda. —Rio entre dientes—. Quiero alargar nuestro momento, cielito, así que vayamos poco a poco. Empieza por calentarme los motores...

Se acercó, soltando la hebilla de su cinturón. Kira se inclinó hacia atrás de forma instintiva.

—No te atrevas...

—Creo haberte dicho que hablas demasiado. Vamos a solucionar el tema de inmediato. —Se bajó la cremallera del pantalón lentamente, contoneando las caderas, como si fuera un adonis de película. Kira no necesitó más para empezar a sentir náuseas—. Voy a llenarte esa boquita tan sucia que tienes, Kira Carter. Te la voy a llenar por completo con el pollón más grande que habrás probado nunca, ya que te preocupan tanto los tamaños. Y si se te ocurre hacer alguna tontería, como intentar morderme o cualquier cosa absurda por el estilo, te aseguro que te pegaré un tiro a quemarropa. —Volvió a apoyar el cañón de la pistola en su cabeza—. Así, sin más. A mí me arreglarán la polla, hoy en día se hacen maravillas médicas, pero nadie podrá hacer nada por recomponer la pulpa en que se habrá convertido tu cerebro.

—Hijo de puta...

Una nueva bofetada, aunque esta vez fue más floja y con la mano libre. Kira pudo mantenerse de rodillas sin mayor problema. Lo malo fue que, cuando alzó de nuevo la cabeza, se encontró con la imagen espantosa del pene erecto de aquel hombre, a pocos centímetros de su rostro.

Tuvo que estar de acuerdo con él: en aquel detalle anatómico, la naturaleza le había dotado de un buen tamaño, quizá para compensar lo demás.

—Lo dicho, tienes una boquita muy sucia, mi pequeña zorra —estaba comentando él, tan tranquilo. Avanzó. Si seguía, iba a tocarla con *aquello*, y ella vomitaría. Vomitaría y luego le mordería, y con eso se habría acabado todo—. Ábrela. Ábrela ahora, para papi, vamos. Espero que sepas mover esa lengua a la misma velocidad que...

Kira no se lo pensó dos veces: con un movimiento rápido de la mano derecha, apartó de un golpe la pistola, y con la izquierda sacó el peine de donde lo tenía sujeto y clavó su extremo puntiagudo en la verga de Sunday, atravesando también un testículo y parte del muslo. Él lanzó un alarido y la sangre surgió salpicándolo todo. Pensó que dejaría caer el arma, pero no. El muy cabrón trató de detener la hemorragia con una mano, pero con la otra la apuntó.

—¡Jodida loca! ¡Hija de la gran puta!

Casi creyó oír la detonación del disparo, pero no llegó a suceder. De pronto, alguien rompió un jarrón en la cabeza de Sunday, que cayó redondo, como un saco.

Tras él, pudo ver a Víctor Derry.

—Hola, Kira —saludó, con aquella voz ronca y varonil que jamás había podido olvidar, como no había olvidado ni uno de los rasgos de ese rostro atractivo, o sus ojos de mirada inteligente. Y qué decir de aquel cabello

denso y oscuro en el que siempre estaba deseando hundir los dedos...

Kira le admiró en silencio. A Víctor siempre le había gustado vestir bien, y seguía con esa costumbre. Llevaba un elegante traje gris oscuro y una corbata azul que no podían sentarle mejor.

Tragó saliva, abrumada por tantos y tantos recuerdos que tomaban forma. No se atrevía a levantarse. Lo único en lo que era capaz de pensar era que estaba medio desnuda y salpicada de sangre, como la protagonista de una película erótica de vampiros. Y que aquel canalla la había utilizado, ocho años antes, para obtener información. Después, al saberse descubierto, se había acostado una última vez con ella y la había dejado en una habitación de hotel, como carnaza para Carter.

¿Por qué la miraba como si fuese él quien estaba enfadado?

Ah, por el tema del robo en el Queen of Sheba, claro. Qué valor...

—Hola, Víctor —consiguió decir. Reunió más fuerzas de las que había necesitado para enfrentarse con Sunday y se puso en pie, manteniendo los hombros echados hacia atrás y la espalda bien erguida. No le pasó desapercibido el modo en que titilaron las pupilas del hombre ante la visión de sus pechos desnudos. Eso hizo que se sintiera bien. Poderosa.

Fue Víctor quien apartó la vista y la fijó en Sunday, que estaba empezando a recuperar el sentido. La sangre se estaba extendiendo por el tejido de la alfombra de una forma alarmante. Al menos, para quien se preocupase por su vida.

—¿Quién es?

—Un hijo de puta.

—Pues le has hecho una auténtica avería.

Kira se encogió de hombros.

—Por mí, como si se desangra como el cerdo que es —aseguró con asco.

Víctor agitó la cabeza, caminó hasta el sitio donde había caído la pistola de Sunday y se la guardó. Luego, cogió el cojín del suelo y lo presionó contra la entrepierna del hombre.

—No te conviene añadir más delitos en tu cuenta —le advirtió, con tranquilidad—. Y, menos, uno tan grave. — Empezó a tomarle el pulso en el cuello—. Por suerte para ti, creo saldrá de esta. ¿Es Palm Sunday?

Se sorprendió de sorprenderse. Qué tonta. Víctor siempre había sido un hombre de recursos. Seguro que a esas alturas, ya lo sabía todo.

—Sí.

—Bien. —Le registró rápido y se apropió de su móvil—. A pesar del río de sangre, no creo que hayas tocado ninguna arteria.

—Ya. Me importa bastante poco. —Hizo una mueca, centrando la conversación en lo que realmente le importaba—. ¿Qué haces aquí, Víctor? ¿Te lo has pensado mejor y has venido a evitar que escape? —Él no contestó. Seguro que sí. ¿Cómo había llegado tan rápido? Howard, claro. Debían haberle detenido—. ¿Qué le ha pasado al hombre que me acompañaba? ¿Lo sabes?

Le vio dudar.

—Howard Davis no pudo abandonar el hotel, le detuvieron —reconoció finalmente. Sí, eso se temía.

—Pero ¿está bien?

—¿Bien? ¿Cómo puede estar bien tras lo ocurrido? —estalló, enfadado—. Pero ahora eso da igual. No te preocupes ahora por él, preocúpate por ti, bonita. Estás metida en un buen marrón y no sé cómo voy a sacarte de esta.

—¿En serio? Muy amable, sobre todo porque no creo haberte pedido ayuda.

—Repíte eso y me voy.

¿Cómo se atrevía? «No sería la primera vez», pensó, y le hubiese gustado soltárselo. Pero le dio miedo que cumpliera su palabra, le creía muy capaz, y se sentía más segura a su lado.

—Si no te importa, voy a vestirme —replicó, digna. Víctor consultó su reloj.

—Tienes dos minutos. Y no cometas la tontería de intentar marcharte. Soy lo único que se interpone entre ti y el desastre.

«Pues qué bien», pensó ella, sintiendo cómo hervían todavía en su interior los viejos rencores. Dio media vuelta y regresó al dormitorio. Había pensado vestirse de modo sencillo y cómodo, con unos vaqueros, una camiseta y unas deportivas, pero cambió de opinión. No estaba segura de qué papel jugaba Víctor en todo aquello. Tenía que ganárselo. Y, de paso, que le quedase muy claro qué era lo que se había perdido, al traicionarla.

Volvió a ducharse a toda prisa para limpiarse bien la sangre y se puso un top de terciopelo negro que simulaba ser la parte delantera de un chaleco y que se ataba con cintas tras el cuello y la cintura. Luego se enfundó en una minifalda a juego, también de terciopelo negro, muy corta y ajustada, y unas sandalias del mismo color, de tiras cruzadas hasta la rodilla, con buena plataforma y demasiados centímetros de tacón.

Se miró en el espejo, y decidió pintarse un poco de más y recogerse el pelo en un par de coletas altas.

—¿Kira? —le oyó llamar. Justo a tiempo.

—¡Ya estoy lista!

Salió al salón y se giró sobre sí misma, como si estuviese pasando modelos. Víctor, que había estado comprobando el móvil de Sunday, arqueó ambas cejas mientras inspiraba profundamente. Eso estaba bien. Solo podía significar que la encontraba irresistiblemente atractiva y que...

—Justo el tipo de vestimenta útil en una situación así, sí señor —

gruñó entonces él, rompiendo la burbuja rosa de sus pensamientos—. Zapatos incluidos.

Kira hizo un gesto coqueto. Sabía que se estaba comportando como una niña malcriada pero no podía evitarlo. De alguna forma, estaba volviendo a adaptarse a cómo era cuando dejaron la relación, Víctor y ella.

—Me alegra mucho que te gusten.

Víctor no replicó. En su ausencia, había sentado a Sunday en el sofá. De haber pensado en quedarse en aquella casa horrible, hubiera protestado, porque con tanta sangre, tendría que cambiar la tapicería. Pero, a quién le importaba ya eso.

Sunday estaba muy pálido y sujetaba el almohadón por sí mismo. La miró con ojos entrecerrados.

—Putá —gimió—. Casi me castras.

—Ya. Pena que no lo logré. O quizá sí. A ver si hay suerte.

—Hija de... —Furioso, trató de ponerse en pie. Por suerte, todo quedó en un forcejeo consigo mismo, porque seguía teniendo el peine atravesado, y cada movimiento debía suponerle un dolor insufrible. Jadeó—. Cuando te eche la mano encima, te voy a reventar...

—Venga, venga. —Víctor dio un golpe sobre el almohadón y Sunday se retorció con un alarido—. Dejemos las amenazas, compañero. Además, cuanto antes terminemos, antes podrás conseguir un médico. Me temo que de eso va a depender que puedas seguir follando en el futuro, colega. A ver, ¿quién te ha contratado?

Sunday apretó los dientes.

—Alguien que te va a arrancar las tripas una a una, Derry.

Él arqueó las cejas. Estaba claro que, ese día, todo el mundo le reconocía. Así debían sentirse los famosos.

—¿Sabes quién soy?

—Claro que sí. Víctor Derry, la joven estrella de Carter. Te encontré cuando eras un puto crío habilidoso con los ordenadores y te dio una educación. Gracias a eso eres experto en informática: sistemas de seguridad, redes y todas esas cosas. Una lumbrera universitaria. Respecto al resto, digamos que nunca has tenido muy claras tus lealtades—Sonrió, o quizá fue un rictus de dolor—. Yo he hecho mis deberes.

—Me parece muy bien, aunque te confundes en lo de las lealtades. Siempre las tengo y las he tenido muy claras. Ahora, responde a mi primera pregunta. ¿Para quién trabajas?

—Vete a la mierda. Ya que eres tan inteligente, dedúcelo tú mismo.

—Cuando nos contactó, dijo que trabajaba para mi padre —intervino Kira. Víctor fue a decir algo, pero Sunday se echó a reír.

—¿Para Carter? ¿Trabajar yo para Carter, ese puto pringado que sobrevive en la cárcel gastando favores a manos llenas? —El tono casi fue despectivo. Luego tomó aliento—. ¿Sabes, puta? Me has jodido bien, pero solo pensar lo mucho que te van a joder a ti, se me pasan todos los males.

Kira le miró desconcertada.

—Pero ¿por qué...?

—¿Quiere alguien explicarme qué es lo que ha pasado, exactamente? —preguntó Víctor.

Sunday bufó y apartó el rostro. Fue Kira la que se decidió a plantear un breve resumen de lo ocurrido.

—Este hombre se puso en contacto con nosotros, con Howard y conmigo, de parte de mi padre. Quería que lleváramos a cabo ese robo. Sonaba precipitado, por no hablar de que era una puesta en escena estúpida y que no me fiaba ni media, pero aseguraron que sería algo sencillo, y la verdad, no parecía nada del otro mundo. No había mucha seguridad...

Víctor frunció el ceño.

—¿En serio? Empiezo a estar cansado de esa clase de comentarios. Que yo sepa, el Queen of Sheba tiene un sistema de seguridad estupendo. Te recuerdo que es un hotel, no un puñetero banco, y aun así tiene hasta una buena cámara acorazada.

Ella le miró, un poco sorprendida por su vehemencia.

—Vale, sí, pero ambos sabemos que eso no es totalmente cierto. No es un hotel, es un centro de blanqueo de dinero, entre otras muchas cosas turbias.

—Un auténtico agujero de mierda —convino Sunday. Gritó, cuando Víctor le dio un nuevo manotazo al almohadón.

—En todo caso, lo que cuenta es que fue sencillo de montar —siguió ella—. Incluso siendo un plan pésimo, únicamente pensado para que estuviéramos allí, los dos. Una documentación falsa, un poco de maquillaje y ya viste que entramos sin demasiados problemas. Pero, para mi sorpresa, no había nada en la caja fuerte.

—Caísteis como lerdos. —Sunday lanzó otra risilla, aunque terminó como un gemido de dolor—. Te van a reventar, nena. A ti y al idiota de tu novio.

Había tanto veneno en su tono que Kira no pudo evitar un estremecimiento. Víctor se dio cuenta.

—No disponemos de más tiempo —le dijo—. Si tienes que coger algo, cógelo. Y cámbiate de ropa. Pero sin más tonterías, ponte algo que te cubra. No quiero que vayas medio desnuda por ahí, llamando la atención.

—¿Qué? No sé quién...

—Cámbiate. Ya. —Vale, tenía razón, debía cambiarse. No era momento de ponerse tonta, ni aunque quisiera sacarle de quicio—. Y ponte también unos zapatos cómodo, joder. Como tengamos que correr, no vas a llegar a ninguna parte con esas sandalias.

—No tiene ningún sentido... —musitó Kira, yendo hacia el dormitorio—. ¿Por qué...?

—¿Es que todavía no lo entiendes? —exclamó Víctor, todavía más enojado—. Te han tendido una trampa. Mientras entrabais allí como dos idiotas, dos auténticos mirlos blancos, este tipo me llamó por teléfono para avisarme de que habían entrado a robar a *La cúpula*. Todo estaba pensado para que os atrapasen, era un detalle que le parecía lo bastante vital como para tomarse la molestia de llamarme, viendo que no daba la alarma. —Kira palideció—. Ya sé que la caja estaba vacía. ¿No te das cuenta? A saber cuándo tuvo lugar ese robo. Simplemente, hoy han querido que lo supiéramos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero, mientras todos mirábamos hacia abajo, llevaron a cabo otro robo, supuestamente mucho más difícil, arriba.

—¿Qué quieres decir?

—En el Queen of Sheba hay otra sala blindada, en el último piso. Hoy dos individuos se han colado en ella, aprovechando el revuelo organizado por tu torpe intento de robo.

—¿Mi padre me ha usado de cebo? ¿En serio? —A pesar de que conocía perfectamente a aquel hombre, no pudo evitar sentirse muy dolida—. Será...

—Ya habrá tiempo para insultarle en todos los idiomas posibles. Ahora, no —le advirtió Víctor—. Vamos, muévete. Tenemos que irnos.

Kira regresó al dormitorio. ¿Quería que se cubriera? Pues muy bien. En un único minuto, se enfundó un jersey de cuello alto, unos vaqueros y unos botines sin tacón, todo negro. También se soltó el pelo en una simple melena y se encasquetó un gorro de lana negro.

Terminó de llenar la bolsa que tenía sobre la cama. Añadió el dinero,

la documentación y la caja con las pocas joyas que poseía. Cogió el chaquetón de cuero negro y salió con todo.

En el último momento, se preguntó si no la reñiría por ir tan fúnebre, pero no. Víctor asintió complacido al verla.

—Mucho mejor. ¿Tienes teléfono fijo?

—No. ¿Para qué? Este solo ha sido un lugar de paso, alquilado a nombre de la señorita Sapkowski.

—Pero tienes móvil, ¿no?

—Claro. Eso sí. ¿Queda alguien en este mundo, sin móvil y guasap?

—Te sorprenderías. —Tendió la mano—. Dámelo.

Kira arqueó una ceja, cada vez más intrigada.

—¿Para qué?

—Pueden localizarnos por los móviles. Dámelo y deja de protestar. Conseguiré unos nuevos.

—Pero... Es que Howard puede intentar contactar conmigo. —Ella misma había tenido la tentación de llamarle, o de mandarle un mensaje por guasap, pero no se había atrevido. Probablemente se lo habrían quitado, y no tenía ganas de hablar con alguien que se iba a pasar el tiempo amenazándola de muerte—. Si no lo tengo, ¿cómo me va a localizar?

—No te preocupes por él. —Pero, como no la miró, empezó a preocuparse—. Mañana llamaré a alguien de confianza y me enteraré de cómo van las cosas.

—Preferiría...

—¡Kira, por favor, no me discutas todo! —exclamó, perdiendo la paciencia. Quizá se dio cuenta de que se había excedido, porque lanzó un bufido que casi era una disculpa—. Aquí las órdenes las doy yo. Y las doy porque soy el que va a mantenerte a salvo. Así que, dame el puto móvil.

Ella suspiró y cedió, qué remedio, sabía que tenía razón. Víctor cogió

el móvil que le tendía, sacó de inmediato la tarjeta, la juntó con la de su propio teléfono y las rompió por la mitad.

—Listo. Vamos —dijo.

—¡No podéis dejarme aquí, así! —protestó Sunday—. ¡Cabrones!
¡Moriré desangrado!

—Es lo que te mereces —replicó Víctor.

Pero, cuando bajaban hacia el portal, sacó el móvil de Sunday del bolsillo y Kira le oyó pedir una ambulancia.

CAPÍTULO 11

Cuando Kira despertó, estaba anocheciendo.

Seguían en aquel coche de película. Recordó cómo se había sorprendido al verlo aparcado a pocas calles de su casa, pero no le había dado tiempo a hacer ningún comentario sobre lo impresionante que era. Víctor le había ordenado que subiese, había arrancado y, horas después, todavía seguía al volante, con el mismo gesto seco y con los ojos fijos en la carretera.

Kira se estiró, bostezando. ¡Le había venido tan bien dormir un poco! Con los nervios del robo, hacía días que apenas podía conciliar el sueño, y solo le había faltado lo ocurrido mientras lo llevaban a cabo, la larga carrera hasta su casa y la tensión de la escena con Sunday.

Estaba agotada, por eso se había quedado totalmente dormida al cabo de pocos minutos de subirse a ese impresionante cochazo, en el cómodo asiento del copiloto.

Pero, entonces, no eran mucho más allá de las dos...

—¿Qué hora es? —preguntó. Víctor consultó el reloj del panel central. Con tanto chisme, no le hubiese extrañado que ese vehículo también volase.

—Las ocho y media. Has dormido un buen montón de horas.

—Sí. —Se incorporó en el asiento y se peinó—. Supongo que lo ocurrido me dejó agotada. Y también es verdad que esto es muy cómodo. —Miró a su alrededor. Aunque en esos momentos llevaba el techo cubierto, el coche de Víctor era un descapotable soberbio, de color negro y líneas elegantes. Resplandecía de puro limpio y cuidado, con la luz del anochecer —. ¿Qué coche es este?

—Un Jaguar F.

Kira silbó.

—Lo de la letra, ni idea, pero seguro que es más chulo que la A y la B. Además, he oído hablar de los Jaguar. Este tiene pinta de ser carísimo.

—Será porque lo es.

—Qué bien. Veo que has prosperado desde los tiempos en los que teníamos que juntar lo que teníamos en los bolsillos para poder entrar al cine.

—Él no dijo nada. Kira se encogió de hombros—. Bueno, no sé por qué me sorprende. Ya se sabe que hacer el mal tiene muchos beneficios. —Víctor siguió empeñado en callar. Pasaron un buen rato en silencio—. ¿Adónde vamos?

—A la casita rural de la hermana de una amiga. Ya no queda lejos.

—¿Y por qué vamos allí?

—Porque es un buen escondite. Podremos quedarnos un tiempo, sin mayor problema. Solo necesitamos mantenernos lejos de la ciudad tres o cuatro días, hasta que se resuelva el asunto.

—¿Y eso?

Él dudó.

—No importa —terminó diciendo—. Cuanto menos sepas de todo esto, mejor. En el pueblo diremos que somos matrimonio —añadió, como intentando cambiar de tema—. Que estamos pasando unas pequeñas vacaciones.

—¿En serio diremos que estamos casados? ¿Tú y yo?

Él la miró un segundo de reojo.

—Te lo aseguro.

—Vale. —Su tono no le había gustado nada, ni el modo autoritario y frío con el que la trataba, así que decidió pincharle un poco—. ¿La hermana de tu amiga te deja la casa?

Víctor tardó unos segundos en contestar.

—No exactamente. Vive en Canadá y solo viene a temporadas. Ni

siquiera llegará a enterarse.

—Ya. ¿Y tu amiga, es muy amiga?

—Sí.

—Pero ¿de las amigas *amigas* o de las amigas no tan amigas?

Por fin lo consiguió: Víctor la miró enfadado.

—Vale ya de chiquilladas, Kira. No, no es solo una amiga, aunque tampoco es algo más.

—Ah. Ya veo. Así que te acostaste con ella, pero no mantenéis una relación estable, porque no te interesa.

—La verdad, no creo que sea asunto tuyo.

Eso le dolió.

—Tienes razón. Ya no lo es.

Más silencio, esta vez lleno de tensión. Kira se dedicó a mirar el paisaje, sin verlo. Tampoco importaba mucho, fuera no había nada especial que ver, solo una extensión continua de prados, que parecían ser siempre el mismo. Poco después, el sol empezó a ocultarse por el oeste. El cielo se volvió azul intenso y luego negro, y la oscuridad devoró las formas del mundo.

Al final, solo quedó la larga cinta gris de la carretera, iluminada por los focos del coche. Tuvo la impresión de que seguía y seguía, interminable.

No era un viaje que hubiese deseado y había empezado por razones terribles. Entonces, ¿por qué sentía que estaba viviendo un tiempo mágico, maravilloso? ¿Por qué deseaba que ese momento no terminara nunca? ¿Por qué se sentía feliz, simplemente por estar allí, sentada al lado de Víctor Derry?

Qué triste y patética era. La había traicionado ocho años atrás y seguía enamorada como el primer día...

—Mi amiga me pidió que me ocupase del sistema de seguridad de la

casa —dijo él, de pronto. Su voz sonó algo más amable, como si lamentase haber sido antes tan brusco—. Por eso la conozco bien y sé cómo entrar. Pero solo estuve una vez allí, hace más de un año, y no me acerqué al pueblo. No me conocerá nadie, no te preocupes.

—No me preocupo. —No era eso lo que la tenía preocupada, al menos—. ¿Por qué me ayudas, Víctor?

—Ya lo sabes.

—¿Eso piensas? No, no tengo ni puñetera idea de por qué de pronto te lo juegas todo por echarme una mano. Y ni siquiera me has preguntado por qué lo he hecho.

—Eso ya lo sé. Porque eres tonta.

Kira hizo una mueca.

—Muy gracioso. Te juro que hace años que no me metía en estos líos. Desde antes de que mi padre fuera a prisión, de hecho. —Recordó a Nastacha Sapkowski—. Bueno, no digo que me gane la vida de un modo... normal, porque en estos tiempos, encontrar un trabajo, aunque sea malo, es realmente difícil, pero tampoco hago nada tan arriesgado. ¿Y tú? ¿Trabajas en el hotel?

—Sí. Soy su director de seguridad.

Ella lanzó una risa incrédula.

—Vaya, qué te parece. También nos mintieron en eso, nos dijeron que era un tal Vincent Dilligan.

—Lo sé. Me lo dijo tu amigo, Davis.

—No querían que te reconociera.

—Eso he supuesto. De haberlo sabido, ¿hubieras colaborado en el robo?

—No lo sé. —Pensó en la caja de su madre. No hubiese querido ponerla en riesgo, pero, probablemente, hubiese intentado tenerlo todo. Hubiera ido a hablar con él, eso desde luego, y quizá algo así hubiese

cambiado por completo las cosas—. ¿Así que eres tú el que ha trabajado para la CIA? ¿O era solo un detalle para engordar el currículum?

—Sí, es cierto. Estuve trabajando para ellos algunos años.

—Qué bien. Supongo que nada mejor que haber estado al otro lado de la línea, para saber qué puedes esperar, ¿no?

—Algo así. —Repiqueteó los dedos sobre el volante—. ¿Sabías que el hotel es de Gólubev?

—Sí, eso sí. Por eso supuse desde el principio que todo esto formaba parte de una venganza.

—Eso parece. No sé si Carter o quién, pero le han robado a Gólubev un buen montón de pasta. Suya, y de otros.

Kira silbó.

—¿Es grave?

—Mucho. —Agitó la cabeza—. ¿De verdad no había nada en esa caja?

—De verdad. Te lo juro. —Recordó aquella vieja broma, de cuando todavía eran felices y el mundo parecía muy distinto, un regalo por desenvolver—. No te mentaría dos veces.

Él se dio cuenta de la referencia. La miró y, durante un momento, sus ojos brillaron.

—Vale.

Siguieron en silencio, un par de kilómetros. Incluso Kira llegó a pensar que no volverían a decir nada en mucho tiempo, pero se equivocaba.

—¿Por qué me hiciste aquello? —se oyó preguntar de pronto. ¡Qué horror! No podía creer que lo hubiera dicho. Se había jurado durante ocho años que, de volver a verle, no pediría cuentas. Le haría creer que le había olvidado, que lo había olvidado todo, que le resultaba indiferente. Antes muerta que dejarle ver lo dolida que se sentía. Pero allí estaba, mostrando su

herida sin ningún recato. Quedando en situación vulnerable—. ¿Por qué me traicionaste así, Víctor?

—¿Qué? No digas tonterías. —Por alguna razón, eso volvió a enfadarle—. Mira Kira, no soy ningún idiota y me consta que...

Pero ella había empezado y no estaba dispuesta a parar. Era como si se hubiese abierto una compuerta que ni siquiera sabía que había estado allí. Las palabras brotaron de sus labios como un río tumultuoso, como una larga cadena de eslabones oxidados y torcidos, pero con vida propia. Debían tenerla, porque destilaban sufrimiento, tristeza, pura desesperación. Ni siquiera ella, tras tantos años sobreviviendo a base de ir dando tumbos, había imaginado que siguiera sintiéndose tan mal.

—¿Cómo pudiste hacerme algo así? ¡Tenía dieciséis años, Víctor! ¡Era una niña, estaba enamorada! ¡Me rompiste el corazón y todavía no sé qué hago en este maldito coche contigo! —Abrumada por tanto dolor, temió echarse a llorar. No, no, ni hablar. Ni una lágrima por ni para Víctor Derry. Necesitaba aire. Necesitaba salir de allí—. Para.

—Kira...

—¡Para, te digo!

Víctor dirigió el coche al arcén derecho y aparcó con brusquedad. Ella abrió la puerta y salió al exterior como si huyese de un incendio. Abandonó la carretera y dio un par de pasos sobre la hierba, en dirección a ninguna parte. Estaban en medio de una nada tras la que se intuía un paisaje hermoso, con un bosque en el horizonte, recortado en distintos tonos negros por la luz de la luna. Se abrazó con fuerza mientras miraba a su alrededor. La noche era agradable, aunque la brisa resultaba algo fresca, con un toque húmedo.

Inspiró profundamente. El aire olía a vegetación y flores, a naturaleza, a vida.

—Kira, no podemos quedarnos aquí —dijo Víctor, bajando también

por el otro lado—. Seguro que ya nos están buscando. Venga, sube al coche.

—No. Yo me voy por mi cuenta. Dame mi bolsa.

—¿Qué? —Parecía imposible que fuese capaz de fruncir más el ceño, pero lo consiguió—. Ni lo sueñes. Vamos, por encima de mi cadáver. Lo he arriesgado todo para ponerte a salvo, todo, entérate bien, porque si Gólubev te encuentra antes de lo debido, puedes darte por muerta. Y a mí me meterá en la misma fosa por haber intentado ayudarte.

Aquello la hizo titubear, pero se sobrepuso. Si la solución pasaba por esconderse, se escondería. Podía lograrlo por su cuenta, sabía hacerlo mejor que bien, había tenido que vivir así durante demasiado tiempo. En cuanto se convirtiera en una figura diminuta perdida en esa carretera, jamás volvería a ser vista por ninguno de aquellos hombres.

—Puedo arreglármelas sola.

—No me hagas reír. No te voy a dejar aquí, Kira, y lo sabes.

—No entiendo por qué no. Ya lo hiciste una vez. Deberías tener práctica a la hora de abandonarme.

—¿Que yo te dejé? ¿Que yo te dejé *a ti*? —repitió, y la miró furioso—. Pero ¿cómo puedes ser tan falsa, mujer? ¿De verdad piensas que me voy a tragar tus mentiras? ¡Que sepas que lo sé todo! ¡Todo! —Golpeó con un puño, de lado, la trasera del coche—. ¡Estoy al tanto de tu traición y hace años que rabio por el deseo de destrozarte a tu padre con mis propias manos por lo que me hizo!

Aquello la desconcertó.

—¿Qué traición?

—Me sorprende que lo preguntes, señorita Sapkowski. —Kira se ruborizó—. Por lo que tengo entendido, posees el don de la videncia. Adivínalo tú sola.

—¿Me has investigado?

—¿Yo? No. ¿Para qué? —dijo con desdén—. Sube al coche. Ya.

—No. —Estaba claro: no podía soportar más su cercanía, sobre todo sabiendo cuánto la despreciaba—. Prefiero irme por mi cuenta. —Fue hacia la trasera del coche—. Abre el maletero. Quiero coger mi bolsa.

Él la miró de un modo ominoso.

—Kira... No quiero tener que repetírtelo. Sube.

—Pero ¿qué te has pensado? —preguntó, perdiendo la paciencia y alzando la voz—. ¿Cómo te atreves a darme órdenes, y encima de semejante manera? No eres mi padre, ni mi dueño, ni siquiera un puto primo lejano que pasaba por ahí. No puedes obligarme a ir contigo. Entérate de una vez, Víctor Derry: haré exactamente lo que me dé la real gana.

—Ah, vale. Estupendo. Pues, entonces, yo también. —Avanzó hacia ella, la enganchó sin darle tiempo a retroceder y, antes de que se diera cuenta de lo que iba a hacer, ya la había esposado a él. Muñeca derecha con muñeca izquierda. Víctor movió el brazo hacia atrás y Kira se vio obligada a dar un paso en su dirección, hasta estar casi pegados—. Se acabó el problema, encanto.

—Te has vuelto loco. Suéltame. Ahora mismo.

—No.

Ella frunció el ceño, con expresión intimidatoria.

—¿Tengo que recordarte lo que le he hecho a Sunday?

—No te molestes, es una imagen que tardaré en borrar de mi mente. Y hasta puedes intentar clavarme algo en la polla a mí, pero te aseguro que conmigo lo vas a tener un poquito más difícil.

—¡Te digo que me sueltes! ¡Suéltame! ¡Dame la puñetera llave! — Como se limitó a negar con la cabeza, le abofeteó y luego empezó a darle golpes en el pecho. Víctor la sujetó como pudo, la arrinconó contra el coche y esperó a que se agotase por sí misma. Entonces, aguardó todavía un momento

más y, al comprobar que se había quedado ya quieta, se apartó y tiró de ella de vuelta hacia su lado del vehículo—. ¡Suéltame, joder!

—No. Y deberías estar agradecida. Después de lo que me hiciste, ya ves, ni siquiera sé por qué te ayudo. Supongo que porque soy un idiota sentimental y a pesar de todo lo ocurrido, no quiero que te maten.

—¿Yo? —Le miró sorprendida—. ¿Qué se supone que te...?

—Cállate —la cortó, seco—. Cállate, Kira, te lo digo en serio. No quiero hablar de eso. No ahora, al menos. Todavía tengo que conducir durante unas cuantas horas y no quiero estar más cabreado de lo que ya estoy. Entra.

—No quiero. Creo que...

Pero, viendo el modo en que la miró, Kira apretó los labios y optó por obedecer. En cuanto se sentó, Víctor se soltó y ató su extremo de las esposas al asidero que había sobre la puerta. Luego, cerró de un portazo, rodeó el coche y se acomodó tras el volante.

Kira suspiró. Estaba tan cansada... Sus ojos se fijaron en el cenicero impecable.

—¿Ya no fumas? —preguntó.

—No. Lo dejé hace años.

—Me alegro.

Qué de tiempo perdido. Y cuántos abismos habían surgido entre quienes pensaban que se amarían por siempre. Se quedaron en silencio, mirando hacia delante. La carretera estaba vacía, la noche, silenciosa. Era como si fuesen los únicos supervivientes de un desastre postnuclear.

Víctor carraspeó y arrancó el coche.

—Vamos, ya nos hemos retrasado mucho. Espero que no hagas más tonterías. Sabes que, si nos detienen, serás tú la que más tendrías que perder.

Kira se encogió de hombros.

—Nadie detiene a alguien que va en un Jaguar G.

—F. Jaguar F V8 S, para ser más concretos. Aunque, lamentablemente, tienes razón en el comentario, raramente me dan el alto. Así va el mundo.

Pues sí. Kira se acomodó lo mejor que pudo, con el brazo en alto, y se dejó llevar. Qué remedio.

CAPÍTULO 12

Era casi medianoche cuando llegaron a su destino. Kira había vuelto a amodorrarse, llevaba más de media hora deambulando entre el sueño y la vigilia, pero se despejó por completo al notar que el coche reducía velocidad, abandonaba la carretera y traqueteaba por un camino hacia una estructura negra de la que poco podía adivinarse, excepto su forma general recortada contra el cielo nocturno.

La luz de los focos le mostró una larga valla de madera y adobe encalado en blanco, algo de aspecto rústico pero bien cuidado. Junto a las grandes puertas de la entrada distinguió un panel de seguridad. Víctor bajó y estuvo trasteando en él un par de segundos, hasta lograr que se abrieran con un quejido algo oxidado. Volvió al coche, lo introdujo en el recinto y lo aparcó en un garaje que seguro que fue un establo en otros tiempos.

Sin apagar los faros, salió y pulsó un interruptor de pared. El lugar era bastante más grande de lo que había imaginado, y estaba impecable. A un lado, había un mueble en el que se alineaban latas y herramientas en un orden perfecto.

Víctor volvió a su lado. La miró.

—¿Me vas a dar problemas?

—No. —Estaba demasiado cansada. Aun así, no pudo evitar añadir —: Al menos de momento. Vivo para darle emoción a tu vida.

Él agitó la cabeza, molesto por su falta de formalidad, pero soltó las esposas. Kira se frotó la muñeca y salió del coche. Hacía frío. Se alegró de haberse puesto el jersey. De hecho, no fue suficiente. Añadió el chaquetón y buscó el gorro, que se le había caído mientras dormía y estaba casi invisible en el suelo, junto al asiento. Se lo encasquetó.

Mientras contemplaba con curiosidad el sitio, Víctor sacó las bolsas

de viaje del capó. También cogió lo que había comprado en un supermercado de camino: una barra de pan, una caja de leche, galletas, pan de molde, embutido y queso, una botella de vino y algo de fruta. Con todo ello, iba también un paquete que Kira no la había visto antes. Quizá había hecho más compras mientras ella dormía.

—A la hermana de tu amiga le gusta el orden —comentó Kira, por decir algo. Por romper el silencio, que empezaba a pesar demasiado—. Ya me hubiese gustado tener tan impecable mi salón como lo está este garaje.

Él no replicó. Para el caso, podría no haberla oído. Abrió la puerta, le hizo un gesto, cediéndole el paso y salieron al exterior. Víctor encendió una linterna del tamaño de un bolígrafo y caminaron por un sendero de baldosas blancas que parecían irse revelando a sus pies a medida que el pequeño círculo de luz se movía por delante de ellos.

Se oía el canto continuo de los grillos, la brisa que jugaba con las ramas del peral situado justo entre la casa y el garaje, sus pisadas y las de Víctor, mucho más seguras... Nada más. El resto del mundo parecía consumido por el vacío y oscuridad. Y no le importaba.

Kira se detuvo e inspiró profundamente. Otra vez tuvo aquel sentimiento de maravilla, de sorpresa y perfección. Estaba donde siempre había querido estar, con la única persona a la que siempre había amado.

—Vamos, Kira —le oyó decir.

—Sí, cariño. Ve sacando las llaves.

—Muy graciosa. —Al llegar a la puerta, vio que Víctor tenía unas ganzúas entre los dedos. Forzó la cerradura en un momento. Ella sonrió.

—Las viejas costumbres no se pierden, ¿eh?

—Las útiles, no. Te recuerdo que me dedico a la seguridad. Debo estar al tanto de estas cosas. —Se apartó a un lado—. Pasa.

El interior de la casita estaba totalmente reformado. En otras épocas,

quizá había sido un granero o algo por el estilo, tenía toda la pinta. Se entraba directamente en una sala grande con una chimenea, dividida en zona de sala de estar y comedor. A la derecha, pudo ver dos puertas: una daba a una cocina pequeña pero que parecía completa y muy luminosa, y la otra era un cuarto de baño.

Una escalera bastante empinada conducía al dormitorio situado tras el balcón de un segundo piso, construido sobre la cocina y el baño de abajo. En lo alto, muy alto, quedaba a la vista la parte interior del techo a dos aguas, con sus gruesas vigas de madera.

El lugar estaba decorado con esmero. Por todas partes predominaban los materiales rústicos: sillas y mesa de madera rojiza, alfombras de lana trenzada, adornos de barro... El aparador del salón tenía figuritas y ceniceros de arcilla y piedra, además de muchas fotos, entre las que destacaba una de mayor tamaño, que mostraba a dos chicas abrazadas, muy guapas y muy sonrientes. El mueble era tan grande que cubría toda la pared de lado a lado, abarcando tanto el comedor como el coqueto tresillo cubierto de tapetes que quedaba frente a la chimenea.

Kira sonrió. Cuántas veces había soñado con tener una casita así...

—Me encanta.

—Y yo me alegro. Aunque hubiese dado lo mismo de ser un estercolero o un engendro psicodélico de los setenta, la verdad.

—Qué comentario más amable.

—Pero cierto. Ninguno de los dos estamos aquí por gusto. —«Bastardo». Kira se mordió los labios. Aquel idiota no merecía respuesta. Víctor dejó la bolsa en un sofá—. Creo que no hay teléfono fijo, al menos no lo había entonces, pero mira bien a ver, por si lo han puesto luego. No es que debamos usarlo, pero sería genial, por no estar totalmente incomunicados.

—¿Y el de Sunday? —Al ver que la miraba sin entender, se explicó

—. Le cogiste el móvil, y ese no lo rompiste. Seguro que ya te imaginas que será de los primeros que busquen, y podría conducirlos hasta aquí.

—No te preocupes. Saqué toda la información que pude y lo tiré en una camioneta que iba en dirección contraria, al poco de salir de la ciudad. Ya estabas dormida. Si lo siguen estarán a muchos kilómetros de distancia.

—Estupendo. Entonces, todo controlado —gruñó Kira—. Ahora solo hace falta que tengamos una emergencia, aquí, perdidos en el monte. Parece el comienzo de una peli de terror.

—No estamos perdidos en el monte. El pueblo se encuentra como a quince minutos andando hacia el norte, siguiendo la carretera. Además, te equivocas, la peli de terror empezó esta misma mañana. Lleva ya unas cuantas horas. —Ella hizo una mueca. Víctor la observó un par de segundos, antes de seguir—. Hace frío. Voy a encender la calefacción.

—Y la chimenea. ¡Por favor!

—Vale, y la chimenea. —Volvió a coger las bolsas, para llevarlas a la cocina—. ¿Tienes hambre? —preguntó de camino.

—Un poco. —Le siguió, aunque se quedó en el umbral. Menudo sitio, sí que estaba bien montada, tenían hasta friegaplatos, un aparato pequeño, colocado sobre la lavadora, para aprovechar espacio. Todo tenía aspecto moderno y pulcro. La casita puesta a capricho por alguien con muchos números en el banco.

Y, otro detalle a tener en cuenta: bien mantenida. Al igual que en el garaje, todo estaba muy pulcro. Ni una mota de polvo. Debía ir alguien a limpiar, había ido ese día o como mucho el anterior, y lo hacía a conciencia.

Víctor dejó la bolsa del supermercado sobre la mesa y empezó a vaciarla.

—Bien. Pues hagamos unos sándwiches, cenemos y a dormir. Puedes acomodarte en el dormitorio, arriba. Yo me quedaré aquí abajo.

—¿En serio? —Se volvió hacia la sala y miró el sofá. Parecía cómodo, pero no era lo bastante largo como para que Víctor entrase entero. Quizá era sofá cama—. No me importa quedarme yo aquí, ¿eh?

—Ni hablar. El encargado de seguridad soy yo, y tengo que estar cerca de los accesos. Arriba hay ventanas, pero no permiten el paso de nadie. Venga, sube. —Le tendió su bolsa—. Date una ducha si quieres. —Le tendió también el paquete misterioso—. Puedes aprovechar para cortarte el pelo y teñírtelo, aunque puedes esperar a mañana para eso, no corre tanta prisa. Espero que te guste este tono caoba. Fue lo primero que encontré.

—Veo que lo tienes todo pensado.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Muy gracioso. —Sacó la caja del tinte. Las indicaciones eran las habituales, no tendría problema. No sería la primera vez que se veía obligada a cambiar de imagen en media hora—. ¿Me lo corto a lo chico?

—No. Déjate una melenita. Como aquella vez, en Marsella.

—Ah, mi versión *Coco Chanel*.

—Eso es. Algo así. —La miró de una forma extraña—. Ese corte me gustaba mucho.

Kira sonrió.

—Lo sé. —Como se produjo un silencio difícil, agitó la cajita y fue hacia la puerta—. Vale. No tardaré.

—No hay prisa —le oyó decir, mientras se dirigía a la escalera—. Mientras, cocinaré algo para la cena.

—No sé si hacer unos sándwiches de jamón y queso puede considerarse cocinar, pero por mí perfecto. —Se detuvo—. Por cierto, ¿te has dado cuenta de que todo está muy limpio, verdad?

Él volvió a salir de la cocina. Miró alrededor y asintió.

—Me he percatado, sí. Puede que venga alguien en estos tres días,

pero espero que no suponga un problema. Y, de ser imprescindible llamaría a mi... amiga, para que se ocupe de respaldarnos. Preferiría no hacerlo para no dar pistas de dónde estamos, pero te aseguro que la limpiadora es el menor de nuestros problemas.

—Muy bien. Solo era por mencionarlo, aunque ya imaginé que no se te habría pasado el detalle.

—Ni a ti. Sigues teniendo buen ojo.

Ella rio mientras subía las escaleras.

Si la casa le había parecido bonita hasta ese momento, el dormitorio resultó ser su mejor rincón, con diferencia. La balconada al salón le daba gran encanto, pero tenía además una preciosa cristalera en la pared del fondo, un rosetón circular, a través de la cual seguro que podía contemplarse el paisaje en las horas de luz. Dos de los pétalos eran ventanillas que podían girarse. Por eso Víctor había dicho que la ventana de arriba no permitiría el paso de nadie. Estaba a salvo.

La cama era gigantesca y estaba cubierta con un edredón de plumas que iba a juego con las cortinas y el biombo que cerraba una esquina, todo ello elaborado con la misma tela de flores, muy elegante. El resto del mobiliario lo componían un tocador y el enorme armario empotrado que cerraba todo un lateral, con espejos seguidos, que daban la impresión de ser uno solo y duplicaban el tamaño del sitio.

La única puerta conducía a un cuarto de baño más grande que el de abajo, decorado en madera y mármol, con una *jacuzzi* hexagonal que se juró que iba a probar de inmediato.

Kira colocó la ropa en el armario, cogió unas toallas y se bañó. Junto a la *jacuzzi* había unas baldas de cristal con distintos productos: sales, aceites, jaboncillos, champús, cremas y perfumes variados. Se entretuvo oliéndolos todos y utilizó lo que le iba pareciendo, mezclando aromas, disfrutando de

aquel burbujeo relajante. Solo salió del agua cuando sintió que la piel se le empezaba a arrugar.

Entonces, se puso una camisola y procedió a ocuparse del pelo. Por suerte, siempre se le habían dado bien aquellos temas. Se lo cortó, dejándose una melena de aire parisino lo más decente posible, y se dio el tinte, que era algo más rojo de lo que a ella le hubiese gustado. A Víctor, sí. A él siempre le habían atraído las pelirrojas aunque, si hacía memoria, podía recordarle ligando con morenas, rubias, pelirrojas, castañas e incluso con una *skinhead*, en un momento dado.

Todo eso fue antes de liarse con ella, eso sí. Luego, dio la impresión de haber cambiado...

—No debía ser así —musitó, sintiendo que se ahogaba en una nueva oleada de tristeza. Su reflejo en el cristal le devolvió una imagen insólita. Tenía los ojos llenos de lágrimas y los pelos en punta, como los de una bruja alienígena. Una bruja triste, triste y desesperada.

Parpadeó, para contener el llanto y alejar todos aquellos recuerdos. ¡Y ella que creía tenerlo prácticamente superado! ¡Qué tonta! Había sido volverle a ver y sentirse de nuevo como la niña enamorada e insegura de otros tiempos. Como si no hubiese pasado ni un solo segundo desde que le vio cruzar la puerta de aquel hotel, hasta encontrarle cerrándole el paso en el Queen of Sheba.

En fin, ya pensaría en todo eso cuando pudiese afrontarlo. De momento, lo mejor era ser práctica. Iba a tener que esperar con el tinte en la cabeza durante cosa de media hora, como poco. ¿Bajaba? A esas alturas, tenía un hambre de lobo, así que decidió que sí. En el caso de que Víctor se asustase de la bruja alienígena, pues nada, tendría que vaporizarle.

Fue directamente a la cocina. Víctor se había tomado como una afrenta su comentario sobre lo de los sándwiches, porque se había lanzado a

algo más sofisticado: había colocado el fiambre en una bandeja, junto con triángulos de queso bien dispuestos en abanico; también había abierto algunas latas, cortado el pan en triángulos y abierto la botella de vino, para que se fuese aireando. Pero, él, no estaba.

—¿Víctor? —preguntó. Nada, silencio. De pronto, se sintió asustada. Quiso llamarle otra vez, pero no se atrevió. ¿Y si les había seguido alguien hasta allí? ¿Y si habían entrado ya en la casa y le habían hecho algo a Víctor?

Con cuidado, cogió el cuchillo del pan, que todavía estaba sobre la mesa, volvió a la puerta y se asomó al salón.

Le vio de inmediato.

Estaba tumbado en el sofá, bocarriba, con los ojos cerrados, iluminado en colores intensos por las llamas de la chimenea que había encendido. De haber mirado en esa dirección, al bajar por la escalera, le hubiera visto al momento, pero ni se le ocurrió.

Se acercó lentamente, experimentando una profunda sensación de ternura. Pobre, debía estar agotado tras tantas horas conduciendo. Había ido al salón a encender la chimenea y poner la mesa, le había tentado tumbarse un poco y se había quedado dormido. Todavía sujetaba un mantel y el extremo de una servilleta. La otra, se encontraba al lado, tirada en el suelo.

Kira sonrió. ¡Estaba tan guapo! Le cogió el mantel para dejarlo a un lado y se inclinó a besarle.

En cuanto se unieron sus labios, Víctor abrió los ojos y se encontró frente a frente con la bruja alienígena.

Con un movimiento rápido, la apartó de un empujón y Kira cayó sentada al suelo. Sin transición, Víctor se incorporó extendiendo la mano a un lado, el viejo gesto de cuando dejaba la pistola en la mesilla. Así que, eso, no había cambiado

—Pero ¿qué...? —empezó. Parpadeó y la reconoció—. Joder,

menudo susto me has dado, Kira. Por favor, no vuelvas a hacer algo así, jamás.

—Descuida, descuida. Me libraré mucho de volver a intentarlo.

—No seas tonta. —La miró, culpable—. Perdona, me he dormido... ¿Te he hecho daño?

—No. —Se levantó, frotándose el trasero—. O sí, pero solo en mi dignidad. Nunca ningún hombre había reaccionado así ante uno de mis besos. —Se señaló el pelo—. Y lo entiendo, no creas. Tengo un aspecto espantoso.

—No. Ni así consigues estar fea. —Ella le sonrió, pero Víctor apartó la vista. Recogió el mantel y las servilletas y empezó a poner la mesa del comedor. Kira le contempló, con cierta maravilla. ¡Y ella que no había vuelto a tener algo así, en tela, desde ni recordaba cuándo! Bendito papel de cocina, *de usarrrr y tirrarrrr sin tenerrrr que lavarrrr*, como solía decir madame Sapkowski.

Pero, bueno, Víctor siempre había sido muy detallista para las cosas.

—Mañana tengo que hacer una compra en condiciones —estaba diciendo él—. Por suerte, había algo en la cocina y, para que lo sepas, soy un gran cocinero. He abierto un par de latas de sardinas y una de melocotón en almíbar.

—Caramba, qué hábil. Y menudo banquete.

—Ya ves. Mejor que el que te hubiese esperado en la cárcel, seguro. —Kira perdió la sonrisa, pero consideró mejor no decir nada. Víctor la miró. Le arrojó su servilleta—. ¿Cómo pudiste meterte en este lío, Kira? En serio, ¿cómo? Conociendo a tu padre...

—Digamos que era un negocio que me interesaba, y opté por aceptarlo. —Colocó la servilleta en su sitio y le ayudó a colocar platos y cubiertos—. Como hiciste tú hace ocho años.

—No digas tontadas. Y no cambies de tema, no te lo voy a consentir.

¿Por qué lo hiciste? ¿Por dinero?

—No. —Apretó los labios—. ¿Por qué me traicionaste, Víctor?

Él se detuvo. Se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—¿Vas a volver con esas? ¿En serio? Ya te he dicho que lo sé todo.

—¿En serio? Qué suerte. Qué cantidad enorme de sabiduría. —Se cruzó también de brazos—. No sé qué te han contado, pero no es verdad.

—¿Ah, no? ¿Y por qué debería creerte?

—Porque me conoces. No te mentiría dos veces.

Víctor hizo una mueca.

—Deja de repetir eso, joder. Ya no tienes quince años.

—Dieciséis. Tenía dieciséis.

—Da igual... Ya no estamos para juegos de adolescentes.

—¿Juego? ¿Cómo te atreves, Víctor Derry? —Pensó tirarle de vuelta la servilleta, pero eso sí le pareció infantil—. Te portaste conmigo como un canalla. Me utilizaste para conseguir información y luego para atraer la atención de Carter mientras huías. ¿Por qué me hiciste algo así? Nada ni nadie podía darte más de lo que yo te ofrecía. No más que yo, imposible. ¡Yo te amaba!

—Eso no...

—No te atrevas a decir que no era cierto. Lo veías en mis ojos, exactamente igual a como lo ves ahora.

Víctor la miró fijamente. Parecía indeciso.

—¿Por qué elegiste aquel hotel, en concreto? Nunca habíamos estado en él.

—¿El hotel? No sé. ¿Qué más daba el lugar? Te recuerdo que íbamos a escaparnos juntos, y el plan pasaba porque yo me quedase a dormir allí. Prefería que fuese un lugar diferente, algo apartado, para que no me encontrasen rápido si se ponían a buscarme demasiado pronto. —Agitó la

cabeza—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿De verdad no lo sabes?

—No. ¿Qué pasa?

La expresión de Víctor se volvió pensativa. Fue hacia la chimenea y contempló las llamas.

—Aquella noche, tras dejarte en la habitación, tres hombres me atacaron.

—¿Qué dices?

—Fue al salir del portal. Me estaban esperando, me dejaron inconsciente, me ataron y, cuando desperté, estaba muy lejos, a bordo de un carguero con destino a Tailandia.

—¿Qué? —Durante un tiempo no supo qué más añadir. Estaba atónita—. Pero... no es posible.

—¿No? —Se volvió para estudiarla con fijeza—. No, supongo que no. Yo tampoco me lo podía creer. Me costó aceptar la situación, pero bueno, tuve tiempo de sobra para hacerlo. Estuve muchos días encerrado en un cuartucho, junto a la maquinaria, sumido en el horror. Solo tenía una manta sucia y llena de bichos, y un balde pestilente para mis necesidades. Una vez al día me traían una escudilla de algo asqueroso para comer. —Se señaló con un dedo la oreja—. Te juro que todavía tengo incrustado en los tímpanos el sonido de los motores. Tenía la sensación... No sé cómo explicarlo. Era como haber sido devorado por un monstruo gigantesco que me arrastraba al infierno.

Guardó silencio. Kira no lograba salir de su asombro.

—Pero, no entiendo —murmuró por fin—. ¿Por qué te mandaban a Tailandia? ¿Quién te secuestró?

—¿No lo adivinas? —Claro que sí, sin necesidad de las habilidades de la señorita Sapkowski. Pero no quería creerlo—. Fue cosa de tu padre.

—¡No! —Negó también con la cabeza. A pesar de todo, no podía admitir que Carter fuese capaz de transgredir ciertos límites. Resultaba demasiado doloroso—. No, eso no puede ser.

—Ya lo creo que sí, amor. Pagó para que me encerrasen en una cárcel tailandesa de la que, en buena lógica, no hubiese debido salir jamás. Las cosas que allí vi, las cosas que me hicieron... —Tragó saliva—. En fin, he tenido que vivir con eso y tendré que seguir haciéndolo, pero no deseo hablar de ello.

—No pasa nada —replicó ella, que se sintió impulsada a consolarle. Víctor asintió.

—Dos semanas después, Gólubev me sacó de aquel lugar, con ayuda de la CIA. La agencia quería que les ayudase en algunos asuntos. Me retuvieron durante algunos años, a cambio, de ahí lo del currículum que mencionaste antes. Fue una etapa dura. —Se encogió de hombros—. Pero, bueno, ya pasó.

—Víctor... —Avanzó con una mano en alto, para consolarle, pero él retrocedió. Kira se mordió el labio, martirizada. Era terrible, tener que estar siempre avergonzándose por las acciones de su padre—. ¿Por qué... por qué lo hizo?

¿Habría sido ella la causa? A Carter no le gustaba ni pizca que estuviese enredada con Víctor. De hecho, había descubierto el asunto entre su hija y su mejor ayudante, un par de meses antes, por pura casualidad, y le había advertido muy serio que se mantuviese al margen de cualquier lío. «Quiero verte con las rodillas bien apretadas», dijo. Tan encantador como siempre

—¿Recuerdas el asunto de Coxe?

Kira no tuvo que hacer mucha memoria. El millonario Coxe había sido uno de los pocos fracasos sangrientos de Carter. El último en el que

intervino Víctor. O el último en el que casi llegó a intervenir, porque no llegó a hacerlo, excepto en la fase de preparación.

—Sí, claro que lo recuerdo. Te acusó de haberle traicionado. Dijo que huiste con una buena cantidad de dinero, después de estropear el plan y provocar todos aquellos muertos.

—Ya. En aquella época pensé que era todo un ardid suyo, para separarnos a ti y a mí. Pero luego supe que había aparecido de pronto una buena cantidad de dinero en mi cuenta corriente, sin mayor explicación sobre su origen: alguien lo ingresó en metálico. Por eso, Carter pensó de verdad que le había vendido. También dio por hecho que simulé la intoxicación o que la provoqué yo mismo de alguna manera, una excusa para no tener que estar presente durante el robo. Se puso furioso y me mandó a Tailandia de un puntapié.

—Entiendo. —Se lo pensó un momento, con la sensación de estar librándose de un peso enorme que había llevado en su pecho durante años—. Y te creo.

Víctor sonrió con media boca.

—Agradezco tu voto de confianza, Kira. No, yo no lo hice, no os traicioné a tu padre, ni a ti. Fue Gólubev.

—¿Gólubev?

—Así es. Él fue el responsable último de lo que me ocurrió. El muy hijo de la gran puta puso las pruebas que me incriminaban directamente.

Kira parpadeó.

—¿Eso hizo? Pero ¿por qué?

—No estoy seguro. ¿Dinero, ambición, rencor? A saber. Al fin y al cabo me consta que, para entonces, ya odiaba a Carter, aunque siguieron trabajando juntos todavía algunos años más.

—Sí, eso es cierto. —Kira recordó mil detalles, conversaciones,

broncas, miradas... Carter y Gólubev se necesitaban mutuamente, juntos eran invencibles en su oficio, pero no podían detestarse más—. Mi padre y Gólubev siempre se han odiado, desde que tengo memoria.

—Así es.

—¿Cómo te enteraste?

—¿De lo de Gólubev?

—Sí. De que fue él quien te traicionó, dejando esas pruebas.

—Me lo dijeron los de la CIA. Fue una información muy útil.

—Comprendo... Y, en realidad, no me extraña. Gólubev siempre fue un cerdo mayúsculo.

—Lo sé.

—Pero, entonces... ¿Por qué trabajas para él?

Víctor se frotó la mandíbula.

—Quiero creerte, Kira —aseguró, cambiando de tema. O, mejor dicho, volviendo al tema origen de toda aquella conversación—. Quiero pensar que no me traicionaste aquella noche. Que no me llevaste a aquel hotel para que pudieran secuestrarme de un modo discreto, tomándome por sorpresa.

—¿Qué? —Le miró con sobresalto—. ¡Pues claro que no! ¿Cómo te atreves siquiera a pensarlo? —A medida que la idea fue abriéndose paso en su mente, se descubrió sintiéndose más y más enfadada—. En serio, Víctor, ¿cómo puedes haber considerado la posibilidad de que yo te traicionase de semejante modo, para algo tan terrible? ¿Cómo pudiste? ¿Acaso no recuerdas lo enamorada que estaba? ¡Pero si bebía los vientos por ti! Yo... yo te quería. Te amaba, Víctor. —Se atragantó y tardó unos momentos en recuperar la voz—. Te amaba de verdad. —Apretó los puños—. Te odio de verdad.

Víctor pareció un poco avergonzado.

—Es lo que me dijeron. Además, tú me citaste en aquel sitio —

añadió, como si fuese un argumento válido para algo—. Y solo tú y yo sabíamos dónde estaba.

—Claro. Pero como yo no se lo dije a nadie, está claro que lo supieron de algún otro modo. Por ejemplo, pudieron seguirte. Así de simple.

—No. Imposible. Siempre he tenido mucho cuidado con eso. En aquella época, también.

—¡Pues pudieron seguirme a mí, qué quieres que te diga! No tengo ni idea. Lo que sí te puedo asegurar es que yo jamás haría algo así. —Estaba tan indignada que, finalmente, se decidió a hacerlo: cogió la servilleta y se la lanzó. Si él podía usarlas de proyectil cuando estaba enojado, ella también. Lamentablemente, no llegó a golpearle. Fue rápido y la atrapó en el aire—. Y esperaba no tener ni que decirlo, idiota.

—¿Ah, sí? Pues te recuerdo que tú también pensaste que yo te había traicionado de un modo peor todavía... O bueno, quizá no peor, pero sí igual de terrible. Tu padre, ese dechado de amor y sinceridad absoluta, te contó que lo hice y simplemente te lo tragaste.

—¡No! ¡Vi las fotos!

Él la miró sorprendido.

—¿Qué fotos?

—Unas que hizo alguien que trabajaba para mi padre. Te las tomaron en una habitación, en China o por ahí, a saber. Estabas en plena orgía con dos mujeres orientales.

Víctor se quedó paralizado. Tardó mucho en hablar, o esa impresión le dio.

—Era Tailandia. Y habíamos llegado allí, tras un viaje espantoso —dijo, con voz neutra—. Me drogaron, me desnudaron y bañaron, y me tumbaron en una cama, para hacerme fotos. Ahora entiendo por qué. Menudos cabrones. —Hizo una mueca, como si estuviera tragando algo

amargo—. Te aseguro que, a esas alturas, yo no estaba físicamente en condiciones de follar con nadie. No tenía ni fuerzas ni ganas. —Se frotó la frente, con un gesto pensativo—. Las mujeres eran un par de prostitutas. A veces me pregunto qué habrá sido de ellas.

—Pues supongo que...

—No. No supongas nada. No te imaginas cómo es la vida en ese país. Todo se compra y se vende, lo único que vale algo es el dinero. Aquellas chicas pertenecían a alguien, eran tan incapaces de elegir como yo. Con las drogas, no era capaz de hacer nada, pero de haber estado normal, ya te digo yo que ni siquiera las hubiera besado voluntariamente. Jamás me aprovecharía así de la desdicha de nadie.

Kira asintió.

—Lo sé.

—En un momento de descuido, intenté escapar, pero resulta bastante difícil huir cuando no puedes enfocar la vista y sientes que las piernas son de goma. Ni siquiera era capaz de caminar recto por un pasillo, me arrastraba como podía, apoyado contra las paredes. Y, te lo aseguro, en Tailandia a nadie le importa si unos matones de su propia policía vuelven a atrapar a un turista drogado y desnudo que pide ayuda gritando que le han secuestrado

—Oh, Dios...

—No. Dios no estaba allí. Ni el nuestro ni ninguno de los suyos. Lo sé bien, porque pasé un par de semanas en una de sus peores cárceles. —La miró con fijeza—. No volveré a hablar de esto, nunca. —Esperó hasta que Kira asintió, y suspiró, relajándose parcialmente—. Esas fotos fueron un montaje. Pero lo que cuenta, es que pensaste que yo había sido capaz de hacerte algo así: traicionarte e irme a vivir una vida de juerga por ahí. —Ella parpadeó, avergonzada—. Ya ves, amor mío. Yo también podría ponerme hecho una furia, y no lo hago.

Kira apretó los labios. Eso era cierto ¿cómo había podido creerlo, ni por un solo segundo? Y, menos, viniendo del canalla de Carter. Aquel hombre... No, aquel *demonio*, era una auténtica abominación y ella llevaba su herencia maldita en la sangre. Se sentía sucia. Hubiese querido cortarse las venas y dejarla salir, toda, en un río oscuro y maloliente.

Por eso no conseguía una vida normal, esa casita en el campo, esa familia soñada: ese compañero, esos niños, ese perro... Todo lo que intentaba, todo, quedaba siempre contaminado.

Dolía demasiado, llevaba mucho tiempo doliendo demasiado. Se llevó las manos a la cara y estalló en lágrimas.

—Kira... —dijo él. La miró con preocupación y pena, mientras empezaba a rodear la mesa para acercarse.

—¡No! —exclamó, retrocediendo—. ¡No, por favor! No. —Su voz sonó estrangulada por las lágrimas. Luchó como pudo por recuperarse—. Ahora no puedo. Perdóname, Víctor, pero ahora mismo, no puedo...

Ya no tenía ni hambre. Echó a correr, en una huída al dormitorio.

—Kira... —le oyó repetir, ya en la escalera. No le hizo caso y, por suerte, él no la siguió. Debió comprender que necesitaba estar sola.

Lloró, acabó de arreglarse el pelo y siguió llorando. Se lamentó de no haberse puesto al menos una copa de vino, o dos, o la botella entera, lo suficiente como para emborracharse por completo y así poder dejar de pensar.

Y, finalmente, se quedó dormida.

CAPÍTULO 13

Kira despertó muy temprano.

Durante un segundo, miró a su alrededor, desorientada en una penumbra gris, sin reconocer el lugar. Ese biombo, ese tocador, ese bonito techo alto con vigas de madera... ¡Qué sitio tan precioso! Se notaba que lo habían decorado con cariño, habían cuidado hasta el último detalle. Ella estaba acostada en una cama tremendamente cómoda, enroscada en un edredón que olía a flores.

¿Dónde se encontraba? ¡Ah, claro, la casita de campo a la que la había llevado Víctor! La de la supuesta hermana de la supuesta *amiga*...

Entonces recordó las cosas que le había revelado él por la noche, aquel horror que había vivido durante su secuestro, y volvió a sentirse fatal. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? No debió dejarse engañar, conociéndole tan bien como le conocía. Víctor siempre había sido un caballero atrapado en un mundo de ladrones. Pero bueno, tenían una nueva oportunidad. Ojalá pudieran aprovecharla.

Echó un nuevo vistazo al dormitorio. Podía distinguir los detalles cada vez mejor porque, tras la cabecera de su cama, la luz del sol empezaba a entrar por la cristalera de rosetón. Kira se giró y se incorporó hasta quedar de rodillas para asomarse, apoyada en la cabecera.

Desde allí el paisaje era, sencillamente soberbio. Había una casita a lo lejos, y un camino de tierra que cruzaba de lado a lado, marcado por las huellas profundas de algún tractor o vehículo similar. Por lo demás, casi todo lo llenaba un campo muy verde cuajado de margaritas. A la derecha había bosque, y también a la izquierda, por el que pasaba un riachuelo que formaba una pequeña laguna.

Al fondo, contra el horizonte, se recortaba una montaña, no

demasiado alta, pero sí esbelta y bonita, de un verde profundo pintado con zonas ocres y grises.

Abrió uno de los pétalos del rosetón. Al momento, la brisa de la mañana agitó su pelo, un soplo suave y fresco, de hecho bastante frío, que la llenó de energías. Olía maravillosamente a tierra húmeda, a hierba cubierta de rocío; a mundo limpio, a día por estrenar.

A nuevas oportunidades.

Se sintió conmovida, abrumada por la sensación de que, por fin, todo parecía posible, de que la vida era un regalo maravilloso gracias a momentos como ese.

Desde allí no se veía el pueblo, quizá estaba al otro lado de la casa, o detrás de la montaña. Víctor había dicho que, la única vez en que estuvo en ese lugar, para instalar el sistema de seguridad, no llegó a ir. ¿Eso quería decir que se había pasado el tiempo dentro de la casa? ¿Con su amiga, esa con la que no tenía un compromiso serio, pero sí algo... *indefinido* flotando en el ambiente? De ser así, seguro que no se había limitado todo el tiempo a poner cables y teclados con contraseñas.

Se preguntó si se habrían acostado en esa misma cama...

Semejante pensamiento resultó muy poco afortunado. Todo el bienestar que había sentido al despertar, se desvaneció por completo.

—Te lo mereces, boba —se recriminó, enojada consigo misma—. Por darle vueltas a ciertas cosas.

No podía imaginar que Víctor prefiriese a otra, no ahora que la vida les estaba dando una nueva oportunidad. Pero, en todo caso, hasta estar segura del alcance que tenía la relación de Víctor con esa mujer, mejor mantenerse cauta.

Se levantó, se dio una ducha rápida y se vistió con unos vaqueros y un jersey largo, que le llegaba casi hasta medio muslo. Luego, se calzó unos

botines vaqueros de tacón medio, lo más bajo que tenía, dejando al margen las deportivas. Tenía intención de dar un paseo por aquel campo precioso en cuanto le fuera posible, y no era cuestión de mezclar las marcas del tractor con las de unos tacones de aguja, pero tampoco de llenar de barro las zapatillas.

Pensaba salir sin más, pero terminó maquillándose un poco, justo algo de colorete y la raya negra de los ojos, sin la que ya no sabía vivir. El resultado la dejó bastante satisfecha. Agitó la cabeza, coqueta, haciendo bailar a un lado y a otro la melenita pelirroja de aire francés. Le había quedado muy bien. Estaba deseando que Víctor la viera.

—No es verdad —le dijo a su imagen en el espejo. ¿Acaso no se había advertido pocos minutos antes que mejor ser cauta en aquel tema?—. Te da igual lo que opine ese tonto.

El reflejo la miró con expresión condescendiente. Sabía que estaba mintiendo.

Ya en la escalera, percibió el olor intenso del café. Víctor siempre había sido muy madrugador, y estaba preparando el desayuno. Sobre la mesa de la cocina encontró tostadas, mantequilla, mermelada de dos sabores y zumo de naranja, además de un cuenco con frutas.

—Buenos días —le dijo él, al verla entrar, apagando el fuego.

—Hola —musitó Kira. Víctor sonrió, quizá más con los ojos que con los labios, pero lo hizo—. Iba a salir a dar un paseo.

—Eh... Sería mejor que te quedaras dentro de la casa. No quiero que te vean, cuanto menos arriesguemos, menos peligro habrá de que nos localicen. —Debió captar su decepción, porque puso cara de circunstancias, pero se mantuvo firme—. Es importante, Kira. Será cuestión de un par de días. Pasarán antes de que te des cuenta.

Lo dudaba, pero sabía que tenía razón. Asintió.

—Está bien...

—Estupendo. Siéntate, anda, te pondré un café. Además, estarás hambrienta. Anoche no cenaste.

—Es verdad. —Sí que tenía hambre. Se sentó y empezó a prepararse una tostada con buena cantidad de mantequilla y mermelada.

—Acerca tu taza. —Lo hizo. Víctor le sirvió su café con leche y añadió un terrón y medio de azúcar. Se alegró al comprobar que lo recordaba —. ¿Has dormido bien? ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Gracias.

—Me alegro. Si hay algo de lo que quieras hablar... Bueno, estoy aquí.

Víctor se sentó a su lado, con una taza de café solo. Tenía los ojos húmedos. Parecía tan triste, tan vulnerable, que se sintió enternecida. Kira adelantó una mano y cubrió la suya.

—Solo del futuro. A partir de ahora, solo del futuro, Víctor.

Él asintió, con evidente alivio.

—Es buena idea.

Se miraron y terminaron sonriendo ligeramente. «Es inútil intentar evitarlo», pensó Kira, con una extraña sensación de fatalidad. Lo que sentía por aquel hombre era superior a cualquier cosa.

Víctor bebió un trago de café y rompió el silencio.

—Esta noche, he tenido tiempo de sobra para pensar...

—¿No has dormido?

—No. Quería hacer guardia, por si acaso. Además, tenía que aclarar ideas. Sigo teniendo preguntas sin respuesta.

—¿Como cuál?

—Por ejemplo: ¿por qué aceptaste trabajar con Carter? Todavía no me lo has dicho. Y no me cabe en la cabeza, de verdad. No eres una mujer

ambiciosa, no en el sentido del dinero, porque de ser así hubieras seguido más tiempo con tu padre, enriqueciéndote sin escrúpulos, como él, y sin embargo te fuiste de su lado en cuanto te fue posible. Ambos sabemos cómo es Charles Carter, nunca quisiste participar en sus historias. ¿Por qué ahora y de un modo tan absurdo?

Ella tardó unos momentos en contestar:

—A estas alturas deberías saber que todos tenemos un precio.

—¿En serio? —Inclinó la cabeza a un lado—. Dime que te prometió.

Kira hizo una mueca. A qué negarlo.

—Una caja.

—¿Una caja? —Víctor consideró la idea—. Supongo que una en especial.

—Sí, claro. Una que dejó mi madre para mí. —Se frotó las manos, nerviosa. Siempre que pensaba en esa caja se sentía así, como si sus dedos temblasen como yonquis, por el ansia de su contacto—. Quizá tenga un mensaje dentro, una carta para mí... Puede ser, ¿no crees?

Víctor masticó cuidadosamente su tostada antes de hablar.

—Kira... ¿estás segura de que esa caja existe?

Ella le miró, preguntándose si podría contener las lágrimas.

—Tiene que existir.

Víctor asintió. El resto del desayuno lo hicieron en silencio. Luego, Kira se ocupó de fregar. Mientras, le oyó moverse de un lado a otro. Cuando salió de la cocina, vio que se preparaba para salir.

—¿Vas a algún lado?

—Sí, a hacer unas compras y contactar con... *alguien*, para ver cómo va el asunto.

—Oh. —Qué *alguien* más raro. ¿Quizá su amiga? Pero no era momento de sacar aquel tema—. ¿Y no puedo ir contigo?

—No, no. Ya te he dicho que lo mejor es que te quedes dentro de la casa. Cuantas menos explicaciones tengamos que dar, mejor. Si no fuera absolutamente necesario, yo tampoco saldría, hacerlo es un riesgo. Pero no te preocupes, no tardaré. —Se puso la chaqueta—. Quédate aquí. Todas las ventanas están cerradas y con la alarma puesta. Cierra con llave, echa el pestillo y no salgas.

—Vale. Pero ¿no localizarán tu coche? Es muy poco habitual.

—No voy a llevarlo, no es necesario y prefiero no sacarlo del cobertizo precisamente por eso, llama demasiado la atención.

—Bueno, el pueblo está cerca...

—Pero no iré allí. Voy a otro, al sureste, que está algo más lejos, aunque ni siquiera me quedaré, voy solo porque tiene la estación de autobús más cercana. Prefiero hacer las compras en otro lado.

—Estás en todo.

—Eso intento. No sé lo que me llevará hacer todo lo que quiero, calculo que un par de horas, quizá tres, pero va a depender de muchas cosas. De todos modos, aunque me retrase, estaré aquí para comer, seguro. No te preocupes por preparar nada, porque traeré algo hecho. —Fue hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el picaporte y se volvió a mirarla—. Por cierto, el pelo...

—¿Sí?

—Te ha quedado muy bien.

Kira sonrió. Se pasó los dedos por la melenita.

—Gracias.

Él asintió.

—¿Puedo confiar en que no saldrás de aquí?

Lo cierto era que había considerado la idea de escaparse, dar ese paseo y disfrutar del sol al aire libre. Al fin y al cabo, estaban en medio de la

nada, sería raro que alguien la viese. Pero, cuando la miraba así era incapaz de negarle nada. Terminó asintiendo.

—Seré buena.

Víctor se fue y la casa se quedó silenciosa.

Las primeras horas no tuvo problema para mantenerse ocupada. Recogió la cocina, hizo la habitación, pasó el polvo a toda la casa y luego limpió los suelos. También hizo a fondo los dos baños. En uno de los armarios del de arriba encontró algunos medicamentos básicos, además de un pequeño estuche de primeros auxilios. También había unas pastillas para dormir y algunos tranquilizantes, todo a punto de caducarse. La dueña de la casa debía tener problemas de ansiedad. No dejaba de resultar irónico, en un entorno tan tranquilo, casi idílico.

Mientras hacía todo eso, tuvo la lavadora funcionando con la ropa interior que se había cambiado, además de las toallas que habían usado, el mantel y las servilletas.

Tras pensarlo mucho, decidió que el patio trasero no suponía estar «fuera» de la casa en realidad, así que salió por la puerta de la cocina a colgar allí su colada. Aquel rincón daba al prado que había vislumbrado desde la cama, a la gran montaña verde, ocre y gris de su horizonte, a los bosques y, también, pudo comprobarlo entonces, a una casita algo más pequeña que la suya que quedaba como a cosa de cien metros largos en dirección sureste.

Kira se hizo visera con la mano, para mirar, pero no pudo divisar a nadie. Tenía también un bonito jardín, un huerto bien surtido y un pozo a la sombra de unos almendros.

¡Pero qué bien olía la ropa recién lavada! Aspiró el perfume de una brazada de toallas que se disponía a tender y tuvo un recuerdo repentino, una imagen nítida: vio a su madre colgando la ropa en un balcón de a saber qué sitio, una de tantas casas por las que fueron deambulando durante su infancia.

El sol brillaba en su pelo dorado, en sus ojos azules, en su sonrisa...

¡Parecía tan alta, tan esbelta y hermosa! Una auténtica belleza llegada de la lejana y fría Rusia. Kira siempre la contemplaba con admiración.

Por aquel entonces, ella era muy pequeña, apenas habría cumplido los siete años. Estaba sentada en el suelo, sobre una manta, disfrutando del sol mientras jugaba con puñado de pinzas. Tenía una de color rosa, era su preferida: siempre interpretaba a la princesa. Ponía dos cruzadas para hacer un caballero que llegaba cabalgando para salvarla de los indios. Se echó a reír, al recordarlo. Ciertamente, siempre mezclaba princesas medievales con indios americanos. Le gustaban las películas de princesas de otros tiempos tanto como las del oeste.

«No puedo, tengo miedo. Nos encontraría»

No estaba segura de si había oído esas palabras en concreto, pero el mensaje era ese. Las había dicho mamá, que ya no estaba en el balcón. Al oír el timbre, la había dejado allí jugando y había entrado en casa para abrir la puerta. Estaba hablando con alguien, y Kira tuvo una impresión rara.

Quizá, a veces lo pensaba, fue un destello de la *visión* mágica que nunca tuvo Nastacha Sapkowski.

Sintió que pasaba algo. Algo importante.

La niña que fue dejó la pinza rosa sobre la manta, se puso en pie y se asomó a mirar qué ocurría en la sala de estar. Su madre hablaba con Yuri Gólubev.

Aunque era guapo como un príncipe de cuento, a Kira no le caía bien el tío Yuri, porque siempre se mostraba adusto y seco con ella, pero con mamá era muy amable. Justo cuando les vio, la tenía abrazada y ella lloraba bajito, la cabeza apoyada contra su pecho, como si necesitase consuelo. El tío Yuri le dijo algo al oído y luego la besó en los labios. No le gustó que lo hiciera, ni el modo en que lo hizo, tan sentimental, tan... definitivo.

No sabía por qué, pero de pronto tuvo claro que había ciertos límites en el mundo, y que, de algún modo, había sido testigo de cómo se cruzaban.

«¡Es mi mamá!», le gritó a aquel hombre horrible, enojada. Ahora, curiosamente, contemplaba la escena desde fuera, desde la posición de su madre y Gólubev. Se veía a sí misma de pie en el umbral del balcón, los puños apretados; una silueta menuda, recortada en sombras contra la luz del sol. Un retaco de apenas siete años convertida en una pequeña furia. «¡Se lo voy a decir a mi papá!»

«No lo hagas», le pidió su madre, más tarde. «No lo menciones, cariño, ¿vale? No digas nada. Tiene que ser nuestro secreto».

Pero no le hizo caso.

Ella adoraba a su padre. Por aquel entonces, Carter se mostraba muy cariñoso, sobre todo cuando estaba contento con mamá y las acompañaba a pasear por el parque y les compraba un helado. A ella, a mamá, la quería mucho. Cuando la miraba, sus ojos hasta parecían vivos. Y cuando venía a casa, siempre traía alguna golosina escondida en sus bolsillos y Kira reía mientras intentaba encontrarla...

¿Dónde se había ido todo aquello? ¿Cuándo empezó a odiarla de ese modo tan terrible?

«No lo hagas»

«Tiene que ser nuestro secreto»

«Papá, papá, ¿sabes? Tío Yuri estaba besando a mamá»

«¡No lo hagas!»

La voz de su madre dolía, era como el corte profundo de un cuchillo, una puñalada directa en el corazón. Sí, claro que había sido entonces cuando cambió todo, justo entonces, con aquellas palabras pronunciadas por una niña demasiado pequeña como para poder calcular sus consecuencias.

A saber qué hubiese pasado de no enterarse Carter del asunto que

había entre Gólubev y su esposa. Seguramente hubieran seguido igual, saliendo adelante día a día. Pero, en todo caso, ¿por qué culparla a ella, a Kira, por contárselo? Desde entonces, Carter la había detestado, y era algo que no tenía ningún sentido. Quizá la odiaba porque le obligó a afrontar la verdad, ese cataclismo que sufrió su familia.

Lo que, posiblemente, le indujo a matar a Svetlana.

Sí, eso debía ser. Carter la culpaba por ser el detonante de toda aquella catástrofe. Y ella también se odiaba, exactamente por lo mismo.

Kira se sentó en el suelo, abrazada a las toallas húmedas, y estuvo llorando hasta que se sintió tan agotada que llegó a creer que ya no sería capaz de producir una sola lágrima más, en toda su vida. Sabía que no era cierto. Ya lo había pensado muchas veces, y allí estaba, lamentándose otra vez y sintiendo mucha lástima de sí misma. Cómo odiaba eso.

Algo recuperada, se puso en pie y volvió al trabajo. Mientras extendía su ropa, el mantel, las servilletas y las toallas, y las sujetaba con pinzas, estuvo echando vistazos furtivos alrededor. A pesar de su bravuconería, tenía mala conciencia por estar transgrediendo las órdenes de Víctor, y temía toparse con alguien vigilando o, peor aún, caer abatida por el disparo repentino de un francotirador, que para películas de acción estaba ella, precisamente.

Ya podía imaginar la cara de Víctor, si volvía con una cazuela de albóndigas para comer y la encontraba allí tirada bocarriba, con brazos y piernas extendidos en forma de equis y un agujero de bala entre ceja y ceja, los ojos muy abiertos y expresión de absoluta estulticia.

—Pero mira que eras tonta, Kira —diría, agitando la cabeza con cara de circunstancias, antes de ir a ese garaje reluciente en el que todo estaba más ordenado que en su dichoso armario de la ropa, a buscar algo para enterrarla. No le costaría encontrarlo, en la P de “Pala”.

Por suerte, no ocurrió nada, ni entonces ni en la hora larga que pasó después caminando por los alrededores, porque, puestos ya a trasgredir normas, qué más daba seguir unos cuantos pasos más allá. Abrigada con un chaquetón y su gorro de lana negro, se acercó hasta la laguna y comprobó que era bastante profunda. Sintió la tentación de meterse, pero ella era chica de ciudad y a saber qué clase de bichos vivían allí, hambrientos o no. No tenía la más mínima intención de molestarles.

Ese paseo le dio la oportunidad de ver en la distancia la casita en la que se alojaba por azares del destino, y debía reconocer que también era preciosa por fuera. Sus paredes de piedra gris estaban cubiertas de hiedra en algunas zonas, y tenía el tejado a dos aguas cubierto de tejas nuevas, de un rojo reluciente. La parte delantera daba a una entrada con porche cubierto, adornado con grandes plantas que seguro que recibían más cuidados que muchos humanos en el tercer mundo, y tenía una pequeña piscina en su parte trasera, en esos momentos cubierta por una lona, para mantenerla limpia.

Hubiera sido el sitio perfecto en el que vivir, o al que ir a pasar unos días con alguien especial. Justo lo que pretendían estar haciendo ellos dos. Según la historia de Víctor eran un matrimonio que buscaba un tiempo de reflexión, llamados Edward y Rose. No le había dado más detalles, pero a Kira le gustaba pensar bien sus interpretaciones. *Vestir* las tramas, lo llamaba. Quizá Edward y Rose estaban pensando en divorciarse. ¡Sí, eso era lo más probable! No tenían hijos, porque sus vidas profesionales se lo comían todo y...

Kira miró su reloj. Hablando de eso, la hora de la comida había llegado y de hecho había pasado de largo, y Víctor seguía sin regresar. ¿Dónde estaban sus albóndigas? O lo que fuera que pudiese encontrar por ahí, en las tascas del campo.

Kira empezó a preocuparse. Como no tenía teléfono, no podía intentar

localizar a nadie ni hacer nada, aunque tampoco se le ocurría a quien poder llamar, salvo a él, con lo que tampoco iba a arreglar nada. Bueno, a Howard, claro.

Howard...

«Oh, por Dios». No quería pensar en él, porque solo conseguiría volverse loca, pero le resultaba cada vez más difícil. A saber qué le estaban haciendo. Se tumbó frente a la televisión. Echaban un concurso que llevaba mil años en antena, y trató de interesarse en él, para apartar a Howard de su mente.

A las cinco de la tarde, desesperada, se abrió unas latas que encontró en la cocina y trató de seguir viendo la tele, pero su mente no dejaba de volar, imaginando cosas terribles. Víctor había dicho que iba a coger un autobús hacia algún lado. ¿Habría muchos precipicios por los alrededores? Porque quizá el autobús en cuestión se había caído por un agujero sin fondo, hasta salir despedido por el otro lado del planeta, por China, para terminar girando en el espacio con cara de susto...

El timbre de la puerta casi le produjo un ataque cardíaco.

CAPÍTULO 14

Kira apagó la tele y se quedó rígida en el sofá. ¿Quién sería? No estaba segura de lo que Víctor querría que hiciese en ese caso, que ella recordase no había dejado instrucciones específicas para algo así. Lo mejor era contener la respiración y quedarse muy quieta, a ver si el recién llegado, fuera quien fuese, decidía que no había nadie en esa casa y se marchaba a tomar por saco a cualquier otro punto del planeta.

A China, a saludar con la manita a los pasajeros de un autobús que acababa de surgir de un agujero del suelo, por ejemplo...

Otro timbrazo. Pues no, quien quiera que fuera no pensaba irse. Con cuidado de no hacer ningún ruido, fue a la cocina y se asomó con cuidado a una de las ventanas, la que daba al porche.

En la puerta, pudo ver una anciana menuda, de pelo gris y moño de rodete. Llevaba una cazuela entre las manos.

Una vecina, así que supuso que viviría en la casa de los almendros. Quedaba por ver si era de verdad de las bienintencionadas, como daba a entender la cazuela, o si era de las metomentodo, que también podían acudir con la excusa de un guiso. En principio, podía descartar que se tratase de una asesina peligrosa, a menos que fuese una cocinera pésima buscando víctimas para probar una nueva receta.

«Mira que eres tonta», se dijo. Siempre con bromas absurdas, en momentos tan tensos. Pero ¿qué podía hacer? Al menos el humor la ayudaba a superar el miedo...

Otro timbrazo. La mujer miró a los lados. Las arrugas de su rostro habían adoptado una expresión perpleja. Kira se apartó justo a tiempo de la ventana, o al menos eso esperaba.

El tiempo fue pasando lentamente. Cuando se volvió a animar a mirar,

la anciana se había ido.

—Oh, por Dios —susurró, llevándose una mano al pecho, al punto en el que el corazón no dejaba de dar brincos—. Voy a matarte, Víctor Derry.

Se sentó otra vez en el sofá y trató de ver la tele, sin demasiado éxito. No podía dejar de darle vueltas a las cosas y se sentía bloqueada por el miedo, cada vez más a medida que pasaban las horas. ¿Qué iba a hacer, si Víctor no regresaba? El problema en el que estaba metida, no era lo que más le preocupaba en esos momentos, si no cómo se encontraría él. ¿Cómo podría volver a vivir sin tenerle a su lado, después de ese reencuentro? Iba a ser mucho más duro acostumbrarse a su ausencia.

Eran más de las ocho cuando oyó ruido en la puerta. Miró hacia allí justo a tiempo de ver que empezaba abrirse y giraba sobre sí misma. ¿Y si no era él?, se preguntó en el último momento. Kira se fue encogiendo sobre sí misma en el sofá, como si eso hubiese podido servir de algo en caso de estar entrando un asesino, hasta que pudo ver a Víctor, cargado con un buen montón de bolsas.

Casi se desmayó del alivio, una sensación maravillosa que no tardó en convertirse en pura ira. De pronto, estaba indignada, totalmente furiosa.

—¿Dónde coño estabas? —Sin esperar respuesta, le lanzó un almohadón. Como tenía bolsas por todos lados, él no pudo esquivarlo, aunque golpeó inofensivamente en uno de sus hombros y rebotó a un lado, sin más—. ¡Eres un cerdo, un canalla, Víctor! Me dijiste que vendrías sin falta para comer y mira qué horas son. ¡Mira! —insistió, señalando el reloj—. He pasado un miedo horroroso.

—Sí, lo siento. Ahora te explico. —Se movió, para recibir un nuevo almohadón—. Vamos, tranquilízate. Y ayúdame con esto, joder. Hay que llevarlo a la cocina.

—Eres... eres... —Pero obedeció. Mira que era blanda, siempre se le

pasaban los enfados de forma fulgurante. Miró lo que había traído. La mayor parte de las bolsas eran de supermercado, aunque también había otras diferentes, de tiendas de ropa—. ¿Qué es todo esto?

—Comida. Ropa para ti. Y algunas cosillas más que necesitamos. — Pusieron todo en el mostrador de la cocina y la miró—. Siento el retraso, de verdad. Lo de los autobuses resultó ser un auténtico infierno, por no hablar de que he tenido varios problemas añadidos y, además, se me ocurrió que podría aprovechar para tantear algunas posibilidades.

—¿Y no podías decírmelo?

—No tenías teléfono.

—¡Esa no es excusa!

—¿No? Vaya. Yo pensaba que sí. Si te sirve de consuelo, estoy hecho polvo, por completo. Te recuerdo que anoche no dormí y hoy ni siquiera he comido. No he parado en todo el día, de un lado a otro.

—Bueno, vale. —Se conformó, qué remedio. Además, ya había pasado todo, lo mejor era olvidar cuanto antes aquellas horas de angustia. Empezó a guardar las cosas en los armarios—. Te prepararé algo de comer.

—¿En serio? —Lo dijo tan sorprendido que Kira se sintió herida en su amor propio—. ¿Has aprendido a cocinar?

—Han pasado ocho años, compañero. He quemado muchas cazuelas desde entonces. Ahora, una de cada tres ensaladas, hasta me sale bien.

Él se echó a reír.

—Perdona, no quería desconfiar. Y, estupendo, hazme algo si puedes, porque no me tengo en pie. De verdad que te lo agradezco.

Sacó una caja de una de las bolsas, con el logo de una compañía de comunicaciones. Era un móvil. Empezó a revisarlo mientras Kira echaba mano de los ingredientes con los que contaba. Decidió albardar unas pechugas de pollo rellenas de queso. Mientras las iba friendo, preparó una

buena ensalada de lechuga y cebolleta.

Estaba en ello cuando se mordió los labios, nerviosa.

—¿Te has enterado de cómo está Howard? —No, estaba claro que no había conseguido sacarlo de su cabeza, era algo que estaba ahí, como un pitido molesto. Pobre Howard. Era tonto, pero no se merecía ser torturado por una banda mafiosa. En otros tiempos, cuando estaba empeñado en seguir su relación, quizá, pero ya no.

Víctor tardó unos segundos en contestar.

—¿Te importa mucho ese hombre?

—No... —¿Estaba celoso? Eso parecía. Qué bien—. Bueno, sí, a ver. Me importa la vida de cualquiera, y con él tuve una relación algo turbulenta hace unos años. Hasta hablamos de matrimonio.

La miró sorprendido.

—Ah. ¿Era él?

—Sí. ¿Lo sabías?

—De alguna manera... Oí algún comentario, acerca de que te habías formalizado, tenías novio y te ibas a casar. De hecho, a estas alturas te imaginaba con un hogar formado. Con marido, niños, mascotas, casita con valla blanca y todo eso que tanto querías.

—No, qué va. —Su imagen ideal: ella con Víctor, una pareja de niños y un perro. Y un gato. También un gato—. Y menos con Howard.

Él asintió, con la cabeza baja, los ojos fijos en las instrucciones del móvil. Kira le observó en silencio. Se sentía tan feliz... Recordó aquel pensamiento sobre su coartada, el matrimonio que eran... ¡Quizá todavía pudieran evitar el divorcio! Rio entre dientes.

Víctor la miró con curiosidad.

—¿De qué te ríes?

—Hoy he estado pensando en lo de que vamos a decir, sobre lo de

que somos matrimonio. Estaba creándoles una identidad y...

—Esto no es uno de los timos de tu padre, Kira. No nos compliquemos la vida. No creo que veamos a nadie pero, en caso de ser necesario, dirás que eres mi esposa, Rose. Yo seré Edward Mans. Tú eres ama de casa y yo contable.

Kira bufó.

—Dios mío, qué alarde de originalidad. ¿No puedo llamarme Gigí Noelle? ¿Y ser trapequista?

Él se echó a reír.

—No. Menudo nombre de pija.

—Vale, es verdad. Pero estaba pensando que podíamos estar aquí por problemas conyugales, culpa tuya, por supuesto. Íbamos a divorciarnos, porque eres un ser horrible, pero me has convencido para que te dé una oportunidad.

—¿Y he conseguido convencerte? ¿Pese a lo horrible que soy? ¿En serio?

—Tengo buen corazón. —Mientras hablaba, cortó el pan y abrió el vino—. Vale, vale, me llamaré Rose, tampoco está tan mal. Pero no soy ama de casa, me niego a semejante alarde machista. Soy... —Se tocó la melenita—. Soy peluquera. Y considero que soy buena, muy buena. Tanto, que quiero ir a estudiar a París, pero a ti no te parece bien. Lo que quieres es que me centre de una vez en tener hijos.

Víctor asintió.

—Di Londres, antes que París. Será más creíble.

—Bah, qué poco mundo tienen algunos. Bueno, pues Londres. —Abrió el tetrabrik de gazpacho y se lo sirvió en un gran tazón—. Esa parte la tengo hilvanada, nada más.

—Pues dale unas cuantas puntadas y me informas, no vayamos a

contar cada cual una cosa distinta. —Puso el móvil en el cajón de la cocina —. Dejo el teléfono aquí para urgencias. Más que nada, es para que podamos avisarnos si surge algún problema, como ha ocurrido hoy. Pero, por favor, tú no lo uses para nada.

—Vale.

Puso la mesa en el salón, llenó las copas y Víctor se ocupó de avivar el fuego de la chimenea. Mientras él se tomaba el gazpacho, sacó la última pechuga de pollo y apagó la cocina de vitrocerámica. Llevó la bandeja al salón y le sirvió tres, y colocó la ensaladera en el centro de la mesa. Víctor la miró sorprendido.

—Huele estupendamente.

—Ya lo sé. Aunque, la verdad, no tiene mayor mérito. Es algo rápido. Otro día te haré un *Pollo a la Kira*, con champiñones, nata y soja, con el que te vas a chupar los dedos.

—¿En serio? Lo estoy deseando.

Kira se sirvió dos pechugas y se sentó a su lado.

—Hoy ha venido una mujer, una anciana.

—¿En serio? —Víctor se sobresaltó, deteniendo el tenedor con un nuevo trozo de pollo.

—Ya lo creo. Casi me da un ataque —replicó, mientras empezaba a revolver la ensalada—. Creo que era la vecina de la casa de los almendros, porque venía con una cazuela. Quizá quería darnos la bienvenida.

—Ah. ¿Qué hiciste?

—Nada. No me habías dicho qué hacer, así que improvisé y decidí no abrir. Hice como si no hubiera nadie en casa.

—Perfecto.

—Pero ha sido un día terrible. No me gusta nada sentirme presa. — Bueno, había dado un paseo, pero cortito. No tenía por qué enterarse nunca

—. ¿Se puede saber hasta cuándo estaremos aquí?

—Hasta que me digan que ha pasado todo.

—¿Y cómo puede pasar algo así, algo como esto?

Por la cara que puso, él tampoco lo tenía demasiado claro, aunque se recuperó rápido.

—Ya veremos. Gólubev ha metido la pata, pero bien, y le han dado tres días para resolverlo. Sabe que se juega mucho y está desesperado. No quiero que te tenga al alcance durante ese tiempo, por si acaso.

—Entiendo. Pero, ¿qué le pasará cuando terminen esos tres días?

Víctor apretó los labios.

—Estoy muy cansado, Kira. —Podía ser una treta, para no contestar, pero seguro que también era cierto. Tenía los ojos enrojecidos y expresión agotada—. No sé si es el vino, la comida o qué, pero, *buf*, ahora mismo es que casi ni me tengo en pie. Mucho menos puedo mantener una conversación así de seria y complicada.

—Bien. No te preocupes. —Le dejó cenar en paz. Cuando terminó, dijo que no quería café. Viendo su cara, era de imaginar, aunque ni eso hubiese podido mantenerle despierto—. Sube y acuéstate, anda.

—Solo de pensarlo, me derrito. —Se frotó la nuca—. Pero quedamos en que tú dormirías arriba. Yo...

—Pero es que yo todavía no tengo sueño, y la tele está abajo. Si no te importa, sube tú. Me gustaría ver una peli.

Víctor asintió, convencido por el argumento.

—Está bien... La alarma está puesta y no debería haber problemas, pero prefiero montar guardia, nunca se sabe. Si eso, despiértame en un par de horas, cuando te vayas tú a dormir, y yo vigilo.

—Claro —mintió. «Que te lo crees tú». No pensaba llamarle ni en una semana, de poder evitarlo. Pero sonrió de oreja a oreja—. Descansa.

Víctor alzó una mano por toda despedida. Kira le vio subir la escalera con aire agotado. Al cabo de unos minutos, le llegó un rumor apagado de ronquidos.

Ella terminó de cenar, recogió la cocina y luego se tumbó en el sofá, frente al televisor, dispuesta a hacer guardia hasta el amanecer. Había dicho lo de la película como excusa para obligarle a subir a descansar en condiciones, pero sí que encendió la televisión, y hasta estuvo zapeando durante cosa de un par de horas sin encontrar nada de su gusto, como solía pasarle. Ese día, había visto más programación televisiva que en todo el último año.

Más aburrida que una seta, miró el techo durante largo rato, pensando en todo lo ocurrido desde el día en que Howard se presentó en su casa con Sunday. No, mucho antes. En eso y en lo que hubiese podido ocurrir, si aquella noche Víctor Derry no hubiese salido por aquella puerta.

¿Cómo era el hombre en que se había convertido? Parecía igual, pero lo cierto era que penas le conocía. Llevada por un impulso, Kira se puso en pie, cogió la chaqueta de Víctor, que estaba en el colgador de la entrada, y empezó a revisarla. Eureka, allí estaba su cartera. La abrió, para ver su contenido. Papeles sin mayor importancia, la documentación, con un DNI a nombre de Edward Mans...

En uno de los laterales encontró una fotografía. En ella, aparecían Víctor y una chica pelirroja muy guapa, con una graciosa cara de duende, sonriendo felices a la cámara en algún lugar nevado.

La odió a muerte.

Su cara le resultaba conocida. Tardó menos de un segundo en darse cuenta de quién era: una de las chicas de la fotografía del salón. Fue hacia allí y las comparó. Sí, era ella, seguro. Entre foto y foto podía haber pasado algunos años, pero no demasiados. Así que aquella era la amiga y, la otra, la

hermana. Qué bien. Encantada de conocerlas, por fin.

En todo caso, de pronto había muchas preguntas que plantearse. ¿Víctor tenía novia? ¿Estaba casado? ¿Divorciado quizá? ¿Le habrían roto el corazón muchas veces en aquellos ocho años? Detalles que no se le habían ocurrido antes, ni se le había pasado por la cabeza semejante posibilidad, por la sencilla razón de que Víctor Derry era suyo y solo suyo.

Pero allí estaba aquella pelirroja, con pinta de haber logrado echarle el guante y sentirse muy feliz por ello.

Ja. Pues se equivocaba. Se equivocaban ella, él y todo el puñetero mundo, ese que intentaba siempre girar a la contra de sus deseos y necesidades. Esta vez, las cosas iban a salir como debían salir, como ella quería que salieran. Como hubiesen debido salir hacía ya mucho tiempo. No permitiría que la rechazara.

Subió al dormitorio, con toda la intención de despertarle para seducirle de inmediato y sin posibilidad de escapatoria, pero le vio tan dormido que se apiadó. La pistola estaba sobre la mesilla de noche. Maldito fuera Carter, en qué líos los metía siempre...

Pensó en volver a bajar, pero en el último momento se desnudó por completo y se acostó a su lado. Cuando se despertase, Víctor Derry tendría un mensaje claro esperándole, y ella estaría lista.

Tenía toda la intención de permanecer despierta, montando guardia tal como había prometido, pero apenas disfrutó de unos breves minutos de su calor, su olor y cercanía, hasta quedar atrapada en un sueño profundo.

CAPÍTULO 15

Kira pasó de estar profundamente dormida, envuelta en una oscuridad dulce y confortable, a sentirse completamente despierta en un único segundo. La habitación se encontraba en penumbra, lo que la llevó a pensar que todavía era de noche, quizá de madrugada.

Víctor había encendido la lámpara de la mesilla y la estaba mirando muy serio, casi enfadado, apoyado en el ángulo que formaba con el brazo izquierdo sobre la almohada.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le preguntó, con voz ronca—. Creí haberte dicho que quería montar guardia, joder. ¿Por qué no me despertaste?

—Lo siento. La verdad, pensaba seguir yo despierta un rato, pero me dormí. —Se estiró, perezosa, contoneándose cuanto pudo—. Supongo que estaba más cansada de lo que creía.

Él la miró pensativo, entornando los ojos.

—Eso parece.

Kira sonrió.

—No te enfurruñes, hombre, que no nos ha atacado nadie. Además, no pareces muy molesto por haberte encontrado una chica desnuda en tu cama. Porque estoy totalmente desnuda, ¿sabes?

—¿En serio? —Víctor adelantó la mano derecha y la deslizó bajo las sábanas hasta apoyarla sobre el vientre liso de Kira. Ella casi dio un brinco. De pronto, sintió que el calor subía, que su piel se volvía mucho más sensible. El roce de aquella mano se convirtió en el centro de todo su mundo, y el hecho de que se hubiese detenido allí, que no se moviese, empezó a volverla loca—. No sé si debería comprobarlo.

—Por favor, hazlo... —susurró ella. Víctor sonrió. Su mano ascendió,

se movió lentamente hasta cubrir por completo su pecho izquierdo. Aquellos dedos mágicos lo acariciaron con cuidado y jugaron con su pezón hasta que estuvo tan sensible que hubiese querido gritar.

—Debería comprobar que sigue todo igual que hace ocho años. —La mano pasó hacia el otro pecho para hacer lo mismo. Kira volvió a estirarse, sin atreverse apenas a respirar, alzando los brazos para dejarle más libertad de maniobra. Por Dios, que hablase. Por Dios, que dijese algo más. Aquel tono tranquilo, aquel control, resultaba devastador—. ¿No crees?

—Víctor... Por favor...

—Lo tomaré como un sí. —Apartó la sábana, destapándola casi por completo, y la miró lentamente de arriba abajo, como si quisiera revisar de verdad cada centímetro de piel. Luego sus ojos se clavaron en sus senos y siguió jugando con sus pezones, pensativo—. La verdad, Kira, en la situación en la que nos encontramos, no sé si será buena idea. Pero no me importa. No me importa una mierda, en serio. —La mano bajó, marcando a fuego su piel hasta cubrir su pubis—. Porque esto es mío, ¿entiendes? Mío. Siempre lo ha sido.

—Sí. Sí. —Los dedos se deslizaron por aquella zona tan sensible, para tantearla con familiaridad. Luego, tomaron con delicadeza su clítoris y empezaron a masajearlo suavemente, sin prisas. Kira abrió más las piernas, para facilitarle el movimiento, y hasta arqueó hacia él las caderas—. Por favor...

El beso la tomó por sorpresa, aunque hubiese debido esperarlo. La boca de Víctor cubrió la suya con una urgencia que no sabía de concesiones. Kira dejó que su lengua la invadiera, que impusiese su ritmo. Aquellos labios bajaron hacia sus pechos y, cuando tomó uno de sus pezones entre los dientes y lo lamió con fuerza, gritó de puro placer.

—Lo he deseado tanto, tanto... —le oyó murmurar.

—Por favor, Víctor... —gimió, al borde del desmayo.

—¿Qué? ¿Qué quieres? Dímelo, vamos. —Acercó el rostro hasta que estuvo tan cerca que lo cubrió todo. El mundo entero era Víctor Derry, y la calcinaba con sus ojos de fuego—. *Pídelo*.

—Hazme el amor...

Él sonrió y volvió a besarla. Cogió una de las almohadas y la colocó bajo las nalgas de Kira, para dejar en alto sus caderas. Luego, se quitó el calzoncillo y se colocó entre sus piernas. Durante un momento, se quedó allí quieto, limitándose a mirarla. Estaba tan hermoso... Soberbio, duro, erguido.

Poco a poco, empezó a entrar en ella. Kira trató de disimular, pero no pudo evitar removerse, algo agobiada por la invasión, y Víctor se dio cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí. Es solo... —Qué demonios, no tenía sentido callarlo—. Hacía tanto tiempo...

—¿Qué? —Se detuvo, asombrado—. ¿Quieres decir que, desde entonces, nunca...?

—No. Claro que no. —Alzó una mano y la apoyó en el centro del pecho de Víctor, allí donde latía el corazón. Lo sintió, resonando con fuerza—. Nunca me interesó nadie lo suficiente.

—¿Y tu novio? ¿Howard?

—No. Lo pensé a veces, pero... No. No pude.

Le vio debatirse entre distintas mareas de pensamientos. Maldito fuera, hasta parecía molesto, como si le acabasen de sacar una muela. Desde luego, no tenía la expresión de un hombre deseoso de hacer el amor. ¿Acaso pensaba dejarlo porque no quería compromisos? Ni hablar. Se había jurado que esa noche, sería la primera de las muchas que iban a pasar juntos.

Rodeó sus caderas con las piernas y le empujó contra sí, le atrajo, intentando aumentar la penetración. Él gimió con suavidad.

—Kira...

—Cállate, tonto —le dijo y se alzó contra él. Le tomó las manos y cubrió con ellas sus pechos—. Si no vas a ayudar, haz el puto favor de callarte.

—¿Ayudar? —Ahogó una risa seca. De pronto, empujó fuerte, clavándose hasta el fondo en ella. Kira gritó. Fue tanto el placer que la envolvió, que casi tuvo un orgasmo solo con eso—. Te confundes. Tengo toda la intención de ser quien imponga el ritmo en este encuentro.

—Ah... Víctor...

Él no replicó, no dijo nada. Solo empezó a mover las caderas, en embestidas largas y profundas que fueron acelerándose más y más, como buscando una liberación que siempre quedaba un poco más lejos. Kira se mordió el labio y notó el sabor de la sangre. Quizá la herida fue evidente, porque Víctor la besó con fuerza y lamió sus labios. La cogió por las caderas para sujetarla bien mientras la fuerza de sus embestidas iba en aumento.

A saber cuánto tiempo estuvieron así, balanceándose al borde de aquel océano de placer puro que esperaba para tragárselos. La sensación, en su vientre, se fue condensando más y más, como formando un punto blanco de puro fuego. Casi se había olvidado de aquella brutal conmoción de los sentidos, aquel frenesí maravilloso. Kira se retorció, temiendo estallar y disolverse como lava.

—¡Víctor!

Él la besó mientras empezaba a subir y subir, en aquella cuesta eterna a la que la arrastraban sus embestidas. Todo se volvió caótico, imposible. Kira sintió que el cuerpo se le daba la vuelta, que se volvía líquido pero que, a la vez, estaba tan tenso que podía quebrarse a la menor presión.

«Más, más», pensó, arrastrada por la vorágine.

Apretó con las piernas, para atraerle más dentro, más profundo, más

rápido. Se agarró a la cabecera de la cama para poder controlar mejor su posición, y cuando creyó que ya lo dominaba todo, el orgasmo estalló en su vientre y se lo arrebató de las manos. Se extendió como un maremoto por todas partes y la lanzó a lo alto, muy alto, como si fuese una muñeca de guiñol con las cuerdas rotas.

Más allá, más tarde, desde el mundo de bruma oscura al que fue arrojada, le oyó gritar a él. Sintió sus manos, aquellas manos tan fuertes y añoradas, cuando la sujetaron con firmeza por las caderas para posicionarla mejor y dar esas últimas embestidas que le separaban de su propia liberación.

Víctor gritó, gritó, siguió gritando mientras se derramaba en ella, y Kira se sintió poderosa, invencible.

—Oh, Dios... —le oyó decir, cuando se dejó caer sobre ella, agotado y sudoroso—. ¿Estás bien?

—Maravillosamente —respondió, justo un segundo antes de quedarse dormida.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya era totalmente de día. Lo primero de lo que fue consciente fue del sonido de los pájaros. Los dos pétalos abatibles del rosetón estaban abiertos y llegaba claramente su trino, y ese olor maravilloso de la vegetación en los inicios de la primavera. Pero lo olvidó en seguida, porque se encontró con el rostro serio de Víctor.

—No hagas ruido —le susurró, llevándose un dedo a los labios. Se levantó, cogió la pistola y se acercó a la barandilla, con cautela. A pesar de los nervios de la situación, del miedo a lo que pudiera estar pasando, Kira se alarmó al ver su espalda. Estaba cubierta por una multitud de líneas que no podía ser otra cosa que feas cicatrices de latigazos.

Sintió que el corazón se le encogía en el pecho. ¡Qué cosa más espantosa! ¿Cómo no se había dado cuenta la noche anterior? Por Dios, qué pregunta. Porque estaba tan encendida que ni era capaz de pensar, solo podía

sentir y recibir, y dejarse arrastrar por las mareas del placer, sin un solo pensamiento coherente. De otro modo, al abrazarse a su espalda, hubiera notado al tacto aquellas líneas abultadas, aquellas marcas terribles.

—Espera aquí —le dijo, y empezó a bajar la escalera. Kira permaneció inmóvil, no por la orden, sino porque no sabía cómo reaccionar. Se dio cuenta de que, hasta ese momento, no había sido de verdad consciente de la realidad de lo que le había contado, todo aquello del secuestro y el viaje a Tailandia, aquel espanto que había vivido. Resultaba tan increíble... Esas marcas eran la primera prueba, la primera evidencia irrefutable de que efectivamente ocurrió.

Qué pecado, hacerle algo así a alguien tan bello, porque, por lo demás, seguía teniendo un cuerpo maravilloso, atlético, alto y fornido. Estaba más recio que en otros tiempos, cuando era un muchacho delgado como un junco, pero había sido un cambio para mejor.

En esos momentos, desnudo y marcado por las cicatrices, parecía un dios de la guerra, dispuesto a la batalla.

Pero no debía haber ninguna cerca, porque volvió más tranquilo y dejó pistola sobre la mesilla.

—Es la vecina de la que me hablaste, creo. —Cogió su ropa del respaldo de la silla donde la había dejado la noche anterior y empezó a ponerse el calzoncillo—. Una mujer mayor.

—Sí —dijo ella, al recordarla—. Por lo que parece, está empeñada en que probemos su guiso. —En ese momento, sonó el timbre de la puerta—. Ahí está. Seguro que es ella.

—En fin. Será mejor que bajemos. —Como estaba tumbada bocabajo, envuelta en las sábanas, le dio un azote juguetón—. Vamos, levanta, comodona.

—¡Ay! ¿No podríamos hacer como que no estamos? —Kira rodó y se

estiró en la cama, apartando el edredón e intentando resultar lo más seductora posible—. Verás, a mí vuelve a apetecerme que me expliques la realidad de la vida y todo eso.

Víctor dudó, seguro, lo leyó claramente en su expresión, y en el modo en que se marcó su erección bajo el calzoncillo. Pero agitó la cabeza y terminó de subirse el pantalón vaquero.

—No me tientes. Me parece que me ha visto mirando por la ventana y no quiero que piense nada raro. —Se embutió el jersey al paso, mientras iba hacia la escalera—. Vamos, te espero abajo. Sé buena y te compensaré la cena de anoche con un desayuno bien rico.

Kira se echó a reír. Estaba claro que no había nada que hacer, de modo que se levantó, pero como no tenía ganas de confraternizar con los vecinos, se metió en la ducha y se tomó su tiempo para prepararse, rememorando la gloriosa noche que acababa de pasar.

¿Se podía ser más feliz? Lo dudaba. Si ya, cuando Víctor y ella estaban compartiendo el coche o la conversación casual en la cocina, Kira se sentía en la gloria, el haberse acostado con él, el haber visto, sentido, cuánto la amaba, suponía el colmo de la maravilla.

Se habían cumplido todos sus sueños. Era una mujer nueva, alguien que había sabido lo que era el amor verdadero, la auténtica felicidad. La mayor parte de los seres humanos jamás podrían decir lo mismo, por muchos años que viviesen.

Al pensar en eso, se acordó de la última cliente de *madame* Sapkowski. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Helen. Con una punzada de pena, rememoró su imagen sencilla y apagada, la viva estampa del desencanto. ¿Habría encontrado ya un hombre que llenase su corazón? ¿O lo lograría en algún momento? Ojalá. No era imposible, como lo había demostrado su propia historia. La vida daba muchas vueltas.

Cuando terminó de prepararse, hasta se había olvidado de la visita de la vecina. A esas alturas, imaginaba que ya se habría ido, pero no. Para su sorpresa, oyó voces mientras bajaba la escalera, las de Víctor y la de una mujer mayor, que reía encantada, como una niña. Venían de la cocina, al igual que el delicioso aroma del café recién hecho que le recordó que ya era hora de desayunar.

—Ah, cariño, ya estás saquí —dijo Víctor, al verla entrar, con una sonrisa un poco acusatoria. Claro, por el retraso—. Deja que te presente, esta es Carol Danvers, nuestra vecina, la dueña de la casita de los almendros.

—¡La más cercana! —aseguró la mujer con un gorjeo. Víctor sonrió cortés.

—Por suerte para nosotros. Ella es Rose, mi esposa.

—Un placer, señora Danvers —dijo Kira.

—Lo mismo digo, niña, pero llámame Carol. —Les miró, con ojos brillantes. A Kira le cayó bien desde el primer momento. Cariñosa y amable, tenía el cabello blanco y el rostro lleno de arrugas que contaban mil historias. Ella no había conocido a ninguna de sus abuelas. Le hubiese encantado que una de ellas hubiese sido así—. ¡Ay, qué pareja más bonita hacéis! ¡Como en tiempos, el bueno de Bernard y yo! —Agitó la cabeza—. Los años pasan tan rápido... No dejéis de aprovechar cada segundo.

Kira carraspeó, un poco incómoda. No sabía cómo integrar el problema doméstico de Rose y Edward tras semejante declaración. Además, tampoco quería dar pie a demasiadas confianzas, teniendo en cuenta que estaban mintiendo y se irían en pocas horas para no volver jamás. Lo mejor era comportarse como una completa idiota. Así, con suerte, la señora Danvers no volvería por allí.

—Gracias —replicó, algo seca. La miró, como si sospechase claramente que estaba allí para robarle el marido o la plata. O quizá ambas

cosas, todavía no lo tenía decidido—. Aunque ya sabe, a veces las apariencias engañan.

Víctor agitó la cabeza y la pobre anciana perdió un poco de entusiasmo. Seguro que, más tarde, cuando algún día cavilase sobre las circunstancias de aquel matrimonio joven que pasó brevemente por allí, decidiría que la culpa de todo había sido de la esposa. ¡Menudo bicho! Una arpía y una estúpida.

No como aquel guapo chico que la convidaba a café con galletas.

—Sí, bueno... En fin, pues ya está todo claro —le dijo Carol a Víctor—. Me preocupé porque ni Marisa ni su hermana, Martha, me dijeron que le fueran a dejar la casa a nadie, y la chica que viene a limpiar solo viene una vez a la semana. Y justo había estado anteayer por la mañana.

—Se nota que está atendida, sí —replicó él.

—Claro... Se tira el día, haciendo una limpieza a fondo y, total, la casa apenas tiene tiempo de coger un poco de polvo. Yo le arreglo las plantas. A veces me dan mucho trabajo, pero lo hago encantada. —Suspiró con tristeza—. Marisa es una buena chica. Es una pena que tuviera que irse tan lejos a trabajar. ¡Nada menos que al Canadá, con el frío que debe hacer allí! Espero que vuelva pronto.

—Seguro que sí.

—Ayer ya me había parecido que había alguien rondando por aquí, pero no debíais estar.

—Fuimos a comprar. Comida y cosas, ya sabe.

—Claro, claro. No te preocupes, muchacho. Siendo vosotros, puedo estar tranquila.

Hizo un nuevo amago, sonriendo a Kira para intentar integrarla en la conversación, pero ella se limitó a devolverle la mirada sin sonreír, seca como un palo. Como para compensarlo, Víctor rio encantador.

—Bueno, no creo que haya muchos delincuentes por estos lugares.

—Es un pueblo muy tranquilo, pero tampoco te creas que todo es paz y que no hay gente por ahí haciendo de las suyas. De vez en cuando se produce algún robo, sobre todo material de labranza o ganado. —Miró el reloj de la pared y se levantó—. ¡Oh, qué tarde se me ha hecho, debo irme! Ahora que no está Bernard, tengo muchísimas tareas. —La siguieron hasta la salida y sonrió desde la puerta. Se mostró turbada al ver que Kira no devolvía el gesto—. Hasta pronto.

—Adiós —dijo ella, con frialdad. Sonó a «Adiós para siempre, vieja bruja, no se te ocurra volver por aquí».

Víctor cerró y la miró. Kira se echó a reír.

—Lo sé. Me he portado de un modo horrible.

—Pues ya que lo mencionas, sí.

—Pobre mujer. Parecía muy amable, pero... este matrimonio tiene problemas. Y tú ya habías adoptado el papel del poli bueno.

Victor se encogió de hombros.

—Ah, se siente. Haber bajado antes.

—Ya. Pero además... La verdad, no me apetecía simular simpatía mientras la engaño —reconoció. Él la miró sorprendido—. Si es necesario, ya volveré algún día para disculparme y explicarle lo ocurrido. Pero no quiero más mentiras, Víctor. Estoy harta de tanto fingir.

—¿En serio? —Sus ojos brillaron—. Me sorprendes. Estás cambiando.

—Supongo que sí. Quiero terminar por completo con esa parte de mi vida. Estaré aquí lo mínimo y luego siempre seré Kira Carter.

—Me alegra saberlo. Pero creo que debo hacerte un registro total primero, para estar seguros de que eres Kira y no cualquier otra.

—No me digas... ¡Ah! —Al ver que se dirigía hacia ella, chilló entre

risas y retrocedió—. ¡No! ¡Que acabo de hacerme las uñas!

—Menuda excusa, cielo. —El intento de fuga duró apenas un minuto. Víctor la arrinconó contra el sofá y la rodeó con sus brazos. La besó, profundo, estrechándola con fuerza contra él—. ¿De verdad pensabas que iba a servirte?

—La verdad, esperaba que no...

Víctor rio y siguió besándola. Le soltó los botones del vaquero con una facilidad que hablaba de muchas situaciones parecida, y el jersey salió volando casi tan rápido como el sostén. Kira volvió a tener la sensación de estar viviendo un sueño, eternamente maravillada. La imagen de la chica pelirroja de la foto pasó por su mente, pero la rechazó de inmediato.

No quería pensar en ella, ni en Howard, ni en sus problemas.

No quería pensar en nada, solo sentir.

Kira inspiró profundamente, preguntándose cómo podía haber vivido todos aquellos años lejos de él. ¡Le amaba tanto! Le necesitaba, dentro, ya. Empezó a soltarle el vaquero.

—Espera, espera... —susurró Víctor con un jadeo, sujetándola por las muñecas—. No seas loca. Si vuelve la señora Danvers...

—¡Pero si has empezado a desnudarme tú a mí! ¡Qué cara más dura!
—Él se rio—. Además, de ocurrir algo así, se acordaría de Bernard...

Víctor lanzó una carcajada. La cogió en brazos.

—Vamos arriba.

CAPÍTULO 16

Aquel día lo pasaron casi por completo en la cama, y también la noche siguiente, excepto cuando tuvieron que levantarse para ir al baño o bajar a la cocina en busca de provisiones. O cuando Víctor salió para hacer una de sus llamadas. No volvió con muy buena cara. Sus contactos tampoco tenían ninguna información que darle. Las cosas seguían igual, que iban a tener que quedarse un par de días más. A la espera.

Por lo demás, se dedicaron a hacer el amor, algo de lo que no parecían cansarse nunca, y a charlar. A contarse qué había sido de sus vidas desde aquella lejana tarde en que se separaron. Al menos, en parte. Víctor seguía resistiéndose a hablar de lo sucedido durante su secuestro, aunque también era verdad que ella no se atrevió a insistir demasiado. Intuía que, para lograr compartir con él aquel oscuro periodo de su vida, iban a tener que pasar juntos mucho tiempo.

Algún día...

Al menos se fue relajando en el tema de no dejarla salir de casa. Como pasaba poca gente por allí y la señora Danvers ya les conocía, a la mañana siguiente Víctor consintió en dar un paseo, aunque juntos y preparados para lo que pudiera ocurrir. Solo se separaron un rato cuando él se acercó al pueblo a comprar algo más de comida. Ella le esperó en las afueras, sentada en un banco de una especie de parque, muy cerca de la parada de autobuses de largo recorrido, que en esos momentos estaba vacía.

Unos niños jugaban junto a una cabina de teléfonos. Se les escapó el balón y fue rodando hacia ella. Se rieron cuando se lo devolvió con bastante torpeza. «¿Hijos?», se preguntó. Deseaba tanto tener un par de críos con Víctor, vivir en esa casa con el perro y el gato... Solo pensar que quizá sí, de solucionarse todo, pudiera llegar a conseguirlo, le temblaban las manos, de

pura ansiedad.

Pero, no podía dejarse llevar por el ensueño de que no pasaba nada, que estaban allí por gusto. Seguían sin saber nada de Howard. ¿Qué le habría ocurrido? Ojalá le hubieran detenido, nunca pensó que llegaría a desear algo así, pero no podía evitarlo. Estar en manos de aquellos mafiosos era peor que caer en manos de la policía. En las noticias de la televisión o la radio no se hablaba del tema del robo, era como si nunca hubiese ocurrido.

—Pero ¿anoche, llamaste al hotel? —le preguntó mientras regresaban, con las bolsas de la compra. Víctor hasta había comprado una merluza. Kira dudaba entre albardarla o ponerla en salsa verde, que le quedaba estupenda, pero también haría unas patatas en salsa verde, con la parte de la cabeza, y quizá fuera demasiado.

Bah, en absoluto. Se chuparía los dedos.

—¿Eh? No, claro que no. No quiero que nadie de allí sepa nada de nosotros.

—¿Entonces...?

—He llamado a amigos de amigos que me debían favores, nada más. Les pedí que hicieran ellos las preguntas y ahora me han contestado con lo conseguido. Tendremos que seguir esperando. —Ella chasqueó la lengua. Víctor juntó todas sus bolsas a una mano y le pasó el brazo libre por los hombros—. No te preocupes, cariño. En cuanto regresemos, me ocuparé del tema. Si puedo evitarlo, tu amigo no irá a la cárcel ni le ocurrirá nada. Todo quedará en un susto.

Estaba tratando de tranquilizarla, seguro, pero no lograba a conseguirlo. Al menos, no del todo.

Por eso Kira vivía entre la alegría y el desasosiego. Hasta llegó a considerar la posibilidad de utilizar el móvil de la cocina para intentar llamar a Howard, por si tenía el móvil al alcance, pero Víctor había insistido mucho

en eso: por ese teléfono podían localizarlos. Era de tarjeta, y comprado con documentación falsa, pero aun así lo mantenía apagado todo el tiempo. Que ella supiera, siempre lo utilizaba de madrugada. Además, cogía el coche y se alejaba varios kilómetros.

¿Y la cabina?, se le ocurrió de pronto, mientras guardaba las cosas en la nevera. Titubeó. No era un móvil, ni un teléfono fijo de una casa, era algo público. ¿Por qué no aprovecharlo? Estaban a muchas horas de viaje en coche. Si se complicaba el asunto, siempre les quedaba la opción de largarse rápido de allí. Para cuando cualquiera llegase hasta ese pueblo remoto, ellos podían estar muy lejos.

Lo prudente, en todo caso, hubiese sido preguntarle a Víctor, pero si lo hacía, no la dejaría llamar. Seguro. Y ella estaba muy preocupada por Howard. Era un idiota, pero no quería que le pasase nada malo.

Aprovechó que Víctor fue a ducharse para bajar algo de ropa y el bolso al baño de abajo, que apenas usaban. Luego, esperó hasta la tarde y, cuando él dijo que se iba a echar una siesta, para poder quedarse luego toda la noche vigilando, se preparó y salió sigilosamente de la casa, vestida con una minifalda negra de algodón, jersey, medias negras y botas. Estaba bajando la temperatura, así que se abrigó bien con el chaquetón, una bufanda enorme y el gorro. Antes de salir comprobó en el bolso que tenía dinero para la llamada. Solo le faltaría llegar allí y no contar con algunas monedas.

Mientras cruzaba el porche y se internaba en el caminito de grava, vio que la señora Danvers estaba trabajando en su huerto. Se encontraban demasiado lejos para detalles como una sonrisa, pero la anciana la saludó alegremente con la mano. Kira lamentó estar interpretando a la zorra de Rose Garland, porque tuvo que limitarse a mirarla con cara de acelga agria mientras se ponía las gafas negras de sol, con un ligero desdén de señorita de ciudad por vieja campestre, y siguió su camino. Quizá algún día pudiera

compensarle por semejantes desplantes. Ojalá.

Fue directamente al pueblo y se acercó a la cabina. Por suerte, el teléfono funcionaba, incluso estaba en mejores condiciones que la mayoría de las cabinas que había visto hasta entonces, en muchas ciudades importantes. Este ni siquiera tenía pintadas ni ralladuras. Las gentes del lugar debían cuidarlo mucho.

Descolgó, introdujo un par de monedas y, tras pensarlo bien, decidió empezar por el móvil de Howard. Si se lo habían devuelto, podrían hablar y tranquilizarse el uno al otro. De otro modo... De otro modo colgaría de inmediato y probaría con su piso. Si es que tenía algún fijo. Y a saber si en información le daban ese número.

El tono de llamada empezó a sonar. Una vez. Dos. Cinco...

Clic.

Silencio.

—¿Howard? —preguntó, nerviosa.

—No cuelgue, por favor —respondió una voz de hombre, con fuerte acento ruso, que le resultó vagamente conocida. Ella fue a hacerlo, a pesar de todo, tal como había planeado, pero dudó, y antes de que le diera tiempo a apartar el auricular de la oreja, él insistió—. Su amigo está en un grave problema, Kira. ¿No va a ayudarlo?

Kira tomó aire.

—¿Quién... quién es usted?

—Soy Vladimir Nask. ¿Me recuerda? Nos encontramos brevemente en el vestíbulo del hotel. De hecho, tenemos una cita pendiente.

El ruso. *Aquel* ruso. «Rayos», pensó. No había vuelto a acordarse de él. Menudo plantón le había dado.

—Le ruego que me disculpe —le dijo, más en beneficio de Howard que en el suyo propio—. Usted me cayó simpático, y no me gusta ser

maleducada, pero me resultó imposible acudir.

—Sí, lo entiendo, no se preocupe. En realidad, podría decirse que tenía esa cita con una joven llamada Liz. Una joven que, en realidad, nunca existió. Usted es Kira Carter, la hija de Charles Carter. Y está metida en un buen lío. Un lío de cojones, como dicen ustedes.

—Vaya. No sé si decir que habla muy bien mi idioma, puesto que es un mal hablado.

Él se echó a reír.

—Siempre me ha gustado el sentido del humor. Perfecto, intentemos esa vía. Incluso puede utilizar el diminutivo de mi nombre, Volodia, como hacen mis amigos. —Ella no dijo nada. No supo qué replicar a eso—. Y yo la llamaré Kira.

Kira trató de pensar, pero la mente le daba vueltas, de puro miedo, y solo le salió la pregunta básica de aquella conversación.

—¿Dónde está Howard?

—Aquí.

—Ya. —Tragó saliva. ¡Qué «aquí» más terrorífico!—. A este paso voy a ser la primera ladrona que llama a la policía.

—No crea, no sería la primera. Pero no serviría de nada. De venir aquí la policía, no encontrarían a su amigo, y le aseguro que nadie volvería a verle. —Esperó un segundo, para que la idea se asentase en su mente—. ¿Lo entiende? ¿Comprende lo que eso significa?

El corazón le latía con tanta fuerza, que hasta llegaba a hacerle daño. Incluso tuvo miedo de que se le saliera por la boca. Kira apoyó una mano en el pecho, como para contenerlo.

—Sí.

—Ambos estamos interesados en solucionar este desagradable asunto cuanto antes, ¿no es verdad?

—Sí.

—Bien. Entonces, estoy seguro de que podremos entendernos. Veamos... Asumo que está en algún sitio, escondida con Víctor, y que ha salido a llamar sin decirle nada, ¿verdad?

—No. ¿Víctor? ¿Qué Víctor? No sé de qué me habla.

—Vamos, Kira. Tenemos que basar nuestra relación en la confianza, y usted empieza tratando de engañarme. —Ella titubeó—. Le daré otra oportunidad. Está con usted, ¿no es cierto?

—Vale, sí. Pero él no ha hecho nada, solo intenta ayudarme. Y yo no quiero involucrarle más todavía en esto.

—Estupendo. Me alegra comprobar que es una mujer sensata. Conozco la reputación de su padre y no me gustaría tener que enfadarme con usted por un asunto tan poco importante.

Kira se pasó una mano por la frente. La notó húmeda de sudor, pese al frío.

—¿Qué quiere de mí?

—Lo sabe muy bien.

—No, no lo sé, porque yo no tengo nada. —Apretó el auricular, como si con eso pudiera transmitirle la certeza de que estaba diciendo la verdad—. La caja estaba vacía, se lo juro.

Esa afirmación provocó un momento de silencio.

—Entonces, ambos vamos a tener un grave problema.

—¡No miento! ¡Por Dios, le juro que no miento! ¡Estaba vacía!

—Tranquilícese, Kira. —Nask tardó todavía un poco más en digerir la noticia—. Está bien. Supongamos por un momento que la creo. Vamos a verlo con perspectiva... Empecemos por el hecho de que su padre está detrás de todo este asunto. ¿Cree que tendría alguna razón para hacerla caer en semejante trampa?

—Seguro que sí. ¡Ese mal nacido! Pero fue Sunday quien... — Recordó lo del tiempo y cortó la comunicación, aunque volvió a llamar de inmediato—. ¿Señor Nask? ¿Sigue ahí?

—Bueno, para ser exactos, yo nunca me he ido —respondió él—. Ha sido usted la que me ha colgado. Y no se lo tengo en cuenta porque me consta el porqué lo ha hecho. Muy astuta, señorita Carter, pero sus precauciones son por completo innecesarias. Está llamando a un móvil. El código de identificación de la cabina ha aparecido en mi pantalla desde el primer momento, y ya la he localizado.

—¡Oh, mierda! —Ella sintió un conato de pánico, pero curiosamente se disipó en parte, cuando él siguió hablando con tono tranquilo.

—No se preocupe tanto, mujer. Es cosa de la tecnología, me temo que hoy en día hay poco espacio para la intimidación. Incluso estoy viendo la zona en la que se encuentra usted, a través de *Google Maps*. Si las imágenes de satélite fueran en tiempo real, podría decirle qué lleva puesto. Como no es así, tendré que consolarme imaginando que es algo tan sexy como lo que lucía el otro día en el hotel.

—No sé si eso me consuela a mí... —musitó ella. Nask rio con suavidad.

—El caso es que sé exactamente dónde está, y también que ahora mismo se encuentra sola. La brillante idea de usar una cabina pública para llamar al teléfono del señor Davis no puede haber surgido de Víctor Derry, precisamente.

—No, desde luego que no. Víctor me ha repetido incontables veces que no llame.

—Sí, eso es más propio de él. Guardaremos el secreto y, seguramente, usted aprenderá la lección. —Hizo una ligera pausa—. Hablábamos de su padre y de un tal Sunday.

—Sí... Palm Sunday. Es el hombre que nos contactó, por encargo de mi padre. El único con el que hablé yo, de hecho. En ningún momento he sabido nada de Carter. Hace mucho que no mantengo ninguna relación con él. Desde que fue encarcelado, vaya, aunque le visité una vez, hará un par de años.

Otro silencio.

—Preferiría hablar del asunto en persona. Le diré lo que vamos a hacer...

—No.

Su negativa, rotunda, pareció divertirlo.

—Mi querida Kira, me temo que no es usted quien pone las condiciones en esta alegre relación. —Esperó un segundo. Como ella no protestó más ni dijo nada, continuó hablando—: No le cuente a Víctor que me ha llamado. Le conozco y es mejor que quede fuera de este asunto, porque, si no, lo más probable es que acabe convirtiendo esto en un infierno. —Sí, en eso estaba de acuerdo—. Reúnase conmigo mañana, en el vestíbulo del hotel, a las siete de la tarde. Esta vez no falte a nuestra cita, por favor. Y procure ser puntual, se lo advierto, porque, de no presentarse, ejecutaré a su amigo a las siete y cuarto. Créame, no bromeo.

Entonces, fue él quien colgó, con un suave *clic*. Aturdida, Kira se quedó mirando el auricular durante varios minutos. Qué desastre. Ella misma se había metido en la guarida del lobo. ¿Qué opciones tenía? Ninguna. Iba a tener que ir, o matarían a Howard. No podía quedarse impasible ante algo así.

Cabía la posibilidad de que el tal Volodia no llegara a hacerlo, pero... Había leído y oído lo suficiente sobre la mafia rusa como para tener ciertas reservas sobre su buena voluntad.

Claro que, le quedaba una alternativa...

Kira introdujo más dinero en la ranura de la cabina, solicitó a la

telefonista el número de la cárcel en la que estaba su padre y lo marcó. Entonces, pidió hablar con Charles Carter. Tuvo suerte, porque debía estar en horario de llamadas. Ahora solo quedaba saber si aceptaría la suya.

Tardó casi diez minutos en ponerse al aparato, con el consumo lógico de monedas, pero finalmente lo hizo.

—Qué quieres —dijo de pronto su voz. Quizá sonaba algo más cascada, pero no menos seca. Supuraba odio.

—Nos metiste en una encerrona —dijo también, directamente. Entre ellos no había necesidad de saludos.

—¿Eso es una pregunta?

—Maldito seas. ¿Quieres una pregunta? Pues aquí la tienes: la caja que dijiste que me dejó mi madre, ¿ha existido alguna vez?

—No. Tu madre no te dejó nada. Jódete.

No existía. La caja no existía. Kira casi lo vio todo rojo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Me engañaste! ¿Cómo pudiste utilizar algo así? ¿Y cómo fuiste capaz de hacerme esto? ¡Nos metiste en una encerrona!

—No grites. La zorra de tu madre no dejaba de gritar, has debido salir a ella. —Kira no tuvo nada que responder a eso. Estaba demasiado conmocionada por todo—. ¡Claro que os metí en una encerrona! ¿Para qué cojones me llamas, para decirme lo obvio? Vete a tomar por culo.

—¡No! ¡Vete a tomar por culo tú! ¡Conseguí escapar por poco, pero van a matar a Howard si no me entrego! —En el último momento, vio que pasaban cerca dos niños, y la miraron asustados. ¿Lo habían oído? ¿Entendían lo que estaba ocurriendo? A saber. Quizá solo se preocupaban por su tono, cercano a la histeria. En cualquier caso no podía hacer mucho, solo bajar la voz. Les dio la espalda y habló en un murmullo apremiante—. ¿Dónde está el puto dinero o lo que sea que debía estar en esa caja de seguridad? ¡Tienes que dárselo!

Le oyó reír de una forma muy desagradable.

—Vaya. Así que el tontainas de Howard está en problemas. Qué pena. Y mira que, matar a ese gilipollas, sí que es malgastar una bala. Aunque igual le cortan el cuello. Bah —exclamó, despectivo—. No se merece ni el esfuerzo de empuñar el cuchillo.

—¡Por Dios! No es momento de bromas macabras. ¡Habla!

—¿Que hable? Muy bien, niña, te voy a decir la verdad: os he metido en una encerrona de cojones, sí. Pero, si te sirve de consuelo, creo que ese hijo de puta de Gólubev me ha utilizado para que cave el agujero de mi propia tumba.

—¿Qué quieres decir?

Carter gruñó algo ininteligible. Luego, añadió:

—Te ofrezco una alianza, temporal.

—¿Una alianza? ¿Para qué?

—Para darle bien por el culo a ese imbécil, ¿para qué va a ser, estúpida? Escúchame atentamente, porque solo vas a tener una oportunidad. Si quieres salir con vida de esta, tienes que ir al Queen of Sheba y convencer a un ruso, Nóvikov, de que Gólubev es el que está detrás de todo.

—¿Nóvikov? ¿Quién diantre es ese? —Le sonaba el nombre. ¿Podía ser el que vio entrar en el hotel? ¿El que iba con Volodia? Ah, sí. Su jefe—. ¿Y qué dices, que el tío Yuri es quien lo ha organizado todo?

—Nunca has sido muy espabilada, pero lo vas pillando.

—No me jodas más. ¿Por qué iba a hacer eso Gólubev?

—Para llegar hasta mí, por supuesto. Quiere vengarse, desde hace muchos años, pero Nóvikov no se lo permite.

—¿Por qué quiere vengarse de ti?

—Porque yo maté a tu madre.

Kira lo sabía, siempre lo había sabido, aunque nunca habían hablado

de ello. No pudo evitarlo. Empezó a llorar.

—Oh, Dios mío... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

—¿En serio es necesario que te lo explique a ti? ¿Precisamente a ti, Kira? Bien que lo sabes.

Yuri Gólubev, claro. La relación que su madre y él habían mantenido. El secreto que había traicionado ella, contándoselo a Carter.

—¡Maldito cabrón!

—¿Yo? Te recuerdo que fuiste tú misma la que me lo dijiste.

—¿Era una niña! ¡Una niña que te quería!

—Sí, bueno... —Durante un momento, incluso sonó apenado, pero cuando volvió a hablar, lo hizo cambiando de tema—. Ahora, Gólubev sabe que tengo cáncer. —¿Estaba enfermo? No lo sabía, nadie se lo había dicho. La noticia, por lo que tenía de terminante, aumentó su congoja. Carter moriría y ella nunca tendría de nuevo el padre que había soñado, el que recordaba de niña. Los finales felices escaseaban en el mundo real—. Si no me mata ya, reventaré por mí mismo. Ja. Y está ciego de odio.

—Pero...

—Por eso me ha tendido esta trampa. Me mandó al tal Sunday con la historia de que sus jefes, «gentes importantes *bla bla bla*», querían acabar con Gólubev. Un primer paso era conseguir algo que guardaba en *La cúpula*. Y, qué quieres, a mí me pareció buena idea perjudicarlo al máximo. Pero, cuando investigué el asunto, resultó que era él mismo quien estaba detrás de todo.

—¿Quién te lo dijo?

—Todavía tengo mis contactos. —Se parecía tanto a la respuesta que solía darle Víctor, que estuvo a punto de dar un cabezazo a la cabina. Los hombres de su vida resultaban insufribles. Todos—. Quería que fuese yo quien pareciese el culpable del robo de esa puta cuenta de moneda

cibernética. Si Gólubev se sale con la suya, Nóvikov retirará su protección y él podrá fulminarme. El muy hijo de puta... Pero, se va a joder bien jodido, porque me he cubierto las espaldas. En última instancia yo moriré, pero él deseará estar muerto.

—¿A qué te refieres?

—A que, visto lo visto, puse como condición que tú intervinieses en este asunto, y ahora Gólubev va a convertirme en papilla. Está obligado a hacerlo, ese asunto lo tiene que solucionar antes, para que Nóvikov le permita venir a buscarme. Es como una partida de ajedrez: para hacerme jaque mate, tiene que efectuar una serie de movimientos, entre ellos, matarte. Y, ¿sabes qué? Lo voy a disfrutar como nunca.

Durante unos segundos, Kira no supo ni qué decir. Se sentía paralizada por el miedo y la incredulidad.

—Pero ¿por qué? —balbuceó—. ¿A qué viene esto? Nunca lo he entendido. ¡Eres mi padre! ¡Eres mi maldito padre! ¿Cómo puedes odiarme tanto?

—Precisamente porque no lo soy, estúpida —replicó él, brutal—. Entérate de una puta vez: tu padre es Gólubev, ese traidor, ese maldito cabrón con el que se revolcaba tu madre cada vez que yo me daba la vuelta. Yo lo sospechaba, no creas. Lo temí desde el primer momento, pero intentaba no creerlo. Y ella no se lo dijo a nadie porque quería protegerte. Intentaba evitar que yo pudiera hacerte algo. Pero, cuando me contaste aquello y la golpeé, lo confesó todo. Así que seguí golpeándola. Más y más, y más... La verdad, no sé si estaba viva cuando la lancé por la ventana. Supongo que da lo mismo.

—No es verdad. No es verdad —repitió Kira, demasiado conmocionada incluso para decir otra cosa.

—Oh, sí, claro que lo es. Maldita hija de puta traidora... La habían traído engañada, con un supuesto contrato para ser modelo, y estaba atrapada

en un piso donde la obligaban a prostituirse. ¡Allí hubiera reventado algún día, tras años de abrirse de piernas para cualquiera que decidiesen sus amos! ¡Y yo la saqué de allí! ¡La saqué de allí y me casé con ella! ¡Le di una seguridad, una familia, yo... yo la quería! ¿Y cómo me lo paga? ¡Siempre, en todo momento, me estuvo engañando con Yuri! ¡No solo descubrí que no existía la esposa que tanto amaba, sino que me encontré con que esa niña a la que había aprendido a adorar, la que había dado sentido a un cambio radical en mi vida, era un cuco perverso, la semilla de ese canalla!

—Oh, Dios... Estás enfermo.

—Claro que sí. Enfermo de odio, de rabia, de frustración... Me ahogué en toda aquella mierda y morí, en aquella ventana, quedé tan muerto como tu madre. ¿Qué querías que hiciese? ¡Me traicionaron! ¡Lo que pudieron reírse de mí! ¡Cabrones, cabrones, malditos cabrones! —Oyó la advertencia de algún guardia, ordenándole que se calmase, pero no lo hizo, al menos no en un primer momento—. ¡Jamás, jamás podré perdonárselo, ni a ella, ni a él, ni a ti, joder, el puto engendro que surgió de todo aquello! ¿Te ha quedado claro? —preguntó, lleno de veneno. Jadeó unos momentos y luego añadió, con esa voz fría con la que controlaba toda aquella tormenta interior —: Eres hija de Gólubev. Y va a ser glorioso informarle de ello una vez te haya matado por ese estúpido robo.

Carter cortó la comunicación de golpe. Por segunda vez, Kira se quedó mirando aturdida el auricular, aunque en esta ocasión la mano le temblaba tanto que se preguntó cómo no se le caía, o por qué no moría ella de forma fulminante, como abatida por un rayo. ¿Al menos, iba a desmayarse, verdad? Quizá... Estaba muy mareada y tenía nauseas, y había una sensación de oscuridad por todas partes, algo que parecía desear tragársela.

Pero no pasó nada. Ni desmayo ni muerte fulminante, ni nada fuera de lo habitual, nada que la librase de aquel dolor profundo que sentía en el lugar

donde latía su corazón, y que la estaba ahogando. Simplemente, continuó allí, pálida bajo el sol que brillaba en el mundo real, para seguir enfrentándose a las noticias que le había revelado aquel hombre.

Lentamente, colgó el auricular en su sitio. La máquina le devolvió una moneda que repiqueteó en el compartimento, pero no la cogió. Aturdida, se apartó de allí y caminó hasta un banco, donde se dejó caer sin fuerzas.

¡Gólubev era su padre! Y él no lo sabía, claro, nunca lo había sabido. Al contrario. De hecho, le pasaba como a Carter, pensaba que Kira era la hija de su enemigo, por eso nunca se había mostrado ni lejanamente amable con ella. ¡Qué enredo absurdo y terrible! Al menos, ahora podía comprender mejor la situación y, en parte, se sentía aliviada al no compartir ni una gota de sangre con Carter, maldita fuera su alma podrida.

Aunque, para ser exactos, Yuri Gólubev no suponía una opción mejor, ni mucho menos.

Pero sí que le ofrecía una circunstancia con la que ni había imaginado poder contar. Quizá, si pudiera revelarle aquello, si pudiera decirle que en realidad era su hija... ¿La creería? Y, de ser así, ¿le importaría? A saber. Probablemente pensaría que era falso, una historia ridícula, inventada por una mentirosa profesional para tratar de salvar su vida, pero debía intentarlo.

Total, tenía que regresar en cualquier caso. Nask se lo había dejado claro, no había más opciones.

Además, insistir en aquella fuga estaba poniendo en serio peligro a Víctor.

Tenía que irse, sin decirle nada.

Una vez tomada la decisión, se sintió extrañamente tranquila. Se limpió los ojos, se puso en pie y volvió hacia la casa. Solo quedaba el detalle de cómo organizarlo, porque Víctor no iba a colaborar de buen grado en semejante plan. Le conocía lo suficiente como para saber que antes la

esposaría a una tubería de la yacusi que permitirle volver al Queen of Sheba para entregarse a aquella gente. Pero podía esperar a la noche y...

No, no serviría, Víctor tenía intención de hacer guardia, por eso estaba durmiendo la siesta. Y, en el poco probable caso de que se quedara adormilado, tenía el sueño muy ligero. Si se le ocurría simplemente abrir la puerta de la calle en mitad de la noche, seguro que se levantaba como impulsado por un resorte. Tenía que hacer algo para asegurarse de que...

Recordó las píldoras que había visto en el armario del baño, las que estaban cerca de caducarse, pero todavía bien. ¡Claro, eso era! Podía dormirle. Con un par de aquellas pastillas estaría varias horas fuera de combate, las suficientes como para darle tiempo a regresar a la ciudad.

Esa idea tenía muchas posibilidades de funcionar. Durante el resto del camino, fue perfilando los detalles del plan.

CAPÍTULO 17

Kira entró en la casa, fue a la cocina, revisó el contenido de la nevera y empezó a preparar una buena cena. Ensalada mixta, la estupenda merluza, que al final se animó a hacer en salsa verde, y una tarta sencilla de fresas con nata, un postre que le salía muy bien.

Estaba terminando, cuando le sintió bajar. Vestido con unos vaqueros a medio atar y una camiseta, Víctor se asomó a la puerta de la cocina, y ella le sonrió. ¡Por Dios, qué guapo estaba! Llevaba el pelo revuelto y la barba que le había ido saliendo en esos tres días.

—¿Estás cocinando? —dijo él, sorprendido. Y encantado—. ¡Huele de maravilla!

—Quería darte una sorpresa. —Apagó el fuego. La merluza se mantendría caliente un rato más, lo suficiente. Solo quedaba aliñar la ensalada, así que se dedicó a ello—. ¿Qué tal? ¿Has descansado bien?

—Ya lo creo. Con este silencio, duermo como un tronco. Estoy empezando a plantearme que nos quedemos unos días más. O toda la vida. —La miró con intención—. ¿Qué te parece?

—A mí muy bien. Pero sospecho que la hermana de tu amiga no estará tan de acuerdo, si le da por volverse de Canadá.

Víctor torció el gesto.

—Ya. Pues, de ocurrir algo así, iremos a otro lado. Te compraré una casa donde quieras. —La rodeó para abrazarla por detrás, y la besó en el cuello. Debió notar su tensión porque la miró intrigado—. ¿Ocurre algo?

—No. —Sonó tan falso como lo era, así que añadió—: Bueno, nada más de lo habitual, vaya. Estoy preocupada por Howard, y también por nosotros.

—Lo entiendo. Tranquila, no le va a ocurrir nada. Ni a ti tampoco. —

La estrechó con más fuerza, con gesto protector, como intentando transmitirle seguridad—. Yo estoy aquí contigo.

—Lo sé. —Volvió el rostro para darle un beso rápido en los labios. Luego siguió cortando unas cuantas fresas más, para adornar la tarta—. Esto ya está. Ayúdame a llevarlo a la mesa.

Cenaron con algo de ambiente gracias a la cadena musical, que tenía una buena selección de jazz. Al principio, guardaron silencio, cada cual enfrascado en sus pensamientos, con el ánimo un tanto triste. Luego, poco a poco, animados por la música y el vino, empezaron a charlar de pequeñas cosas, anécdotas... Y Kira se encontró mirando a Víctor, mientras él intentaba explicarle algo divertido, pero que no tenía ninguna importancia.

Le amaba, pensó. Le amaba tanto que haría cualquier cosa por protegerle. Daría su vida por él, sin pensarlo dos veces.

Por eso, estaba totalmente decidida cuando fue a buscar el postre. En la cocina, aplastó las pastillas para dormir y las espolvoreó en el interior de un trozo de tarta, disimuladas en la nata montada, que también ocultaría su sabor. Esperaba que así surtieran efecto. De no ser así, ya vería qué hacer.

Lo llevó a la sala y se lo puso delante. Víctor probó una cucharada. Cerró los ojos, con deleite.

—¡Caramba, Kira! Te lo juro, esta faceta tuya me ha encantado. La merluza estaba soberbia, y ahora, esto... —Comió otro trozo y se relamió—. ¡Por Dios! ¡Está buenísima!

Kira se echó a reír.

—Gracias. —Hizo un gesto con la cafetera, que borbotaba en su mano—. ¿Café, verdad?

—Por favor. —La miró, mientras le servía—. ¿Te das cuenta? Llevamos dos días hablando casi sin parar, y todavía nos queda mucho por contarnos.

—Ya lo creo. —Le sonrió, arqueando una ceja—. Por ejemplo, ¿quién es la chica pelirroja con la que te fuiste a la nieve?

Víctor la miró desconcertado.

—No me digas que los poderes de la señorita Sapkowski eran auténticos.

—Bueno... no. La señorita Sapkowski no existía realmente, la pobre. Pero la señorita Carter es una descarada, y ha mirado en tu cartera. Lo siento —se apresuró a añadir—. De verdad que lo siento, Víctor. Fue la noche en que nos acostamos, la revisé poco antes, no sé ni por qué lo hice. Porque todavía estaba muy confusa, supongo... No, más que eso, estaba atónita por tu reaparición en mi vida, y quería... no sé, quería saber más cosas de ti. Y me encontré con esa foto. —Se contemplaron unos segundos, a ambos lados de la mesa. Como no parecía dispuesto a decir nada, insistió—. ¿Por qué la conservas? ¿Es tu novia?

—No. No, en absoluto. Es Martha Budge, una compañera del trabajo.

—Venga ya... —Kira frunció el ceño—. Si no quieres contarme nada, no me cuentes, no importa. —Le señaló con el tenedor—. Pero, de esa foto, se deduce una historia muy distinta.

—Ah, está bien. —Víctor bebió un sorbo de café y dejó la taza con cuidado—. Sí, es cierto. Tuvimos algo que ver, no lo niego, pero no fue más que una aventura muy breve. No es lo que piensas, ni de lejos.

—Ya. Deja que suponga algo: es la hermana de la dueña de esta casa.

—Sí. —Sonrió—. Siempre has sido una chica lista.

—No creas, no fue difícil deducirlo. —Hizo un gesto hacia la foto del salón—. Se parecen mucho.

—Cierto. —Víctor asintió—. Martha es una buena amiga. Durante un tiempo hemos estado... no sé. Rondándonos. Supongo que casi iniciamos algo, pero no llegamos a hacerlo. Es mi culpa. Ella es una chica maravillosa,

te lo aseguro, pero... no he sabido aprovechar esa oportunidad.

—¿Y ahora?

—¿Ahora, qué? —La miró sin comprender—. Ahora nunca lo haremos, me temo. —Sus ojos se volvieron más graves—. Estamos tú y yo, Kira.

—¿Estamos? ¿De verdad?

Él se echó hacia delante, extendió el brazo, la tomó por la mano y la atrajo con un tirón suave. Adivinando lo que quería, Kira se dejó guiar: se puso en pie, rodeó la mesa y se sentó en su regazo. Víctor no se extendió en preliminares: la enlazó por la cintura y metió una mano por debajo de su jersey, para acariciar sus pechos, mientras empezaba a besarla con pasión. Ella notó su erección, cada vez más dura, más voluminosa. ¿Cuánto tardarían en hacer efecto las pastillas? A saber...

—Vamos a la cama —le dijo. Él rio.

—Espera un poco. No hay prisa. —Notó su mano, esta vez bajo la minifalda. Sus dedos rozaron el elástico de las bragas y se deslizaron debajo. Kira se envaró—. Creo que esto va a gustarte.

—Pero... —A qué protestar, si era maravilloso. Víctor giró la mano y le introdujo un dedo, luego dos. El pulgar se apoyó en su clítoris y empezó a dibujar un círculo enloquecedor—. ¡Ah!

—Parece que sí, que te gusta. Abre un poco más las piernas.

—No puedo —mintió, envarada, porque así podía mantener algún control sobre aquella mano maravillosa, reteniéndola con fuerza entre las piernas; pero él se liberó y la obligó a separar las rodillas—. ¡Oh, no! ¡No hagas eso!

—Claro que sí. —Le quitó las bragas, sin mayor ceremonia. Luego, le levantó el jersey, apartó el sujetador y empezó a lamerle un pezón, luego el otro, cambiando según su capricho. Volvió a penetrarla con los dedos—. Voy

a enseñarte algo.

—Oh, por favor. Sigue. No pares.

—Te veo muy fogosa, señorita Carter.

—¡No te burles de mí! ¡Y termina lo que empiezas, señor Derry!

Él se echó a reír.

—Prometo intentarlo, aunque no sé yo si estaré a la altura. Estoy descubriendo que eres un poco exigente.

—Tonterías. —Le acarició el pelo, mientras le incitaba a lamerle con más fuerza los pechos—. Vamos, sigue. Sigue.

—Diría que estás a punto de correrte. Vamos, hazlo. Déjate llevar. Al menos hasta donde puedas.

—¿Hasta donde pueda? ¿Qué quieres...?

—Hazlo.

No supo si fue por su voz, por la orden implícita, aunque el tono fuese más de invitación, pero en ese momento Kira sintió que los dedos habían logrado llevarla a un punto de no retorno. Se arqueó hacia atrás mientras Víctor aspiraba con fuerza de un pezón y sus dedos aceleraban progresivamente su movimiento. Kira echó la cabeza hacia atrás y se retorció, gritando de puro placer. El orgasmo estalló en su vientre y se extendió por todos lados, dejando la sensación de que quedaba más, mucho más, por descubrir y recorrer. Pero él se detuvo.

Siguió. Se detuvo. Siguió.

—¿Qué...? —atinó a decir Kira. Nada más. No era capaz de pronunciar nada. Los dedos seguían manteniéndola en aquel estadio intermedio de placer brutal, siempre a punto de llegar al clímax, pero siempre incapaz de hacerlo.

—Esto lo aprendí en Japón —le explicó él. La incorporó un poco y se soltó los botones del pantalón, para poder sacar su miembro, enorme y duro.

Luego, la movió hasta ponerla horcajadas sobre su regazo. Sacó los dedos y la ayudó a descender poco a poco. Ella trató de acelerar, casi empalándose por sí misma—. Tranquila. Sin prisas.

—No puedo...

Río, como antes.

—Mira que eres. Claro que sí. Puedes. —La cogió por las nalgas y la atrajo con firmeza. Kira dio un respingo—. Todavía no tienes ni idea de dónde está el límite.

—Oh, por Dios...

—Mencionas mucho a Dios, para lo poco que crees en él.

Kira se mordió los labios.

—Cierto. Pero no puedo evitarlo.

—Bueno. Habrá que llegar al Cielo, entonces.

Impuso un ritmo exigente, como era habitual en él, que le gustaba el sexo firme, severo. Kira movía las caderas, siempre sintiendo que iba a derretirse en el siguiente impulso, pero siempre se quedaba a un punto de conseguirlo. Víctor empezó a quitarle el jersey y casi se lo arrancó ella por sí misma, igual que el sujetador. Sus pechos quedaron a la altura del rostro del hombre, que aprovechó la ocasión para empezar a lamerlos con auténtico deleite.

—Víctor...

—Vamos, vamos. Muévete, nena.

Kira se aferró al respaldo de la silla y se arqueó hacia atrás. Disfrutó alargando la situación todo lo posible, hasta que *aquello*, simplemente, la desbordó. Mientras se agitaba, voluptuosa, trató de retener el grito, para atesorar en lo posible todo ese goce y demorar el final, pero apenas lo logró durante unos segundos. Lo suficiente, en cualquier caso, para unirse al clímax del propio Víctor, que también perdió el control y se dejó llevar por su propio

orgasmo.

El placer se acentuó. Kira subió y subió hasta llegar a un lugar donde estalló definitivamente en un éxtasis que casi le provocó un desmayo. Una sensación dulce se extendió por todo su cuerpo.

—Oh, vaya... —susurró, cuando le fue posible volver a hablar—. Ha estado genial.

—Sí... —Víctor le acarició la mejilla y le clavó sus pupilas de un modo que hizo que se le estremeciera el corazón—. Te amo, Kira. Siempre te he amado.

—No sé yo... —replicó ella, con un gesto coqueto, intentando superar la emoción. Estaba demasiado conmovida—. Seguro que eso también se lo dijiste a esa pelirroja tan mona.

Él le apoyó un dedo en la barbilla, para obligarla a mirarle otra vez directamente a los ojos.

—Nunca. *Jamás*. Eres la única mujer a la que le he abierto así mi corazón. Y sabes que te digo la verdad porque no te mentiría dos veces.

Kira parpadeó.

—Lo sé. Y yo te amo a ti, Víctor Derry.

Le besó con fuerza antes de levantarse. ¡Oh, por favor! ¡Tenía que recuperar el control y no ponerse sentimental! Le amaba, claro que le amaba. Le amaría siempre. Por eso, esa noche, tenía que dejarle.

Mientras se vestía, vio que Víctor bostezaba y se movía torpemente, como aturdido. Las pastillas empezaban a hacer efecto.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —replicó él, peleando a ojos vistas contra la somnolencia—. Pero no sé qué me ocurre. No lo entiendo. De pronto tengo mucho sueño...

Ella lanzó una risa, más que nada para quitarle importancia.

—Será el vino y el sexo. Si quieres, sube y acuéstate un rato.

—No, que quiero hacer guardia y no me fío de que me llames.

—Hombre de poca fe.

—¿Por qué será? —Pero le sonrió—. No importa, se me pasará. ¡Si no debería tener sueño, he dormido una buena siesta! —Se pasó las manos por el rostro y bufó—. Creo que me sentaré un poco en el sofá y me tomaré otra taza de café.

—Muy bien. Te la sirvo. —Cogió la cafetera y comprobó que todavía estaba bien caliente antes de rellenarle su taza—. Yo recogeré esto. Pon un poco la tele. Todavía es pronto. Podemos ver una peli, si te apetece.

—Vale. —Encendió el aparato y avanzó torpemente hasta el sofá. ¿Se habría pasado con la dosis?, se preguntó preocupada. No, seguro que no, había tenido mucho cuidado—. Esta ya la he visto, pero me gustó mucho.

Ella echó un vistazo a la televisión mientras le acercaba la taza.

—Claro. Es Casablanca. ¡Si queda alguien sin verla en el planeta, que sepa que está cometiendo un crimen contra sí mismo! —añadió, simulando un grito, intentando bromear. Él rio entre dientes. Dio un sorbo de café y palmeó el sitio a su lado.

—Ven, anda.

—Es que tengo que recoger...

—Luego te ayudo. O mañana. Ven. Te advierto que también sería un crimen ponerse a fregar en vez de ver Casablanca.

Kira sonrió. Se sentó a su lado, se apoyó en su pecho y Víctor la rodeó con los brazos. Sentados juntos, volvieron a ver aquella película maravillosa, al ritmo del *As time goes by*. Cuando acabó, ella lloraba, como siempre, y él estaba profundamente dormido. Se limpió las lágrimas, le ayudó a tumbarse, le quitó los zapatos, le puso un cojín bajo la cabeza y le cubrió con una mantita.

En el último momento se inclinó a darle un beso.

—Descansa, amor mío —le susurró—. No te preocupes por nada.

Sabía que debía irse sin más, pero era superior a sus fuerzas marcharse dejando todo por recoger. Al menos, la cocina la había ido limpiando mientras preparaba la cena, sabiendo que luego tenía que irse, así que solo tuvo que quitar la mesa a toda velocidad, meter las cosas en el friegaplatos y ponerlo en marcha. Ya se encargaría la chica que iba una vez por semana, de volver a ponerlo todo en su sitio.

Subió corriendo al dormitorio, se vistió rápidamente con unos vaqueros, un jersey y los botines, se sujetó el pelo en una coleta alta de caballo y se puso el chaquetón. Se le pasó por la cabeza la idea de recoger sus cosas, lo que había traído y lo que le había comprado Víctor, pero decidió que no merecía la pena hacer la bolsa. Total, a saber qué iba a ser de ella.

Si sobrevivía al Queen of Sheba se compraría un fondo de armario completo nuevo, para celebrarlo. Se lo habría ganado, por habilidosa.

Volvió a bajar. Ya desde la escalera comprobó que Víctor no se había movido y seguía respirando con tranquilidad. Comprobó el bolso, para asegurarse que llevaba su documentación nueva y algo de dinero, y siguiendo su plan, cogió las llaves del coche de la chaqueta de Víctor.

Tenía que llevarse el vehículo, tanto porque así viajaría rápido, como porque eso aseguraría que, de despertar Víctor antes de tiempo, le costaría bastantes horas el regresar a la ciudad.

Le miró una última vez, desde la puerta.

—Siempre nos quedará París —susurró, con una sensación de fatalidad.

Fuera, ya era prácticamente de noche, el cielo tenía un color azul profundo, que no tardaría en volverse completamente negro. En la casa de la señora Danvers, había bastante luz. De hecho, la vio de inmediato, recortada en negro sobre el fondo: estaba recogiendo la ropa tendida en el patio trasero,

iluminada por alguna lámpara, además del resplandor que emitían sus ventanas.

Vio sus movimientos, expertos y eficaces, una mujer con toda una vida de duro trabajo a cuestas; pero, de pronto, se quedó inmóvil. La había visto, claro. Kira supo que se estaban mirando la una a la otra, aunque la anciana ya había escarmentado y evitó hacer ningún gesto.

Bueno, que la viera. Si Víctor le preguntaba al día siguiente, que tuviera algo que decir.

Sacó el coche del garaje y se alejó de la casa.

CAPÍTULO 18

Cuando Víctor despertó al día siguiente, eran más de las once de la mañana y le dolía la cabeza de un modo realmente espantoso.

Apartó la manta, se sentó y se frotó el rostro con ambas manos. Joder, ¿pero qué demonios había ocurrido? No solía dormir tanto, ni así, de aquella forma tan pesada y profunda. Tenía la sensación de haber estado horas y horas peleando contra una horrible modorra, intentando librarse de ella sin conseguirlo. Además, sentía un regusto amargo en la boca.

—¿Kira? —llamó. Silencio. La casa estaba muy silenciosa para la hora que era, demasiado. Kira siempre se levantaba pronto. Lo lógico hubiese sido que estuviese arriba, entretenida con algo, o en la cocina. Sorprendido, se puso en pie y miró hacia la balconada del dormitorio—. ¿Kira?

De nuevo sin respuesta. Subió y buscó también en el baño. Nada. Por lo menos aprovechó el viaje para meter la cabeza bajo el grifo y terminar de despejarse. Al salir, tomó nota de que la cama estaba hecha, y no de cualquier manera. El día anterior, al hacerla, él había puesto el almohadón de adorno en esa posición torcida y un poco más a la izquierda del centro. Donde cayó al lanzarlo como un plato volador, vamos. Kira se había reído y se lo había reprochado, pero no lo cambió de sitio.

¿Quizá le había imitado esa mañana, al levantarse y hacerla? ¿O tampoco había dormido en la cama? La contempló unos segundos, con una extraña sensación de desastre inminente. No sabía qué pensar de aquello.

Mascullando una maldición, volvió a bajar y comprobó la cocina. Todo recogido. El fregaplatos, lleno con lo de la cena, limpio. De haber dormido allí, no había desayunado en casa.

Salió al patio y comprobó los alrededores; incluso se acercó hasta la laguna y se metió por el bosque, llamándola, pero nada, todo fue en vano.

Kira no estaba por ninguna parte.

Al regresar, se dio cuenta de que una de las puertas del antiguo granero que hacía las veces de garaje, estaba entreabierta. Alarmado, se acercó corriendo a mirar y comprobó lo que ya se temía.

El coche no estaba.

—Mierda...

¿Dónde habría ido aquella loca? No era que le importase que diese una vuelta, pero si tenía cualquier contratiempo con un coche tan llamativo, Gólubev podía enterarse. Ya lo pensó en un principio, cuando planeó la fuga, pero fue todo tan improvisado que no le dio tiempo a buscar otra opción. Precisamente por eso se había ido tan lejos, y nada más llegar lo había encerrado en el garaje y no había vuelto a utilizarlo de día. Ni siquiera cuando tuvo que ir a comprar todo aquello, con lo que le costó cargar con las bolsas...

¿Y si era eso?, pensó de pronto. Al fin y al cabo, le había dado por cocinar y, con la cena que preparó la noche anterior, había dado buena cuenta de la mayor parte de las provisiones. Quizá había ido a hacer alguna compra a la tienda del pueblo y se había llevado el coche para no tener que cargar con las bolsas durante tanto trayecto. Quince minutos de paseo no eran nada, pero quince minutos cargando con kilos de alimentos variados, tenían su aquel.

Sí, eso debía ser. Era una explicación razonable y se aferraba a la posibilidad de que Kira se estuviese comportando de un modo un poquito razonable...

—Pero ¿qué razonable ni que nada? —dijo en voz alta. Coger el puñetero coche e irse a comprar patatas, cuando le tenía dicho que no quería que nadie la viese, era una completa locura. Solo le faltaba haberse puesto la minifalda aquella, con esa mitad delantera de un chaleco y las sandalias de vértigo, que se plantó el día en que fue a buscarla a su casa.

Decidió ducharse y vestirse en condiciones para acercarse también hasta el supermercado y buscarla. Una hora después, ya había recorrido a fondo el pequeño local, pero no estaba allí. La dependienta, una adolescente regordeta con mucho acné que siempre le miraba con ojillos asombrados, casi como si se le hubiese aparecido de pronto un actor de cine famoso, le dijo que no había visto a nadie de su descripción.

Tampoco localizó el coche por ninguna parte, y eso que había un aparcamiento público muy céntrico, junto a la plaza. Preguntó en distintos sitios, pero nadie había visto a Kira ni en la farmacia ni en el bar, tampoco.

Casi se había dado por vencido cuando se encontró con dos niños jugando cerca de la estación de autobuses que había a las afueras.

—Hola. ¿Habéis visto a mi esposa? Es una chica como de esta altura —señaló con la mano—, muy guapa, melenita roja por aquí y grandes ojos azules, de un tono muy llamativo...

—No —dijo uno. Víctor iba a marcharse, frustrado, cuando el otro niño añadió:

—¡Sí! ¡Yo la vi ayer!

—Bueno, ayer yo también, sí —reconoció el primero—. Decía hoy...

—¿La visteis ayer? —preguntó sorprendido. Así que, también había salido sola otras veces, y no le había dicho nada. Los niños asintieron al unísono.

—Estaba hablando por teléfono, desde la cabina —le contó el primero. Hizo un gesto hacia el teléfono público.

—¿Qué? —El corazón de Víctor dio un vuelco de campana dentro de su pecho. ¿A quién habría llamado aquella loca? Y, lo más importante, ¿la habrían localizado? Mucho se temía que sí—. ¿Visteis algo más?

El segundo niño se encogió de hombros.

—No.

—¡Sí! —El otro miró a su compañero como si fuese tonto, por no recordar algo tan importante—. Estuvo llorando.

—Ah, es verdad.

—¿En serio? —El muchacho que lo había dicho, asintió con plena seguridad. De hecho, lo hicieron los dos—. ¿Y sabes por qué?

—No. Pero lloraba mucho. Por eso me fijé en el color de sus ojos. ¡Es muy chulo!

—Sí que lo es... —Víctor apretó los labios. ¿Qué habría pasado? ¿Con quién habló? ¿Por qué demonios no le había dicho nada? Se temía lo peor. Agradeció la información a los niños con una propina para que se comprasen un carro de chucherías y decidió volver de inmediato a la casa.

Estaba claro que Kira se había marchado. Recordó su sueño la noche anterior. ¿Le puso algo en la cena? Seguramente. Solo le quedaba una salida. Sacó el teléfono que había comprado para una urgencia y marcó el número de Nask.

Sonó tres veces antes de que una voz seria y cauta, con fuerte acento ruso, preguntase:

—¿Quién llama?

—Soy yo.

El tono de Nask cambió de inmediato. Se volvió irónico, burlón pero con buenas dosis de enfado. Normal. Debía estar indignado con él y no podía reprochárselo.

—Hombre, pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Víctor Derry en persona! ¡Qué honor! ¡Gracias por llamar!

—De nada. No seas sarcástico.

—Y tú no seas tan hijo de la gran puta. Ya puedes empezar por disculparte y darme una buena explicación.

—Eso no importa ahora, no es...

—¿Que no importa, cabrón? —Bajó la voz, que había subido mucho. No estaba en su despacho, porque oyó sus pasos y sonidos de movimiento. Lo imaginó buscando un rincón para hablar con tranquilidad, sin que le oyesen—. ¿Que no importa? Lo que me faltaba por oír. Sabes perfectamente la situación en la que estamos metidos y me has dejado aquí tirado, a merced de nuestros jefes...

—Lo siento, Volodia, de verdad, te aseguro que no he tenido más remedio. Sabes que, de otro modo, no lo hubiese hecho. Jamás te dejaría atrás. —Nask guardó silencio, posiblemente recordando que, si seguía vivo, fue porque Víctor había vuelto a por él, cuando le alcanzó una bala en su huida, en Afganistán. Incluso cargó con él durante kilómetros, hasta encontrar ayuda—. ¿Cómo va todo?

—Pues imagínate. Esto está de lo más divertido. Mi jefe quiere matar al tuyo y el tuyo quiere matar al resto de la humanidad, empezando por el idiota que detuvimos en el robo. —Howard Davis, claro. Así que seguía vivo. Menos mal. Los contactos a los que había recurrido esos días, gentes de la Megaglobal a las que había pedido que intentasen indagar, no habían podido confirmárselo—. Me ha resultado muy difícil mantener con vida a tu amigo, en semejante situación.

—No es mi amigo. No le conozco más de lo que puedas conocerle tú. Pero gracias.

—No me las des, no lo he hecho por ti. —Alguien le dijo algo y Nask respondió en ruso que necesitaba cinco minutos. Volvió a atenderle a él. Hablaba todavía más bajo—. ¿Y qué? ¿Qué piensas hacer? ¿Acaso nos vas a bendecir de una puñetera vez con tu presencia?

—¿Sabes algo de la chica? —No quería decir el nombre, por si todavía no habían confirmado su identidad. Silencio—. Si sabes algo, dímelo, Volodia. Está en peligro y no creo que sepa cómo salir de esta por sí misma.

Volodia tardó un par de segundos en contestar:

—La señorita Carter llamó ayer desde una cabina al móvil de Howard Davis.

—Ya. Lo imaginé. —¡Joder, joder! Kira no era ninguna novata. ¿Cómo podía haber sido tan imprudente?—. Menuda loca...

—Un poco. Por suerte para ella, lo tengo yo. He dejado un hombre de vigilancia continua en su casa y otro en la de Howard Davis, pero guardé el móvil por si se daba un caso como este, que intentara contactar con él.

—Y la muy tonta lo hizo.

—Bueno, no podemos reprochárselo. Estaba preocupada por él. — Casi pudo sentir su sonrisa burlona—. ¿Eso te molesta?

—No es asunto tuyo. Supongo que localizaste la cabina de inmediato.

—Antes de terminar nuestra conversación, sí, ya sé por dónde os habéis escondido. Pero de momento no he mandado a nadie, no creo que llegue a ser necesario. La señorita Carter y yo hablamos y llegamos a un acuerdo.

—¿Cuál?

—Le he pedido que venga. Tiene que reunirse conmigo esta tarde.

—¡Maldito! ¡No se te ocurra hacerle nada! ¿Me has oído, Volodia?

—Alto y claro. Escucha, idiota, la he citado sin decírselo a nadie. Tengo que hablar con ella y...

—No había nada en la caja.

—Sí, eso dice.

—Y es la verdad, joder. Por si no fuera suficiente con las imágenes en las que se ve a Kira cuando descubre que está vacía...

—Sí, me las ha enseñado Martha.

—Bien, pues mientras se producía el robo me llamaron para avisarme. También a Gólubev. ¿No te lo ha mencionado?

—No. ¿Sabes quién pudo ser?

—Sí, fue Sunday, el tipo del que habló Davis, el que les contrató en nombre de Carter. Lo comprobé cuando le cogí el móvil, en casa de Kira. ¿Te das cuenta? Querían que los atrapáramos, a los dos, y viendo que no daba la alarma, ese cabrón me llamó. Y, de haberlos capturado en ese momento, ambos lo sabemos, ahora estarían muertos y sus cuerpos en el fondo del mar.

—Sí, es lo más probable. En ese aspecto mi jefe suele ser más caprichoso que el tuyo.

—Ya te digo. No contaban con que yo dejase escapar a Kira. Y, cuando fui a buscarla estaba ese tipo, Palm Sunday, en su casa. Iba a matarla, Volodia. Querían eliminarla para evitar testigos. Te digo que todo esto ha sido una trampa.

—Eso parece... —masculló Nask—. Estoy de acuerdo en que hay algo muy raro en todo esto y sabes que confío plenamente en ti, por eso me siento inclinado a creer en la palabra de la señorita Carter. Pero está metida hasta el cuello y yo solo no voy a poder sacarla de esta. Es muy serio, Víctor. El Consejo está viniendo hacia aquí, hacia el Queen of Sheba.

—¿El Consejo de Megaglobal? —Víctor abrió mucho los ojos.

—En pleno. Los tres. Ni siquiera Nóvikov recuerda la última vez que se juntaron en un sitio, con el miedo que tienen a un atentado, esos hijos de puta. Pero vienen, así que puedes imaginarte la importancia que le dan a la situación. Te lo repito: es muy serio. Si de verdad quieres ayudarla, vuelve al hotel. Cuanto antes.

Dudó, pero tenía razón. Además, sin Kira, ya no le quedaba nada que hacer en esa casa.

—Saldré para ahí en cuanto pueda. Espérame antes de tomar ninguna decisión.

—De acuerdo. ¿Cuánto tardarás en llegar?

—Depende. Varias horas. Tengo que alquilar un coche. O cogeré un avión, si hay algún vuelo inmediato.

—¿Y tu coche?

—Mmm... Digamos que me lo han cogido prestado.

Volodia se echó a reír.

—Vaya. La señorita Carter es osada. ¡Cogerte el coche! Ni a mí me lo dejas.

—¿A ti? Ni loco. Te he visto destrozar alguno que otro hasta no dejar reconocible ni el chasis.

—¡No seas injusto! ¡Nos estaban persiguiendo!

—Pues por si acaso nos vuelven a perseguir. Da igual, no te preocupes. Buscaré algún medio y saldré para allá lo antes que pueda. Te llamaré desde este mismo número en cuanto llegue.

—Vale.

—Cúbreme las espaldas. Si me ve Gólubev, intentará estrangularme.

—No te preocupes, yo me ocupo. Ven y hablamos. Pero me vas a tener que dejar llevar este asunto a mi manera, Víctor —añadió, con tono serio—. Por favor, nos jugamos mucho todos.

—Kira es cosa mía.

—No, compañero, de eso nada. Kira es cosa mía hasta que el asunto haya dejado de ser peligroso para todos. Yo me ocupo. O lo tomas o lo dejas.

Víctor titubeó, pero bien sabía que no tenía más remedio que aceptar.

—Está bien. Tú decides. Confío en ti.

—Perfecto. Te espero.

Colgó. Víctor también cortó la comunicación, sabiendo que no tenía más alternativas. Eran casi la una y media del mediodía. Llamó al aeropuerto más cercano, pero no había ningún vuelo que le viniese bien. No podía depender de un autobús o un tren, mejor alquilar un coche. En aquel pueblo

tan pequeño no podría hacerlo, pero podía coger un autobús hasta la ciudad más cercana.

Metió sus cosas en una bolsa y volvió a bajar. Echó un vistazo a su alrededor, para estar seguro de que no se dejaba nada. No por tratar de evitar que se supiera que había habido gente, eso hubiese sido imposible. Había cosas en la nevera y algo de ropa usada, como las toallas de la ducha, pero ya resolvería eso. Le contaría la verdad a Martha en cuanto la viera, seguro que se ofrecía a decir a su hermana que le había cedido ella la casa unos días. Y eso, incluso sabiendo que se iba a disgustar en cuanto se enterase de que había estado allí con otra.

Al salir por la puerta no pudo evitar un sentimiento de pena. Lamentaba marcharse, que se hubiesen terminado esos días, porque no recordaba haber sido tan feliz en mucho tiempo. Quizá Kira y él pudieran volver en algún momento. Si conseguían superar el lío en el que estaban metidos...

—¡Edward! —oyó, cuando bajaba las escaleras del porche. Como no era él, y andaba demasiado atribulado con sus pensamientos, estuvo a punto de no hacer caso; pero la llamada se repitió, y de pronto recordó el nombre falso que había dado en el sitio.

Víctor se volvió. La señora Jackson, aquella amable vecina que le recordaba vagamente a su abuela, avanzaba hacia él, con una bolsa de supermercado enorme que parecía llena a rebosar de pimientos verdes. A pesar de sus prisas, Víctor sonrió. La mujer le caía simpática.

—Hola, buenos días, señora Danvers... Carol.

—Ya tardes casi. —Lanzó una risita—. ¿Qué tal? Bonito día, ¿eh? —Le tendió la bolsa—. Mira, os traigo unos pimientos de mi huerto. Que Rose te los ponga con un buen guiso. ¡Veréis que buenos!

—Seguro que sí, pero me temo... —Dudó sobre cómo plantearlo,

pero no había mucho que decidir—. Lo siento, Carol, pero es que hemos tenido una bronca monumental y Rose se ha marchado. Justo ahora salía, para intentar alcanzarla. Dudo mucho que volvamos por aquí.

—Oh, vaya...

—Tenemos problemas, en nuestro matrimonio, por eso vinimos, ¿sabe? Pasar aquí unos días, lejos de todo... pensamos que nos iría muy bien.

—Se encogió de hombros, con expresión de marido agobiado—. Pero, supongo que los problemas nos persiguen allá donde vamos.

La anciana asintió, comprensiva.

—Suele pasar, sí.

—Por eso. Anoche tuvimos una fea discusión y se fue. No sé dónde. —Intentó parecer desolado. Eso no le costó mucho. Solo tenía que pensar en Kira en manos de Gólubev—. Tengo que irme también. Tengo que encontrarla.

—Ya entiendo... Bueno, no te entretengo entonces. Mucha suerte.

Víctor asintió. En el último momento se le ocurrió una idea.

—Me dijo que tenía usted llave de la casa, ¿no?

—Sí, pero bueno, me la dejó Martha por si algún día era necesario para algo. Nunca la uso...

—Lo sé, lo sé, pero hemos dejado la cocina llena de comida. Sería una pena que se echara a perder. Hay mucha fruta, leche, yogures y, sobre todo, unos estupendos filetes en la nevera.

—Ah, caramba... Pues claro, sería un crimen que se perdieran, sí.

—Por eso. Pase y coja lo que quiera, vacíe la nevera sin problema. —Sonrió—. Ha sido un placer conocerla, Carol.

—También para mí —respondió ella. Víctor empezó a alejarse pero le volvió a llamar—. ¡Edward! —Él la miró y la anciana titubeó—. Veras, muchacho, yo no me quiero meter, pero... Bueno, has sido amable y quiero

aconsejarte con lo poco que he aprendido en esta vida. Ten cuidado y no te obceques. Quizá, has tenido suerte, aunque todavía no lo sepas. —Agitó la cabeza—. Me temo que no siempre acertamos al elegir a la persona amada.

—¿Qué quiere decir?

—Tu esposa no es muy... agradable que digamos —explicó ella, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Alguien que ni sabe sonreír en respuesta a un saludo, no es alguien con quien será fácil vivir.

Ah, claro. El papel que había adoptado Kira. Rose era una mujer de convivencia difícil, como poco.

—Bueno... Yo tampoco es que haya sido un marido perfecto, se lo aseguro. Kir... Rose lo está pasando mal —terminó, llamándose bellaco. ¡Había estado a punto de meter la pata!—. Créame, no es tan mala como imagina.

Carol parpadeó y sonrió.

—Será así, porque se nota que la quieres.

Él sonrió.

—Mucho. Desde siempre y para siempre.

—Eso sí que es bonito. —Le palmeó la mano con cariño—. Ve por ella, entonces. Y no permitas que nada ni nadie se interponga entre vosotros.

—Gracias. Así lo haré. ¿Sabe dónde puedo alquilar un coche?

La anciana le miró confusa.

—¿Alquilar? ¿Un coche? Pues no sé, en la ciudad, supongo. Yo no sé, no tengo ni carné de conducir.

—Claro... —Lo esperado. Y a saber si, para cuando llegase a la primera oficina, habrían cerrado para comer—. Está bien, no se...

—Espera, espera... —Le interrumpió ella, con expresión de haber tenido una idea—. Se me ha ocurrido algo. Si sabes montar en moto, puedo dejarte la de mi nieto. La tiene aquí, en mi garaje, porque en ciudad no la usa

nunca. Solo en vacaciones.

Víctor la miró interesado.

—¿Qué moto es?

—Ay, no sé, hijo. Una grande. —Se encogió de hombros—. Se va con ella a muchos lados. Incluso a otros países.

—Perfecto. —Echó mano a la cartera—. Se la compro.

—Oh, no, ni hablar. Es de mi nieto, no te la puedo vender. —La señora Danvers sonrió, traviesa—. Pero seguro que no es necesario. Ya la devolverás, cuando puedas. Eres amigo de Martha y Marisa. Me puedo fiar de ti.

Víctor se sintió un poco culpable, pero no podía cambiar las cosas. Eso sí, se juró que algún día devolvería personalmente esa moto y le contaría toda la verdad a aquella mujer. Sonrió.

—Gracias, Carol. De corazón.

La moto era una buena BMW, muy potente, con la que se arriesgó más de lo debido en tramos en los que hacerlo era jugarse la vida, pero gracias a ello no tardó ni la mitad del tiempo que había calculado para regresar. Pudo evitar muchos atascos y tomar hatajos imposibles para un coche.

Pero, aun así, fueron unas cuantas horas seguidas de viaje. Cuando aparcó frente al Queen of Sheba para telefonar a Nask y decirle que ya había llegado, estaba al borde del agotamiento. Bajó de la moto, con la sensación de que ya nunca podría volver a caminar normalmente, por el dolor de piernas, y marcó el número.

Pocos minutos después, el ruso salió del edificio. Con él, venía Martha.

—¿Estás loco? —le gritó ella, enfadada como nunca la había visto—. Pero ¿qué coño pasa contigo, Víctor? ¿De verdad golpeaste a Gólubev y te

fuiste?

—Lo siento —se disculpó él. ¿Por qué se sentía como un crío al que hubiesen pillado en falta?—. Te juro que no me quedó más remedio.

—¿En serio? ¡Como si eso me importara lo más mínimo! ¿Por qué demonios no me lo dijiste? Cuando te ibas, estuvimos hablando. No sé si lo recuerdas, pero mencionamos temas como la lealtad y la confianza —añadió irónica—. ¡Y no me dijiste nada! Al contrario, ¡me engañaste!

—No te engañe. Simplemente, no te lo dije.

—Simulaste normalidad, Víctor. Me hablaste como si no pasara nada para poder marcharte sin que intentase detenerte. Eso, fue un engaño.

—Por favor, Martha, ¿pero qué dices? Ni por un momento pensé que pudieras ser un obstáculo. Tengo muy claro que puedo confiar en ti, que eres mi amiga. Simplemente, lo hice para protegerte. ¿No te das cuenta de que no quería comprometerte más de lo que ya pudieras estar?

—¿Ah, sí? ¿Dejándome fuera? —De pronto, tuvo sus dudas de que se estuviese refiriendo al asunto del robo. Describía bien lo que había sido su relación—. ¿Apartándome, como siempre?

Volodia les miró alternativamente, como evaluando el tipo de vínculo que mantenían. Incluso parecía algo molesto, de un modo que no le había visto nunca. Casi parecía celoso. Así que el ruso mostraba interés por Martha... Qué curioso, sobre todo porque recordaba que a ella, Nask no le resultaba indiferente. Y el caso era que, de algún modo, Martha y Volodia combinaban bien. Tendría mucha gracia una relación entre ellos. Si se presentaba la ocasión, pensaba potenciarla.

—Venga, ya solucionaréis vuestros problemas más tarde, tortolitos —dijo el ruso, para zanzar el tema—. Ahora subamos. Hemos de preparar un plan. Uno infalible, a ser posible, que son los que más me gustan.

—Tengo algunas ideas —replicó Víctor—. Espero que me podáis

echar una mano, para recabar datos.

—Claro. Lo que necesites. —Echaron a andar—. Es una suerte que hayas llegado tan pronto, Víctor. ¿Pudiste tomar un avión?

—No, he venido en moto. Me la prestaron. —Miró a Martha—. La vecina de la casita de tu hermana. Hemos pasado allí estos días.

—¿Qué? —Ella se detuvo otra vez, como clavada en el suelo—. ¿Has llevado a tu amiga *allí*? —Pareció tan dolida que Víctor se sintió fatal. El hombre más detestable del mundo. Un auténtico cabronazo—. ¿Y cómo conseguiste la llave? —La respuesta fue evidente—. Víctor, te voy a matar.

—Fue lo primero que se me ocurrió, lo siento.

—Y era un buen escondite —coincidió Volodia—. Dudo mucho que se me hubiese ocurrido buscaros por allí, ni en los próximos siete siglos.

—Eso supuse. —Viendo que Martha seguía mirándole indignada, Víctor suspiró. Estaba claro que eso no iba a poder dejarlo pasar. Se frotó el rostro con las manos—. Volodia, por favor, ¿puedes darnos un minuto?

Nask les miró alternativamente. Asintió.

—Iré llamando al ascensor. No dejéis que muera de viejo. Sería una crueldad.

Víctor esperó a verle entrar en el edificio, y se encaró con Martha.

—Lo siento —le dijo, y era cierto. No podía soportar la decepción que veía en sus ojos.

—¿Por qué? —replicó ella, con una voz tan dolida como su mirada—. ¿Por haberme engañado? ¿Por no haber contado conmigo? ¿Por haberte reído de mí, llevando a otra mujer al lugar al que te había invitado diez minutos antes? —Se tapó el rostro con las manos—. ¡Dios, qué patética soy! ¡Qué ridícula!

—¡Por favor, Martha! ¿Cómo puedes pensar eso? No es cierto. Lo que pasa es que, de no haberlo mencionado tú, ni me hubiese acordado. Pero

lo tenía en mente y, al presentarse el problema, me pareció una buena solución. Entiéndelo, teníamos que escondernos. Si lo hice, fue por eso, porque temía por nuestras vidas. No quería reírme de ti ni faltarte al respeto. Eso jamás. Yo te quiero. No como tú deseas que lo haga, pero te quiero. Eres mi mejor amiga, mi compañera. Jamás quise hacerte daño.

Ella le escrutó durante mucho tiempo. Víctor no la interrumpió, pese a que llegó a calibrar la posibilidad de que la broma de Nask sobre lo de morir de viejo se convirtiese en algo real. A ese paso le encontrarían junto a la puerta del ascensor, apoyado con un dedo en el botón de llamada, y convertido en un esqueleto cubierto de telarañas.

Finalmente, Martha asintió.

—Esa mujer significa mucho para ti, ¿verdad? —Víctor titubeó—. No me mientas más, Víctor, te lo ruego. Afirmas que me quieres, así que, por favor, dime la verdad. Sé sincero conmigo.

Él afirmó la mandíbula. Era cierto. Después de todo lo ocurrido, después de todo lo vivido, merecía la verdad.

—La amo. Siempre la he amado. Kira Carter es la mujer de mi vida. —Martha se llevó una mano a la boca—. Precisamente por eso intenté evitar que pasara lo que... ocurrió en Zermatt. No quería que te crearas ilusiones conmigo. Eres una mujer maravillosa, Martha, y te quiero, pero siempre he sabido que mi corazón está en otro lado. No puedo evitarlo.

Por la mejilla de Martha se deslizó una lágrima solitaria. Víctor la miró con horror, pero, antes de que le diera tiempo a decir nada, ella misma la borró, con gesto impaciente.

—Supongo que no siempre podemos controlarlo todo —respondió—. Anda, vamos.

Él agitó la cabeza.

—¿Estás bien?

—No, pero lo estaré. Te aseguro que lo estaré.

Víctor también lo creía. Martha era una mujer fuerte. Y ni siquiera había estado enamorada de él, solo había rondado ese sentimiento. O, al menos, eso prefería creer. Qué complicada era la vida.

Se reunieron con Nask, que miró a Martha con expresión grave. No dijo nada. Subieron al ascensor. La mente de Víctor no dejaba de dar vueltas alrededor de todo lo que tenían que hacer. Y sin errores, si querían lograr un auténtico milagro.

—¿Has visto las imágenes que guardamos en la nube, Martha?

—Solo parte. Son muchas horas de grabación. He empezado desde *La cúpula* hacia arriba y todavía estoy en la planta baja. Pero las tengo todas organizadas por pisos y tiempos, para lo que necesites.

—Perfecto. —Eso le evitaría mucho trabajo, porque había momentos y lugares concretos que quería verificar—. ¿A qué hora vendrá Kira, Volodia? —preguntó, cuando estaban a punto de llegar a su destino, la planta veinticuatro.

—A las siete —contestó Volodia. Añadió un encogimiento de hombros—. Espero que en punto. La amenacé con matar a su amigo a las siete y cuarto, si no había aparecido.

—Qué brutos sois. ¡Cómo podéis decir esas cosas, ni en broma...! —gruñó Martha, que pensaba que era puro farol.

Salió del ascensor y avanzó por el pasillo sembrado de matones, sin hacer caso de ninguno de ellos. Al fondo, Wamba abrió la puerta de la suite y la recibió con un gesto amable poco habitual en él.

Un poco por detrás, Volodia y Víctor intercambiaron una mirada.

Más le valía a Kira estar a la hora.

CAPÍTULO 19

Aquella tarde, el Queen of Sheba parecía tan normal como de costumbre, un lugar concurrido, cosmopolita y elegante, en el que la gente disfrutaba de la vida y el dinero. Como negocio, debía ir viento en popa, porque Kira vio aquí y allá grupos de turistas de todas las edades y nacionalidades; también había muchos hombres y mujeres con aspecto de estar en viajes de trabajo, además de los empleados habituales.

El joven de recepción, Gerard, sonrió de oreja a oreja, aunque fue evidente que no la había reconocido. Le hubiese resultado imposible. La morena sexy que había sido Liz Forrest tenía poco que ver con la joven y sofisticada pelirroja que se detuvo frente al mostrador. Esta, llevaba el cabello recogido en un bonito moño y un vestido gris perla con flores de un tono más oscuro. Era de alta costura, realmente precioso, largo hasta medio muslo y suelto como una túnica romana.

Los tacones, altísimos, con bolso a juego, quizá no lograrán que fuese tan alta como Nask, pero al menos no tendría que verle desde una posición muy inferior.

—¿Puede avisar al señor Nask, por favor? —preguntó Kira.

—Por supuesto, señorita. —Descolgó el teléfono interior—. ¿Tiene cita?

Kira dudó. Podía decirse que sí.

—Me está esperando. Dígale que está aquí la señorita Carter.

—Un momento. —Marcó un número y esperó un par de segundos—. ¿Señor Nask? La señorita Carter pregunta por usted. Dice que la está esperando. Sí, por supuesto. De nada, señor. —Colgó el teléfono y sonrió a Kira—. El señor Nask me pide que le diga que se reúna con él en la suite Presidencial. —Señaló los ascensores—. Puede subir hasta la planta veintidós

y luego pulse el botón VIP. Desde la sala de seguridad se ocuparán de monitorizar su acceso a los pisos superiores. La estarán esperando.

—Gracias.

Kira se dirigió al ascensor y subió. Durante el trayecto, tuvo tiempo de admirar su reflejo en el espejo y se sintió satisfecha. Al fin y al cabo, había estado bien que no adelantasen la cita...

Había tenido algunos problemas en el viaje, porque se perdió un par de veces por rutas secundarias, pero aun así había llegado a la ciudad pasado el mediodía. Le quedaban un montón de horas antes del encuentro. ¿Qué sentido tenía esperar?, se dijo, de modo que decidió llamar a Nask y proponerle adelantarle. Pero, no había sido posible. Nask le había dicho que él tenía varias reuniones y que no iba a poder estar con ella hasta la hora convenida.

También le advirtió que lo mejor que podía hacer era no acercarse por el hotel antes de tiempo. A saber qué podría pasarles, a ella y a Davis, si no estaba él para protegerlos.

—A las siete en punto, señorita Carter —insistió—. Le pedí que no viniera tarde, pero tampoco puedo recibirla antes.

Visto lo visto, había descansado unas horas en un motel, se había dado una buena ducha y luego se había comprado algo de ropa y había ido a una peluquería. Quería impresionar, por si eso la ayudaba en la negociación. Quizá se había pasado. En el gasto, seguro, porque se había fundido todos sus ahorros en aquellas prendas.

Durante el último tramo, que hizo sola, el panel de botones empezó a emitir una curiosa luminosidad azul, como si de verdad estuviese entrando en otro mundo. Cuando la puerta se abrió, se encontró en un vestíbulo del que partía un pasillo amplio, con los suelos cubiertos por una alfombra muy elegante, y grandes ventanales.

El lugar tenía un aspecto muy lujoso, más incluso que en el resto del edificio, de ser eso posible, desde los apliques de las luces hasta la madera de suelos y rodapiés. Los cuadros de las paredes eran originales y seguro que carísimos.

A lo largo del pasillo, pudo ver cuatro hombres enormes, de pose y aspecto muy similares, todos vestidos con traje caro, gafas de sol negras y un pinganillo en la oreja. Seguro que eran lo que parecían: matones de gente muy importante. Se mantenían firmes, las piernas separadas, las manos unidas.

Hubiese podido pensar que solo eran estatuas, pero uno de ellos se movió entonces y se acercó a recibirla.

—Por favor, señorita Carter, venir aquí —dijo, con un acento muy cerrado, mientras señalaba a un lado, con un gesto. Gracias al movimiento, pudo ver con claridad la pistola sujeta en la sobaquera. Como para negarse. Kira le siguió obediente, algo amedrentada.

El pasillo tenía varias puertas dobles a ambos lados. Antes de llegar a las centrales de su izquierda, se abrieron y pudo ver un negro imponente, vestido de mayordomo. Apenas la miró; le dedicó un saludo con la cabeza y le franqueó el paso con la majestuosidad de un emperador.

Una vez dentro, hizo un gesto para que le siguiese. No habló, nadie dijo nada. Kira fue tras él hasta un gran salón, una estancia inmensa, que parecía desbordar espacios y luz por todas partes.

¡Qué barbaridad! ¡Cómo vivían los ricos! Piano a un lado, sobre una tarima, para poner música en sus fiestas; cerca, una barra de bar muy sofisticada, taburetes incluidos; un tresillo con varios sillones tapizados en blanco, realmente precioso; un comedor de lo más *chic* a la derecha...

Había grandes puertas de madera reluciente a los lados, era de imaginar que conducían a otras secciones de la suite y, más allá, unas grandes

cristaleras a través de las que pudo ver un bonito jardín con piscina. Teniendo en cuenta que estaban en un piso veinticuatro, disponer de esa clase de lujos resultaba impresionante.

Le hubiese gustado trastear por allí; qué caramba, le hubiese gustado hasta morir allí, para el caso, pero no se detuvieron. Su guía abrió una de las puertas laterales y le indicó que entrase. Tras un pasillo más corto, Kira se encontró en un despacho acorde con el salón por el que acababa de pasar. Muy amplio, tenía un escritorio de cristal a un lado y un tresillo al otro.

No había archivadores ni estanterías con libros, pero no dejaba de parecer un espacio de trabajo, quizá por el flexo y el portátil de aspecto moderno que vio sobre la mesa.

En la zona de la salita esperaba un hombre de pie, con un maletín de médico en la mano. Otro, estaba sentado cómodamente en el sofá, con una pierna cruzada sobre la otra, aunque se levantó al verla entrar.

Era Vladimir Nask.

—Señorita Carter —dijo, con el mismo acento ruso que recordaba, mucho más suave que el de su matón. Le tendió la mano. No se le escapó el brillo de admiración que cruzó sus ojos—. Qué grato volver a verla. Muchas gracias por venir, de verdad, y por prepararse de esta manera. Valoro mucho la elegancia y el arreglo personal. Está usted preciosa.

Kira enrojeció.

—Señor Nask. —Aunque no encontraba mayor sentido a tanta formalidad, aceptó el gesto. Fue a estrechar su mano, pero él la retuvo y besó la suya de un modo que ni siquiera pareció anticuado—. Gracias por recibirme.

—Un placer, bien lo sabe. —Sonrió con picardía—. Espero que algún día podamos bromear con el asunto de nuestra cita pendiente.

—Sí, bueno... —El corazón le dio un vuelco. Debía tratar con mucho

cuidado este tema—. También fue mala suerte que nos encontráramos ese día. Como comprenderá, no estaba yo para ligues.

¿Había sonado algo estirada? Tenía la impresión de que sí, por los puros nervios, pero Nask se echó a reír.

—No, ya me imagino. Así es la vida, una concatenación de sorpresas. Ya ve, me fijé en usted. Claro que no es de extrañar, porque soy un hombre con un gusto exquisito, y usted es una mujer muy hermosa.

—Muchas gracias. —Nask conseguía hacer que se sintiese halagada, pero Kira no podía olvidar para qué estaba en ese sitio. Intentó centrarse—. Quisiera ver a Howard Davis.

—Ah, sí, nuestro buen amigo Howard Davis. *Luego.* —Sí, mucha simpatía, pero el tono resultó definitivo. Como para replicarle—. Ahora, por favor, hablemos del contenido de la caja que abrió.

—¿Contenido? Ya le dije que la caja estaba vacía. Se lo juro.

Le miró directamente a los ojos, poniendo en ello todo su empeño. Intentó dejar claro que le estaba abriendo su corazón y su mente, que decía la verdad, pero quizá Nask había oído hablar de la señorita Sapkowski, porque se limitó a estudiarla pensativo.

—Me temo que no puedo aceptar su palabra sin más. Ambos sabemos que el engaño forma parte de su forma de ganarse la vida, señorita Carter. — Así que, sí, otro que había oído hablar de la infalible vidente ucraniana. Genial—. ¿Está dispuesta a demostrarlo?

—Por supuesto. Pero ¿de qué modo podría hacer algo así? ¿Qué quiere que haga?

Nask hizo un gesto hacia el otro hombre.

—Le presento al doctor Korovin.

El médico y Kira se miraron con fijeza, pero ninguno saludó al otro. Había algo realmente inquietante en aquel hombre de rostro enjuto, algo que

iba más allá de sus ojillos fríos. Demasiado pálido, demasiado seco... Le recordaba a Nosferatu. Casi parecía una personificación de la muerte que llegaba a buscar las almas en tránsito, más que alguien entrenado para restaurar la salud de nadie.

—El doctor Korovin es una eminencia médica —siguió diciendo Nask—. Un cirujano soberbio, aunque últimamente se está especializado en... cómo decirlo. En revelar la verdad, sin cortapisas. Sacarla a la luz.

Kira tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no dar un paso hacia atrás, amedrentada.

—¿Habla... habla de tortura?

—No, no, por favor. —El ruso puso mala cara y alzó ambas manos, como intentando calmarla—. Señorita Carter, seamos civilizados. Créame que no tengo la más mínima intención de hacerla gritar, al menos no de ese modo, y solo lo haré si quiere —añadió, y se echó a reír al ver su expresión—. Es broma, es broma. No se preocupe, solo pretendo tranquilizarla.

—Pues no sé si está teniendo mucho éxito.

—Esa impresión me ha dado. Por favor, tranquilícese, estoy de su parte. —La miró fijamente, como había hecho ella antes, intentando convencerla de su sinceridad—. Le diré lo que vamos a hacer. Permitirá que nuestro estimado doctor le ponga una inyección.

—¿Qué...?

—Tranquila —insistió—. No le va a doler, se lo aseguro. Luego, mis colegas le harán una serie de preguntas y usted las contestará, y lo hará con toda sinceridad, no podrá quedarnos ninguna duda. Si es cierto que no tiene nada que ocultar, tampoco tiene nada que temer.

Ella titubeó. Ni le gustaban las agujas, ni le hacía ninguna gracia que le inyectasen a saber qué. Lo que menos le importaba era lo del interrogatorio, porque no tenía nada que ocultar, pero sin la droga no la

creerían...

Carraspeó.

—¿Tengo alternativas?

La expresión de Nask fue lo bastante neutra como para provocarle otro arrebató de miedo.

—Sinceramente, sí. Pero no van a gustarle.

«Estoy segura de ello», pensó ella, con un suspiro. Pues nada. No le quedaba más remedio que seguirle el juego.

—Está bien. Confiaré en usted.

El ruso sonrió.

—No sabe lo que me alivia oírle decir eso. Y lo que me alegra, porque así todo va a solucionarse rápido, sin complicaciones para nadie. —La estudió apreciativamente—. Es usted una mujer muy hermosa, señorita Carter, seguro que ya lo sabe. No voy a negar el... interés personal que siento por usted. Si es lista, sabrá aprovecharlo. —Kira mantuvo su mirada, aunque con dificultades. Él sonrió—. Por favor, siéntese.

Ella obedeció. Nask hizo una señal al médico, que abrió su maletín y preparó una jeringuilla con un líquido ligeramente amarillento. Cuando le vio avanzar en su dirección, Kira no pudo evitar retroceder de forma instintiva, pero la expresión de Nask le quitó de la cabeza cualquier idea de intentar huir.

El doctor Korovin le tomó el brazo. La manga, amplia, no supuso ningún problema. Aplicó un algodón con alcohol en la parte interior del codo y le puso la inyección con pericia.

Al menos en eso habían dicho la verdad, porque no le dolió nada.

Nask utilizó ese tiempo para hacer una llamada con el móvil. Habló en un idioma que le resultaba desconocido, pero que le sonaba a ruso. Fue muy breve, más que una conversación pareció estar dando un aviso con

algunos detalles, algo que apenas duró un par de minutos. Cuando terminó, el médico y él intercambiaron una mirada de entendimiento.

—Bien, el efecto será prácticamente instantáneo —le dijo Nask—. Si nota cualquier malestar, sofocos o taquicardia, avísenos.

—No se preocupe —dijo ella, con una mueca—. Ya he traído la taquicardia puesta de casa.

El ruso se echó a reír.

—Me alegra que se lo tome con humor. Y es usted muy graciosa, de verdad, el ingenio es algo que me gusta mucho, sobre todo en las mujeres. —Kira no se sentía muy ingeniosa precisamente, sobre todo porque no se le ocurrió qué replicar a eso—. Por mí, estaría encantado de dejarla descansar un poco, pero será mejor que vayamos a la reunión. Nos están esperando.

—No se preocupe. Estoy bien.

—Estupendo. —Señaló la puerta—. Venga entonces, por favor. —Kira se puso en pie. Quizá fue por lo que le habían inyectado o lo que le habían dicho, o por el puro estado de nervios que tenía, pero le temblaron las piernas y estuvo a punto de caer. Nask la sujetó—. Permítame.

—Creo que...

Nask se volvió hacia el médico.

—¿*Doktor* Korovin?

El hombre la examinó con cuidado, comprobando su pulso y sus pupilas. Murmuró algo en ruso.

—El doctor dice que no se preocupe —tradujo Nask—. Que, entre los nervios y la droga, es normal que se sienta así.

—Me tiemblan... me tiemblan las rodillas.

—Ya lo veo. Trate de tranquilizarse, Kira, de su temple va a depender casi todo, en este día. Venga, yo la ayudaré —le propuso y le ofreció su brazo. Ella pensó en negarse, pero cambió de idea. Cuantos más vínculos

crease con ese hombre, más posibilidades tenía de conseguir que Howard y ella saliesen con vida de allí.

Además, lo quisiera o no, necesitaba ese apoyo. Seguía sintiendo las rodillas como si estuviesen hechas de goma.

Eso le hizo pensar en Víctor, en lo que le contó de Tailandia. Le imaginó intentando huir drogado, por los pasillos de un hotel de lujo, y, mientras Nask la conducía a la reunión más importante de cuantas había tenido en su vida, se sintió tan desnuda como había estado él.

CAPÍTULO 20

Nask la condujo al gran salón por el que había pasado antes, de camino al despacho. En su ausencia, habían llevado un monitor enorme, y lo habían colocado en la tarima, tapando el piano. Además, el lugar ya no estaba vacío, se había ido reuniendo allí un buen grupo de gente.

Todos eran hombres, se fijó, aunque no supuso mucha sorpresa. Varios debían ser guardaespaldas, del tipo de los matones con pinganillo que había en el pasillo, y también estaba presente el mayordomo negro, ocupado en hacer unos cócteles en la zona del bar.

Los demás, seis individuos de distintas edades, trajeados como para un anuncio de alta costura, estaban sentados entre los sillones y el sofá.

A tres de ellos, no los conocía. De los otros, dos eran rusos. Uno, el que había visto con Nask el día en que se conocieron, se llamaba Nóvikov o algo así, y estaba sentado junto a Yuri Gólubev.

El otro, era Víctor Derry.

Kira casi se tropezó al verle. «Oh, no». Poco había durado su fuga. ¡Seguro que había llegado al hotel incluso antes que ella, y eso que le había robado el Jaguar! ¿Estaría enfadado? Sin duda, aunque no lo parecía, y no podía culparle. Intentó captar algo, lo que fuera, sobre su estado de ánimo, pero él le hizo un gesto ambiguo con la boca y luego vació su rostro de toda expresión antes de ponerse a consultar algo en el *ipad* que tenía entre las manos.

Vale, pillado. Lo mejor era jugar a mantener las distancias.

—Puedo caminar sola, gracias —susurró a Nask. Él la estudió, sin acabar de creerlo.

—¿Está segura?

—Totalmente. De verdad.

Nask asintió, con un destello de respeto en los ojos, la soltó y le cedió el paso con galantería. Kira avanzó por sí misma hasta situarse frente al grupo. Una vez allí, esperó, pero nadie dijo nada, y pasado un minuto largo, se removió, inquieta. Los cinco hombres la miraban con rostros de piedra.

—Estúpida zorra... —dijo entonces Gólubev. «Dios mío, este es mi padre», pensó Kira, sintiendo una opresión en el pecho. El demonio al que servía aquel querubín diabólico que era Palm Sunday. Hermoso y frío, brutal y despiadado, un auténtico criminal forjado en los callejones más sórdidos. Qué bien.

Estaba claro que no tenía mucha suerte con los padres que le iban tocando en la rifa de la vida.

—Cállese, Gólubev —ordenó uno de los desconocidos, el de mayor edad. Tenía el pelo muy blanco y estaba ya como consumido, como si aquella piel arrugada cubriese solo huesos. Hablaba con un fuerte acento francés y su apariencia general de abuelo amable no conseguía suavizar su mirada de lobo—. Su peor defecto siempre ha sido olvidar que jamás hay que perder los modales. Nunca y por ninguna causa. —Cuando estuvo seguro de que el ruso iba a callar la boca, se centró en ella—. Bienvenida, *mademoiselle* Carter. Soy *monsieur* Brisebois. Vladimir nos ha dicho que está dispuesta a cooperar, así que vamos a escuchar lo que tiene que decir.

Allí de pie, frente a aquel grupo de hombres que tenían un aspecto tan peligroso, Kira se sintió apocada.

—Yo... No sé ni por dónde empezar.

—Empiece por el principio —sugirió otro individuo. Ese era alemán, y también tenía acento, pero mucho más ligero—. ¿Por qué demonios entró en *La cúpula*? ¿Quién organizó el robo?

—Mi padre. Bueno, Charles Carter... —añadió, al recordar lo que le había dicho al teléfono. Se llevó una mano a la sien—. ¿Dónde está Howard?

—Las preguntas las hacemos nosotros, señorita Carter —la cortó el último desconocido, asiático, no estuvo segura de si chino, japonés o coreano. O cualquier otra alternativa—. ¿Qué encontró en la caja?

—Nada. Estaba vacía.

—No nos mienta —le advirtió Nóvikov.

—¡No miento! Estaba vacía.

El hombre siguió mirándola pensativo durante varios segundos. Finalmente hizo una mueca.

—Pongamos que hacemos un esfuerzo y la creemos. —Cogió el combinado que le ofrecía el mayordomo. El negro acercó también la bandeja al asiático, al francés y al alemán, para que tomaran sus propios vasos, antes de retirarse de nuevo hacia la barra. No ofreció bebidas a nadie más. Otro modo de marcar distancias entre clases, supuso—. ¿Dónde está nuestro dinero? ¿Alguna idea?

—Yo no... No sé.

—Ya. Pues será mejor que la ayudemos a pensar. —Hizo un gesto. Se abrió una de las puertas y dos de aquellos matones vestidos de marca entraron arrastrando entre ellos a un Howard descalzo, con la ropa desgarrada y manchada de sangre. Daba la impresión de que apenas podía mantenerse consciente. Le arrojaron al suelo, frente al grupo, con brusquedad.

Kira le contempló horrorizada. Tenía el rostro cubierto de golpes y heridas, y un ojo casi invisible bajo la hinchazón del párpado.

—Oh, Dios... —musitó. Al oírla, Howard alzó un poco la cabeza.

—¿Kira? —murmuró, con un jadeo.

—Ya ve que nos tomamos este asunto con la mayor seriedad —prosiguió Nóvikov—. Estamos dispuestos a todo, señorita Carter. Por ejemplo, nos encontramos en un piso veinticuatro. ¿Quiere que su amigo sufra un lamentable accidente? —Otro gesto, y uno de los matones abrió una

de las puertas de cristalera, dejando entrar la brisa cálida de la tarde, y acercando de algún modo la barandilla que podía ver más allá, al otro lado de la piscina. El límite, antes de la larguísima caída—. Le puedo asegurar que, si me obliga a llegar a esos extremos, el señor Davis no será el único que se estrelle contra el suelo, allá abajo. Usted irá detrás.

—No, por favor... —Kira apretó los puños. ¿Por qué no la creían? ¡Tenían que creerla!—. ¡Le juro que la caja estaba vacía! ¡Estaba vacía! ¡Vacía!

El hombre se volvió hacia Nask, con gesto interrogativo.

—Es imposible que mienta, señor Nóvikov —dijo este—. La droga ha sido administrada tal y como convinimos.

—Entonces...

—Entonces, miente, a pesar de todo —gruñó Gólubev—. No me jodas, Nask, es evidente. No le habrá hecho efecto o vete a saber qué, pero los hechos hablan por sí mismos.

—A ese respecto, me gustaría exponer una posible teoría —dijo Víctor, de pronto. Los otros le miraron con ligera curiosidad—. He hecho algunas investigaciones y podría interesar la conclusión que he sacado.

—Bobadas —Gólubev le lanzó una mirada de desprecio—. Tú solo buscas salvarla porque sigues encoñado con ella. Pero la única conclusión posible es que esta chica y su padre nos han robado a todos. Si queremos que Carter nos devuelva el dinero, mandémosle un dedo o una oreja... Bah, no lo hará, ni siquiera por ella. Ese viejo cabrón no lo hará. Lo mejor es matarlos a ambos, y listo.

—¿Y dar por perdido el dinero? —preguntó Brisebois—. No, imposible, Yuri. Y no es una cuestión de cantidad, entiéndeme. Hay normas, y este Consejo se ha mantenido en pie durante años gracias a ellas. —Gólubev no respondió, así que el francés se volvió hacia Víctor—. Por favor,

cuéntenos, señor Derry.

—Bien. —Víctor se puso en pie. ¡Qué guapo estaba!, pensó Kira. Guapo y elegante, con su carísimo traje oscuro y su corbata gris, y no parecía tener miedo mientras nadaba en aquella piscina repleta de tiburones. Era uno de ellos, les iba diciendo con cada mirada directa y firme. Que tampoco él tenía límites—. Para entender lo sucedido habría que reunir todas las piezas de un gran rompecabezas que se extiende en el tiempo, hasta la época en la que Carter y Gólubev eran socios, cuando ocurrió algo que les llevó a odiarse a muerte. Pero, me temo que para conseguir comprender de verdad esta historia, hemos de empezar a deshacer el ovillo de lana por el final. Por lo que ha ocurrido en este hotel. Todo lo relacionado con ese robo.

—No dices más que tonterías, así que, al menos, abrevia —gruñó Gólubev.

Víctor se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Qué tenemos, como hecho básico? —Señaló a Kira y Howard—. Dos individuos que entraron en *La cúpula* para cometer un robo, enviados para vaciar una caja en concreto. Cuando, por diversas causas, todo salió mal, y al menos uno de ellos fue detenido, se nos dijo que el asunto había sido organizado por Carter, desde la cárcel. Pero también que alguien, «gente importante», le contactó con la intención de perjudicar a Gólubev, dado el odio que se profesan. ¿No es cierto, señor Davis?

—Sí... —Howard cabeceó. Kira sintió una lástima inmensa. No se merecía eso. Era un idiota, un cretino ambicioso pero, a pesar de todo, no se lo merecía. Le hubiese gustado ir hacia él y abrazarle, pero no se atrevió a moverse.

Víctor continuó con su exposición.

—La finalidad última del robo, al parecer, consistía en conseguir las dos claves de una cuenta de *bitcoins*, claves que custodiaba celosamente el

señor Gólubev, una en *La cúpula* y otra en la sala acorazada del séptimo piso. Sin copias de seguridad, pese a su importancia.

—¿Qué coño quieres decir? —preguntó Gólubev, agresivo—. ¿De qué cojones vale tener claves secretas de algo si distribuyes mil copias de seguridad por ahí, dando vueltas? Cada una de ellas supone un riesgo.

—Espera, espera. Luego hablaremos de eso. —Guardó silencio un instante, como para retomar el hilo de la argumentación—. Como digo, Carter fue contactado y preparó el robo pero, sorprendiendo a propios y extraños, para llevarlo a cabo, decidió contactar con su hija Kira. Alguien con quien no mantenía ninguna relación hacía años. Según la información de la que disponemos, mandó a su hija a *La cúpula*, en un robo que terminó revelándose como una trampa.

El asiático asintió.

—Sí, la verdad es que ese detalle resulta sorprendente.

—Lo es. Sobre todo porque alguien llamó y avisó de lo que pasaba en *La cúpula*. ¿No es cierto, Gólubev?

—Sí, cojones, eso es cierto. Si no me llegan a llamar, tú ni das la alarma, por querer salvar a tu chica.

—Bueno, quizá. El caso es que, mientras todos nos encontrábamos mirando hacia abajo, hacia donde las dos marionetas de Carter estaban llevando a cabo el robo, dos individuos aprovechaban para colarse en una sala acorazada que tenemos en el piso veinticinco. Dadas las circunstancias, pudimos no habernos enterado hasta mucho después; por suerte yo ya había enviado alguien arriba, y los pillamos en plena faena. Escaparon, sí, pero su mera presencia nos ofrece numerosas pistas para solucionar el enigma.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el alemán.

—Deme un momento, por favor, señor Schwarz, y lo entenderá. Necesito terminar de plantear el asunto. —Esperó a que el otro asintiera y

prosiguió—. Esas personas, como digo, estaban en una zona restringida, de alta seguridad. O sea, para conseguir acceder al último piso sin ser monitorizados desde la sala de seguridad, tuvieron que obtener antes una de las tres llaves magnéticas que permiten subir directamente, además de conocer bien el sitio. Por lo tanto, el asunto debía organizarse *desde dentro*. ¿Eso queda claro?

—Diáfano —dijo el francés.

—Bien. Hay tres llaves personales. Una la tengo yo, otra Gólubev y otra mi ayudante, Martha Budge. Ni siquiera el personal de limpieza dispone de acceso libre, su subida siempre es monitorizada desde Seguridad, siempre exactamente a las horas convenidas, y están acompañados de algunos de nuestros agentes. Por eso no les servía el suplantar a un miembro del equipo de limpieza, como podían hacer en *La cúpula*. Para subir a la planta veinticinco por su cuenta, tuvieron que conseguir una de esas tres llaves.

—Sí, sí, nos ha quedado claro, no insista —Brisebois agitó una mano en el aire—. ¿Sabe cuál usaron?

—Por supuesto. Entraron con la de Gólubev.

—¡Ya te dije que...! —empezó él, indignado. Víctor hizo un gesto pidiendo calma, para detenerle.

—Sí, sí, es verdad. En su momento, antes incluso de saber que habían entrado a robar arriba, Gólubev y yo lo hablamos y me dijo que se la habían quitado. Que bajó a tomar un café y debieron llevarse la llave entonces. Que el vestíbulo estaba lleno, hubo algún choque... Lo habitual. Pero, permitid que os muestre imágenes de las cámaras de seguridad, de esa misma mañana.

—Ya las hemos visto —le dijo el asiático.

—Sí, bueno... Permitan que les muestre las auténticas.

—¿Qué dices? —Gólubev palideció—. ¿Cómo que *las auténticas*? ¿Qué tonterías son esas?

—Verás, es que, ese mismo día, poco después del robo, alguien manipuló todas las grabaciones de las cámaras. Hizo una especie de combinado festivo, algo que mostraba lo que había pasado, pero que no daba la información auténtica, ni de lejos. Un montaje, vaya.

Gólubev torció el gesto.

—Yo no sé nada de eso.

—No te preocupes, ya te lo cuento yo. Y te lo cuento porque tienes un buen grupo de seguridad, jefe. El mejor. Por eso, desde que las cosas empezaron a salirse de madre, desde que sonó el primer pitido de la alarma, iniciamos lo que llamamos «el protocolo de urgencia».

—¿Protocolo de...? ¿Y eso qué coño es?

—Que, en casos de alarma, llevamos a cabo de forma inmediata varios procedimientos, entre ellos un volcado a la nube de toda la información del área de seguridad. Toda, lo que implica la del momento y también la de las doce horas anteriores, al menos. Eso nos permite disponer de una copia de esa información a salvo, por si ocurre algo como lo que ha pasado: que alguien intente sabotear los ordenadores de la sala de seguridad. Y es un protocolo del que solo tenemos conocimiento Martha Budge y yo, nadie más. Por eso, el trabajo del alegre realizador de *Gran golpe en el Queen of Sheba*, que debió ser mucho, no lo dudo ni por un momento, no iba a servir absolutamente para nada.

Gólubev se lo quedó mirando con cara de pocos amigos. Víctor le ignoró. Con la *ipad*, conectó con el monitor grande. Se vio una imagen del vestíbulo en gris, desde un ángulo alto, bastante picado, con el mostrador a la izquierda y los ascensores arriba a la derecha. Había gente, pero no tanta como en otros momentos y, desde luego, no estaba atestado.

Las puertas se abrieron, Gólubev salió del ascensor y se dirigió a la cafetería.

Víctor detuvo la grabación.

—Ahí —dijo—. ¿Lo ven?

—¿Qué? —preguntó el alemán.

Víctor retrocedió, a cámara lenta. Volvieron a ver cómo Gólubev abandonaba el ascensor y se cruzaba con un hombre que entraba en ese momento. Un individuo alto y delgado, con las espaldas cargadas y una barba densa. Se rozaron apenas un instante.

Volvió a detener la imagen.

—Ahí le ha pasado la llave —afirmó—. Estoy seguro.

—¿Qué? —Gólubev le fulminó con la mirada—. ¡Hijo de puta! Pero ¿cómo te atreves...?

—Bueno, estoy postulando la teoría de que tú eres el culpable de todo esto, jefe. Claro que me tengo que atrever.

—Debería pegarte un tiro ahora mismo, por decir algo así.

—Preferiríamos seguir escuchando —le advirtió el asiático, y los tres miembros del Consejo asistieron.

—Muy bien. —Volvió a mirar a Víctor—. Pero no seas idiota y no nos hagas perder el tiempo con teorías peregrinas. —Gólubev hizo un gesto despectivo—. En todo caso, me la habrá robado. Además, ahí no se ve nada.

—Cierto. Es algo que supongo, por la posición y la oportunidad.

—¿Lo supones? ¡Ja! ¡Mira, muchacho, si quieres acusarme de algo, más te vale tener pruebas bien concretas! —Señaló el monitor—. Eso que intentas que veamos ahí, lo que cojones sea, no es suficiente.

Víctor asintió.

—No, no lo es. Pero da la casualidad de que ese hombre con el que te cruzas es Robert Talbot, de mi equipo de seguridad.

—¿Talbot? Ese no es Talbot. Para empezar, Talbot no tiene barba.

—Venga, jefe, no me digas tonterías. He trabajado con Talbot durante

los dos últimos años, cada día. Le conozco como si le hubiese parido. Sé cómo camina. Es él. Disfrazado con una barba postiza, pero es él.

—¡Solo puedes suponerlo!

—Vale. Es verdad —aceptó—. Por esta imagen, solo podría suponerlo, como solo puedo suponer que le pasas la llave. Pero permite que siga planteando esa teoría un poco más, prometo aclararlo. Además, quiero recalcar que, a esas horas, Robert Talbot hubiera debido estar en la sala de seguridad, y no estaba. De hecho, esa misma mañana, minutos antes, me había pedido permiso para irse, porque tenía que llevar a su hija al dentista. Como quizá sabes, su esposa, Ellie, lleva varios días ingresada. —Miró al resto de los presentes—. Ha sido operada de apendicitis.

—¿Y todo eso significa...? —dijo Nóvikov. Su expresión indicaba que le aburrían mortalmente las vicisitudes familiares de Robert Talbot.

—Que, en ese momento, Robert Talbot no tenía por qué estar en el edificio, ni mucho menos subir disfrazado al ascensor. ¿Para qué? Su presencia ahí despertó mi interés; la barba postiza, está claro, terminó de llamar mi atención. Por eso seguí buscando.

—Bobadas... —gruñó Gólubev—. No es Talbot.

—¿Tú crees? Veamos entonces adónde iba nuestro anónimo barbudo. —Cambió de cámaras hasta mostrar un pasillo en ángulo, en un piso que Kira no conocía. La puerta del ascensor se abrió. De él salieron dos figuras que caminaban mientras iban poniéndose unos pasamontañas—. Aquí está. Sale en el veinticinco... Al que no hubiese tenido acceso de no disponer de la llave, por cierto.

—Eso es cierto, Gólubev —dijo Brisebois. Gólubev apretó los puños.

—Me la habrá robado. ¡Ya dije que me robaron la puta llave!

—Sí, por supuesto —dijo Víctor—. Supongamos que te la robó. Con ella, llegó al piso veinticinco acompañado de un hombre que ha entrado en

algún punto intermedio. De hecho, exactamente aquí.

Puso otra imagen. Era del piso trece, podía verse el cartelito con el número clavado en la pared, a un lado. En el pasillo, justo frente al ascensor, esperaba un hombre. Estaba de espaldas a la cámara y se mostraba tranquilo, casi perfectamente inmóvil. «Un profesional», pensó Kira, que había conocido muchos así.

La puerta de acero se deslizó a un lado y pudieron ver que, en el interior del ascensor, estaba el individuo de abajo, el de la barba postiza y las espaldas cargadas. No se saludaron, aunque intercambiaron una mirada de lo más elocuente, al menos eso dedujeron gracias al rostro de Robert Talbot. El que había estado esperando, subió con él. Se giró, para colocarse a su lado, y eso hizo que terminase de frente a la cámara.

Kira lo reconoció, con un sobresalto. También Howard, que se agitó, aunque no llegó a ponerse en pie.

—¡Es Palm Sunday! —exclamó, con voz pastosa. A través de los labios, pudieron verse los huecos de los dientes que había perdido—. ¡Ese hijo de puta!

—¿Quién? —La pregunta fue general. Al menos, por parte de los tres hombres del Consejo.

—El individuo que contactó con nosotros, en nombre de Carter —explicó Kira—. Él fue quien lo organizó todo y nos mandó a *La cúpula*. Luego, cuando escapé, intentó matarme...

—Así es —Víctor lo concluyó por ella, como si prefiriese que no se extendiera en explicaciones—. Palm Sunday y Robert Talbot subieron juntos al piso veinticinco con la llave de Gólubev. Entraron en la sala acorazada, abrieron la cerradura de seguridad gracias a sus habilidades, tomaron la otra clave y... listo. De hecho, solo necesitaban entrar.

—¿Qué quiere decir? —Nóvikov frunció el ceño.

—Que hemos estado ante una trampa visual muy elaborada. Se nos mostró el robo de *La cúpula* como una forma de encubrir un robo en el piso veinticinco. Pero la ilusión va incluso más allá, porque ambos robos eran falsos. Ambos intentaban ocultar una verdad muy sencilla: que las claves de la cuenta de *bitcoins* ya estaban en manos de su ladrón.

—¿Quiere decir que...? —empezó Brisebois. En vez de responder directamente, Víctor optó por explicar el asunto desde otra perspectiva.

—La clave de abajo no estaba donde se suponía debía estar. Eso ha asegurado siempre la señorita Carter, lo dijo antes y lo confirma ahora, bajo los efectos de las drogas que tan... cortésmente le han suministrado. Pero es que, además, tenemos sus imágenes dentro de *La cúpula*.

Buscó más imágenes, hasta mostrar el interior de la sala acorazada, desde una cámara cuya existencia le había pasado desapercibida a Kira. Así que, sí que tenían una cámara oculta en el interior. Claro, cómo hubiese podido ser de otro modo, con un hombre como Víctor Derry al frente de la seguridad del hotel...

Gracias a eso, se vio a sí misma, aquella terrible mañana. Con una sensación cercana al *déjà vu*, se vio, moviéndose por allí, con un aspecto más tranquilo de lo que recordaba, al menos hasta que abrió la caja. Entonces, contempló su rostro, vio su sorpresa al descubrir que estaba vacía. Como para no. Se quedó parada, confusa. Recordaba bien que no sabía qué hacer, y eso que todavía no estaba al tanto de todo lo que se iba a complicar el asunto.

—Está fingiendo —aseguró Gólubev.

—No digas tonterías. La señorita Carter ni siquiera sabía que estaba siendo grabada. La cámara interior está oculta.

—¡Seguro que se lo habían dicho!

—Podría ser. Pero parece sorprendida y, por si eso fuera poco, no saca nada de la caja fuerte. —Pulsó un botón y las imágenes pasaron rápidas,

confirmando lo dicho. Kira no sacó en ningún momento nada de la caja en cuestión—. Creo que, con esto, podemos asegurar que el supuesto contenido, no estaba. La pregunta entonces es ¿por qué no estaba, jefe? La caja era tuya y aseguras que ahí guardabas la clave.

Todos miraron a Gólubev.

—Y una mierda. Lo habrían robado antes.

Víctor agitó la cabeza.

—Me temo que eso no es posible. Perdona, pero insisto en que tienes un buen equipo de seguridad, nos hubiéramos dado cuenta de que un cliente trastea en la caja de otro. —Le miró con fijeza—. Es verdad, se trata de una prueba circunstancial. Pero si la unimos a las sospechas de que le pasaste tu tarjeta a Robert Talbot, la cosa empieza a cobrar un cierto sentido. —Se volvió hacia los demás—. La única verdad, caballeros... y señora —la incluyó, con una inclinación cortés de cabeza hacia Kira—, es que ambos robos eran falsos. Los dos los organizó la misma persona, con la única intención de implicar a Carter en todo este asunto y echarle encima la culpa de la desaparición de dinero que iba a producirse.

—Pero, si eran falsos, ¿para qué entrar arriba? —preguntó el francés—. Puedo entender que, por la razón que sea, Gólubev quisiera implicar a Carter en el robo de *La cúpula*. Pero lo de arriba, lo de subir esos dos a coger nada, porque ya lo tenían, era por completo innecesario. Podía haber dicho que también habían entrado a robar, y ya está. Sin más riesgos.

—En absoluto, monsieur Brisebois. Lo de arriba era tan necesario como lo de abajo. Necesitaba imágenes, las que se generaron en ese día y luego fueron manipuladas, para tener pruebas exculpatorias. Si os demostraba que habían entrado a robar, más allá de su palabra, estaría a salvo. Pero no ha sido así.

Gólubev se puso en pie.

—¿De verdad me estás acusando de algo?

Víctor arqueó las cejas.

—Caramba, jefe, he debido explicarme mal en algún momento. Verás, te estoy acusando absolutamente *de todo*.

—¿Ah, sí? —Le señaló con un dedo—. Pues te vas a arrepentir, cabronazo, te lo juro. Y no tienes nada, *nada* —insistió, adelantando aquel dedo como si le estuviera pinchando con él—. ¿Que yo le pasé qué a quién? ¡Venga ya! No digas tonterías, solo estás soltando mierda, a ver qué puedes manchar para salvar a tu puta. No tienes pruebas, no se ve nada. Todo lo que has dicho, absolutamente todo, puede tener una explicación perfectamente lógica y lo sabes.

—Eso es cierto —dijo Schwarz—. Para una acusación en firme necesita algo más contundente, Derry. Todo lo que ha dicho puede explicarse de otros modos. Quizá, su hombre, el que dice que lleva barba postiza, forma parte de la trama, pero es posible que robara la tarjeta de Gólubev en el momento que nos ha mostrado. Y puede que la señorita Carter estuviese al tanto de la existencia de la cámara secreta en *La cúpula*, y pusiese esa expresión de sorpresa para engañarnos. No siempre se ve bien, por lo que quizá sí que sacó algo. O quizá lo robaron antes y por lo que sea sus hombres no le avisaron, Derry.

—Eso suena bastante más extraño.

—Pero hay otras alternativas —replicó Gólubev—. Pongamos que aquí, tu puta,...

—No le llames así. Es la última vez que te lo advierto, Yuri.

Víctor había hablado tranquilamente, pero consiguió infundir el respeto necesario como para que Gólubev se retractase. Hizo una mueca y replanteó lo dicho.

—Pongamos que la señorita Carter te contactó para el robo. Todos

sabemos que estás encoñado con ella. Pongamos que tú lo has preparado todo: cogiste las dos claves y luego organizaste el aparente robo. ¡Hasta me robaste la tarjeta para implicarme más todavía!

—No seas absurdo. Eso sí que no tiene ni pies ni cabeza.

—¿No? Pues recuerdo perfectamente que alguien llamó para avisar del robo, pero tú te negabas a dar la alarma. Seguramente, para permitir la fuga de tu... *amiga*. Y cuando yo decidí hacerlo por mi cuenta, corriste a abrirle la puerta.

—Ah, la llamada, sí. —Víctor alzó un dedo en el aire—. Gracias por recordármelo. Siempre has insistido mucho en ese punto: a ti también te llamaron, por eso fuiste a la sala de seguridad. Pero... —Puso otras imágenes—. Aquí, a la izquierda, está el listado de las llamadas recibidas en mi móvil. Esa, la señalada en rojo, es la del número del señor Sunday. La de la derecha es tu lista, Gólubev.

—¿Qué? ¿Mi lista de llamadas recibidas?

—Sí. Pero hay un dato curioso. Como puedes ver, efectivamente, ese número también aparece en la tuya, a ti te llamó segundos después de llamarme a mí. Y en mi listado, la llamada dura poco, menos de cinco segundos. Pero es que, en el tuyo, no dura nada, apenas un segundo. Lo justo para conectar, una palabra y desconectar.

—¿Y eso significa? —preguntó el asiático.

—Que no les dio tiempo ni a decirle la frase que me dijeron a mí. Por lo tanto, podemos suponer que le avisaban de que me habían dado el toque. Un «¡Hecho!» o algo parecido. —Miró a Gólubev—. Tú nunca recibiste una llamada avisándote del robo, jefe, solo un toque, algo breve, para confirmarte cuál era la situación. Ya solo tenías que ir y asegurarte de que sonara la dichosa alarma.

Los ojos de Gólubev centellearon de pura ira.

—¿Cómo has conseguido...?

—Te repito, como siempre, que tienes un buen equipo de seguridad, jefe.

—¡Y una mierda! ¡Esos listados son falsos!

—Se pueden confirmar en...

—Mentiras, todo mentiras —le interrumpió—. Y chorradas sobre tiempos. ¿Quién nos dice que no has montado todo esto para quedarte con el dinero y con la chica? ¡Es un plan jodidamente genial, Derry! Me cargas a mí el mochuelo y te vas libre, a disfrutar de lo que llevas tanto tiempo buscando

Víctor apretó los labios.

—Es posible. Supongo que también podría entenderse así.

—¡Por supuesto! Y no veo que...

—Espera. Ya digo que todo eso son pruebas circunstanciales, o que podrían dar lugar a otras interpretaciones. *Pero...* —incidió en la palabra—, por suerte, tenemos otra imagen, posterior, cuando los dos hombres salen de la sala acorazada, tras agredir a mi ayudante, Martha Budge. Una de esas imágenes que se perdieron en el montaje «oficial» de las cámaras de seguridad.

Buscó con la *ipad* hasta encontrarla. Pudieron ver otra vez a los dos individuos, corriendo por el pasillo. Llevaban puestos unos pasamontañas, pero resultaban fácilmente reconocibles por la envergadura y la ropa.

Justo en ese momento, llegaba un ascensor. Los dos hombres titubearon, pero no les dio tiempo a ocultarse: la puerta se abrió y se encontraron frente a frente con Gólubev. El dueño del Queen of Sheba no se sorprendió al verles; se limitó a hacer gestos llenos de urgencia, indicando que entrasen rápido al ascensor que acababa de dejar. Justo a tiempo. Las luces del otro se iluminaron un instante después y las puertas se abrieron.

De él salió Víctor, que no llegó a ver a los otros dos por pocas

milésimas de segundo.

—Caramba, Gólubev —dijo Schwarz—. Me encantará escuchar tu explicación a esto.

Víctor detuvo las imágenes.

—Tal como yo lo veo, jefe, ahora sí que he dejado claro que hay cierta complicidad por tu parte, en los hechos.

Gólubev había palidecido.

—Te voy a matar.

—No digo que no te apetezca, pero creo que ahora mismo no estás en disposición de hacerlo. —Hizo un gesto hacia la pantalla—. Así, exactamente así, fue como el dinero desapareció sin haber sido robado, realmente. Y, minutos después de todo esto, alguien, también desde dentro, intentó manipular todas las imágenes de las cámaras en esas zonas comprometidas y en ese horario. Como lo esperábamos, no se le puso ninguna pega. Pero, para su desdicha, y la tuya, ya teníamos una copia de seguridad. En todo caso, por si se necesitan más pruebas, puede declarar él mismo. —Hizo un gesto hacia el mayordomo, que fue a la puerta y la abrió. Entró un individuo alto, cargado de espaldas. Le sonó conocido—. Bien, Robert, es el momento.

«Ah, claro», pensó Kira. Aquel debía ser Robert Talbot, el de la barba postiza. Miró aterrado a los tres hombres del sofá.

—Yo... lo siento... Lo siento de verdad. ¡Habían secuestrado a mi mujer! Ese cerdo amenazó con matarla, hasta amenazó con matar a mi hija, mi niña, maldito canalla. ¡No podía hacer otra cosa!

El francés no pareció especialmente conmovido.

—Cuéntanos todo —se limitó a decir, con voz helada.

—Sí, señor —replicó Talbot—. La semana pasada, de pronto, el señor Gólubev se me acercó en la cafetería. Nunca antes había hablado conmigo, ni siquiera hubiese imaginado que pudiera conocerme, al fin y al cabo él es el

dueño y yo solo un empleado de segunda categoría. —Miró a Gólubev de reojo, nervioso—. Pero, esa mañana, me llamó por mi nombre. Me mostró una foto que tenía en el móvil. En ella salía mi esposa, atada y amordazada, en algún sitio... No sé, un sótano o algo así, me pareció. Me dijo que podía intentar informarme, llamarla para verificar que había desaparecido... Lo que quisiera, pero que, si quería recuperarla, iba a tener que ayudarle. Si lo hacía, no solo recuperaría a Ellie, sino que, además, conseguiría un ascenso y un mejor sueldo. Yo no entendía qué querían, pero me daba igual, solo quería salvar a mi familia. El problema fue cuando Martha...

—¿Martha? —preguntó el asiático.

—Martha Budge, la coordinadora de seguridad. Una buena amiga. —Tragó saliva—. Apareció por sorpresa. Nos la topamos al salir de la sala acorazada. Martha es una mujer de armas tomar y nos hizo frente, así que Sunday la golpeó y la lanzó por la ventana. —Se llevó una mano al entrecejo—. Fue... Fue espantoso. Creí que la habíamos matado. Quise mirar por la ventana, pero Sunday no me lo permitió. Insistió en correr y yo estaba aterrado.

—Ya veo. — Schwarz hizo una mueca—. Deja que adivine: soltaron a tu esposa y ahora has decidido hablar.

—No. No sé nada de mi esposa. —Sollozó—. Me temo lo peor. ¡Tienen que ayudarme a recuperarla!

—Contrólese —le advirtió el asiático.

—Tranquilo, Robert —le dijo Víctor—. Di por qué has decidido hablar.

—Sí... Porque, desde entonces, he sufrido un par de ataques, la última vez, ayer por la tarde, yendo en coche con mi hija. ¡Solo tiene diez años, por Dios! ¡Se llevó un susto de muerte y eso porque fue afortunada! Esos cabrones, esos hijos de la gran puta, no tienen límites, les da igual quién

pueda caer en el camino. Quieren matarme, para que no hable.

Gólubev le miró con desprecio.

—Tú eres idiota.

—Puede. —Robert tragó saliva—. Pero seré un idiota vivo. Y mi hija crecerá sin más sobresaltos.

—Yo tengo una pregunta —intervino Nóvikov—. El hecho de que fuera una trampa, que todo este asunto fuera un auténtico agujero de mierda... No acabo de entenderlo. A la chica y al idiota los contrató Carter, ¿no? —Miró a Kira y Howard. Este último parecía ausente, aturdido, pero ella asintió—. ¿Por qué Carter traicionaría de ese modo a su propia hija? Pudo elegir a cualquier otro, para semejante misión suicida. Dime, muchacha, ¿por qué te haría eso?

Kira se llevó una mano a la sien. La droga... casi podía sentirla, moviéndose por sus venas, aturdiéndola. ¿También la estaba obligando? En realidad, no lo sentía así. Al contrario, se veía capaz de responder cualquier cosa, lo que deseara, aunque fuese alguna mentira. Quizá Gólubev estaba en lo cierto, y con ella no funcionaba o esa dosis en concreto no tenía fuerza suficiente.

Pero ¿por qué no aprovechar la oportunidad? Podía ser la ocasión para que aquellos hombres la creyeran, ya que se la habían inyectado.

—Porque no soy su hija —declaró.

—¿Qué? —Los más sorprendidos fueron Gólubev y Víctor, por supuesto. Este último la miró asombrado—. ¿Cómo que no?

—No. Me lo dijo cuando le llamé ayer, desde la cabina. Quería... —Le tembló la mandíbula. Qué absurda se sentía, qué patética—. Quería que me ayudase, que me... que me explicase las razones de todo este asunto. Y él me confesó eso, por teléfono... Mi madre tuvo una aventura con usted. —Miró a Gólubev—. Yo les descubrí y se lo conté a Carter.

—Lo sé perfectamente. —El ruso entrecerró los ojos—. Maldita perra... Por tu culpa mató a Sveta.

—¡Yo era una niña! ¡No podía imaginar que iba a ocurrir algo así! ¡Y sentía que estaba traicionando a mi padre callándolo, así que sí, se lo conté! Entonces, él empezó a odiarme. Empezó... —Ya no hubo más regalos escondidos en los bolsillos. No hubo más abrazos. No hubo más paseos por el parque ni más meriendas de chocolate con churros. Kira se estremeció—. Antes no lo entendía pero, así, todo tiene sentido.

—¿A qué te refieres?

Kira hizo una mueca.

—Que yo esté aquí ahora, que él se empeñase en que yo estuviese en *La cúpula*, para provocar esta situación, forma parte de su venganza contra usted. ¿No lo entiende? Porque *no soy su hija*.

Gólubev palideció.

—¿Qué? ¿Qué estás insinuando? ¿Que eres mi hija?

—Sí. Al menos, eso dijo Carter. Yo, no lo sé...

El ruso titubeó, pero la idea no debía resultarle tan extraña. Poco a poco, sus ojos se llenaron de una extraña comprensión. Y de espanto.

—No... No puede ser...

—Claro que sí. Eso lo explicaría todo —la apoyó Víctor, con cara de haber entendido muchas cosas de golpe—. Maldito cabrón...

—Pero, no es posible. —Gólubev negó convulsivamente con la cabeza, el rostro congestionado en una expresión de horror—. Sveta me lo habría dicho...

—Nunca se lo contó a nadie —explicó Kira—. Tenía mucho miedo de Carter. Al menos, eso me dijo él.

—¿Nunca te llamó la atención que Carter odiara a Kira de semejante forma? —preguntó Víctor a Gólubev.

—No. ¿Qué dices? —Lanzó una risa agria y despectiva—. Es un cabrón sin escrúpulos. Odia igual a todo el mundo.

—Es verdad. Pero yo vi fotografías de Carter con Kira, de muy pequeña, y no parecía odiarla. De hecho, se veían sonrientes y muy unidos. Una familia perfecta.

—Una vida perfecta... —susurró Kira.

—Tú estabas allí —insistió Víctor, dirigiéndose a Gólubev—. ¿No los recuerdas así? —El otro titubeó—. Solo tú puedes saber cuál es la verdad, Yuri. Y lo que hubiese querido Sveta que hicieses en una situación como esta.

Aquello terminó por crear alguna duda, pudo notarlo en su rostro. Gólubev abrió la boca para hablar pero no le dieron opción.

—Creo que nos estamos desviando del tema, y mucho. —El alemán, Schwarz, se puso en pie—. Podéis haber montado aquí una telenovela entrañable, con un «yo soy tu padre» incluido, pero os aseguro que nada de esto nos interesa. La cuestión es que queremos el retorno inmediato del dinero.

—En todo caso, gracias por su exposición, señor Derry —dijo el francés—. Un trabajo excelente.

—No hay de qué, *monsieur* Brisebois.

—Claro que sí. Créame, nos ha evitado cometer errores graves y, sobre todo, nos ha ahorrado mucho tiempo, algo que a algunos no nos sobra. Le estamos enormemente agradecidos. —Miró a Gólubev—. En cuanto a ti, Yuri, visto lo visto vas a tener que explicarnos muchas cosas, pero supongo que ya no es necesario que la reunión sea tan multitudinaria. Con que te quedes tú con nosotros, suficiente. Y si el señor Talbot, el señor Davis y la señorita Carter no tienen más información que nos pueda ser útil, son... prescindibles.

—¿Qué? ¡No! —exclamó Robert Talbot, el único que reaccionó, porque Kira se sintió paralizada y Howard ni pareció darse cuenta. Se volvió hacia Víctor—. ¡Prometiste que no pasaría nada, jefe! ¡Que me ayudarías!

—No te preocupes —le tranquilizó Víctor. Pero, cuando miró a los otros, palideció. Algo en sus rostros le llenó de inquietud—. A ver, a ver, todos tranquilos. No voy a consentir una masacre.

—No se me ocurre cómo puede evitarlo, señor Derry —dijo Brisebois. Estudió a Robert Talbot—. En cuanto a usted, entendemos su situación, señor Talbot, pero debe entender la nuestra. Agradecemos su confesión y podríamos fiarnos de que nunca dirá nada, pero lamentablemente tiene que pagar por lo hecho. Es necesario para... mantener el orden de nuestro mundo. Si le sirve de algo, nos ocuparemos de que su hija tenga una vida cómoda —añadió, intentando sonar amable sin conseguirlo—. No sufrirá privaciones en el resto de su vida. Le damos nuestra palabra.

—Nask... —llamó Víctor, dando la impresión de estar pulsando un botón de emergencia. El ruso puso mala cara y hasta pareció que no iba a hacer nada, pero gruñó exasperado y miró a Nóvikov.

—Creo que esto deberíamos hablarlo. —Como los otros no dijeron nada, insistió—. ¡Al menos no será necesario matarlos a todos! ¡Había pensado quedarme con la chica y llevármela a...!

—Pero ¿qué dices? —Víctor frunció el ceño—. ¡Por encima de mi cadáver!

Nask se echó a reír.

—Por mí, perfecto.

—¡Silencio! —Schwarz se puso en pie—. ¡Silencio todos ya! ¡Esto no es un patio de colegio, donde los niños discuten por quién se queda los juguetes rotos! ¡Joder, ni siquiera es una puta democracia!

Sin más, sacó una pistola y apuntó a la cabeza de Howard. Incapaz de

moverse, de reaccionar a tiempo, Kira lo vio todo en cámara lenta: los ojos de Howard, rojos y llenos de lágrimas, que cobraron vida de pronto para fijarse en los de aquel hombre, su asesino; la mano firme en la pistola, el dedo pulsando el gatillo; el paso al frente de Nask, que estaba demasiado lejos como para poder impedirlo...

Y Víctor, que se lanzó hacia el frente, sin pensarlo, sin dudar.

Chocó contra el alemán, le sujetó por la muñeca armada, y le derribó sobre el sofá, casi golpeando al asiático, que tuvo que apartarse, moviéndose hacia el francés, para no ser aplastado. La pistola se disparó dos veces en el forcejeo: una bala abrió un agujero en el techo y la otra dio en la lámpara, que estalló en pedazos.

Los cristales cayeron sobre Howard y Kira, como una lluvia de destellos. Tuvo la sensación de que habían sido bautizados de una forma extraña, en el inicio de una nueva vida.

—¡Quietos! —ordenó Nóvikov. Al ver que no le obedecían, hizo un gesto a sus hombres—. ¡Paradlos!

Dos de los matones agarraron a Víctor y le apartaron del alemán. Aun así, forcejeaba con tanta fuerza que apenas podían retenerle.

—¡Ni se te ocurra intentar matar a nadie en mi presencia, cabrón! —le gritó—. ¡Eres un hijo de puta!

—No lo dudes —aseguró Schwarz, mirándole entre divertido y desconcertado mientras se arreglaba la corbata—. Y tú eres un completo idiota, Derry. ¿A qué cojones viene esto? Sabes que no podemos perdonar que se hagan ciertas cosas. Si lo hiciéramos, no duraríamos mucho en nuestros puestos.

—¡Les han utilizado!

—¡Pero querían robarnos! ¡Las razones importan poco!

—El mundo en el que nos movemos es así, señor Derry —dijo

Brisebois—. Hay que responder con contundencia. Lleva con nosotros el tiempo suficiente como para haberlo entendido.

Víctor titubeó, pero solo un segundo.

—¿Y Robert? —Señaló a Talbot con un gesto de cabeza—. ¡Solo quería salvar a su esposa y a su hija!

—Tampoco podemos dejar testigos.

—¿En serio? ¡Pues yo le di mi puñetera palabra de que no les pasaría nada si se lo contaba todo. ¡No pueden hacerlo! ¿Cómo tengo que decirlo? ¡No va a hablar!

—No puedes asegurarlo, idiota —dijo Schwarz—. Y no me da la gana arriesgarme. Todo esto es una mierda. A mí solo me importa nuestro dinero.

—A ese respecto, espero que no nos hagas perder el tiempo —dijo Brisebois a Gólubev—. Nos has traicionado, Yuri. Sabes que esto no se va a quedar así y cuál va a ser el precio. Pero, si resolvemos este asunto aquí y ahora, estamos dispuestos a ser comprensivos.

Gólubev inspiró profundamente. Sus hombros se hundieron.

—Está bien. Maldita sea. ¡Maldita sea! No pensaba yo que fueseis a encontrar el modo de recuperar el dinero sin que me permitierais hacer lo que tengo que hacer.

—Pues ya tienes edad suficiente como para saber que la vida siempre te sorprende, amigo mío —le dijo el francés, sonriendo por primera vez—. Habla.

Gólubev inspiró profundamente.

—Está bien. En fin, da igual. Es verdad, ella no lo hizo. Ni siquiera Carter. Fui yo. Ya lo creo que fui yo, tal como ha expuesto Derry. Utilicé a Carter como chivo expiatorio. Hice que le hablasen de la posibilidad de joderme bien la vida, porque siempre me ha odiado y ha buscado machacarme. Y yo a él.

—Por razones personales, según entiendo.

—Sí. Muy personales. ¡Ese hijo de puta mató a Sveta! ¡Mató a mi mujer! ¡La golpeó hasta destrozarla y la tiró por una ventana! —Se cubrió el rostro con las manos. Tardó unos segundos en recuperarse lo suficiente como para continuar—. Nunca he podido perdonarle, ni olvidar su imagen cuando fui a ver el cadáver, a la morgue. —La voz se le atragantó. Cogió una figurilla de la mesa, seguramente muy cara, y la estrelló contra la pared—. ¡Joder! ¡Maldito hijo de la gran puta!

—Yuri... —dijo el asiático, pero posiblemente ni le oyó.

—Por eso le tendí una trampa, hace años. Quería que lo mataran, cojones, quería un tiroteo, fuego y sangre y muerte y destrucción total para ese canalla. Pero, en vez de eso, el muy cobarde se rindió y terminó en la cárcel. Y, allí, ha estado viviendo como un cacique, a cuerpo de rey, gracias a vosotros.

—Qué puedo decirte. —Brisebois se encogió de hombros—. A mí Carter me es indiferente, pero nos había hecho muchos favores. Le debemos protección.

—Ya, ya lo sé. No me dejabais acercarme a él. La única posibilidad que me quedaba era conseguir que fueras tú mismo quien ordenases su muerte. Por eso, organicé el robo. Lo que menos me importaba era el dinero. —Hizo una mueca y miró a Kira—. No pensé que te fuera a mandar a ti, aunque al principio tampoco fue algo que me importase, la verdad. En realidad, hasta me alegré. Te culpaba por... Bueno, ya lo sabes. Pero eso ha terminado, supongo. —Miró a los hombres—. Está bien, fui yo. Dejemos que se vayan los que no pintan nada aquí y hablemos del tema. Me gustaría poder solucionarlo cuanto antes.

Brisebois asintió.

—Devolver ese dinero sería un buen primer paso.

—Claro que sí. En el país que queráis y en la divisa de vuestra elección. Y con una buena multa, además de mi cabeza. —Hizo un gesto hacia Kira—. Pero ya no es necesario que la chica siga aquí.

Los tres hombres intercambiaron una mirada. Schwarz negó con la cabeza.

—Sabes demasiado —dijo, señalando a Talbot, que seguía temblando en su esquina—. Supondría mucho riesgo. Es mejor que los hagamos desaparecer.

Brisebois asintió.

—Estoy de acuerdo con él.

—Y yo —dijo el asiático—. Me temo que no pueden salir de aquí con vida.

Todos se volvieron hacia Nóvikov. Siendo su brazo armado, debían esperar que diese la orden de matarlos. El ruso sonrió.

—Estoy de acuerdo con el Consejo —dijo—. Sin embargo, dadas las circunstancias, supongo que no será necesario.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Schwarz sorprendido.

Nóvikov le miró unos segundos antes de responder:

—Que los miembros del Consejo están muertos.

—¿Cómo? — Schwarz miró a su compañero inmediato, pero el asiático tenía la cabeza inclinada a un lado. Un hilillo de baba caía por la comisura de su boca. Un poco más allá, Brisebois estaba muy quieto, mirando al frente con unos ojos muertos, completamente vidriosos. Schwarz se puso en pie de un salto—. ¿Qué significa...?

Intentó sacar otra vez la pistola, pero Nask fue más rápido. Se lanzó hacia él y le derribó de un puñetazo. El hombre cayó al suelo. En vez de intentar levantarse, se llevó una mano al estómago y empezó a retorcerse. Nóvikov observó todo el proceso con frialdad.

—Excelente trabajo, señor Wamba —dijo. El mayordomo hizo una leve reverencia. Nóvikov miró a los presentes—. Bien, yo he cumplido con mi parte. El Consejo de Megaglobal ha sido eliminado. Hasta que se confirme el nombramiento de otros dos miembros, asumiré en solitario las responsabilidades de la dirección. —Se centró en Gólubev—. Ahora, negociemos.

—Primero, la chica se va —afirmó Gólubev—. Víctor, por favor, llévatela.

Víctor consultó con la vista al ruso. Nóvikov asintió.

—Por supuesto. Voy a confiar en que sabréis hacerles entender algo básico: hoy se libran de ser arrojados al mar, pero es algo que puede ocurrir cualquier otro día. —Entrecerró los ojos, pasando las pupilas de Kira a Howard y a Talbot—. No quiero volver a saber nada de ninguno de los tres.

Hizo un gesto y los matones abrieron la puerta. Talbot se puso en pie de un salto y salió casi corriendo, sin mirar atrás. Llevaba una buena mancha en la entrepierna del pantalón. Kira comprendió, con lástima, que se había orinado encima.

—Vamos. —Víctor cogió a Kira de la mano y tiró de ella hacia la salida. Nask hizo un gesto a dos de sus hombres. Cargaron con Howard y les acompañó hacia la puerta.

—Llevad al señor Davis con el doctor Korovin —les ordenó. Howard no protestó. Nask se dirigió a Víctor y a ella—. Le hará una revisión completa y se ocupará de dejarle como nuevo. Luego le llevaremos a su casa.

Kira observó cómo se alejaban los tres hombres.

—¿Estará bien? —preguntó preocupada.

—Sí. Pero no olvidará la lección. —Ella optó por no replicar a eso. Quizá Nask se dio cuenta de que había sido demasiado duro, porque cambió de tema y bromeó—. Una pena. Rusia te hubiese gustado.

Kira lo dudaba, al menos en ciertas condiciones, pero terminó devolviendo la sonrisa.

—Estoy segura. Gracias. Me has salvado la vida.

—Un placer. —Le guiñó un ojo—. Por cierto, el doctor Korovin es un buen amigo mío. Lo que te inyectó no fue más que un calmante suave, algo que te ayudase a superar la situación, y a ellos a creer en tus palabras. Idea de aquí, nuestro común amigo.

¿Un calmante? ¿Eso era todo? Kira fulminó a Víctor con la mirada. Él se encogió de hombros.

—Teníamos que montar la escenita. Además, tú me drogaste con pastillas para dormir. No te quejes.

—Y si te quejas, ya sabes, siempre puedes aprovechar la ocasión para quedarte conmigo —la animó Nask—. Soy mucho más divertido. ¡Dónde va a parar!

—Apártate antes de que te rompa la nariz —advirtió Víctor. Pero sonreía y le tendió la mano—. Gracias por todo, Volodia. De corazón.

—No tiene mayor importancia —dijo el ruso, estrechándola—. Ha salido todo bien, y eso que no las tenía todas conmigo. Con Nóvikov, nunca se sabe.

—Sí, me consta. —Perdió su sonrisa—. Ten cuidado con él.

Nask asintió.

—Lo tendré, no te preocupes. —Se acercó para hablar en tono más bajo—. De hecho, voy a aprovechar la ocasión. No te pierdas las noticias, en los próximos días.

—Volodia... —Víctor le miró preocupado—. No te arriesgues.

—Quien no arriesga, no gana, *tovarich*. Y yo no puedo permitir más atrocidades. He descubierto que también tenía un límite, mira tú. Así que voy a aprovechar... —hizo un gesto hacia la puerta, implicando el interior— todo

esto. Lo haré por esa chica, esa prostituta a la que no pudimos salvar en su momento.

Ambos asintieron con aire grave, así que Kira supuso que ambos sabían a qué se refería. Como si darse la mano ya no fuera suficiente, Víctor y Nask se abrazaron. Cuando se apartaron, llevada por un impulso, Kira le dio al ruso un beso en la mejilla. Él sonrió, sorprendido, pero antes de que pudiera decir nada, Víctor la cogió por un brazo y la condujo hacia el ascensor. Estaban llegando cuando se volvió a abrir la puerta de la suite. Era Gólubev. Nask le miró sorprendido.

—¿Te ha dejado salir? ¿En serio?

—Solo a despedirme. No te preocupes, no voy a escaparme. —Se volvió hacia ellos, hacia Kira, y la observó de un modo nuevo, como si quisiera aprenderse su imagen para siempre—. Así que tengo una hija... ¡Una hija con Sveta! —Sonrió, y pareció más guapo que nunca—. Cojones, casi tengo la sensación de que voy a timarle a Nóvikov. No va a poder matarme. No del todo. —Nadie rio la broma. Gólubev se encogió de hombros—. Llévatela, Víctor, rápido. No estoy seguro de que la cosa siga así de tranquila mucho tiempo.

Víctor asintió.

—¿Y tú?

—¿Yo? Ja. —Metió las manos en los bolsillos, con falsa indiferencia—. Bueno, pues ya me conoces. Me las arreglaré.

Debía creerlo tan poco como ellos. Kira sintió una opresión en el pecho. Había sido un canalla, era un asesino y un ladrón. No lamentaba su destino, solo que las cosas no hubiesen sido de otro modo, como le pasaba antes con Carter. Como le pasaría siempre con ambos.

—Yo puedo hacerte una propuesta —le dijo Nask—. No creo que implique que salgas de esta con vida, pero puede que mueras más satisfecho

todavía.

Gólubev le miró con curiosidad.

—Morir satisfecho siempre ha sido mi objetivo. Soy todo oídos.

—Bien. —Nask les miró a ellos—. Vosotros, marchaos. Salid del hotel cuanto antes.

—Vamos —dijo Víctor, tirando de ella. Le siguió, pero en el último momento, antes de entrar al ascensor, Kira se volvió hacia Gólubev. Tenía que decírselo.

—Me hubiera gustado...

¿Qué? Todo. Bien lo sabía. Él asintió, con gravedad.

—A mí también. Más de lo que piensas. Pero, niña, la vida nunca juega con cartas limpias. Eso, por no hablar de que se trata de una partida en la que, la mayoría, hacemos trampas. —Ella no supo que había empezado a llorar hasta que él lo mencionó—. No llores. No lo hagas. No merezco tus lágrimas. Siempre he sabido que llegaría este momento, me lo he ganado a pulso. Si te sirve de algo, lo único que lamento es no haber podido matar a ese hijo de puta de Carter.

—Oh, por favor. ¿No ha sido ya suficiente?

—No. Nunca. Ni por un solo segundo. Jamás le perdonaré a ese cabrón que matara a Sveta, jamás. Solo ha habido dos cosas ciertas en mi vida: el amor y la rabia. Ambos me darán fuerzas para afrontar el final. Así que no lo sientas por mí. Voy bien acompañado. —Se sostuvieron la mirada unos segundos, hasta que él asintió—. Marchaos.

Kira titubeó. Si se iban, le matarían, estaba segura. Pero tampoco veía modo de impedirlo. Además, Víctor empezó a tirar de ella totalmente decidido, arrastrándola al interior del ascensor.

Al fondo, Gólubev estaba hablando en susurros con Nask. La observó por última vez, mientras entraban y cerraban las grandes puertas dobles,

asumiendo su destino.

EPÍLOGO

—¡Ya estoy en casa! —anunció Víctor, cerrando la puerta con el pie, como solía hacer el protagonista de una vieja teleserie. Casi tropezó con el gato, Sneakers, que se le metió entre las piernas para restregarse con cariño. El ladrido del perro, Sugus, llegó desde lo alto. Aquella pequeña comadreja seguro que estaba revolcándose en la cama y comiéndose los almohadones—. ¡Hogar, dulce hogar!

Seis meses antes, al poco de casarse, Kira y él habían comprado la casita en la que estuvieron escondidos aquellos tres días. Al principio, Marisa, la hermana de Martha, no quería venderla, porque alegaba que era un vínculo con su país que le gustaba mantener, pero cambió radicalmente de idea, cuando vio su oferta. Y, para ellos, aquel lugar había significado mucho.

Eso sí, iban a tener que hacer alguna obra, ampliarla abarcando algo del terreno, ahora que la familia iba a aumentar.

Víctor dejó la cartera de ejecutivo y empezó a quitarse la chaqueta para dejarla en el colgador de la entrada. Al poco de abandonar el Queen of Sheba había conseguido un buen trabajo en una empresa de una ciudad vecina, dedicada al desarrollo de software, con horarios ordenados, pagas extra y cesta navideña incluida. Algo tranquilo, que le mantenía entretenido pero no invadía el resto de su vida, como había ocurrido siempre hasta entonces.

Por su parte, Kira había abierto en las afueras del pueblo, cerca de la estación de autobuses, un pequeño restaurante que se estaba haciendo muy famoso. El «Sveta» empezaba a ser un punto habitual tanto para ir desde los alrededores, como para detenerse a comer cuando se estaba de viaje y se pasaba cerca.

No era de extrañar. En ese mismo momento, de la cocina llegaba un

olor delicioso. Se dirigió hacia allí.

—¿Qué estás preparando? —preguntó Víctor, mientras empezaba a aflojarse el nudo de la corbata.

—Pimientos rellenos. —Kira le sonrió desde su lugar junto a la encimera. Llevaba un vestido premamá de tono rosado, con detalles blancos, y un delantal. Embarazada de siete meses, estaba tan guapa como el primer día—. Pero no son para ahora, ¿eh? Claro que, si quieres alguno, hasta puedes intentar convencerme... —Él la besó. Kira puso los últimos pimientos al fuego, se lavó las manos y empezó a sacar platos y cubiertos para poner la mesa—. El menú de hoy son patatas a la importancia, y de segundo carrillera asada con pimientos de Carol.

—Qué bien. —Le acarició el vientre—. Oye, te veo cansada. ¿Qué tal si subimos un ratito arriba y te doy un masaje?

—Ja. —Kira se echó a reír—. No. No me líes. Viene Carol a comer y todavía tengo que terminar esto.

—Oh. Bueno, vale. —Suspiró—. Me alegra que ahora os llevéis tan bien, pero hubiese preferido que viniera otro día.

—No seas malo, que está muy sola. —Le acarició la mejilla y fue hacia el salón—. Te compensaré esta la noche, prometido.

—Entonces, de acuerdo. —Terminó de quitarse la corbata mientras la observaba poner la mesa—. ¿Qué tal en el trabajo?

—Bien, bien. Ha sido una mañana productiva.

—Deberías contratar a alguien más.

—No es necesario, Víctor. Con tres camareros y un pinche me arreglo perfectamente. Además, Carol me ayuda mucho.

—Pero dentro de poco tendrás que darte un respiro.

Ella le sonrió.

—Estoy embarazada, cariño, no enferma. No te preocupes tanto. Te

prometo que en cuanto sea necesario, bajaré el ritmo.

—Está bien. —Pensaba dejarlo para luego, pero cuanto antes mejor —. Kira... Charles Carter ha muerto. —Ella le miró. Sus ojos brillaron—. Al final, el cáncer ha acabado con él.

Kira asintió. Durante un segundo pensó en el hombre que llegaba con una chuchería en sus bolsillos y la animaba a buscarla, y se reían juntos. Ese hombre que había muerto hacía mucho, junto con su madre, o que quizá nunca había existido. Sí, eso era lo más probable.

Fue poniendo los cubiertos, con la cabeza baja. No estaba segura de cómo se sentía. ¿Triste? No, en absoluto, pero tampoco era indiferencia. En su momento, sintió mucho más la muerte de Gólubev, aunque solo fuera por los últimos minutos que vivió con él. Habían visto la noticia en los periódicos. Según contaban, había terminado como un auténtico héroe, enfrentándose en su hotel a un asesino de la mafia rusa llamado Nóvikov, al que había logrado matar, en medio de un baño de sangre. Quizá por la tensión sufrida, un par de días después le había dado un ataque al corazón en la bañera, y había muerto ahogado.

No era cierto, claro, aunque Nask no había querido aclarar lo sucedido. Pero, las razones eran claras: tarde o temprano, la Megaglobal hubiese tomado represalias por las muertes de los Consejeros y Nóvikov. Y Gólubev había quedado de responsable último. Se había ofrecido a ello.

Eso sí, antes de morir, había hecho el papeleo necesario para que Kira heredase de forma discreta toda su fortuna, incluida la cuenta de bitcoins y el Queen of Sheba, aunque sin las cargas de sus antiguas actividades. Ya no se utilizaban sus instalaciones para el blanqueo de dinero o cosas incluso peores.

Kira había optado por ir derivando el dinero de los bitcoins a distintas organizaciones ecológicas y humanitarias, y se mantenía lejos del hotel. A través de un dueño que permanecía en el anonimato, el Queen of Sheba había

nombrado Director General a Volodia Nask, quien también se había retirado de sus antiguas actividades. Aunque nunca había dirigido un negocio como ese, Nask llevaba el hotel con buena mano, sobre todo gracias a los consejos de Martha Budge, que había quedado en el cargo de Directora de Seguridad.

La vida estaba dando un buen giro, por fin. Quizá hasta pudiese llegar a olvidar todo lo pasado.

—Eh... Carter llevaba tiempo muy enfermo —musitó, más que nada porque Víctor parecía estar esperando algún comentario—. Era de esperar.

—Ahora podrás olvidarlo —dijo él, como si le hubiese leído la mente.

—¿Tú crees? —Se encogió de hombros—. No sé si podré. ¿Cuándo murió?

—Ayer. ¿Quieres ir al funeral? Será mañana. Podríamos...

—No. No tendría mayor sentido, ambos lo sabemos. —Su móvil pitó. Lo sacó del bolsillo y comprobó el mensaje. No pudo evitar una sonrisa—. Es de Nask.

—¿Ah, sí? Mucho te escribes con él. ¿He de ponerme celoso?

—Lo dudo mucho. Me da que entre él y tu amiga Martha hay tema, o lo habrá, al tiempo. Los intereses de Nask conmigo, ahora mismo, son otros. Dice que no tienes ningún gusto y que te insista en que debemos llamar Vladimira Susannah a nuestra hija. Cariñosamente, Volodita Susi, ha añadido. —Empezó a teclear—. Le estoy diciendo que ese diminutivo casi parece un plato japonés, pobre niña.

—¿Volodita Susi? Madre mía. Pues va a ser que no. —Víctor se echó a reír y la abrazó. Sonó el timbre de la puerta—. Esa es Carol. Anda, vamos a comer. Seguro que los tres estamos muy hambrientos.

Ella sonrió. Durante un momento, pasó por su mente la imagen de aquel balcón, su madre cantando mientras colgaba la ropa. Ella tenía una pinza rosa en la mano. Desde entonces, hasta ese momento, en esa cocina,

todo había estado envuelto en sombras.

Pero, ahora sí. Ahora podía decirlo.

Tenía una vida perfecta.